

LOS ENIGMAS DEL INSPECTOR MORSE

COLIN DEXTER

ÚLTIMO BUS
A WOODSTOCK



Lectulandia

La bella Sylvia Kaye fue vista, junto a otra joven, haciendo dedo poco antes de que su cadáver fuera hallado en el estacionamiento de un *pub* en Woodstock, cerca de Oxford. Morse está convencido de que la otra muchacha sabe mucho más de lo que ha dicho. Pero ella se niega a colaborar...

Los complejos escenarios del homicidio, que ponen al descubierto las amigas de Sylvia y sus compañeros en Oxford, distraen la atención de Morse y su investigación. Comprender la dolorosa verdad y actuar sobre ella le exigirá al inspector poner a prueba toda su disciplina profesional...

Lectulandia

Colin Dexter

Último bus a Woodstock

Inspector Morse - 1

ePub r1.0

Titivillus 24-06-2018

Título original: *Last Bus to Woodstock*

Colin Dexter, 1975

Traducción: Delia Pasini

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRELUDIO

—Por favor, esperemos un poco más —dijo la chica de pantalones azul oscuro y saco de verano liviano—. Con toda seguridad ha de venir otro enseguida.

Aunque, en realidad, no estaba segura y por tercera vez se volvió para estudiar el horario pegado a un marco rectangular en la Parada de buses N.º 5. Pero su mente jamás se había aventurado con demasiada confianza por un mundo de columnas y números, y el dedo que trazaba a tientas un recorrido horizontal a partir de la izquierda del marco tenía pocas probabilidades de encontrarse, en la coordenada correcta, con el dedo que bajaba desde la parte superior por una línea vertical algo torcida. La chica de pie a su lado trasladaba impaciente el peso de su cuerpo de un pie al otro y dijo:

—En cuanto a vos, no sé qué *pensá* hacer.

—Un minuto, por favor. Solo un minuto. —No obstante, volvió a concentrarse en las columnas pertinentes: 4, 4A (no después de las 18 horas), 4E, 4X (Solo los sábados). Hoy era miércoles. Eso quería decir... Si dos equivalía a catorce horas, eso significaba...

—Mirá, querida, hacé como *quiera*, pero yo voy a hacer dedo. —Esa mala costumbre de Sylvia de tragarse las eses le parecía una dejadez insoportable. Las eses, en la dicción de Sylvia, eran apenas algo más que los sonidos más imprecisos de las vocales, articuladas sin el menor asomo de una consonante final. Si alguna vez se hacían más amigas, eso sería algo digno de mencionarse.

¿Qué hora era ya? Las siete menos cuarto de la tarde. Serían entonces las dieciocho y cuarenta cinco. Bueno. Por fin estaba progresando un poco.

—*Vamo*. Nos van a levantar enseguida, ya *va'* ver. La mitad de esos *tipo* andan buscando eso... unas *pollera*.

Y, a decir verdad, no había ningún motivo para dudar del vigoroso optimismo de Sylvia. Ningún automovilista servicial dejaría de sentirse impresionado por su minifalda y la deliciosa invitación de sus piernas debajo de ella.

Durante un instante las dos chicas permanecieron en silencio, en una tregua incómoda y estática.

Una mujer de mediana edad venía caminando despacio en dirección a ellas, deteniéndose de tanto en tanto y volviendo la cabeza para contemplar, hasta donde le daba la vista, el camino cada vez más oscuro que llevaba al corazón de Oxford. Se paró a corta distancia de las chicas y puso en el suelo la bolsa de las compras.

—Disculpe —dijo la primera chica—. ¿Usted sabe a qué hora pasa el próximo bus?

—Debería venir uno dentro de pocos minutos, querida. —Volvió a escudriñar la inmensidad gris.

—¿Va a Woodstock?

—No, no lo creo; llega solo a Yarnton. Entra al pueblo y después da la vuelta y regresa.

—¡Ah! —Fue hasta el medio del camino, estiró el cuello y retrocedió al aproximarse un reducido grupo de automóviles. Como la tarde ya oscurecía, algunos conductores habían encendido las luces bajas. No había ningún ómnibus a la vista y estaba inquieta.

—Todo va a *salir* bien —dijo Sylvia, con un dejo de impaciencia en la voz. Ya va' ver. Mañana por la mañana nos *moriremo* de risa al *acordarno*.

Otro auto. Y otro más. Después, la quietud de la cálida noche de otoño.

—Bueno, *quedáte si queré...* yo me voy. —Su compañera la miró a medida que Sylvia se alejaba hacia la rotonda de Woodstock, unos ciento ochenta metros camino arriba. No era un mal lugar para quien hiciera dedo, pues allí los autos frenaban antes de tomar la transitada avenida de circunvalación.

Y entonces se decidió.

—¡Sylvia, *esperá!* —y aferrando con una mano enguantada el cuello de su liviano saco de verano, corrió en su busca con torpeza, torciendo los pies hacia afuera.

La mujer de edad mediana continuó aguardando en la Parada de buses N.º 5. Pensó en cuántas cosas habían cambiado desde su juventud.

Sin embargo, la señora Mabel Jarman no debió esperar mucho tiempo. Algunos pensamientos perdidos y fortuitos vagaban difusamente por su mente... nada de importancia. Pronto estaría en casa. Tal como habría de recordarlo más tarde, pudo describir a Sylvia bastante bien; su largo pelo rubio, su despreocupada y provocativa sensualidad. De la otra chica pudo recordar pocas cosas: un saco liviano, pantalones oscuros... aunque... ¿de qué color? ¿El pelo, castaño claro? —Por favor, esfuércese todo cuanto pueda, señora Jarman. Para nosotros es absolutamente esencial que recuerde tanto como le sea posible—... Notó algunos autos y un pesado, robusto camión acoplado cargado con gran cantidad de carrocerías de automóviles sin ruedas. ¿Hombres al volante? ¿Hombres sin otros pasajeros? Se esforzaría muchísimo por recordar. Sí, había habido hombres, estaba segura. Unos cuantos habían pasado a su lado.

A las siete menos diez una oblonga mancha rosada fue adoptando gradualmente un contorno más firme. Recogió su bolsa mientras el bus rojo de la Compañía se abría paso con lentitud a través de las paradas en la semidistancia gris. Pronto hasta pudo leer el destacado letrero blanco sobre la cabina del conductor. ¿Qué decía? Entrecerró los ojos para ver con más claridad: WOODSTOCK. ¡Dios mío! Se había equivocado, entonces, cuando esa chica que hablaba tan bien le preguntó por el próximo bus. ¡Bueno, no te preocupes! No se alejaron mucho. Alguien las levantaría o bien verían el bus y lograrían llegar hasta la próxima parada, o aún hasta la parada

siguiente a esa.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se marcharon, señora Jarman?

Se apartó un poco de la parada y el conductor a Woodstock siguió de largo, agradecido. Ni bien se perdió de vista alcanzó a ver otro, tan solo unos pocos metros detrás. Debía ser el suyo. El bus de dos pisos enfiló hacia la parada y la señora Jarman levantó la mano. A las siete y dos minutos estaba en casa.

Aunque viuda ahora, con los dos hijos grandes y casados, su vivienda, una casa de vecindad, símbolo de su orgullo y pobreza, representaba para ella un verdadero hogar, y su soledad no carecía de compensaciones. Se preparó una abundante cena, lavó los platos y encendió la televisión. Nunca había podido comprender por qué criticaban tanto los programas. Ella disfrutaba virtualmente de casi todos y, con frecuencia, hubiese deseado ver dos canales al mismo tiempo. A las diez de la noche vio los principales títulos en el noticiero, apagó el televisor y se fue a la cama. A las diez y media ya estaba profundamente dormida.

Fue también a las diez y media de esa noche cuando encontraron a una joven tirada en un patio de estacionamiento, en Woodstock. La habían asesinado brutalmente.

PRIMERA PARTE

EN BUSCA DE UNA CHICA

Capítulo 1

Miércoles 29 de septiembre

Desde St Giles', en el centro de Oxford, dos calles paralelas corren rumbo al norte, como las ramas de un diapasón. Sobre el perímetro norte de Oxford, cada una de ellas debe atravesar primero la transitada avenida de circunvalación por donde aceleran oleadas de automovilistas frenéticos, que huyen alegremente de las delicias de la vieja ciudad universitaria. El ramal este lleva a la ciudad de Banbury, y desde allí prosigue su bastante monótono rumbo hacia el corazón de la región industrial; el ramal oeste pronto deja al automovilista en la pequeña ciudad de Woodstock, a unos doce kilómetros al norte de Oxford, y desde allí en Stratford-upon-Avon.

El viaje desde Oxford hasta Woodstock es discretamente atractivo. Anchas banquetas de césped brindan una placentera sensación de amplitud, y en el pueblo de Yarnton, luego de avanzar tan solo unos tres kilómetros, una carretera de doble carril, con su área central reservada a una plantación de árboles en fila, apura por fin a los automóviles que comienzan a acelerar hasta pasar el aeropuerto, deshaciéndose de su anterior bloqueo. Por espacio de medio kilómetro, poco antes de Woodstock, sobre la mano izquierda, un muro de piedra gris marca el límite oriental de las extensas y hermosas tierras del Palacio Blenheim, esa magnífica mansión construida por la bondadosa Reina Anne, para su brillante general, John Churchill, Primer Duque de Marlborough. Altos e imponentes portones de hierro forjado señalan la entrada principal sobre la avenida que lleva al Palacio, y ahí se congregan los turistas, en la temporada de verano, para caminar en medio del señorial esplendor de los grandes salones, detenerse ante los enormes tapices flamencos de Malplaquet y Oudenarde, y ver la habitación donde nació el último vástago del linaje Churchill, el gran *sir* Winston en persona, quien ahora yace en el otrora apacible cementerio de la iglesia vecina al pueblo de Bladon.

Hoy, Blenheim predomina sobre la vieja ciudad. Pero no siempre fue así. Las sólidas casas grises alineadas a lo largo de la calle principal han sido testigo de tiempos más remotos y podrían relatar viejas historias, aunque ahora, en su mayoría, han sido elegantemente convertidas en negocios de regalos, antigüedades y *souvenirs*, y también en posadas. Siempre hubo, al parecer, un apreciable surtido en materia de hospedajes, y varios de los hoteles y posadas que hoy día se amontonan apretadamente a lo largo de las calles pueden jactarse no solo de poseer un linaje antiguo sino también un racimo de negras estrellas AA sobre sus brillantes letreros amarillos.

El *Black Prince* está situado a mitad de camino, bajando por una ancha calle lateral sobre la mano izquierda si uno viaja hacia el norte. Entre los pares de

Woodstock no puede reclamar ninguna rancia genealogía, y, parece sumamente improbable, por desgracia, que el hijo guerrero del Rey Eduard III alguna vez se haya reído, llorado, emborrachado o perseguido a alguna sirvienta en cualquiera de sus recintos. A decir verdad, uno de los directores de la compañía londinense que compró la vieja casa, con establos y todo, hace unos diez años, leyó en alguna guía de dudosa autenticidad que en algún lugar de las inmediaciones había nacido el príncipe. El funcionario recibió las calurosas felicitaciones del Directorio por tan oportuna investigación, y también por haber descubierto, a continuación, que el noble príncipe no figuraba, todavía, en la guía telefónica de Woodstock. *Black Prince* habría de ser, entonces. La habilidosa hija del primer gerente había copiado de una enciclopedia infantil, con una caligrafía adecuadamente antigua, una breve, aunque en cierto modo romántica, biografía del príncipe guerrero, y puso la obra terminada dentro del horno materno durante media hora a una temperatura de 212 °C. Al manuscrito así obtenido, reverencialmente amarillento por los años, lo habían enmarcado con prolijidad y a bajo costo, y ahora ocupaba un lugar de honor adecuado sobre la pared del salón para cócteles. Junto con los escudos de los colegios de Oxford colgados con prolijidad a lo largo de las bajas vigas tiznadas, añadía buen tono y clase.

Durante los últimos dos años y medio Gaye había trabajado como anfitriona residente del *Black Prince*, «*barmaid*», pensaba el gerente, era un poquito *infra dignitatem*. Y tenía sus razones. «Un jarro de tu mejor cerveza, amorcito», era un pedido que Gaye rara vez se veía obligada a satisfacer; por eso, ahora lo asociaba con el proletariado; aquí se trataba más a menudo de vodka con limón verde para las jóvenes y brillantes criaturas, cócteles Manhattan para los turistas norteamericanos, y *gin* con vermut francés —con un toque de aperitivo italiano— para los catedráticos de Oxford. Ella preparaba dichos menjunjes con experimentada seguridad, a partir de los plateados brillos y destellos de las botellas alineadas tentadoramente detrás del bar.

Al salón mismo, de gruesa alfombra, con sillas y asientos de pared forrados en un agradable tono naranja, lo bañaba una media luz que provocaba el efecto de claroscuros reminiscente, así se esperaba, de una escena navideña de Rembrandt. La propia Gaye era una muchacha atractiva, de pelo castaño rojizo, y esa noche del miércoles estaba impecablemente vestida con un traje de pantalón negro y una blusa blanca con volados. Un destello de piedras preciosas en los dedos anular y medio de la mano izquierda presagiaba una gentil advertencia para cualquier pegajoso *playboy* aficionado, y quizás —como algunos sostenían— una calculada invitación para un acaudalado tenorio profesional. De hecho, ella se había casado y divorciado, y vivía ahora con su hijo pequeño y una madre que se mortificaba, y no sin razón, por las costumbres levemente promiscuas de su preciosa hija, que había sido lo bastante desdichada como para casarse con ese «cerdo asqueroso». Gaye disfrutaba de su condición de divorciada tanto como le agradaba su trabajo, y tenía la intención de conservarlos a los dos.

La tarde del miércoles, como era habitual, había sido muy movida, y representó un cierto alivio poder anunciar, a las diez y veinticinco de la noche, con mucha amabilidad y firmeza, que ya servirían los últimos tragos. Un hombre joven, sentado en un banquito alto en el ángulo más recóndito del bar, empujó su vaso de *whisky* hacia adelante.

—De nuevo lo mismo.

Gaye lanzó una mirada irónica a esos ojos de mirar inestable, pero no dijo nada. Empujó el vaso del cliente debajo de una botella de *whisky* de primera calidad y la colocó sobre el mostrador, extendiendo su mano derecha y registrando mecánicamente la tarifa con la izquierda. El joven, obviamente, estaba ebrio. Buscó lenta e infructuosamente en sus bolsillos antes de encontrar el cambio correcto, y tras darle otro sorbo a su bebida se incorporó del asiento con cautela, midió la distancia hasta la puerta con mirada incierta y siguió por una línea lo más recta posible, dentro de lo que podía esperarse, dadas las circunstancias.

Al viejo patio de adoquines antaño traqueteados por los cascos de los caballos se accedía desde la calle a través de una angosta arcada, y esto había demostrado ser una invaluable ventaja para el *Black Prince*. La proliferación de multas por pasar el límite de las líneas amarillas, simples y dobles, que bordeaban los aun más inaccesibles y poco hospitalarios tramos de la calle, estaba cosechando un respeto a regañadientes por la ley, y cualquier establecimiento que ofreciera un lugar para estacionar «SOLO PARA CLIENTES, los automóviles quedan por cuenta y riesgo del propietario» era, definitivamente, un buen negocio. Esa noche, como era habitual, el patio estaba densamente poblado de los inevitables Volvos y Rovers. Un foco sobre la arcada arrojaba un parche de escasa iluminación sobre la entrada al estacionamiento; el resto permanecía en la más negra oscuridad. Fue en la esquina más remota de esta playa donde el joven se tambaleó, y casi en ese mismo lugar divisó confusamente algo detrás del coche más lejano. Miró y avanzó a tientas, en silencio. Luego, sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, y contra la puerta de un establo, cerrada con candado, vomitó, repentina y violentamente.

Capítulo 2

Miércoles 29 de septiembre

Tras el encuentro del cadáver, el señor Stephen Westbrook, gerente del *Black Prince*, llamó inmediatamente a la policía y esta actuó con loable presteza. El sargento Lewis, de la Policía del Valle del Támesis, le dio instrucciones rápidas y claras. Un patrullero llegaría al *Black Prince* en diez minutos: Westbrook debía asegurarse de que nadie dejara el edificio ni entrase al estacionamiento; si alguno insistía en marcharse, debía anotar el nombre completo y la dirección de la persona en cuestión; debía ser veraz en sus respuestas si alguien le preguntaba cuál era la razón de semejante alboroto.

La alegría de esa tarde se desinfló como un triste globo y, poco a poco, las voces se fueron apagando a medida que, de boca a boca, se difundía el rumor: hubo un crimen. Nadie se mostró ansioso por marcharse; dos o tres preguntaron si podían llamar por teléfono. De repente, todos volvieron a estar sobrios, incluyendo a un joven pálido que se encontraba en la oficina del gerente y cuyo *whisky*, casi intacto, aún estaba sobre la barra del salón.

Con la llegada del sargento Lewis y dos policías uniformados, un pequeño grupo se congregó, curioso, en la acera de enfrente. A esas personas no se les había pasado inadvertido el patrullero atravesado a la entrada del patio, sellando efectivamente la salida. Cinco minutos después llegó un segundo patrullero y los ojos se volvieron hacia el hombre de complexión liviana y pelo oscuro que se bajó de él. Conversó brevemente con el policía de guardia ahí afuera, asintió varias veces con la cabeza y entró al *Black Prince*.

Conocía al sargento Lewis solo superficialmente, pero pronto se sintió gratamente impresionado por la sensata aptitud de ese hombre. Los dos conferenciaron con tono enérgico y con mucha celeridad acordaron un procedimiento preliminar. Lewis, con la ayuda del segundo policía, debía hacer una lista de los nombres, las direcciones particulares y los registros de conducir de todas las personas que allí se hallaban, y tomarles, además, una breve declaración de cuáles habían sido sus movimientos esa tarde y adónde pensaban dirigirse al salir luego. Había más de cincuenta personas por entrevistar y Morse comprendió que eso les llevaría bastante tiempo.

—¿Trato de conseguirle más ayuda, sargento?

—Creo que entre los dos podemos arreglarnos, señor.

—Bien. Comencemos.

Una puerta, que constituía la entrada lateral al *Black Prince*, daba a la playa de estacionamiento y, con cautela, Morse salió por ella y miró a su alrededor. Contó trece automóviles estrechamente apiñados dentro del limitado espacio, pero podrían habersele escapado uno o dos, pues los coches estacionados a mayor distancia eran

poco más que oscuros bultos contra la alta pared trasera, y se preguntó cuántas proezas debían realizar sus embriagados dueños, por lo visto duchos en automovilismo avanzado, para maniobrar incólumes sus vehículos a través de la angosta salida desde la playa de estacionamiento. Con sumo cuidado iluminó los alrededores con su linterna y lentamente caminó por el lugar. El conductor del último automóvil estacionado sobre la mano izquierda del patio previsoramente había estacionado de culata sobre la estrecha franja y dejado más o menos un metro libre entre el lado del acompañante y la pared. Tendida a lo largo de ese espacio se hallaba la figura de una joven. Yacía sobre su costado derecho, la cabeza casi levantada contra el ángulo de las paredes, el largo pelo rubio ahora cruelmente vetado de sangre. A primera vista resultaba evidente que la habían asesinado con un pesado golpe dado en la parte posterior del cráneo y, detrás del cuerpo, estaba tirada una chata y pesada llave palanca, de aproximadamente unos cuatro centímetros de ancho por unos cuarenta y cinco centímetros de largo, esa clase de llave tan común por aquellos días anteriores al comienzo de las composturas de neumáticos instantáneas. Morse permaneció unos minutos contemplando la horrible escena a sus pies. La chica asesinada usaba un mínimo de ropas: un par de zapatos de altísimos tacos aguja, una muy breve minifalda azul oscuro y una blusa blanca. Nada más. Morse iluminó con su linterna la parte superior del cuerpo. El costado izquierdo de la blusa aparecía rasgado a lo ancho; los dos botones superiores estaban desabrochados y al tercero lo habían arrancado, descubriendo casi por completo los abultados pechos. Morse hizo destellar la linterna en torno e inmediatamente localizó el botón faltante: un disco pequeño, blanco, madreperla, le hacía guiños desde el suelo adoquinado. ¡Cómo odiaba los crímenes sexuales! Gritó algo al policía de guardia a la entrada de la playa de estacionamiento.

—¿Sí, señor?

—Necesitamos algunas lámparas portátiles.

—Eso nos ayudaría, supongo, señor.

—Consiga algunas.

—¿Yo, señor?

—¡Sí, usted!

—¿Y dónde voy a...?

—¿Y cómo diablos voy a saberlo? —rugió Morse.

Para las doce menos cuarto de la noche Lewis había terminado su tarea y se reportó a Morse, que estaba sentado con *The Times* en la oficina del gerente, bebiendo algo que tenía toda la apariencia de ser un *whisky*.

—¡Ah, Lewis! —Le arrojó el periódico a través del cuarto—. Eche un vistazo a 14 vertical. Adecuado, ¿no? Lewis miró la columna 14 vertical: *¿Admite a un soltero? Esto podría servirle* (tres letras). Vio lo que Morse había escrito en el diagrama completo: SOR. ¿Qué se suponía debía decir? Nunca antes había trabajado con Morse.

—Una buena pista, ¿no le parece?

Lewis, que ocasionalmente había trajinado las palabras cruzadas del *Daily Mirror* a la hora del café, no entendía nada y se sentía muy confundido.

—No estoy muy fuerte en crucigramas, señor.

—«Soltero», eso es SO y «recibir» es la letra «r», *recipe* en latín. ¿Nunca estudió nada de latín?

—No, señor.

—¿Piensa que le hago perder el tiempo, Lewis?

A Lewis no lo engañaban fácilmente y era un hombre bastante franco y de cierta integridad.

—Sí, señor.

Una simpática sonrisa resbaló por la boca de Morse. Pensó que iban a llevarse bien.

—Lewis, quiero que usted trabaje conmigo en este caso. —El sargento miró directamente a Morse y fijó la mirada en los ojos severos y grises. Se oyó decir que estaría encantado.

—Esto merece celebrarse —dijo Morse—. ¡Patrón! —Westbrook había estado yendo y viniendo por ahí afuera y entró a paso vivo—. Un *whisky* doble. —Morse empujó su vaso hacia él.

—¿Usted querría tomar algo, señor? —El gerente se volvió, con aire de duda, hacia Lewis.

—El sargento Lewis está de servicio, señor Westbrook.

Cuando volvió el gerente, Morse le pidió que reuniera a todos los presentes, incluyendo al personal, en la habitación más grande disponible y, bebiendo su *whisky* en completo silencio, hojeó las restantes hojas del periódico.

—¿Lee usted *The Times*, Lewis?

—No, señor, nosotros recibimos el *Mirror*. —Sonó como una confesión un poco lamentable.

—También yo, a veces —dijo Morse.

Quince minutos después de la medianoche, Morse entró al salón-restaurante donde ya todos estaban reunidos. Los ojos de Gaye se encontraron con los suyos; le sostuvo la mirada un instante, cuando él entró, y pudo sentir cómo ese hombre ejercía sobre ella una fuerte compulsión. Y no porque diera la impresión de desvestirla mentalmente, como la mayoría de los hombres que conocía; más bien era como si ya lo hubiese hecho. Lo escuchó con interés, mientras él hablaba.

Les agradecía toda su paciencia y colaboración. Ya se había hecho muy tarde y no era su intención retenerlos aun más. Ahora debían saber por qué la policía estaba allí. Había habido un asesinato en la playa de estacionamiento: una muchacha de pelo rubio. Les agradecería que todos los coches estacionados allí permanecieran donde estaban hasta la mañana siguiente. Sabía que a muchos esto les dificultaría el regreso a casa, pero ya había mandado pedir algunos taxis. Si alguien deseaba informarles a

él o al sargento Lewis cualquier cosa que pudiese resultar de interés o tener algún valor para la investigación, por insignificante que pareciese, que por favor esa persona permaneciera en el lugar. El resto podía irse.

A Gaye esta le pareció una actuación carente de inspiración. Hallarse por azar en la escena de un crimen debía, con toda seguridad, ser un poco más excitante que esto. Ahora se iría a su casa, donde su madre y su hijito estarían profundamente dormidos. Y aun si no lo estaban, no podría contarles mucho, ¿verdad? Para ese entonces la policía había estado allí más de una hora y media. No era exactamente lo que hubiese esperado de ellos, a juzgar por sus lecturas de Holmes o de Poirot, quienes, para ese momento, sin duda, ya hubiesen entrevistado a los principales sospechosos y sacado algunas deducciones sorprendentes de los fenómenos más triviales.

El murmullo que siguió al finalizar la breve alocución de Morse se desvaneció ni bien la mayoría de los clientes recogió sus abrigos y salió. Gaye se incorporó, también. ¿Había visto algo interesante o valioso? Rememoró esa tarde. Estaba, por supuesto, el joven que había encontrado a la chica... Lo había visto antes, pero no podía recordar bien quién lo acompañaba, ni cuándo. Y luego le vino a la cabeza: ¡pelo rubio! Ella había estado con él, ahí mismo, en el salón, apenas la semana anterior. Pero un montón de chicas se teñían el pelo por aquellos días. ¿Valdría la pena mencionarlo? Decidió que sí y fue hasta donde estaba Morse.

—Usted dijo que la muchacha asesinada tenía el pelo rubio. —Morse se la quedó mirando y movió la cabeza despacio, asintiendo—. Creo que vino aquí la semana pasada; ella estaba con el hombre que encontró su cuerpo esta noche. Los vi aquí. Yo trabajo en el salón.

—Esto es muy interesante, ¿señorita...?

—Señora. Señora McFee.

—Por favor, discúlpeme, señora McFee. Pensé que usted usaría todos esos anillos para ahuyentar a los pesados que vienen a la barra a babearse delante suyo.

Gaye se sintió indignada. Era un hombre detestable.

—Mire, inspector, cualquiera sea su nombre, vine para decirle algo que pensé podría ayudar. Si usted va a...

—Señora McFee, —la interrumpió Morse con dulzura, contemplándola con una mirada limpia y franca—. Si viviera por aquí cerca, yo mismo vendría a verla todas las noches de la semana para regodearme ante su vista.

Justo después de la una de la mañana, una primitiva, aunque razonablemente efectiva tanda de lámparas portátiles quedó fijada alrededor de la playa de estacionamiento. Morse había dado instrucciones a Lewis para demorar al joven que había encontrado a la chica asesinada hasta tanto tuviesen oportunidad de investigar el patio con más detenimiento. Ahora, los dos hombres inspeccionaban la escena ante ellos. Había una gran cantidad de sangre, y cuando el sargento Lewis bajó la vista para mirar a la

muchacha, sintió un fuerte asco por la violencia y la insensibilidad del asesino. Morse parecía más interesado en el cielo cubierto de estrellas, allá arriba.

—¿Le gusta estudiar las estrellas, Lewis?

—Leo el horóscopo de vez en cuando, señor.

Morse aparentó no oír.

—Una vez supe de un grupo de escolares, Lewis, que trató de reunir un millón de fósforos. Luego de haber llenado la escuela entera, los chicos decidieron que debían volverlos a poner dentro de las cajas. —Lewis consideró que su deber era decir algo, pero no se le ocurrió ningún comentario adecuado.

Poco después, Morse dirigió su atención hacia asuntos más terrenales, y ambos volvieron a mirar a la muchacha asesinada. La llave de palanca y el solitario botón blanco yacían donde Morse los había visto antes. No había mucho más por ver, salvo el reguero de sangre seca que iba casi de un extremo al otro de la pared trasera.

El joven estaba sentado en la oficina del gerente. Aunque esperaba que llegase tarde, su madre comenzaría ya a preocuparse, y también él. Por fin Morse hizo su entrada a la una y treinta, en tanto el médico forense, los fotógrafos y los hombres encargados de tomar las huellas digitales iban y venían, atareados, por la playa de estacionamiento.

—¿Nombre? —le preguntó.

—Sanders, John Sanders.

—¿Usted encontró el cuerpo?

—Sí, señor.

—Hábleme de eso.

—No hay mucho para decir, en realidad.

Morse sonrió.

—Entonces no hay necesidad de retenerlo por más tiempo, ¿no es verdad, señor Sanders?

El joven se agitó con nerviosismo. Morse, sentado frente a él, le clavó la mirada y esperó.

—Bueno, precisamente caminaba por el estacionamiento y allí estaba ella. Ni la toqué, pero supe que estaba muerta. Volví directamente para decírselo al gerente. Morse asintió con la cabeza.

—¿Algo más?

—No, no creo.

—¿Cuándo se descompuso usted, señor Sanders?

—¡Ah!, sí, me descompuse.

—¿Fue antes o después de haber visto a la chica?

—Después. Me debe haber revuelto el estómago verla allí; un ataque de nervios, o algo así, supongo.

—¿Por qué no me dice la verdad?

—¿Qué quiere decir?

Morse suspiró.

—Usted no vino aquí con su auto, ¿verdad?

—No tengo auto.

—¿Suele usted dar un paseo por la playa de estacionamiento antes de irse a su casa? —Sanders no dijo nada—. ¿Cuánto bebió usted esta noche?

—Unos pocos *whiskies*; no estaba borracho.

—Señor Sanders, ¿quiere que yo lo averigüe mediante un tercero? —Era obvio, por la actitud de Sanders, que difícilmente le agradara un interrogatorio por el estilo—. ¿A qué hora llegó usted aquí? —prosiguió Morse.

—¿A eso de las siete y media?

—Y usted se emborrachó y salió a vomitar. —Sanders asintió a regañadientes—. ¿Acostumbra beber solo?

—Por lo general, no.

—¿A quién estaba esperando? —Sanders no respondió—. ¿Y ella no apareció?

—No, —respondió Sanders, categórico.

—Aunque, ella sí vino, en realidad, ¿no es cierto?

—No, ya se lo dije, estuve solo todo el tiempo.

—Pero, ella sí vino, en realidad, ¿no es cierto? —repitió Morse, con suavidad. A Sanders se lo veía derrotado—. Ella vino —continuó Morse con el mismo tono bajo—. Sí, ella vino y usted la vio. La vio en la playa de estacionamiento, y estaba muerta.

El joven asintió con la cabeza.

—Mejor será que tengamos una pequeña charla, usted y yo, —dijo Morse, con poca corrección gramatical.

Capítulo 3

Jueves 30 de septiembre

Al encontrarse a solas en el dormitorio de Sylvia Kaye, Morse se sintió considerablemente aliviado. Los macabros deberes de la noche habían terminado y encendió el mecanismo de defensa natural para su mente fatigada. Deseaba olvidar cómo había despertado a la señora Dorothy Kaye y mandado llamar a su marido para que saliera del turno nocturno en la sección soldaduras de la fábrica de automotores Cowley; las inútiles y groseras recriminaciones y el dolor abrumador de su amarga e inútil desgracia. La madre de Sylvia estaba ahora bajo el efecto de unos calmantes, aplazando así el día y el cálculo de lo ocurrido, en tanto el sargento Lewis se encontraba en la jefatura interiorizándose de todo cuanto le era posible por medio del padre de Sylvia. Llenó muchas páginas con escrupulosas anotaciones, aunque dudaba de que todo eso sirviera para mucho. En media hora se reuniría con Morse.

El dormitorio era pequeño, uno de los tres cuartos de la primorosa casa de vecindad en Jackdaw Court, una apacible calle en forma de medialuna con cercas de madera carcomidas, a unos pocos minutos de marcha desde Woodstock Road. Morse se sentó en la angosta cama y miró a su alrededor. Se preguntaba si la pulcritud de la cama era obra de mamá, pues el resto de la habitación delataba la descuidada y desprolija forma de vivir de la muchacha asesinada. Un gran retrato a todo color de un artista pop estaba clavado de un modo bastante precario encima del fuego a gas en el antepecho de la chimenea, y Morse se dijo que comprendería mejor a los jóvenes de haber tenido hijos adolescentes; tal como estaban las cosas, la identidad de ese atractivo muchacho se perdía en el anonimato y, cualesquiera hubiesen sido sus proclamados méritos, Morse habría de ignorarlos para siempre. Algunas prendas de ropa interior colgaban de la mesa y la silla que, junto con un ropero de madera blanca, constituían, en esencia, los únicos otros muebles. Con sumo cuidado, Morse recogió un corpiño negro transparente tirado sobre la silla. Su pensamiento retrocedió hasta esa primera vislumbre de Sylvia Kaye, se detuvo allí unos segundos para regresar, lentamente, a través de los tortuosos vericuetos de esas últimas y desagradables horas. Una pila de revistas femeninas estaba amontonada en desorden sobre el alféizar de la ventana, y Morse pasó superficialmente, con un chasquido de su dedo, por consejos de maquillaje, problemas personales y horóscopos. Ni un solo párrafo sobre pornografía. Abrió la puerta del ropero y con un perceptible mayor interés examinó la colección de polleras, blusas, pantalones y vestidos. Limpio y desprolijo. Zapatos a montones, ultramodernos, puntiagudos, feos; a ella, el dinero no le faltaba. Sobre la mesa Morse vio un folleto de viajes ofreciendo excursiones a Grecia, Yugoslavia y Chipre; hoteles blancos, mares azules y, en letra menuda, todo

acerca del seguro obligatorio y normas de vacunación contra la viruela; también una carta del empleador de Sylvia explicando las complejidades del IVA y un diario; este último nada revelaba, salvo una anotación para el 2 de enero: «Frío. Fui a ver *La hija de Ryan*».

Lewis llamó a la puerta del dormitorio y entró.

—¿Encontró algo, señor? —Morse miró con fastidio a su alegre sargento y no dijo nada—. ¿Me permite? —preguntó Lewis, con la mano revoloteando sobre el diario.

—Adelante —dijo Morse.

Lewis examinó el diario, y pasó con cuidado las páginas correspondientes al mes de septiembre. Al no hallar nada, revisó con gran meticulosidad cada una de ellas.

—Llenó solo un día, señor.

—No llegué hasta ahí —contestó Morse.

—¿Para usted, «frío» significa un día frío o que ella estaba resfriada^[1]?

—¿Cómo voy a saberlo? —espetó Morse— ¿y qué demonios importa?

—Podríamos averiguar en qué cine daban *La hija de Ryan* la primera semana de enero —sugirió Lewis.

—Sí, podríamos. Y cuánto le costó el diario y quién se lo dio y dónde compra sus biromes. ¡Sargento! ¡Estamos dirigiendo una investigación por homicidio, no de una papelería!

—Lo lamento.

—Aunque tal vez tenga razón, —agregó Morse.

—Tampoco el señor Kaye tenía mucho para decirme, me temo. ¿Usted quería verlo?

—No. Deje tranquilo a ese pobre hombre.

—De esa forma no adelantaremos mucho.

—Bah, no lo sé —contestó Morse—. La señorita Kaye usaba una blusa blanca, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Un corpiño de qué color usaría su mujer debajo de una blusa blanca?

—Uno muy clarito, supongo.

—¿Se pondría un corpiño negro?

—No, porque se transparentaría.

—Hum... Dicho sea de paso, Lewis, ¿usted sabe cuál era la hora fijada para encender las luces ayer por la tarde?

—Así, de improviso, no se lo puedo decir, —respondió Lewis— pero puedo averiguárselo enseguida.

—No es necesario —dijo Morse—. Según el diario que usted acaba de inspeccionar, ayer, 29 de septiembre, se conmemoraba el día de San Miguel Arcángel, y el horario de encendido estaba fijado para las siete menos veinte de la tarde.

Lewis, detrás de su policía superior, bajó por las estrechas escaleras, preguntándose qué vendría después. Antes de llegar a la puerta de calle, Morse volvió a medias la cabeza:

—¿Qué piensa del Movimiento de Liberación Femenina, Lewis?

A las once de la mañana el sargento Lewis entrevistó al gerente de la Compañía de Seguros Town & Gown^[2] ubicada en el segundo y tercer pisos sobre una floreciente tabaquería en High Street. Sylvia había trabajado allí —ese había sido su primer empleo— por poco más de un año. Era dactilógrafa, pues había sido incapaz de convencer al colegio de secretarías en donde había estudiado durante dos años, al terminar la escuela, de que los torpes y a menudo indescifrables garabatos en su cuaderno de taquigrafía guardaban suficiente relación con las misivas dictadas originalmente. Pero su mecanografía era razonablemente exacta y limpia, y la compañía, tal como el gerente le asegurase a Lewis, no tenía quejas sobre su difunta empleada. Ella había sido puntual y discreta.

—¿Atractiva?

—Y bien, eh... sí, supongo que lo era —replicó el gerente—. Lewis tomó nota y deseó que Morse estuviese allí, pero el inspector se había declarado sediento y se había ido a *The Minster*, en la calle de enfrente.

—Ella trabajaba, según me contó usted, con otras dos chicas —dijo Lewis—. Sería mejor, me parece, conversar un ratito con ellas, si usted me lo permite.

—Por supuesto, policía.

A míster Palmer, el gerente, se lo vio un poquito aliviado.

Lewis interrogó a las dos señoritas por espacio de largo rato. Ninguna era «amiga íntima» de Sylvia. Hasta donde sabían, ella no tenía novio policía. Sí, de vez en cuando había alardeado de sus hazañas sexuales; pero eso hacía la mayoría de las chicas. Con sus compañeras se mostraba bastante amistosa, pero no era, en realidad, «una de ellas».

Lewis revisó su escritorio. Las chucherías de rigor. Un pedacito de espejo roto, un peine con algunos pelos rubios, el *Sun* del día anterior, lápices en abundancia, gomas de borrar, cintas para máquina de escribir, carbónicos. Sobre la pared, detrás del escritorio de Sylvia, habían colgado una fotografía de Omar Sharif, flanqueada por una lista de los feriados escrita a máquina. Lewis vio que Sylvia se había tomado quince días de vacaciones durante la segunda mitad de julio, y preguntó a las dos chicas si sabían adonde había ido.

—Se quedó en su casa, creo —respondió la mayor de las dos muchachas, una chica callada, de aspecto serio y poco más de veinte años.

Lewis suspiró.

—¿No parecen saber mucho acerca de ella, verdad?

Las muchachas no respondieron. Lewis se esforzó todo cuanto pudo para lograr

un poco más de colaboración, pero tuvo poco éxito. Abandonó la oficina poco antes del mediodía, y se dirigió hacia *The Minster*.

—Pobre Sylvia —dijo la chica más joven una vez que él se marchó.

—Sí, pobre Sylvia —contestó Jennifer Coleby.

En efecto, y en cierto modo para su sorpresa, Lewis descubrió a Morse en la barra «reservada para caballeros» en la parte trasera de *The Minster*.

—¡Ah, Lewis! —Se puso de pie y colocó su vaso vacío sobre la barra—. ¿Qué va a tomar? —Lewis pidió un jarro de cerveza blanca—. Dos jarros de su mejor cerveza —pidió Morse, de muy buen humor, al hombre detrás de la barra—. Y sírvase uno también usted.

A Lewis le resultó claro que antes de su llegada el tema de conversación había sido las carreras de caballos. Morse recogió un ejemplar de *Sporting Life* y se encaminó hacia la esquina con su asistente.

—¿Le gusta apostar, Lewis?

—A veces juego unos pocos chelines en el Derby y en la Nacional, señor, pero no tengo el hábito de jugar.

—Consérvese así —dijo Morse, con una nota de seriedad en la voz—. Pero mire aquí, ¿qué piensa de eso? —Desplegó el diario de carreras y señaló uno de los caballos que corría a las tres y cuarto en Chepstow—: *The Black Prince*. Bien merece una libra, ¿qué me dice, sargento?

—Una extraña coincidencia, por cierto.

—Diez a uno —contestó Morse, bebiéndose toda la cerveza de un trago.

—¿Le va a apostar, señor?

—Acabo de hacerlo —replicó Morse, lanzando una mirada al viejo barman.

—¿No es ilegal, señor?

—Jamás estudié ese aspecto de la ley. —«No le interesa resolver este asesinato»— pensó Lewis, y como si Morse leyera esas palabras no dichas, de repente le pidió un informe sobre la posición de la difunta en la Compañía de Seguros Town & Gown. Lewis se lució lo mejor que pudo y Morse no lo interrumpió. Parecía bastante más interesado en su jarro de cerveza. Cuando terminó, Morse le pidió que regresara a la jefatura, mecanografiase sus informes y luego se fuera a su casa para dormir un poco. Lewis no discutió. Se sentía cansado como un perro y el sueño rápidamente se estaba convirtiendo, para él, en un lujo a duras penas recordado.

—¿Nada más, señor?

—No hasta mañana, en que se reportará conmigo a las siete y media en punto, salvo si quiere apostar unos chelines al *Black Prince*.

Lewis buscó en el bolsillo y sacó cincuenta peniques.

—A ganador y a placé, ¿le parece?

—Si gana se va a querer matar —contestó Morse.

—Está bien. Cincuenta peniques a ganador.

Morse tomó los cincuenta peniques y, al salir, Lewis vio cómo el barman se

embolsaba la moneda y servía otro jarro al enigmático Inspector Principal.

Capítulo 4

Viernes 1 de octubre

Puntual, a las siete y media de la mañana siguiente, Lewis llamó a la puerta del inspector. Al no recibir respuesta, hizo girar la perilla con cautela y asomó la cabeza para espiar. Ninguna señal de vida. Regresó al salón de entrada y le preguntó al sargento en la recepción si ya había llegado el inspector Morse.

—No lo vi.

—Dijo que vendría a las siete y media.

—Bueno, usted conoce al inspector...

Ojalá lo conociera, pensó Lewis. Se fue hasta el otro extremo para recoger los informes que tan penosamente había mecanografiado la tarde anterior y los releyó de cabo a rabo, con suma atención. Aunque se esforzó muchísimo, había pocos elementos para avanzar. Siguió rumbo a la cantina y pidió una taza de café. El policía Dickson, un policía a quien Lewis conocía muy bien, atacaba con gran entusiasmo un plato de tocino con tomates.

—¿Cómo van las tareas con el homicidio, sargento?

—Recién estamos en los comienzos.

—Con el viejo Morse a cargo, ¿eh?

—Sí.

—Un tipo raro, ¿no es cierto? —Lewis no discrepó—. Voy a decirte algo —dijo Dickson—. Estuvo aquí hasta pasada la medianoche y tuvo, literalmente, a todo el mundo a los saltos, de un lado a otro. Calculo que todos los teléfonos de la jefatura estaban al rojo vivo. ¡Santo Dios, cómo trabaja ese tipo, cuando quiere!

Lewis se sintió un poco avergonzado. Él había dormido dulce y profundamente desde las seis de la tarde anterior hasta esa mañana a las seis. Morse merecía dormir —pensó— y se sentó a beber su taza de café.

Diez minutos después, un Morse recién afeitado avanzaba a paso vivo.

—¡Ah, ahí está usted, Lewis! Lamento llegar tarde. —Pidió un café y se sentó frente a él—. Malas noticias para usted, me temo. —Lewis levantó la vista y lo miró a los ojos—. Perdió su dinero. El matungo ese entró segundo.

Lewis sonrió.

—No se preocupe, señor. Ojalá usted no haya perdido demasiado.

Morse sacudió la cabeza.

—¿Yo? No, yo no perdí nada. A decir verdad, me gané unas libras. Jugué a ganador y a placé.

—Pero... —comenzó Lewis.

—Apúrese —dijo Morse— y termine su café. Tenemos mucho trabajo.

Durante las cuatro horas siguientes los dos se atarearon clasificando el abundante flujo de informes, consecuencia del amplio margen de investigaciones iniciadas por Morse el día anterior. A las doce del mediodía Lewis tuvo la sensación de conocer a Sylvia Kaye mejor que a su esposa. Leyó cada informe con sumo cuidado —órdenes de Morse— y sintió que unos cuantos hechos comenzaban a fijársele en la cabeza. Morse, tal como Lewis advirtió, se devoraba los informes a una velocidad sorprendente, y tenía el aspecto de alguien que hojease una aburrida novela. Con todo, en distintas ocasiones habría de releer el tedioso informe con gran concentración, como si este lo fascinara.

—¿Y bien? —preguntó finalmente Morse.

—Creo que tengo las cosas bastante claras, señor.

—Bien.

—Al parecer, usted encontró uno o dos de los informes muy interesantes, señor.

—¿Yo? —La voz de Morse tuvo un tono de sorpresa.

—Se pasó unos diez minutos con ese del colegio de secretarias, aunque solo tiene media página.

—Es usted muy observador, Lewis, pero lamento desilusionarlo. ¡Era el informe peor escrito de cuantos he visto en años, con no menos de doce gravísimos errores gramaticales en diez renglones! ¿A dónde va a ir a parar esa institución?

Lewis no sabía adónde iría a parar la institución y no tuvo el valor de explorar los hallazgos estadísticos del inspector acerca de su propio estilo errático. En vez de eso, preguntó:

—¿Estaremos llegando a alguna parte, cree usted, señor?

—Lo dudo —respondió Morse.

Lewis no estaba tan seguro. Los movimientos de Sylvia el miércoles anterior parecían haber quedado establecidos. Se había marchado de la oficina en High Street a las cinco de la tarde y casi con certeza atravesó caminado los doscientos metros, más o menos, hasta la parada de buses N.º 2, afuera del Colegio Universitario. A las seis menos veinticinco llegó a su casa y se sirvió una buena comida. Le avisó a su madre que regresaría tarde y volvió a salir a eso de las seis y media, vistiendo, hasta donde podía demostrarse, las ropas con las cuales la encontraron. De una u otra manera había llegado a Woodstock. Todo eso le parecía a Lewis un punto de partida bastante promisorio por tratarse de unas pocas investigaciones preliminares.

—¿Quiere que vaya a la empresa de buses, señor, y vea a los chóferes que cubren el recorrido a Woodstock?

—Ya lo hicimos —contestó Morse.

—¿No sirvió? —La voz del sargento denotaba su desilusión.

—No creo que haya viajado en bus.

—¿En taxi, señor?

—Muy poco probable, ¿no cree?

—No sé, señor, podría no salir tan caro.

—Quizás no, pero me parece algo muy improbable. Si hubiese querido un taxi, lo hubiese pedido por teléfono desde la casa: tienen teléfono.

—Puede haber hecho justamente eso, señor.

—Pero no lo hizo. Nadie de la familia Kaye hizo ninguna llamada telefónica ayer desde la casa.

Lewis comenzaba a experimentar un peligroso sentimiento de falta de confianza.

—No parezco ser de gran ayuda —dijo. Pero Morse ignoró el comentario.

—Lewis, ¿cómo iría usted desde Oxford a Woodstock?

—En automóvil, señor.

—Ella no tenía automóvil.

—¿Se hizo llevar por alguna amiga?

—Usted escribió el informe. No daba la impresión de tener muchas amigas.

—Un amigo, entonces. ¿Cómo lo ve, señor?

—¿Y usted?

Lewis pensó unos segundos.

—Un poco raro si fue con un amigo. ¿Por qué no pasó a buscarla por su casa? —Eso mismo, ¿por qué no?

—Quizás porque nadie pasó a buscarla por su casa...

—Exacto. La madre la vio salir caminando.

—Entonces entrevistó usted a la madre, señor.

—Sí, hablé con ella anoche.

—¿Está muy trastornada?

—Tiene espaldas anchas, Lewis, y me simpatiza bastante. Por supuesto, está terriblemente trastornada y conmovida. Pero no tan acongojada como pensé que lo estaría. De hecho, imagino que su hermosa hija la mortificaba bastante.

Morse fue hasta un enorme espejo al otro lado, sacó un peine y comenzó a peinar su cada vez más rala cabellera. Con todo cuidado atravesó unas cuantas hebras a lo ancho de una amplia zona descubierta en la parte posterior de su cráneo, volvió a guardar el peine en el bolsillo y preguntó a un atónito sargento Lewis qué opinaba sobre el efecto.

—¿Sabe usted, Lewis?, si Sylvia no fue en bus, en taxi o con algún amiguito, ¿cómo diablos hizo para llegar a Woodstock? Y recuerde que, de un modo u otro, ella se las ingenió para llegar a Woodstock.

—Debe haber hecho dedo, señor.

Morse continuaba inspeccionándose en el espejo.

—Sí, Lewis, eso creo yo también. Y por eso mismo... —volvió a sacar el peine para dar unos retoques más a sus dispersos cabellos—, y por eso mismo debo ponerme presentable para aparecer esta noche por televisión. —Tomó el teléfono y pidió una llamada con el Superintendente—. Vaya y almuerce algo, Lewis. Lo veré más tarde.

—¿Puedo pedir algo para usted, señor?

—No, debo cuidar la silueta —contestó Morse.

La muerte de Sylvia Kaye había figurado con todo dramatismo en la edición vespertina del jueves del *Oxford Mail*, y en un lugar destacado de la prensa nacional el viernes por la mañana. En la tarde del viernes tanto los noticieros de la BBC como de la televisión independiente emitieron un reportaje hecho al Inspector Principal Morse, quien solicitó la colaboración de toda persona que hubiese pasado por Woodstock Road entre las siete menos veinte y las siete y cuarto de la tarde del miércoles 29 de septiembre. Morse informó al país que la policía buscaba a un hombre muy peligroso que podía atacar de nuevo en cualquier momento, porque el asesino de Sylvia Kaye, cuando fuese llevado ante la justicia, no solo debería afrontar el cargo de homicidio premeditado sino también el de agresión sexual y violación.

Lewis había permanecido en segundo plano mientras Morse enfrentaba a los camarógrafos y se unió a él una vez terminada su aparición.

—¡Maldito viento! —exclamó Morse, el pelo levantado en un copete enmarañado.

—¿En realidad piensa usted que podría asesinar a alguien más, señor?

—Tengo mis serias dudas —contestó Morse.

Capítulo 5

Viernes 1 de octubre

Todas las noches de la semana, con raras excepciones, el señor Bernard Crowther salía de su pequeña casa de vecindad sobre Southdown Road, en North Oxford, alrededor de las diez menos veinte. Cada noche su rumbo era idéntico. Luego de cerrar metódicamente tras de sí el portón blanco que encerraba una pequeña y desigual franja de césped, iba a doblar a la derecha, caminaría hasta el final de la calle, volvería a doblar a la derecha, y se encaminaría, con perceptible resolución en sus largos pasos, hacia el bar *Fletcher's Arms*. Aunque se expresaba muy bien, de hecho era catedrático de inglés en el Lonsdale College, le resultaba algo difícil de explicar, tanto a su esposa, que lo desaprobaba, como también a sí mismo, por qué lo atraía tanto ese *pub* para nada extraordinario, con su poco selecta pero constante y simpática clientela.

Sin embargo, la noche del viernes 10 de octubre, alguien podría haber visto a Crowther quedarse casi inmóvil durante algunos minutos tras cerrar el portón del jardín detrás suyo, la mirada al suelo, perturbado, como perdido en insondables y agitados pensamientos, y luego girar hacia la izquierda, contra su costumbre e inclinación. Con lentitud se dirigió hasta el final de la calle donde, sobre la mano izquierda, junto a una hilera de destartados talleres mecánicos, había una cabina de teléfono público. Impaciente, en el mejor de los casos, y este no lo era, esperó desasosegado e incómodo, yendo de un lado a otro, mientras consultaba su reloj y echaba miradas furiosas a la obesa mujer dentro de la cabina telefónica que parecía desorientada para enfrentar la amenaza del artefacto delante suyo, un aparato telefónico que no cooperaba en absoluto y sus propias maniobras, con una sola mano, buscando el cambio justo entre diversas monedas que guardaba en su bolso. Pero ella seguía luchando y Crowther, en un raptó de generosidad, se preguntó si de pronto alguno de sus hijos se habría enfermado gravemente, con el papá en el turno de la noche y nadie más para ayudar. Pero, en realidad, no creía que la llamada de esa mujer fuese tan importante como la que él estaba a punto de hacer. Siempre le habían llamado la atención los noticieros, por muy banales que fuesen las noticias comentadas, pero esa que habían transmitido en el de la BBC, a las nueve de la noche, distaba mucho de ser trivial. Podía recordar textualmente las palabras empleadas por el inspector de policía: «Nos alegraría mucho si cualquier automovilista...». Sí, él podía decirles algo, pues había desempeñado cierto papel en esos aterradores y trágicos sucesos. Pero... ¿qué iba a decirles? No podía contarles la verdad. Ni siquiera en parte. Su frágil decisión comenzó a desmoronarse. Le daría a esa desgraciada mujer un minuto más; un solo minuto y nada más.

A las diez menos diez de esa misma noche un excitado sargento Lewis llamó por teléfono al Inspector Principal Morse.

—Un comienzo, señor. Tenemos un comienzo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Un testigo, señor. Una tal señora Mabel Jarman. Vio a la muchacha asesinada...

—Querrá decir —lo interrumpió Morse— que vio a la chica que asesinaron luego, supongo.

—Eso es. Podemos conseguir una declaración completa tan pronto como queramos.

—¿Quiere decir que todavía no tiene ninguna?

—Nos telefoneó hace apenas cinco minutos, señor. Estoy yendo directamente para allá. Vive en el vecindario. Me pregunto si usted querría venir.

—No —contestó Morse.

—Muy bien, señor. Tendré todo pasado a máquina y listo por la mañana.

—Bien.

—Un poco de suerte, con todo, ¿no? Pronto daremos con esta otra chica.

—¿Qué otra chica? —preguntó Morse con voz calma.

—Bueno... verá usted, señor...

—¿Cuál es la dirección de la señora Jarman? —A regañadientes Morse se quitó las chinelas y alargó la mano para tomar sus zapatos.

—Hiciste tu aparición un poco tarde, Bernard. ¿Qué te pasó?

Bernard era muy querido en *Fletcher's Arms*, siempre dispuesto a pagar la ronda de sus tragos... y la de los otros. Todos los habituales lo tenían por un hombre de cierto prestigio académico, pero era un buen oyente, festejaba los últimos chistes tan estruendosamente como su vecino y, en ocasiones, él mismo despotricaba con gran elocuencia contra la estupidez del gobierno y la incompetencia del Oxford United. Pero esta noche no habló de ninguna de esas cosas. Para las diez y veinticinco ya se había bebido tres jarros de la mejor cerveza blanca, con su experimentada fluidez habitual, y se puso de pie para irse.

—¿Otra antes de irte, Bernard?

—No, gracias. Ya tomé bastante de ese pis de caballo por esta noche.

—¿Castigado de nuevo?

—Siempre estoy en desgracia.

Caminó de regreso muy despacio. Sabía que si la luz del dormitorio estaba encendida, Margaret, su mujer, estaría leyendo en la cama, esperando solo que el vagabundo de su marido regresara. Si no había luz, con toda probabilidad estaría mirando televisión. Tomó una decisión tan tonta como las que tomaba de niño, cuando corría con el auto hasta el poste de alumbrado más cercano. Si ella estaba

acostada, entraría directamente; si todavía estaba levantada, telefonaría a la policía. Dobló por la calle y de inmediato vio que la luz del dormitorio estaba encendida.

La señora Jarman prestó testimonio de un modo enérgico, por no decir agitado. Demostró tener una memoria sorprendentemente lúcida y las notas del sargento Lewis comenzaron a abultar con datos de diversos sucesos. Morse le dejó las cosas a él. Se preguntaba si Lewis había estado en lo cierto al pensar que este era el gran comienzo y concluyó, tras reflexionar, que sí lo estaba. Lo impacientaba y aburría el bien entrenado, minucioso e incluso pedante tecnicismo empleado por el sargento al indagar y preguntar sobre la cronología del encuentro en la parada de ómnibus. Pero debía hacerse así, lo sabía, y también era consciente de que Lewis se estaba desempeñando muy bien. Los dejó en esa tarea durante unos tres cuartos de hora.

—Bueno, le agradezco mucho, señora Jarman. —Lewis cerró su cuaderno y miró a su jefe con expresión apacible y satisfecha.

—Tal vez —dijo Morse— deba pedirle que venga a vernos mañana por la mañana. El sargento Lewis ya habrá pasado a máquina su declaración y nos gustaría que usted la leyera para ver si está todo bien; una simple formalidad, como usted comprende.

—Lewis se puso de pie para irse, pero con una disimulada mirada Morse lo conminó a volver a sentarse.

—Me pregunto, señora Jarman —continuó Morse— si podría hacernos un último favor. Me encantaría tomar una taza de té. Se lo tarde que se ha hecho pero...

—Claro que sí, inspector. ¡Haberlo dicho antes! —Se apresuró a salir y los policías oyeron un chorro de agua y el entrecocar de unas tazas.

—Y bien, sargento, hizo usted un buen trabajo.

—¡Gracias, señor!

—Ahora escuche. Ese bus. Póngase en contacto con él lo antes posible.

—Pero usted dijo que ya había verificado los ómnibus, señor.

—Bueno, verifique de nuevo.

—Muy bien.

—Y también —prosiguió Morse— está ese camión. Con un poco de suerte podremos dar con él.

—¿Cree que podremos?

—Consiguió tener definida la hora; ¿qué otra cosa pretende, hombre?

—¿Algo más, señor? —preguntó Lewis, en voz baja.

—Sí. Quédese aquí y tome unas cuantas notas más. No tardaré mucho.

Se abrió la puerta de la cocina y la señora Jarman reapareció.

—Me preguntaba si los caballeros no desearían un poquito de *whisky* en lugar de té. Tengo una botella desde Navidad y yo no acostumbro a beber.

—Vaya, vaya —dijo Morse—, es usted una mujer muy sagaz, señora Jarman.

Lewis esbozó una sonrisa. Ya sabía lo que iba a pasar. *Déjà vu*.

—Pienso que un poco de escocés me hará bien. ¿Quizás usted también quiera servirse?

—¿Yo? No, señor, yo voy a tomar una tacita de té, si no le importa. —Abrió un cajón del aparador y sacó dos vasos de cristal.

—Un vaso solo, entonces, señora Jarman —dijo Morse—. Es una lástima, lo sé, pero el sargento Lewis está aquí de servicio y, como usted comprenderá, un policía no debe consumir ninguna bebida alcohólica mientras está de servicio. No querrá usted hacerlo infringir la ley, ¿verdad?

Lewis refunfuñó entre dientes.

Morse sonrió ante la generosa medida de *whisky*, mientras su asistente revolvía, con sobriedad, la diminuta taza con un té de un desagradable color marrón oscuro.

—Señora Jarman, me gustaría hacerle una o dos preguntas más sobre lo que usted le contó al sargento Lewis. ¿No estará demasiado cansada, espero?

—¡Oh, no!

—¿Recuerda usted cómo parecía estar esta «otra chica»? ¿Estaba de mal humor? ¿Un poco nerviosa?

—No creo que estuviese... bueno, no sé. Tal vez un poco nerviosa.

—¿Un poco asustada?

—No, eso no. Un poco... algo... eh... agitada. Sí, eso es, un poco agitada.

—¿Agitada e impaciente?

—Me parece que sí.

—Bien, ahora quiero que vuelva con la mente atrás. Cierre los ojos, si así lo desea, e imagínese otra vez en la parada de buses. ¿Puede recordar algo, cualquier cosa, que ella haya dicho? Le preguntó si el bus siguiente iba a Woodstock. Usted ya nos contó eso. ¿Algo más?

—No me acuerdo, no creo poder acordarme.

—Ahora bien, señora Jarman, no se precipite. Relájese y vuelva a ver todo otra vez. Tómese su tiempo.

La señora Jarman cerró los ojos y Morse la observó con vehemente expectativa. Ella no decía nada. Por fin, Morse rompió el embarazoso silencio:

—¿Qué hay sobre la chica asesinada? ¿Dijo algo? Quería hacer dedo, según nos contó usted.

—Sí, ella siguió diciéndole algo parecido a «Vamos».

—¿«Todo va a salir bien»? —agregó Morse.

—Sí, eso es: «Todo va a salir bien. Mañana por la mañana nos moriremos de risa al acordarnos».

A Morse se le heló la sangre. Permaneció completamente inmóvil. Pero la memoria de la señora Jarman había llegado al fondo.

Morse se aflojó.

—La hemos retenido hasta tarde, pero ha estado usted magnífica. Y este debe ser

un *whisky* de primerísima calidad, ¿no es cierto?

—¡Oh!, ¿querría servirse otro poquito, señor?

—Bueno, quizás no me negaría, señora Jarman. Sí, un poco más del mejor escocés que haya probado en años.

Cuando la señora Jarman se volvió para volver a llenarle el vaso, Morse indicó con un gesto imperioso a Lewis que se quedara donde estaba, y durante la siguiente media hora, con la mayor sutileza, intentó refrescar la memoria de la buena señora acerca de su encuentro casual con la chica asesinada y su compañera. Pero resultó en vano.

—Algo más, señora Jarman. Cuando venga a vernos por la mañana, llevaremos a cabo una rueda de identificación. No llevará más de uno o dos minutos.

—¿Significa eso que usted quiere que yo...? ¡Ay, Dios mío!

A las doce menos cuarto de la noche Morse y Lewis se despidieron de la señora Jarman. Estaban de pie junto a sus respectivos automóviles cuando la puerta de calle se abrió de repente y la señora Jarman avanzó de prisa hasta Morse.

—Hay algo más, señor. Acabo de recordarlo. Cuando usted me dijo cierre los ojos y vuelva a imaginarse todo. Pensé en algo. Esa otra chica, señor. Cuando corrí, torcía los pies hacia afuera; ¿sabe lo que quiero decir, señor?

—Sí —contestó Morse.

Los dos hombres regresaron a la jefatura. Luego de preguntar si se habían recibido más llamadas telefónicas y al saber que no, Morse convocó a Lewis a su despacho.

—¿Y bien, mi amigo? —Morse parecía complacido consigo mismo.

—¿Usted le dijo que íbamos a tener una ronda de identificación? —preguntó un Lewis perplejo.

—Sí, vamos a tenerla. Ahora respóndame esto. ¿Cuál fue, en su opinión, el hecho más importante de todo cuanto nos contó la señora Jarman?

—Nos dio muy pocos datos realmente valiosos.

—Sí, así es. Pero hubo un solo hecho que, en verdad, le puso los pelos de punta, ¿no es cierto?

Lewis intentó parecer inteligente.

—¿Acaso no supimos —continuó Morse— que las muchachas habrían de morirse de risa al recordarlo, a la mañana siguiente?

—¡Ah, ya veo! —respondió Lewis, sin ver nada.

—¿Ve usted lo que significa? Iban a encontrarse por la mañana; la mañana del jueves, y sabemos que Sylvia Kaye estaba empleada y sabemos dónde, ¿no es cierto?

—Entonces la otra chica también trabaja ahí.

—La evidencia parecería señalar en esa dirección, Lewis.

—Pero yo estuve allá, señor, y ninguna de ellas mencionó ni una sola palabra.

—¿No le parece muy interesante?

—¿Por lo visto no hice un buen trabajo, no? —Lewis miraba desconsolado la

alfombra del Inspector Principal.

—¿Pero acaso no lo ve? —prosiguió Morse—; ahora sabemos que una de las chicas... ¿Cuántas había allá?

—Catorce.

—Que una de esas chicas, en el mejor de los casos, retiene una evidencia fundamental y, en el peor, nos ha contado una sarta de mentiras.

—Pero yo no hablé con todas, señor.

—¡Hombre de Dios!, ¿acaso no sabían ellas con cuál motivo había ido usted allí? Una de sus compañeras es asesinada. Un sargento de la patrulla de homicidios llega a la oficina. ¿Para qué diablos, piensan ellas, habrá ido usted? ¿Para prestar el servicio de mantenimiento a las máquinas de escribir? No, usted procedió bien, Lewis. Usted no obligó a nuestra muchachita a tejer su intrincada red para nosotros. Para ella todo está bien y así es como yo espero que lo crea. —Morse se puso de pie—. Váyase a dormir un rato, Lewis. Tiene mucho trabajo mañana temprano. Pero, antes de irse, consígame la dirección particular del señor Palmer. Se impone que le hagamos una breve visita, creo.

—¿No estará pensando en despertarlo a esta hora, verdad, señor?

—No solo voy a despertarlo, como usted lo expresa, Lewis, también voy a pedirle, con suma delicadeza, claro está, que me abra la oficina para revisar los cajones personales de unas catorce jovencitas. Será un trabajo excitante.

—¿No necesita una orden de allanamiento, señor?

—Jamás entendí qué dice la ley sobre las órdenes de allanamiento —se quejó Morse.

—Insisto señor: debería tener una.

—Y tal vez me pueda decir dónde diablos encontraré al que quiera firmar una orden a esta altura de la noche... o de la madrugada.

—Pero ¿y si el señor Palmer insiste acerca de sus derechos legales...? —comenzó a decir Lewis.

—¡Le diré que estamos tratando de descubrir quién violó y asesinó a una de sus chicas —rugió Morse— y no buscando postales obscenas provenientes de Pwllheli^[3]!

—¿No quiere que lo acompañe, señor?

—No. Haga como le dije y váyase a la cama.

—Buena suerte, entonces, señor.

—No la necesitaré —respondió Morse—. Aunque usted no lo crea, puedo ser muy convincente cuando quiero. El señor Palmer saltará de la cama como si tuviese una pulga en el pantalón del pijama.

* * *

Pero el gerente de la Compañía de Seguros Town & Gown, aunque condescendió a salir de la cama, se rehusó de plano a quitarse el pijama, ni el saco, como tampoco el

pantalón. Preguntó a Morse con qué autoridad pensaba registrar las oficinas, y tan pronto como hubo establecido que Morse no tenía ninguna, demostró ser inflexible ante cuanta lisonja y amenaza Morse intentó desplegar. El inspector se dio cuenta de cuánto había subestimado a ese gerentucho. No obstante, tras prolongadas negociaciones, acordaron una política. Reunirían a todo el personal de la compañía en la oficina del gerente a las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, y se les preguntaría si tendrían inconveniente alguno en que la policía abriese toda correspondencia personal que llegara. De no haber ninguna objeción (eso Palmer lo aseguraba), el inspector podría abrirla sin excepción y, de ser necesario, sacar copias confidenciales de cualquier carta que pudiera tener algún valor. Además, un poco más tarde, esa misma mañana, todas las empleadas deberían asistir a una ronda de identificación en la jefatura del *Thames Valley*. Palmer necesitaría cierto tiempo para conseguir un armazón que oficiara de teléfono público, y otros asuntos de vital importancia. Menos mal que era sábado: la oficina cerraba al mediodía.

Quizás, pensó Morse al mirar hacia atrás, las cosas no habían salido tan mal, después de todo. Exhausto, manejó hasta la jefatura y se preguntó por qué, con toda su experiencia, se había lanzado tan alocadamente a semejante plan, tan desatinado y probablemente inútil, como este propuesto por él. No obstante, y por eso mismo, pensó que, de un modo extraño, no estaba errado. Podía sentir en los huesos la necesidad de obrar con premura en esta etapa de la investigación. Se sentía sereno para afrontar un gran descubrimiento, aunque en esta etapa no podía saber cuántos hallazgos habrían de necesitarse antes de resolver este caso. Tampoco podía conocer que, de una manera extrañamente perversa, la negativa de Palmer a dejarlo entrar en el edificio sin autorización le significaría un gigantesco golpe de suerte. Porque una carta dirigida a una de las señoritas empleadas por Palmer ya estaba en camino, y ningún poder sobre la tierra, salvo la ineficiencia de algún inocente empleado encargado de la distribución, podría impedir, como realmente sucedió, su rápida entrega.

Morse regresó a la jefatura y pasó la hora siguiente ante su escritorio. Terminó a las cuatro y cuarto de la mañana y se acomodó en su silla de cuero negro. No tenía ningún sentido irse a casa ahora. Meditó sobre el caso, al principio con un lento y metódico análisis de los hechos conocidos hasta el momento y luego con eso que, de haber estado más despierto, le hubiese gustado llamar una serie de súbitas e intuitivas corazonadas, cada una de las cuales lo depositaba en zonas crepusculares y tenebrosas. Pero sabía que todo cuanto había ocurrido la tarde del miércoles tenía su causalidad en las actividades de determinadas personas, y que esas personas habían estado motivadas por las pasiones corrientes: amor, odio, codicia y celos. De ningún modo representaba eso todo el enigma. Era solo el entrecruzamiento de las piezas de un rompecabezas, esas piezas que ahora llegarían a sus manos. Se adormeció. A intervalos soñó con una atractiva *barmaid* pelirroja y una belleza rubia con el pelo cubierto de sangre. Siempre soñaba con mujeres, por lo visto. A veces se preguntaba

con qué soñaría de haberse casado. Con mujeres, probablemente, pensó.

Capítulo 6

Sábado 2 de octubre, por la mañana

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó Judith, la secretaria privada del señor Palmer—. ¡Van a abrir nuestras cartas, eso dijo!

—Podrías haberle dicho que no —replicó Sandra, una chica afable e incompetente, cuyo único mérito era no haber hecho ningún progreso, ni de categoría ni tampoco en su salario, desde que ingresara a la empresa tres años atrás.

—Estuve a punto de hacerlo —terció Ruth, una muchacha puro revolotear de pestañas y cerebro de mosquito—. Si Bob me mandó una de esas tan ardientes... ¡uf! —Lanzó unas cuantas risitas nerviosas.

Casi todas eran jóvenes y solteras y vivían con sus padres, y debido al retraso con que el correo entregaba la correspondencia por la mañana y al temor de que aquellos metieran las narices en asuntos ajenos, varias de ellas habían alentado a sus relaciones a enviarles las cartas a la oficina. De hecho, eran tantas las cartas recibidas con la leyenda «Privado y Confidencial», «Personal» y otras por el estilo, que un observador ingenuo podría haber supuesto que la Town & Gown era la sede de un servicio secreto de inteligencia. Pero Palmer toleraba ese leve abuso de confianza con filosófica calma, al tiempo que vigilaba con ojos de lince las facturas de teléfono de la oficina. En su opinión, ese era un arreglo justo.

Cada una de las chicas, a su manera, había quedado un poquito intimidada ante Morse, y todo cuanto este les solicitó, con voz sosegada, fue aceptado sin que se oyese el más mínimo murmullo de disenso. Por supuesto, todas estaban deseosas de cooperar. De todas formas, solo iban a darle copias de la correspondencia, y todo sería tratado con la mayor confidencialidad. Sin embargo, Ruth lanzó un sonoro suspiro de alivio al descubrir que esa mañana Bob había agotado, momentáneamente, su repertorio de lujuriosas insinuaciones. Por muy comprensivos que fuesen, en fin...

—Es nuestro deber, pienso, ayudarlos a descubrir todo sobre la pobrecita Sylvia —dijo Sandra—. Pese a su bajo cociente intelectual, era una chica muy sensible y se hallaba profundamente acongojada, y un tanto atemorizada, por la muerte de Sylvia. Con su ingenuo modo de ser, deseaba poder aportar algo a la investigación, y se sintió decepcionada, aunque no sorprendida, por no haber recibido ninguna carta.

Llegaron siete cartas personales y dos postales para que Morse las estudiara, y a medida que les iba echando una mirada superficial antes de colocarlas en la fotocopidora sentía que todo esto era un tanto absurdo. Pero aún faltaba la ronda de identificación, sobre la cual albergaba grandes esperanzas, aunque aquí también, bajo la luz más serena de la mañana, el índice de sus expectativas había caído unos cuantos puntos.

—¿Estuviste antes en una ronda de identificación? —preguntó Sandra.

—Claro que no —respondió Judith—. La gente no se involucra en un crimen todas las semanas, ¿no es cierto?

—Lo pregunté por preguntar.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Ruth.

—Haremos lo que nos digan. —Judith creía fervorosamente en las virtudes de la autoridad, y a veces deseaba que el señor Palmer, aunque era muy gentil, por supuesto, se mostrase algo más firme y no tan amistoso con una o dos de las empleadas.

—Una vez vi una en el cine —comentó Sandra.

—Y yo vi una por la tele —dijo Ruth—. ¿Será parecido?

Luego habrían de juzgar que sí era parecido. Decepcionante, en realidad. Una mujer de aspecto indescriptible pasó caminando y las miró, una por una, a medida que ellas decían: «¿Usted sabe a qué hora pasa el próximo ómnibus?». No le inspiraba miedo a nadie. Aunque... ¿no habría sido espantoso si ella te hubiese puesto una mano sobre el hombro? Pero no lo hizo. Pasó por delante de todas las chicas y luego se dio media vuelta y caminó de regreso para terminar yéndose. Ese inspector... tenía esperanzas, ¿no? Y fue bastante cómico al final, ¿no te parece? Correr hasta la puerta al otro extremo del patio... ¿Qué quiso decir todo eso?

—En la película atraparon al ladrón —dijo Sandra.

—Y también en la tele —agregó Ruth.

—No deben creer en todo lo que ven —las amonestó Judith.

Morse estaba sentado en su oficina al mediodía, cuando entró Lewis.

—¿Y bien, señor? ¿Algún indicio?

Morse sacudió la cabeza.

—¿Ninguno, en absoluto?

—Cree que una o dos podrían ser ella.

—Bueno, eso acorta un poco los límites, señor.

—En realidad, no. He visto cómo los abogados defensores hacen polvo a los testigos que juran sobre la tumba de sus abuelos estar completamente seguros al hacer una identificación. No, Lewis, no nos sirve de mucho, me temo.

—¿Y qué hay de esa otra idea suya, señor? Usted sabe, la chica tenía una extraña manera de correr.

—¡Ah, sí!, las hicimos correr. Todo bien.

Lewis sintió que había puesto el dedo en la llaga.

—Entonces ningún indicio, señor.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Así es, Lewis. No sirvió de nada. Y se les podría haber ocurrido, sí, se les podría haber ocurrido a cualquiera de los integrantes de la patrulla de homicidios, a

mí, Lewis, y también a usted, que todas las chicas corren del mismo maldito modo, torciendo los pies. —Disparó esas últimas palabras a la cara del sargento, quien esperó ver amainar el vendaval.

—Un poco de cerveza le caería bien, señor.

Morse pareció alegrarse.

—Quizás tenga razón.

—Traigo algunas novedades, señor.

—Cuénteme.

—Bueno, en cuanto al bus... queda descartado. Conseguí al chófer y al guarda del bus que salió de Carfax a las seis y media de la tarde, por la ruta 4E. De cualquier forma, en el bus no había más de una docena de pasajeros, en su mayoría regulares. Casi con plena seguridad, nuestras dos chicas no llegaron en bus a Woodstock.

—Tampoco tenemos la certeza de que ambas hayan llegado a Woodstock —dijo Morse.

—Pero Sylvia sí llegó, ¿no es cierto, señor?, y la otra muchacha preguntó por el bus que iba allí...

—Empiezo a preguntarme si, al fin y al cabo, la señora Jarman será una testigo tan valiosa.

—Creo que sí lo es, porque esa es la única mala noticia.

—¿Tiene usted alguna noticia buena? —Morse trató de que su voz sonara un poco más alegre.

—Bueno, está ese camión que mencionó la vieja. Fue bastante fácil ubicarlo. Verá usted, en Cowley tienen ese sistema para las carrocerías. Cuando...

—Sí, ya sé. Hizo un trabajo muy minucioso, Lewis. Pero ahórrese los detalles.

—Él se acuerda de ellas. Un tal George Baker; vive en Oxford. Y escuche esto, señor: vio a las dos chicas subir a un auto. Un auto rojo: está bien seguro. Manejaba un tipo, no una mujer. Lo recordó porque a menudo levanta a los que hacen dedo, en especial si son chicas; y vio a esas dos, justo al otro lado de la rotonda: a unos cincuenta metros más adelante. Él las hubiera levantado, dijo, pero ese otro coche se detuvo y él tuvo que salir detrás de él para poder pasar. Vio muy bien a la rubia.

—Los hombres somos unos tipos despreciables, ¿no es verdad? —dijo Morse—. ¿Usted las hubiese levantado?

—Por lo general no lo hago, señor. Pero sí cuando llevan uniforme. Me alegró que me levantaran un par de veces cuando estuve de servicio en la calle.

Morse reflexionó cuidadosamente sobre esta nueva evidencia. Las cosas, por lo visto, comenzaban a cambiar.

—¿Qué dijo usted acerca de una cerveza?

Se sentaron en silencio en el *White Horse*, en Kidlington, y Morse determinó que la cerveza era tomable. Por fin rompió el silencio.

—Un auto rojo, ¿eh?

—Sí, señor.

—Un interesante trabajo de investigación para usted. ¿Cuántos hombres en Oxford poseen autos rojos?

—Un buen número, señor.

—¿Quiere decir algunos miles?

—Supongo que sí.

—Pero ¿podríamos averiguarlo?

—Supongo que sí.

—¿Semejante problema no superará la inteligencia de nuestras eficientes fuerzas?

—Supongo que no, señor.

—Pero, y ¿qué pasa si no vive en Oxford?

—Bueno, sí. También está eso.

—Lewis, me parece que la cerveza le está embotando el cerebro.

Pero si el alcohol empañaba el cacumen de Lewis, tenía el efecto contrario en Morse. Su mente comenzó a funcionar con una lucidez pasmosa. Le ordenó a Lewis tomarse el fin de semana libre, dormir un poco, olvidarse de Sylvia Kaye y llevar a su mujer de compras. Lewis se puso contento al oírlo.

Morse, que no era un fumador empedernido, compró un paquete de veinte cigarrillos largos y fumó y bebió continuamente hasta las dos de la tarde. ¿Qué sucedió en realidad la tarde del último miércoles? Lo atormentaba pensar que había tenido lugar una serie de sucesos, para nada extraordinarios en sí mismos; que cada hecho era la lógica consecuencia del anterior. Si tan solo su mente pudiera proyectarse dentro de una serie de conexiones naturalmente causales, podría resolver el caso. No se precisaba dar un sorprendente salto visionario desde la ignorancia hasta el esclarecimiento. Tan solo se necesitaba una serie de secuencias lógicas. Pero cada una de esas secuencias lo depositaba en un callejón sin salida, como los dibujos en esos laberintos para niños donde un camino lleva hasta el tesoro y todos los demás te llevan al borde de la página. Vuelve a comenzar.

—Lo lamento, pero debo pedirle que termine su bebida —dijo el patrón.

Capítulo 7

Sábado 2 de octubre, por la tarde

Morse pasó la tarde del sábado 2 de octubre descansando, levemente embriagado, en su oficina. A eso de las cuatro y media ya se había fumado el atado de cigarrillos y pidió más por teléfono. La cabeza se le aclaraba cada vez más. Creyó empezar a distinguir un aún muy borroso esquema de los sucesos de la tarde del miércoles 29 de septiembre. Sin nombres; sin tener todavía ninguna idea de algún nombre; pero un esquema, al fin de cuentas.

Echó un vistazo a las cartas que había copiado en la Compañía; conformaban un miserable atadito. Algunas las descartó de inmediato; ni siquiera un psiquiatra trastornado hubiese podido establecer la más endeble de las hipótesis con cinco de las nueve evidencias. Una de las postales decía: «Querida Ruth, hace buen tiempo, ayer fuimos a nadar dos veces. Vi una medusa muerta en la playa. Te quiere, T.». Qué triste ser una medusa, pensó Morse. Solo tres de las misivas llamaron la atención de Morse; luego dos; luego una. Se trataba de una nota mecanografiada dirigida a la señorita Jennifer Coleby y decía lo siguiente:

De mi consideración:

Luego de haber evaluado las unumerosas solicitudes recibidas, lamentamos infromarle que la suya no ha resultado seleccionada. No obstante lo anteidcho, ponemos en su conocimiento que a princpios de noviembre se abrirán nuevas vacantes, y, para hablarle con absoluta franqueza, le hago saber lo mucho que deploraría dejar pasar la oportunidad de reconsiderar su nombramiento.

En este momento hemos asingado el cupo de puestos previstos pra septiembre al Depratamento de Psicología, mas no deja de ser posible que necesitemos un asistente con calificaciones fehacietemente comprobables, para que tome a su crago diversas responsabilidades de rutina en la oficina del Sr. Director.

La saluda muy atentamente,

Estaba firmada por alguien que no parecía estar particularmente ansioso por que gritaran su nombre a los cuatro vientos. Una «A» inicial era lo suficientemente clara, pero el florido garabato del cual pendía hubiese resultado un enigma hasta para el mismísimo Champollion.

Conque la señorita Jennifer Coleby anda buscando un nuevo trabajo, se dijo Morse. ¿Y qué? Todos los días cientos de personas se postulaban para nuevos empleos. A veces hasta él mismo pensó en hacerlo. Se preguntó si valdría la pena seguir dándole vueltas a esa dichosa carta. Mal escrita (característica de esta época): imperdonables erratas. Y errores de ortografía. En las escuelas nadie se preocupaba mucho, hoy en día, por tener un buen estilo en el uso del idioma. Él había recibido una educación rigurosa: errores de ortografía, de puntuación y de sintaxis eran

severamente sancionados por pedagogos que se sentían ultrajados, y eso dejaba su marca. Se había vuelto pedante y quisquilloso; recordó ese grotesco informe tan mal escrito por uno de los miembros de su personal, que leyera apenas dos días antes, cuando mentalmente fue sumando los errores como un examinador al evaluar el trabajo de un candidato. «Psicología». Sí, estaba mal en esta carta; entre otras palabras. El país se volvía más y más analfabeto, gracias a todos esos conceptos fantasiosos de los educadores progresistas. Si su propia secretaria le hubiese presentado una basura semejante, la habría despedido ¡hoy mismo! Pero ella era excepcional. Las iniciales de Julia al pie de cualquier carta eran el visto bueno más confiable de una página mecanografiada de un modo prolijo y sin tacha. Pero... a ver... un minuto... Morse volvió a estudiar la carta que tenía ante él. Ninguna referencia. En absoluto. ¿La había tipeado el propio A. Cualquier cosa? De haberlo hecho... ¿Quién era él? ¿Un administrador *sénior* en el departamento de alguna universidad? De haberlo hecho... A Morse se lo veía cada vez más perplejo. ¿Por qué no había ningún membrete? ¿Se estaba atormentando por nada?

Y bien, había una sola manera de resolver el problema. Miró su reloj. Ya eran las cinco y media. Probablemente la señorita Coleby estuviese ahora en casa, pensó. ¿Dónde vivía? Leyó los minuciosos detalles escritos por Lewis respecto de la dirección en North Oxford. ¿Alguna idea interesante? Morse comenzaba a enterarse de la existencia de unas cuantas avenidas que ni siquiera había comenzado a explorar. Se puso el abrigo y salió a buscar el auto. Mientras manejaba los tres kilómetros hasta llegar a Oxford, decidió que, hasta donde le fuese posible, se despojaría de toda clase de prejuicios contra la señorita Jennifer Coleby. Pero no era algo fácil de hacer pues, si se podía confiar en la memoria de la señora Jarman, la ambiciosa señorita Coleby era una de las tres muchachas que podían haber viajado a Woodstock esa noche con la finada Sylvia Kaye.

Jennifer Coleby alquilaba, con sus otras dos compañeras, una de las dos casas de vecindad ubicadas en Charlton Street, donde cada una de ellas pagaba un alquiler semanal de £8,25, incluyendo luz y gas. Esto representaba una suculenta tajada de casi £25 libras por semana para el previsor propietario que, unos seis años atrás, les había echado la zarpa a las dos propiedades por lo que ahora resultaba ser una bicoca de £6500. Pero también era una bendición para las tres chicas empleadas en la compañía, las cuales, mediante un desembolso tan accesible, se sentían razonablemente felices de compartir el angosto cuarto de baño y el aún más reducido retrete. Cada chica tenía su propio dormitorio (uno en la planta baja), la cocina era adecuada para prepararse la cena y todas usaban el *living* para descansar, charlar y mirar televisión cuando estaban en casa. Estos arreglos, aparte del cuarto de baño, funcionaban sorprendentemente bien. Durante el día rara vez estaban todas las chicas juntas y, hasta el momento, habían evitado cualquier enfrentamiento grave. El

propietario les había prohibido llevar amigos varones a los dormitorios y las muchachas habían aceptado su orden sin protestar. Hubo, claro está, algunas infracciones a la prohibición, pero la familia jamás se había degenerado hasta el punto de practicar una promiscuidad evidente. Las jóvenes se habían impuesto una norma: ningún tocadiscos y, gracias a ella, al menos, los vecinos de mayor edad les estaban profundamente agradecidos. Mantenían la casa aseada y limpia, tal como Morse lo notó ni bien abrió la puerta una chica triste que comía un emparedado de tomate.

—He venido a ver la señorita Coleby, si me permite. ¿Está ella en casa?

Unos ojos oscuros y lánguidos lo miraron con cautela, y Morse se sintió tentado de guiñarle un ojo, a su vez.

—Por favor, espere un minuto. —Comenzó a salir lentamente, pero de pronto volvió la cabeza para preguntarle:

—¿A quién debo anunciar?

—Eh... Morse. Inspector Principal Morse.

—¡Oh!

Una indiferente Jennifer de pulcro aspecto, vestida de blusa y *jeans*, apareció para saludar a Morse, sin aparente entusiasmo.

—¿Puedo ayudarlo, inspector?

—Me pregunto si podemos tener una breve charla a solas. ¿Ahora le resulta oportuno?

—Tendrá que resultarme, supongo. Pero, será mejor que pase usted.

Morse fue llevado al *living*, donde se había sentado la señorita Ojosnegros, simulando estar enfrascada en un relato sobre el partido de Arsenal contra Tottenham.

—Sue, este es el inspector Morse. ¿Tendrías inconveniente en que hablemos aquí?

Sue se puso de pie y de un modo un tanto teatral, pensó Morse, apagó el receptor. Él observó sus movimientos lentos y llenos de gracia y sonrió para sí, con gesto de aprobación.

—Estaré arriba, Jen. —Miró a Morse antes de irse, vio la sonrisa incipiente en las comisuras de su boca y más tarde juraría a Jennifer que él le había guiñado un ojo.

Jennifer invitó a Morse a sentarse en el sofá y se ubicó frente a él, en un sillón.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

Morse advirtió un ejemplar de *Villette*, de Charlotte Brontë, que se balanceaba como un acento circunflejo sobre el brazo del sillón.

—Estoy —pura rutina, claro está— investigando los movimientos de todas las... eh... personas...

—¿Sospechosas?

—No, no, las que trabajaban con Sylvia. Comprenderá usted, es necesario hacer esta clase de cosas.

—Por supuesto. Me sorprende que no lo haya hecho antes.

Morse se sintió un tanto desconcertado. A decir verdad, ¿por qué no lo había hecho antes? Jennifer prosiguió:

—El último miércoles por la tarde, llegué a casa un poco más tarde de lo habitual; di una vuelta por Blackwell para gastar un vale que me habían dado por un libro. La semana pasada fue mi cumpleaños. Volví a casa a eso de las seis, creo. Usted sabe cómo se pone el tránsito a la peor hora. —Morse asintió con la cabeza—. Bueno, comí algo —las otras chicas ya estaban aquí— y salí a dar una vuelta, sí, a eso de las seis y media, me parece. Regresé a eso de las ocho; quizás un poco más tarde.

—¿Podría decirme adónde fue?

—Fui a la biblioteca Summertown.

—¿A qué hora cierra esa biblioteca?

—A las siete y media.

—Usted permaneció allí casi una hora.

—Esa parece ser una conclusión razonable, inspector.

—Parece ser mucho tiempo. Por lo general, yo solo me quedo unos minutos.

—A lo mejor usted no es muy exigente en materia de lecturas.

Aquí tenemos algo, reflexionó Morse. Jennifer hablaba con una dicción clara y fluida. Una buena educación, por lo visto. Pero había algo más. Esa muchacha tenía un aire de disciplinada independencia, y se preguntó cómo se llevaría con los hombres. Pensó que le resultaría difícil hacer grandes progresos con esta jovencita; a menos, claro, que ella se lo permitiese. Pero, así lo sospechaba, ella podía ser, en realidad, muy gentil.

—¿Está leyendo ese libro?

Posó con suavidad una mano arreglada con esmero sobre *Villette*.

—Sí. ¿Lo ha leído usted?

—No creo —confesó Morse.

—Debería hacerlo.

—Intentaré recordarlo —murmuró Morse—. ¿Quién se suponía llevaba la batuta en esta entrevista? —Así, pues... ¿se quedó usted una hora?

—Ya se lo dije.

—¿Alguien la vio allá?

—Les hubiese dado trabajo no hacerlo, ¿no cree?

—Sí, eso supongo. —Morse sintió que perdía terreno.

—¿Sacó usted algo? —De pronto se sintió un poco mejor.

—Le interesará saber que también saqué esto. —Señaló un enorme volumen, que también yacía abierto sobre la alfombra delante del aparato de televisión.

—Mary comenzó a leerlo.

Morse lo levantó y miró el título. ¿*Quién fue Jack el Destripador?*

—¡Hum!

—Estoy segura de que usted lo habrá leído.

El estado de ánimo de Morse comenzó a hundirse de nuevo.

—No creo haber leído ese relato en particular. No.

De pronto, Jennifer sonrió.

—Lo lamento, inspector. Soy una especie de ratón de biblioteca, y, a decir verdad, tengo bastante más tiempo libre que usted.

—Volvamos a retroceder por un instante al miércoles, señorita Coleby. Según dijo, usted volvió a eso de las ocho.

—Sí, más o menos. Podrían haber sido las ocho y cuarto, e incluso las ocho y media, pienso.

—¿Había alguien aquí cuando volvió usted?

—Sí. Sue estaba en casa. Pero Mary se había ido al cine. A ver *El día del Chacal*, creo. Volvió recién a eso de las once.

—Ya veo.

—¿Debo pedirle a Sue que baje?

—No. No es necesario molestarla. —Morse comprendió que, posiblemente estaba perdiendo el tiempo, pero se aguantó—. ¿Cuánto tiempo tarda en caminar hasta la biblioteca?

—Unos diez minutos.

—Pero le tomó a usted casi una hora, quizás, en caso de no haber regresado hasta las ocho y media...

Otra vez esa simpática sonrisa, los dientes blancos y parejos, insinuando una burla amable en torno de sus labios.

—Inspector, ¿no cree que sería mejor preguntarle a Sue si recuerda la hora?

—A lo mejor sí —dijo Morse.

Cuando Jennifer salió de la habitación Morse miró en torno suyo con ojos sombríos y agotados, cuando de repente, una idea relampagueó en su mente. Veloz como un rayo tomó el ejemplar de *Villette*, examinó la parte interior de la tapa, y hábilmente lo volvió a colocar sobre el brazo del sillón. Sue entró y enseguida confirmó que, hasta donde podía recordar, Jennifer había regresado a la casa en algún momento después de las ocho. No podía ser más exacta. Morse se puso de pie para marcharse. No había mencionado el punto que había ido a discutir, y tampoco iba a hacerlo. Eso podía esperar.

Se quedó sentado unos minutos al volante de su auto y sintió que la sangre le hervía y se le congelaba. Casi no podía creer lo que habían visto sus ojos. Pero lo había visto en negro sobre blanco o, más bien, en azul oscuro sobre blanco.

Morse conocía la rutina de la biblioteca de Oxford demasiado bien, pues rara vez devolvía los libros que sacaba con cierta irregularidad sin tener que pagar una multa por haberse atrasado. La biblioteca trabajaba por semana, no por día, en el caso de los libros prestados, y cada «semana» comenzaba los días miércoles. Si se sacaba un libro un miércoles, la fecha de devolución vencía exactamente catorce días después: en la quincena de ese miércoles. Si se sacaba un libro el jueves, la fecha de devolución era una quincena después del miércoles siguiente, o sea, veinte días

después. El sello con la fecha se cambiaba todos los jueves por la mañana. Ese modo de trabajar de miércoles a miércoles les simplificaba mucho las cosas a los empleados de la biblioteca, y era calurosamente recibido por aquellos usuarios que encontraban que setecientas u ochocientas páginas eran una asignación excesiva para cumplir con ella dentro de catorce días exactos. Morse debería verificarlo, por cierto, pero estaba seguro de que solo quienes sacaban libros los miércoles debían devolverlos dentro del plazo estricto de catorce días. Todo aquel que sacase un libro cualquier otro día de la semana gozaría de unos cuantos días extraordinarios de gracia. Si Jennifer Coleby había sacado de la biblioteca *Villette* el miércoles pasado, el sello con la fecha de devolución hubiese dicho miércoles 13 de octubre. Pero no decía eso. Decía miércoles 20 de octubre. Morse supo, fuera de toda duda razonable, que Jennifer le había mentado sobre sus movimientos la noche del crimen. ¿Y por qué? Para esas cruciales preguntas parecía haber una respuesta muy simple.

Morse permaneció sentado en su automóvil fuera de la casa. Por el rabillo del ojo vio cómo se sacudían levemente las cortinas del salón, pero no pudo ver a nadie. Quienquiera hubiese sido, decidió dejar madurar las cosas un poco más. Necesitaba un poco de aire fresco, de todos modos. Dejó las puertas del auto cerradas con llave y se fue caminando despacio calle abajo, giró a la izquierda para tomar por Banbury Road y caminó ahora con paso más vivo en dirección a la biblioteca. Cronometró su tiempo con sumo cuidado: nueve minutos y medio. Interesante. Se encaminó hasta la puerta de la biblioteca donde había un cartel que decía: EMPUJE. Pero no lo hizo. La biblioteca había cerrado dos horas antes.

Capítulo 8

Sábado 2 de octubre

A Margaret, la esposa de Bernard Crowther, no le gustaban los fines de semana, y dirigía las tareas del hogar de modo tal que tampoco su marido, su hija de doce años y el varón de diez podían disfrutarlos demasiado. Margaret tenía un empleo de tiempo parcial en la Escuela de Estudios Orientales, y siempre tuvo la sospecha que, a lo largo de toda la semana, pasaba más horas en sus pesadas labores que las dedicadas en conjunto al trabajo por su gentil y estudioso marido y su egoísta y perezosa prole. El fin de semana, ellos así lo consideraban, era un tiempo de bien merecido descanso, pero ninguno pensaba en ella. «¿Qué vamos a desayunar, mami? ¿Todavía no está lista la comida?». Por añadidura, hacía el lavado semanal los sábados por la tarde y los domingos se esforzaba lo más posible por limpiar la casa. A veces pensaba que iba a volverse loca.

A las cinco y media de la tarde del sábado 2 de octubre, de pie ante la piletta de la cocina, se sentía amargada. Había cocinado huevos poché para el té («¿Cómo, otra vez?») y se encontraba ahora lavando los grasosos platos amarillos. Los chicos estaban pegados a la televisión y hasta dentro de una hora, o algo así, no volverían a sentirse aburridos. Bernard (ella debería estarle agradecida por esas pequeñas acciones) cortaba el cerco de ligustro al fondo de la casa. Sabía cuánto detestaba ocuparse del jardín, pero esa era una tarea que ella no estaba dispuesta a asumir. Ojalá se apurase un poco. La exasperaba el puntilloso cuidado que le dedicaba a cada centímetro cuadrado del maldito cerco. Pronto entraría para decir que le dolían los brazos. Lo observó. Se estaba quedando pelado y se había puesto un poco gordo, pero, supuso, todavía resultaba un hombre atractivo para ciertas mujeres. Hasta hacía poco tiempo jamás se había lamentado por haberse casado con él quince años atrás. ¿Se arrepentía de haber tenido hijos? No sabría decirlo. En la época en que eran criaturas de pecho la mortificaba su falta de capacidad para comentar con las otras madres, en términos simples y cariñosos, las gracias de sus preciosos bebitos. Había leído un libro sobre el arte de ser madre y llegado a la preocupante conclusión de que muchas cosas relacionadas con la maternidad le resultaban desagradables; incluso repugnantes. En ella el instinto maternal —decidió— estaba poco desarrollado. Cuando los chicos comenzaron a caminar los disfrutó más y en alguna oportunidad no le costó mucho convencerse a sí misma de que los amaba con todo su corazón. Pero ahora, al parecer, estaban creciendo, y se volvían peores. Descuidados, egoístas e impertinentes. Quizás todo fuese por su culpa, o la de Bernard. Al colocar el último de los platos en el secavajilla, junto a los otros ya lavados, volvió a mirar hacia afuera.

Ya estaba oscureciendo después de otro día espléndido. Se preguntaba, como las abejas, si esos días cálidos habrían de durar para siempre... Bernard se las había ingeniado para adelantar unos quince centímetros en el prolijo recorte del cerco durante los últimos cinco minutos. Le preocupaba saber en qué estaría pensando, pero, sabía, no podía preguntárselo.

La verdad era que (y Margaret lo había entrevisto confusamente ya hacía unos cuantos años) cada vez se separaban más. ¿También ocurría por culpa suya? ¿Bernard se daba cuenta? Según ella, sí. Ojalá pudiese dejarlo, abandonarlo todo e irse a algún otro lado para comenzar una nueva vida. Pero, claro está, no podía. Debería seguir tolerando. A menos que algo trágico sucediese, ¿o hasta que algo trágico sucediera? Supo, entonces, que se quedaría junto a él... a pesar de todo.

Margaret limpió la mesada de formica alrededor de la piletta, encendió un cigarrillo y fue a sentarse en el comedor. No podía tolerar esos argumentos triviales y el ruido en el *living*. Tomó el libro que Bernard había estado leyendo esa tarde, una antología de Ernest Dowson. El nombre le resultaba vagamente familiar desde la época de su graduación como estudiante y pasó con lentitud cada uno de los poemas hasta encontrar los versos que había debido aprender en clase. Se sorprendió por lo bien que los recordaba:

*Reclamé una música más loca y un vino más fuerte,
pero cuando el festejo terminó y la luz se hizo tenue
apareció tu sombra, ¡Cinara! La noche es tuya;
yo estoy desolado y una antigua pasión me entristece.
Sí, hambriento de los labios de mi deseo:
te he sido fiel, ¡Cinara!, a mi manera.*

Los releyó y, por primera vez, le pareció captar el ritmo de su mágico sonido. Pero ¿qué querían decir? Frutos prohibidos, una suerte de placer lánguido, doloroso, ilícito. Por supuesto, Bernard podría explicárselo todo. Se pasaba la vida investigando y explicando el bello universo de la poesía. Pero nada le diría, pues ella nada habría de preguntarle.

Debió haber significado una penosa tensión para Bernard el encontrarse con otra mujer una vez por semana. ¿Desde cuándo lo sabía ella? Bueno, con certeza, desde no hacía más de un mes, o algo así. Pero, de un extraño modo intuitivo, desde hacía mucho más. ¿Seis meses? ¿Un año? Quizás más. No con esa chica en particular, pero había habido otras. Le dolía la cabeza. Pero había tomado demasiado codeína últimamente. ¡Bah, que le siguiera doliendo! ¡Qué confusión! La cabeza le daba vueltas. Cerco de ligustro, huevos poché. Ernest Dowson, Bernard, la tensión y la decepción de los últimos cuatro días. ¡Dios mío! ¿Qué iba a hacer? No podía seguir así.

Bernard entró.

—¡Me muero del dolor de brazos!

—¿Terminaste con el cerco?

—Lo terminaré mañana. Son esas odiosas tijeras. No creo que las hayan afilado desde que nos mudamos aquí.

—Podrías haberlas llevado.

—Y esperar unos seis meses hasta que me las devuelvan.

—No exageres.

—Lo terminaré mañana por la mañana.

—Está anunciado lluvia.

—Bueno, podrían venir bien unas cuantas gotas de lluvia. ¿Has visto el césped? Se parece a las planicies de Abisinia.

—Jamás estuviste en Abisinia.

La conversación declinó. Bernard fue hasta su escritorio y tomó unos papeles.

—Creí que estabas mirando televisión.

—No aguanto estar con los chicos.

Bernard la miró a los ojos. Ella estaba a punto de llorar.

—No —dijo él—. Sé lo que quieres decir. —Miró con expresión muy seria y casi con ternura a Margaret—. ¡Margaret, su mujer! A veces le prestaba tan poca atención, tan poca atención. Fue hasta ella y le puso una mano sobre el hombro.

—Son bastante insufribles, ¿no? Pero no te hagas mala sangre. Todos los chicos son iguales. Te diré qué...

—¡Ah, no te molestes! Ya has hecho esas promesas antes. No me importa, no me importa, te digo. ¡En lo que a mí respecta pueden irse al infierno... y tu con ellos!

Comenzó a sollozar y salió corriendo del cuarto. La oyó entrar al dormitorio en el piso de arriba y escuchó cómo los sollozos continuaban. Se tomó la cabeza con las manos. Debería hacer algo, y sin dilación. Ahora corría serios riesgos de perderlo todo. Hasta podría haberlo perdido ya... ¿Sería capaz de contarle todo a Margaret? Ella nunca, nunca lo perdonaría. ¿Y en cuanto a la policía? Por poco les cuenta todo, o, al menos, por poco les cuenta casi todo. Bajó la mirada hasta la antología de Dowson y vio la página abierta. Supo que Margaret la había leído y sus ojos se posaron en el mismo poema:

*Los besos comprados de su roja boca debían de ser dulces
pero yo estaba desolado y una vieja pasión me entristecía.
Cuando desperté y vi que el alba era sombría
te he sido fiel, Cinara, a mi manera.*

Sí, había sido bastante dulce, sería deshonesto simular otra cosa, pero qué amargo sabor le había dejado. Hubiese significado un enorme alivio haber terminado con eso mucho tiempo atrás, sobre todo haberse liberado de la red de mentiras y engaños que había tejido a su alrededor. Y, aun así, ¡qué tentadora había sido la perspectiva de esos placeres extramaritales! La conciencia, la maldita conciencia. Alimentada en la escuela de la sensibilidad. Fatal.

Aunque no se consideraba creyente, Bernard aceptaba la verdad empírica de la

afirmación paulina de que el pecado se paga con la muerte. Deseaba con desesperación liberarse de la culpa y el remordimiento, y recordaba vagamente, de sus días escolares en la clase de religión, con cuánto entusiasmo todos coreaban muchos cantos en contra del pecado:

*Aunque tus pecados sean rojos como la escarlata, escarlata, escarlata,
Se volverán blancos, sí, blancos como la nieve.*

Pero en estos días ya no podía rezar; su espíritu estaba reseco y melancólico. La primitiva y ferviente religiosidad se había apagado y parecía soterrada bajo gruesas capas de conocimientos, cultura y cinismo. Era muy versado en todas las paradojas teológicas, y ya no lo deleitaba la efervescencia de las polémicas académicas. ¡Más blancos que la nieve, vaya, vaya! Más parecidos al aguanieve sacada del camino.

Fue hasta la ventana que daba a la calle tranquila. En casi todas las ventanas brillaban las luces. Algunas personas pasaron caminando; un vecino llevaba su perro para que ensuciase la acera de otro. Una mujer que aprendía a conducir luchaba por lograr que su auto girase en redondo, y lo lograba a duras penas, aunque la línea de simetría del Zodiac con cambios automáticos casi nunca avanzara más de siete u ocho grados en cada maniobra. Más bien parecía buscar un giro de treinta y tres grados, pensó.

El instructor debía ser un tipo paciente. Una vez había tratado de enseñarle a conducir a Margaret... Con todo, él la había compensado. Ahora ella tenía su propio Mini. Se quedó mirando algunos minutos. Un hombre pasaba caminando, pero aunque le encontraba cara conocida, Bernard no lo identificó. Se preguntó quién sería y adónde iría y lo siguió mirando hasta que dobló a la derecha por Charlton Street.

Cuando pasó caminando por ahí, Morse también se preguntaba qué hacer. ¿Mejor habérselas con Jennifer ahora? No lo sabía, pero pensó que sí, en términos generales. Consciente de no haber salido cubierto de gloria en la primera entrevista, decidió mentalmente ensayar un nuevo modo de abordarla.

—¿Quiere hacerme más preguntas?

—Sí. —Con los labios apretados y gran dominio de la situación.

—¿No quiere pasar?

—Sí.

—¿Y bien?

—Hasta ahora solo me ha dicho una sarta de mentiras. Le sugiero volvamos a empezar.

—No sé de qué me está hablando...

Despacio, con intención, se iba a incorporar de la silla para caminar hacia la puerta. No pronunciaría ninguna otra palabra. Pero, cuando él abriese la puerta, Jennifer diría:

—Muy bien, inspector.

Y él la escucharía. Pensaba que conocía muy bien todo cuanto ella habría de contarle.

Se había equivocado, pero recién iba a saberlo más tarde, al descubrir que Jennifer había salido. Sue, la lánguida, con sus largas piernas bronceadas y desnudas, no tenía idea de dónde podría haber ido.

—¿Querría pasar para esperarla, inspector? Los labios llenos se entreabrieron y temblaron ligeramente. Morse la miró y al mismo tiempo se alarmó al sentirse vulnerable. Consultó el reloj pulsera para procurarse cierto apoyo moral.

—Es usted muy amable pero... quizás no deba.

Capítulo 9

Domingo 3 de octubre

Morse durmió profundamente casi doce horas, y se despertó a las ocho y media de la mañana. Había regresado a su casa inmediatamente después de su segunda visita a Charlton Street con un fuerte dolor de cabeza y la mente confusa. Ahora, al parpadear ya despierto, no podía creer lo fresco que se sentía.

El último libro sacado por Morse en persona de la biblioteca, y que ahora yacía sobre su escritorio, tres semanas después de vencido el plazo de devolución, era *Un curso de cinco días sobre pensamiento lateral*, por Edward de Bono. Había seguido el curso concienzudamente, negándose a espiar las respuestas antes de responderlas, y a regañadientes llegó a la conclusión de que, aun la evaluación más benévola sobre el potencial de su pensamiento lateral, lo calificaría con gama, la tercera letra del alfabeto griego, pero con el agregado del signo menos. Pese a ello, lo había disfrutado. Había aprendido, además, que atacar un problema engorroso mediante un enfoque lógico, progresivo y «vertical», no siempre resulta ser lo mejor. En realidad, no había entendido muy bien algunas expresiones de esa jerga, pero sí logró captar los puntos esenciales. «¿Cómo se puede conducir un automóvil por un callejón oscuro si los faros delanteros no funcionan?». No importaba cuál fuese la respuesta. Había que sugerir alguna de cuanta cosa concebible un conductor puede hacer: tocar la bocina, sacar el portaequipajes del techo, levantar la cubierta del motor. No importaba. El solo hecho de tener en cuenta soluciones inútiles era en sí una fuerza poderosa para llegar a la conclusión correcta, porque, más tarde o más temprano, uno encendería una baliza intermitente y ¡abracadabra!, de pronto se haría la luz. A la manera de un aficionado, Morse había ensayado esta técnica y quedó sorprendido. Si tenía un nombre en la punta de la lengua, dejaba de centrar su pensamiento en él y repetía mentalmente cualquier cosa que supiese —las capitales de los estados de U.S.A.—; no importaba qué, pero parecía funcionar.

Todavía acostado, aunque ya despierto, decidió archivar por un tiempo el homicidio de Sylvia Kaye. Había hecho algunos progresos; lo sabía. Pero a su mente le faltaba agudeza, se estaba enmollecando un poco. Con el día de hoy para descansar (y merecía tomarse un respiro) su cerebro volvería a estar alerta a la mañana siguiente.

Se levantó, se vistió, se afeitó y luego de cocinarse un succulento menjunje de tocino, tomates y hongos, se sintió bien. Leyó despacio los periódicos del domingo, y marcó sus aciertos en la quiniela del fútbol. Se preguntó si sería el único hombre en Inglaterra que por no haber acertado un solo empate sumaba apenas ocho puntos sobre dieciséis posibles, y encendió un cigarrillo. Se quedaría sentado perdiendo el

tiempo hasta el mediodía, tomaría un par de cervezas y saldría a almorzar a cualquier lado. Le parecía una perspectiva civilizada. Pero jamás se sentía feliz sin hacer nada, y antes de que pasara mucho tiempo se debatía mentalmente entre poner algo de Wagner en el tocadiscos o resolver un crucigrama. Los crucigramas eran la pasión de Morse, aunque desde la muerte del gran Ximenes había encontrado pocos autores capaces de complacerlo. En términos generales, le gustaban más los acertijos del *Listener* y por tal motivo compraba ese diario todas las semanas. Por otro lado, le encantaban las óperas wagnerianas y tenía el ciclo completo de *El Anillo de los Nibelungos*. Resolvió hacer las dos cosas, y al iniciarse los primeros compases del magnífico prelude de *Das Rheingold*, volvió a sentarse y abrió la penúltima página del *Listener*. Esta sí que era vida. Las ninfas del Rhin se deslizaban con suma gracia por el agua y eso sucedió algunos minutos antes de que Morse tuviese deseos de dejar que la música fuese arrastrada por la corriente más allá de los límites de su atención. Leyó la introducción que servía como guía del crucigrama:

Cada una de las definiciones para las claves horizontales contiene un error deliberado. Cada una de las claves verticales es normal, aunque las palabras que deben anotarse en el diagrama contendrán un error en una de sus letras. Al comenzar desde 1 horizontal hasta 28 vertical las letras mal escritas formarán un célebre refrán que los lectores...

Morse no siguió leyendo. Se incorporó de un salto. El solo de un cuerno expiró con un gemido que se fue muriendo cuando apagó el tocadiscos y agarró de un manotazo las llaves de su auto que estaban sobre la repisa de la chimenea.

La bandeja de entrada estaba colmada de informes, pero los ignoró. Abrió el archivo, sacó el expediente del homicidio de Sylvia Kaye y seleccionó la carta dirigida a Jennifer Coleby. Sabía que había algo mal en todo ese asunto. Tenía la boca seca y le temblaban ligeramente las manos, como un escolar que abriese el resultado de sus exámenes con una calificación de 0 puntos:

De mi consideración:

Luego de haber evaluado las unmerosas solicitudes recibidas, lamentamos infromarle que la suya no ha resultado seleccionada. No obstante lo anteidcho, ponemos en su conocimiento que a principios de noviembre se abrirán nuevas vacantes, y, para hablarle con absoluta franqueza, le hago saber lo mucho que deploraría dejar pasar la oportunidad de reconsiderar su nombramiento.

En este momento hemos asingado el cupo de puestos previstos pra septiembre al Depratamento de Psicología, mas no deja de ser posible que necesitemos un asistente con calificaciones fehacietemente comprobables, para que tome a su crago diversas responsabilidades de rutina en la oficina del Sr. Director.

La saluda muy atentamente,

¡Cómo se había equivocado! En vez de pensar, según lo había hecho, con tanta despreciativa arrogancia, en la ignorancia e incompetencia de alguna infeliz y estúpida mecanógrafa, hubiese debido pensar exactamente lo contrario. Había sido un imbécil. Ahí estaban las claves. Todo eso era una farsa. ¿Por qué no lo había descubierto antes? Al desmenuzarla, la carta se convertía en un disparate. Al

principio había cometido el error de concentrarse en cada uno de los errores, en particular, y no haberse siquiera preocupado por ver la carta como una unidad sinóptica. Y no solo eso. Él había compuesto su equivocación. Porque, de haber leído la carta como tal, debería haber tomado los errores como tales, es decir, como errores deliberados. Tomó una hoja de papel y comenzó: «unmerosas»: transposición de la n; «infromarle»: transposición de la o; «anteidcho»: transposición de la d; «principios»: omisión de la i; NODI: significara lo que significare. Sigamos leyendo. «Asingado»: ¿no debía decir «asignado»? transposición de la g; «Depratamento»: transposición de la a; «piscología»: transposición de la s. ¿Qué le daba? NODIGS. Poco prometedor. Intentemos una vez más. En «pra», ¿no falta la a? «Fehacietemente»: omisión de la n; «crago»: transposición de la a; «responsabiliades»: omisión de la d. Y luego le saltó a la cara. La «A», claro estaba, de la firma, la única letra reconocible en ella: NO DIGAS NADA. A alguien lo inquietaba muchísimo que Jennifer no dijera ni una palabra; y Jennifer, por lo visto, había recibido el mensaje.

Resolverlo le había llevado a Morse dos minutos, y se alegró de que Jennifer no hubiese estado en casa la tarde anterior. Con toda seguridad, confrontada con sus mentiras sobre la visita a la biblioteca, ella le hubiese dicho cuánto lo lamentaba y cómo debía haberse equivocado. Debió haber sido el jueves, supondría ella, era tan difícil pensar en lo ocurrido incluso el día anterior, ¿no es cierto? Honestamente, no podía recordar, pero se esforzaría muchísimo. A lo mejor había salido a caminar; sola, claro está.

Pero ahora la situación le resultaría más difícil de manejar. Era extraño, pero Morse se sintió algo exaltado. Jennifer le había despertado una curiosa simpatía cuando la conoció, y mirando hacia atrás comprendía lo difícil que debió haber sido para ella. Pero debía enfrentar directamente los hechos. Ella mentía. Estaba encubriendo a alguien: ese alguien que, con toda probabilidad, había violado y asesinado a Sylvia. No era un pensamiento muy agradable. Cada una de las evidencias apuntaban ahora, inequívocamente, al hecho de que Jennifer Coleby había estado en la Parada de buses N.º 5 con Sylvia la noche del 29; ella era la persona a quien uno o más desconocidos (muy posiblemente la primera de estas variantes) habían levantado hasta dejarla en Woodstock; allí ella había presenciado algo sobre lo cual le habían advertido que debía guardar silencio. En resumen, Jennifer Coleby conocía la identidad del hombre que había asesinado a Sylvia Kaye. De pronto, Morse se preguntó si ella correría peligro, y este temor precipitó su inmediata decisión de detener a Jennifer como sospechosa de ser partícipe secundario en el cargo de homicidio. Iba a necesitar la presencia de Lewis.

Extendió la mano para tomar el teléfono externo y marcó el número particular del sargento.

—¿Lewis?

—Él habla.

—Aquí Morse. Lamento arruinarle el fin de semana, pero lo quiero aquí.

—Enseguida salgo, señor.

—Sí, por favor.

—Voy para allá.

Morse inspeccionó su bandeja de entrada. Informes y más informes. Velozmente cruzó las hojas con sus iniciales, echando un vistazo apenas a títulos tan antipáticos como *El problema de las drogas en Gran Bretaña*, *La policía y el público* y *Estadísticas de delitos violentos en el Condado de Oxford* (segundo trimestre). Por el momento solo le interesaba una estadística, la cual, sin duda, aparecería a su debido tiempo en el boletín estadístico sobre delitos violentos en el Condado de Oxford (tercer trimestre). No tenía tiempo para informes. Sospechaba que, de todos modos, un noventa y cinco por ciento de toda esa literatura jamás era leído por nadie. Pero había dos puntos que le llamaron la atención. El informe del laboratorio forense sobre el arma asesina, y otro informe complementario del departamento de patología sobre Sylvia Kaye. Los dos se limitaban a confirmar todo cuanto ya sabía, o al menos sospechaba. La llave cruz demostró ser un artículo para nada romántico. Morse leyó todos los detalles en cuanto a forma, tamaño, peso... Pero ¿para qué molestarse? No había ningún misterio en torno de la llave. El propietario del *Black Prince* había pasado las tardes del martes 28 y del miércoles 29 intentando hacer algunos arreglos caseros a un viejo Sunbeam y, sin darse cuenta, había dejado la caja de herramientas fuera del taller, al fondo a la derecha de la playa de estacionamiento donde guardaba el automóvil. No había huellas reconocibles; solo la atroz evidencia, en uno de los extremos curvos de la llave, de haberse estrellado con una fuerza considerable contra los huesos de un cráneo humano. A esto seguía un sangriento análisis, y Morse se alegró de pasarlo por alto.

Eso ocurrió pocos minutos antes de que Lewis llamase a la puerta y entrara.

—¡Ah, Lewis! Los dioses, me parece, sonrían débilmente a nuestra pesquisa. Esbozó los progresos hechos en el caso.

—Quiero que traigan a la señorita Jennifer Coleby para interrogarla. Tenga cuidado. Hágase acompañar por la agente policial Fuller, si así lo desea. La traen solo para interrogarla, ¿me entiende? No se trata de ningún arresto formal. Si ella prefiere telefonar a sus asesores legales, dígame que es domingo y ellos estarán jugando al golf. Pero no creo que vaya a tener usted demasiados problemas. —Sobre este último punto, al menos, Morse había estado en lo cierto.

Alrededor de las cuatro menos cuarto Jennifer estaba sentada en la sala de interrogatorios N.º 3. Según instrucciones de Morse, Lewis pasó una hora con ella, sin mencionar nada en cuanto a la información que había recibido un poco antes, esa misma tarde. Lewis comentó, calmadamente, que, a pesar de todas las averiguaciones, no habían podido encontrar a la joven vista en forma independiente por dos testigos, que había estado con Sylvia Kaye alrededor de una hora antes de su asesinato.

—Debe tener paciencia, sargento.

Lewis sonrió débilmente, como los dioses.

—Ah, sí, tenemos bastante paciencia, señorita, y creo que con un poquito de cooperación podremos avanzar hasta allí.

—¿Por qué, yo no le estoy prestando ninguna cooperación?

—¿Querría tomar una taza de té, señorita?

—Preferiría café.

La agente Fuller salió de prisa; Jennifer se humedeció los labios y tragó. Lewis cavilaba en silencio. En el tenso silencio que se produjo a continuación, finalmente fue Lewis quien ganó.

—¿Usted cree que yo no estoy cooperando, sargento?

—¿Lo está haciendo?

—Mire, ya le dije al inspector lo que sabía. ¿Él no me cree?

—¿Qué le dijo exactamente usted al inspector, señorita?

—¿Quiere que vuelva a decirle todo de nuevo? —La cara de Jennifer reflejaba esa impaciencia propia de una estudiante a quien se le pide volver a escribir un tedioso ejercicio.

—De cualquier manera, deberemos contar con una declaración firmada.

Jennifer suspiró.

—Muy bien. Quiere que dé cuenta de todos mis movimientos —esa es la expresión, ¿no es cierto?— durante la noche del miércoles.

—Así es, señorita.

—La noche del miércoles... —Lewis comenzó a escribir laboriosamente—. ¿Quiere que se lo escriba yo? —preguntó Jennifer.

—Creo que debo transcribirlo yo mismo, señorita, si no le importa. No obtuve ningún diploma en lengua, pero haré lo mejor posible. —Un súbito destello de cautela brilló en los ojos de Jennifer. Desapareció enseguida, pero allí había estado y Lewis lo advirtió.

Media hora después, la declaración de Jennifer estaba lista. La leyó, preguntó si podía hacerle una o dos correcciones —«solo de ortografía, sargento»— y estuvo de acuerdo en firmarla.

—Ahora debo pasarla a máquina, señorita.

—¿Cuánto tiempo le llevará?

—¡Oh!, unos diez minutos, nada más.

—¿Quiere que la pase yo? A mí solo me llevaría dos.

—Creo que debemos hacerlo nosotros mismos, señorita, si no le importa. Tenemos nuestras normas, como usted sabe.

—Pensé que podía serle útil. —Jennifer se sintió más tranquila.

—¿Le hago traer otra taza de café, señorita?

—Sería bueno. —Lewis se puso de pie y se marchó.

La agente Fuller parecía singularmente poco comunicativa y durante más de diez minutos Jennifer se quedó sentada en silencio. Cuando por fin se abrió la puerta entró

Morse trayendo una hoja tamaño oficio prolijamente mecanografiada.

—Buenas tardes, señorita Coleby.

—Buenas tardes.

—Ya nos hemos visto antes. —La ola de alivio que había alcanzado su punto más alto al marcharse Lewis cedió de repente y dejó al descubierto el áspero rechinar de sus nervios.

—Fui caminando hasta la biblioteca luego de dejarla a usted ayer —continuó Morse.

—Le gustará caminar.

—Dicen que caminar es el secreto para una eterna edad madura.

Jennifer sonrió con esfuerzo.

—Es una caminata muy agradable, ¿no?

—Depende de cuál sea la dirección que siga —respondió Morse.

Jennifer le dirigió una mirada penetrante y Morse, como antes Lewis, advirtió la inesperada reacción.

—Bueno, me gustaría quedarme a conversar con usted, pero espero que ahora me permita firmar esa declaración y volver a mi casa. Tengo un montón de cosas pendientes antes de mañana.

—El sargento Lewis le habrá mencionado, así lo espero, que no tenemos ninguna autoridad para retenerla contra su voluntad...

—Sí, claro. El sargento me lo dijo.

—Pero le quedaré muy agradecido si usted acepta quedarse un poquito más.

Jennifer tenía la garganta seca.

—¿Para qué? —De pronto su voz adquirió un tono más ronco.

—Porque —dijo Morse con voz tranquila— espero que no sea tan necia como para firmar una declaración que, como usted bien sabe... —Morse elevó el tono— y como yo también sé, es falsa.

No le dio oportunidad de replicar.

—Esta tarde di instrucciones para que la detuviesen y poder interrogarla, pues sospechaba, y continuó sospechando, que usted retiene información potencialmente muy valiosa para descubrir la identidad del asesino de la señorita Kaye. Este es un delito muy grave, y usted lo sabe. Pero, por lo visto, es lo bastante tonta como para cometer semejante estupidez con un delito tan grave y criminal consistente en proporcionar a la policía información no solo inexacta, sino también comprobablemente falsa. —La voz de Morse había ido *in crescendo* y finalizó con un fuerte puñetazo sobre la mesa, entre ella y él.

Sin embargo, Jennifer no pareció tan avergonzada como Morse esperaba.

—¿Usted no cree lo que le dije?

—No.

—¿Me permite preguntarle por qué no? —Morse se sintió algo más que sorprendido. Le resultaba obvio que la chica había recobrado el aplomo perdido. Con

toda claridad, pacientemente, le explicó por qué ella no habría podido sacar los libros de la biblioteca la tarde del miércoles, y que esto podía probarse sin ninguna duda.

—Ya lo veo.

Morse esperó que volviese a hablar. Si la pregunta anterior de Jennifer lo había sorprendido a medias, la siguiente lo dejó atónito.

—¿Qué estaba haciendo usted, inspector, a la hora del homicidio, la tarde del miércoles pasado?

—¿Qué estaba haciendo? No estaba demasiado seguro, pero admitir algo así difícilmente hubiese hecho progresar la presente causa. Mintió:

—Estaba escuchando algo de Wagner.

—¿Qué?

—Das Rheingold.

—¿Alguien puede respaldar su historia? ¿Alguien lo vio?

Morse se rindió.

—No. —A pesar suyo, esa chica era digna de admiración—. No —repitió—. Vivo solo. Rara vez tengo el placer de recibir visitas... de cualquier sexo.

—¡Qué lástima!

Morse asintió con la cabeza.

—Sí. Pero ¿sabe, señorita Coleby?, todavía no soy sospechoso de vestirme con ropas femeninas y de estar donde empieza Woodstock Road haciendo dedo con Sylvia Kaye.

—¿Y yo sí lo soy?

—Y usted lo es.

—Pero, presuntamente, no soy sospechosa de haber violado y asesinado a Sylvia.

—Ojalá me atribuyera usted una pizca de inteligencia.

—Usted no entiende.

—¿Qué significa eso, en su opinión?

—¿No se le ocurrió que, tal vez, Sylvia disfrutara de haber sido violada? —Había acritud en su voz y tenía las mejillas encendidas.

—Eso sería asumir que ella fue violada antes de morir, ¿verdad? —preguntó con suavidad Morse.

—Lo lamento. Dije algo horrible.

Morse aprovechó su ventaja.

—Mi trabajo es descubrir que pasó desde el momento en que Sylvia y su amiga —y yo creo que esa amiga era usted— subieron al auto rojo al otro lado de la rotonda de Woodstock. Por alguna razón esa otra chica no aparece, y no creo que resulte muy difícil descubrir el motivo. Ella conocía al conductor de ese automóvil, y lo está protegiendo. Probablemente ella esté aterrorizada. Pero también Sylvia Kaye lo estuvo, señorita Coleby. Más que eso. La golpearon tan brutalmente en la parte posterior de la cabeza que el cráneo se quebró en unos cuantos pedazos y en el cerebro encontraron gran cantidad de huesos. ¿Le gusta oír cómo suena? Es algo

atroz, horroroso de ver, es un homicidio y el problema con los homicidios es que por lo general tienden a aniquilar al único testigo valioso del crimen: la víctima. Eso significa que debemos confiar en otros testigos, personas comunes y silvestres, en su mayoría, que por casualidad hayan visto algo de todo ese lamentable episodio. Ellos tienen miedo, por supuesto. Preferirían no verse mezclados en eso, obviamente. No tienen nada que ver con lo ocurrido, piensan, y tienen razón, pero debemos confiar en algunos de ellos con las suficientes agallas y decencia como para dar un paso al frente y contarnos lo que saben. Y por esa razón está usted aquí, señorita Coleby. Necesito saber la verdad.

Tomó la declaración que Jennifer había hecho y la rompió en pedazos. Pero no podía leerle la mente. Mientras hablaba ella había estado mirando por la ventana de la pequeña oficina hacia el patio exterior, donde el día anterior estuviera con sus compañeras de oficina.

—¿Y bien?

—Lo siento mucho, inspector, debo haberle causado un montón de problemas. Fue el jueves cuando fui a la biblioteca.

—¿Y el miércoles?

—Salí. Y anduve por Woodstock Road, pero no llegué hasta Woodstock. Me detuve en *Golden Rose* en Begbroke, es verdad, a unos tres kilómetros antes de entrar a la ciudad. Entré al bar y pedí un trago: cerveza con jugo de lima^[4]. Lo tomé afuera, en el jardín, y luego me fui a casa.

Morse la miró con impaciencia.

—Cuando ya se había hecho de noche, imagino.

—Sí, a eso de las siete y media.

—Bueno... continúe.

—¿Qué me quiere decir con eso de continúe? No hay más.

—¿Usted quiere que yo...? —comenzó Morse, con la voz echando chispas—. ¡Traiga a Lewis! —ladró—. La agente Fuller interpretó la tonante advertencia y salió corriendo.

A Jennifer se la veía imperturbable, y la furia de Morse amainó.

Fue ella quien rompió el silencio.

—No debe enojarse tanto conmigo, inspector.

Habló con un hilo de voz, apenas más audible que un suspiro. Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos un instante. Morse la miró atentamente por primera vez. No había notado lo atractiva que podía ser. Usaba un saco de verano celeste sobre un *jumper* negro, con guantes también negros, al tono. Tenía los pómulos pronunciados y su cara estaba llena de vida: la boca entreabierta revelaba las nítidas líneas de sus dientes blancos. Morse se preguntó si podría enamorarse de ella y concluyó, como era habitual, que sí podría.

—He estado tan aturdida y tan atemorizada...

Tuvo que inclinarse un poco hacia ella para captar sus palabras. Advirtió la

reciente entrada de Lewis y, en silencio, le hizo señas para que tomara asiento.

—Todo va a salir bien, ya lo verá.

Morse miró a Lewis y asintió con la cabeza cuando el sargento se preparó a redactar el segundo borrador de la declaración proporcionada por la señorita Jennifer Coleby.

—¿Por qué estaba usted asustada? —le preguntó Morse, con gentileza.

—Bueno, todo ha sido tan extraño; creo no haber estado del todo despierta desde... me parece que soy incapaz de discernir entre la realidad y la fantasía. Tantas cosas raras parecen estar sucediendo...

Seguía sentada con la cabeza entre las manos, la mirada fija en la mesa, sin expresión alguna. Morse echó una mirada a Lewis. Ya estaba casi todo resuelto.

—¿Qué quiere decir con eso de cosas raras?

—Todo, en realidad. Empiezo a preguntarme si sé lo que hago. ¿Qué estoy haciendo aquí? Creí haberle dicho la verdad sobre el miércoles, y ahora me doy cuenta que no. Y también pasó otra cosa rara. —Morse la vigilaba atentamente—. El sábado por la mañana recibí una carta donde me decían que no me habían elegido para un puesto: pero yo ni siquiera recuerdo haberme postulado. ¿Usted cree que me estaré volviendo loca?

¡De modo que esa iba a ser su versión! Morse sintió la agonía de un jugador de *bridge* cuyo as acabara de ser tapado por el dos de triunfos. Los dos policías se miraron uno a otro y ambos advirtieron que Jennifer tenía la vista clavada en ellos.

—Ahora veamos.

Morse escondió su desilusión y su incredulidad tanto como fue capaz.

—Regresemos a la noche del miércoles, ¿sí? ¿Puede repetir todo cuanto me dijo? Quiero que el sargento Lewis tome nota. —Su voz sonaba exasperada.

Jennifer repitió su breve declaración y a Lewis, como al inspector delante suyo, se lo vio momentáneamente perplejo.

—¿Quiere usted decir? —preguntó Morse— ¿que la señorita Kaye fue hasta Woodstock, pero en cambio usted solo llegó hasta Begbroke?

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Usted le pidió a ese hombre que la dejara bajar en Begbroke?

—¿De cuál hombre me habla?

—Del hombre que las levantó.

—Pero a mí nadie me levantó para ir a Begbroke.

—¿Cómo? —gritó Morse.

—Dije que nadie me había levantado. Yo jamás hubiese hecho dedo, de cualquier manera. Creo que debe saber algo, inspector: yo tengo auto.

Mientras Lewis pasaba a máquina esa segunda declaración, Morse se retiró a su oficina. ¿Se había equivocado todo el tiempo? Si el alegato actual de Jennifer era veraz, por cierto explicaría bastantes cosas.

¿En el mismo camino, la misma noche y una de sus compañeras de oficina

asesinada? Lógicamente debía estar atemorizada. Pero ¿eso bastaba para explicar sus repetidas evasivas? Tomó el teléfono y llamó al *Golden Rose*, en Begbroke. El patrón de voz jovial estaba ansioso por ayudar. Su esposa había trabajado en el bar el miércoles. ¿Podría ella, tal vez, venir a la jefatura de policía en Kidlington? Sí. El mismo patrón la llevaría en automóvil. Bien. Un cuarto de hora, entonces.

—¿Recuerda usted a una joven que entró al bar el miércoles pasado? ¿Sola? ¿A eso de las siete y media de la tarde?

La dama, gran profusión de anillos y pechos voluminosos, no estaba segura.

—Pero ¿no es usual que una mujer entre sola, verdad?

—No con frecuencia. Pero no suele ser tan raro en esta época, inspector. Se sorprendería usted.

Morse sintió que pocas cosas podrían sorprenderlo ya.

—¿Podría reconocer a una persona así? ¿Alguien que cayera por ahí una de tantas noches?

—Sí, eso creo.

Morse llamó por teléfono a Lewis, que aún esperaba junto a Jennifer en la sala de interrogatorios.

—Llévela a casa, Lewis.

La patrona de *Golden Rose* estaba de pie junto a Morse delante del escritorio desde donde este dirigía la investigación, cuando Jennifer pasó caminando con Lewis.

—¿Es ella? —preguntó él—. Fue su penúltima pregunta.

—Sí. Me parece que sí.

—Le agradezco muchísimo —mintió Morse.

—Me alegra haberle podido ser útil, inspector.

Morse la acompañó hasta la puerta.

—Seguramente, usted no debe recordar qué pidió ella, ¿verdad?

—Bueno, en realidad creo que sí, inspector. Cerveza con jugo de lima, creo. Sí, eso es, cerveza con jugo de lima.

Pasó media hora antes de que Lewis regresara.

—¿Usted le creyó, señor?

—No —dijo Morse—. Se sentía más frustrado que deprimido. Comprendía que había ido a parar sobre un montón de embrollos y confusiones por sus propias carencias. Había rechazado el ofrecimiento de contar con el personal auxiliar que requiriese, y eso significaba que pocas, de las muchas pistas posibles, se habían verificado y documentado hasta el momento. A Sanders, por ejemplo —con toda seguridad, para cualquier policía bien entrenado, el blanco más obvio de una investigación inmediata y exhaustiva— por el momento lo habían ignorado casi por

completo. De hecho, incluso un escrutinio superficial sobre su modo de llevar adelante el caso, hasta ese entonces, revelaría un enfoque bastante azaroso, casi bordeando la negligencia. Apenas el mes pasado había dado una conferencia para sus colegas detectives, sobre la extrema importancia que tiene, a la hora de investigar toda clase de crímenes, considerar cada uno de los aspectos de la pesquisa con la más estricta y férrea minuciosidad, desde su mismo comienzo.

No obstante, y por ello mismo, sentía de un modo bastante intuitivo (un procedimiento no mencionado en su conferencia) que todavía seguía por la senda correcta; que había hecho bien al dejar marcharse a Jenny; y que, aun cuando pateara al arco en posición adelantada, más tarde o más temprano podría hacer un gol.

Durante la hora siguiente los dos policías intercambiaron notas sobre el interrogatorio de esa tarde, con un Morse impaciente por indagar las reacciones de Lewis ante las evasivas, miradas y gestos de la chica.

—¿Piensa que ella nos está mintiendo, Lewis?

—Ahora no estoy tan seguro.

—¡No me venga con eso, hombre! ¡Cuando tenga mi edad reconocerá un mentiroso a un kilómetro de distancia!

Lewis se quedó dudando: en cualquier caso, y por algunos años, era el mayor de los dos. Se hizo silencio.

—¿Y adónde llegamos desde aquí, entonces? —preguntó Lewis, por fin.

—Vamos a atacar por el otro flanco, creo.

—¿Lo hacemos?

—Sí. Ella está encubriendo a un hombre. ¿Por qué? ¿Por qué? Eso es lo que nos hemos preguntado hasta aquí. ¿Y sabe hasta dónde hemos llegado siguiendo ese curso de investigación? A ningún lado. Ella miente, lo sé, pero no la hemos quebrado; aún no. Ella miente tan bien que podría lograr que cualquier maldito imbécil le creyese.

Lewis notó la alusión.

—Podría estar equivocado, señor.

Morse rugió, preguntándose si lo estaba:

—¡No, no, no! Hemos considerado el caso desde el ángulo equivocado. Dicen, Lewis, que uno puede ascender el Eiger en pantuflas si sube por la pendiente menos pronunciada.

—¿Quiere decir que para encontrar la solución tomamos el camino difícil?

—No, quiero decir justamente lo contrario. Hemos tratado de resolverlo por la vía fácil. Ahora debemos probar la vía difícil.

—¿Y cómo lo haremos, señor?

—Hemos tratado de descubrir quién era la otra chica, porque pensábamos que ella podía llevarnos al hombre necesario.

—Sin embargo, según usted, ya la hemos encontrado.

—Sí. Pero es demasiado inteligente para nosotros... y demasiado leal. Le advertieron mantenerse con la boca cerrada... y no porque ella necesitara que se lo dijeran, en mi opinión. Pero, por el momento, nos chocamos contra una pared, y solo nos queda una alternativa. ¿La chica no quiere llevarnos hasta el hombre? Muy bien. Hallaremos al hombre.

—¿Por dónde empezamos?

—Vamos a necesitar, me parece, un poco de lógica aristotélica, ¿no cree?

—Si usted lo dice, señor.

—Le diré todo acerca de esto por la mañana —dijo Morse.

Lewis se detuvo al llegar a la puerta.

—Esa identificación de la señorita Coleby, señor. ¿Usted la juzga satisfactoria, al punto de tomarle la palabra a la patrona?

—¿Por qué no?

—Bueno, todo fue un poco casual, ¿no es cierto? Quiero decir, no salió exactamente como dicen las reglas.

—¿Cuáles reglas? —preguntó Morse.

Lewis decidió que tenía la mente hecha un lío, suficiente para un solo día, y salió.

La mente de Morse tampoco estaba funcionando con prístina lucidez; y, sin embargo, como emergiendo de la confusión y la perplejidad, brotaba el germen de una nueva idea. Desde el principio había sospechado que Jennifer Coleby mentía; hubiese apostado su reputación profesional. No obstante, podría haberse equivocado, al menos en un aspecto. Había intentado quebrar el relato de Jennifer pero... ¿había intentado quebrarlo en el punto equivocado?

¿Y si todo cuanto ella le había contado fuese verdad?... Los mismos pros y contras giraban en su cabeza y pasaban ante sus ojos como oscilantes caballitos de madera en un parque de diversiones, hasta que su propia mente también se puso a girar en un confuso remolino. Supo que era el momento de darse un respiro.

Capítulo 10

Miércoles 6 de octubre

En el bar del *Black Prince* rara vez había movimiento durante la primera hora después de la apertura a las once de la mañana, y la del miércoles 6 de octubre demostraría no ser la excepción. La onda expansiva del homicidio retrocedía, ahora, y el *Black Prince* volvía rápidamente a la normalidad.

Sorprendía ver con cuánta celeridad las cosas pasaban a segundo plano, pensó la señora Gaye McFee mientras sacaba brillo a otro vaso para Martinis y lo colocaba con cuidado entre los otros. Y así era, nomás: esa misma mañana un avión, al aterrizar, se había estrellado en Heathrow, y setenta y nueve vidas se habían perdido. Y todos los días, en las rutas...

—¿Qué van a tomar, muchachos?

El que habló era un hombre de aspecto distinguido, de unos sesenta años, fornido, con pelo gris-plata y tez sonrosada. Gaye lo había atendido muchas veces antes, y lo conocía como el profesor Tompsett (Félix para sus amigos que, según se rumoreaba, no eran legión), catedrático emérito de literatura isabelina en la Universidad de Oxford, y recientemente jubilado subdirector del Lonsdale College. De sus dos compañeros, uno era un hombre macilento y de barba, cercano a los treinta años, y el otro un hombre de anteojos y aspecto gentil, de unos cuarenta y cinco. Todos pidieron *gin-tonics*.

—Tres *gins-tonics*. —Tompsett tenía una voz incisiva e imperativa, y Gaye se preguntó si en la Universidad se haría revolver el café de la mañana por el criado.

—¡Espero que disfrute de la vida junto a nosotros, joven Melhuish! —Tompsett apoyó una mano ancha sobre el hombro de su barbado colega, y pronto acaparó la conversación en temas que Gaye ya no pudo seguir. Acababa de entrar un grupo de militares norteamericanos y, sin perder ni un instante, la acribillaron a preguntas sobre marcas de cerveza, el menú, el reciente homicidio y su dirección particular. Pero a ella le gustaban los norteamericanos, y al poco tiempo reía de buen humor con ellos. Como era habitual, la bomba de cerveza tiraba más espuma que sustancia líquida y Gaye advirtió, mientras esperaba paciente al otro extremo de la barra, al miembro de lentes del triunvirato oxoniano.

—En un minuto estoy con usted, señor.

—No se preocupe. No tengo demasiado apuro. —Le sonrió con gentileza; ella vio el destello de un guiño en sus ojos oscuros y se apresuró en saldar cuentas con los amistosos norteamericanos.

—Dígame, señor.

—Todos queríamos lo mismo de antes, por favor. Tres *gin-tonics*.

—Gaye lo miró interesada. El patrón le había dicho una vez que si alguien pedía «*gins-tonics*» en vez del cuasi universal «*gin-tonics*»; entonces ese hombre en verdad era un catedrático. Ojalá volviera a hablar, pues le gustaba el sonido de su voz con ese acento tan suave, de ayes bien abiertas y eres arrastradas, propio del Condado de Gloucester. Pero no lo hizo. Sin embargo, ella se quedó al extremo de la barra y volvió a repasar con suavidad los vasos para Martini.

«¿Qué vamos a hacer juntos, amorcito?» y otras invitaciones tan atractivas cómo esa emanaron regularmente de sus otros clientes, pero Gaye, con tacto y amabilidad, rechazó sus tácticas; en lugar de eso, se quedó mirando al hombre del condado de Gloucester. Tompsett había soltado el chorro.

—Él ni siquiera fue a mi discurso de apertura cuando estuvo en la universidad. ¿Qué te parece, Peter, mi viejo?

—No lo culpes, en realidad —dijo Peter—. Todos nos sentamos y escupimos sobre nuestra propia prosa, Melhuish, y entre nosotros nos tomamos el pelo por lo maravillosa que es nuestra maldita actitud.

El profesor de literatura isabelina se rio de buena gana y vació a medias su copa.

—¿Estuvo antes aquí, Melhuish?

—No, no estuve. Bastante lindo, ¿no es cierto?

—Un poco notorio ahora, ¿sabe? Hubo un homicidio aquí la semana pasada.

—Sí, leí algo acerca de eso.

—Joven rubia. Violada y asesinada, justo en la playa de estacionamiento ahí afuera. Linda chica, a juzgar por lo que dicen los diarios.

Melhuish, recién nombrado joven miembro de la junta de gobierno, tan brillante como ansioso, comenzaba a sentirse un poco más a gusto con sus colegas mayores.

—¿La violaron, también?

Tompsett apuró su copa.

—Eso dicen. Pero siempre tuve algunas dudas sobre ese asunto de la violación. —Según Confucio, una joven con la pollera levantada corre más rápido que un hombre con los pantalones bajos.

Los dos hombres más viejos sonrieron amablemente al oír la gastada broma, pero Melhuish deseó no haberla repetido: fuera de tono, demasiado confianzuda. Gaye oyó la voz clara de Tompsett retomar la conversación. No era ningún tonto, pensó.

—Sí, concuerdo con usted, Melhuish. No debemos dramatizar tanto ese tema de la violación. Dios Santo, no. Cosa de todos los días. Hará un par de años, lo recuerdo bien, había una joven muchacha aquí —¿te acordarás de ella, Peter?— rápida, inteligente, muy trabajadora, una chica maravillosa. Estaba rindiendo los finales y tenía por delante ocho exámenes escritos de tres horas cada uno. Había completado el séptimo en la mañana del jueves; no, en la del viernes, o fue en... bueno, no viene al caso. Rindió su penúltimo examen por la mañana y no le quedaba sino un último obstáculo por vencer a la tarde. Bueno, se fue a almorzar a su casa en Headington,

donde vivía, y, ¡por todos los santos!, la violaron cuando volvía para acá. Piensen nomás en la conmoción de esa pobre muchacha. ¿Lo recuerdas, Peter? Pese a todo, insistió en rendir el último examen y —¿a qué no sabe, Melhuish?— ¡le fue mejor en el último escrito que en todos los demás!

Melhuish se rio a carcajadas y tomó los vasos vacíos.

—La inventaste a medida que la contabas —susurró Peter.

—Sí, aunque... salió una buena historia, ¿no? —contestó Tompsett.

Durante algunos minutos Gaye perdió el hilo de la charla, y cuando al fin lo retomó resultaba obvio que la conversación había tomado un sesgo un poco más serio. Siempre decían que el *gin* era un depresor.

—... no necesariamente violada antes de ser asesinada, como usted sabe.

—¡Basta, cállate la boca, Félix!

—Un poco chocante, lo sé. Pero todos leímos el asunto ese de Christie, ¿no? ¡Maldito viejo asqueroso!

—¿Para ellos, tiene relación con lo ocurrido aquí? —preguntó Melhuish.

—¿Saben?, habría podido responderle eso —dijo Tompsett—. El viejo Morse, ¡buen tipo!, está a cargo de este caso, y en más de una oportunidad lo hemos tenido como invitado especial. Lo habíamos invitado para esta noche, pero deshizo el compromiso. Tuvo un accidente menor. —Tompsett se rio—. ¡Se cayó de una escalera! Cristo, ¿quién puede creerlo? ¡Un tipo encargado de investigar un homicidio se cae de una maldita escalera! —A Tompsett, por lo visto, le causaba mucha gracia.

Los norteamericanos habían perdido toda esperanza y el bar había quedado vacío. Los tres hombres caminaron hasta la mesa junto a la ventana.

—Bueno, mejor veamos qué tienen para almorzar —dijo Peter—. Voy a traer el menú.

Gaye tomó una gran carpeta de aspecto lujoso y se las alcanzó, ya abierta, como una pupila ofrendándole la colecta del día a algún imponente sacerdote.

Peter la estudió superficialmente, con una chispa de amable cinismo en la cara.

—¿Usted nos recomienda «Las delicias de un catedrático» o «El placer de un celador»? —Lo preguntó en voz baja.

—Yo no pediría el bife, si fuese usted. —La voz de Gaye era tan queda como la suya.

—¿Tiene la tarde libre?

Sopesó la situación unos pocos segundos antes de asentir con la cabeza, con un gesto casi imperceptible.

—¿A qué hora paso a buscarla?

—¿A las tres en punto?

—¿Por dónde?

—Lo espero ahí afuera.

A las cuatro de la tarde los dos yacían uno junto al otro en la amplia cama de dos plazas que Peter tenía en sus habitaciones en el Lonsdale College. Había pasado el brazo izquierdo alrededor del cuello de Gaye, y con la mano derecha le acariciaba suavemente los pechos.

—¿Te parece que una jovencita puede ser violada? —preguntó.

Gaye reflexionó sobre el tema. Satisfecha en cuerpo y alma, permaneció un instante contemplando los adornos del cielorraso.

—Debe ser una dificultad muy divertida, para un hombre.

—Hum.

—¿Alguna vez violaste a una mujer?

—Podría violarte cualquier día de la semana.

—Pero yo no te dejaría, pues no opondría ninguna resistencia.

Él volvió a besar los labios llenos y ella se volvió ansiosa hacia él.

—¡Peter, —le susurró al oído— quiero que me violes de nuevo!

El teléfono atronó de repente, estridente e imperioso, en la quietud del cuarto. ¡Al demonio!

—¡Ah, hola, Bernard! ¿Cómo? No, aquí sentado, descansando, como te imaginarás. ¿Cómo? ¡Ah, sí, esta noche! Bueno, a eso de las siete, me parece. ¿Por qué no pasas a buscarme? Podemos tomar un trago, antes. Sí. ¿Félix? Ah, ya está bastante achispado. Sí, sí. Bueno, nos vemos. Sí. Chau.

—¿Quién es Bernard?

—Ah, es uno de los catedráticos aquí. Buen tipo. Aunque con bastante poco sentido de la oportunidad, por lo visto.

—¿Él también tiene habitaciones como estas?

—No, no. Ese Bernard es un hombre de familia. Vive en North Oxford. Un tipo tranquilo.

—¿Entonces él no anda por ahí violando jovencitas?

—¿Quién, Bernard? ¡Santo Dios, no! Bueno, no lo creo...

—En cambio, usted es un hombre muy tranquilo, Peter.

—¿Yo? La acarició con ternura y, de modo abrupto, dio por terminada cualquier otra conversación acerca del señor Bernard Crowther, un pacífico hombre de familia de North Oxford.

SEGUNDA PARTE

EN BUSCA DE UN HOMBRE

Capítulo 11

Miércoles 6 de octubre

Botley Road nace debajo de un puente ferroviario (altura máxima 3,67 m) y prosigue su retorcido y angosto rumbo unos cuantos cientos de metros más allá, pasando por hileras de míseras casas construidas en terraplén, que se apiñan en la vía pública dentro de apretados y mezquinos límites; a partir de allí, el camino se ensancha gradualmente en un espacioso tramo de doble circulación que recibe todo el tránsito rumbo al oeste, en dirección a Faringdon, Swindon y los diversos pueblitos entre ambas localidades. Aquí, las casas ya no se apoyan una contra otra con tan poco generosa proximidad, y de ese lado algunos comerciantes de Oxford han comprado sus locales.

Chalkley and Sons es un extendido e irregular edificio de dos pisos especializado en artículos para el hogar, cerámicos, empapelados, pinturas y muebles. Se trata de un comercio con descuentos muy reconocido, frecuentado por numerosos carpinteros, decoradores de interiores y casi todos los aficionados de Oxford a hacer las cosas por sí mismos. En el extremo posterior de los salones de exhibición de la planta baja hay un letrero para los escasos clientes que aún no lo han descubierto por sí mismos, donde se les informa que el local de venta de formica se encuentra afuera, al otro lado del patio, segundo a la izquierda.

En dicho local un joven coloca una gran hoja de fórmica sobre una mesa de madera; dicha mesa tiene una profunda ranura en ángulo recto, cortada longitudinalmente a través de su centro. Atrae hacia él una pequeña sierra automática haciéndola correr con toda facilidad por las guías, y con sumo cuidado alinea los malignos y afilados dientes contra la marca dibujada a lápiz. Con gran destreza empuña una regla de acero y verifica las medidas. Parece satisfecho con un rápido cálculo mental, pulsa el interruptor y en medio de un zumbido chirriante corta en láminas el resistente material con implacable y limpia velocidad. ¡Esa velocidad le encanta! Varias veces repite el procedimiento: a lo largo, a lo ancho, en tiras angostas, en tiras anchas, y apila prolijamente los listones contra la pared. Mira su reloj: es casi la una menos cuarto del mediodía. Una hora y cuarto. Cierra con llave las puertas corredizas detrás suyo, concurre al lavabo para el personal, se lava las manos con agua y jabón, se peina y, sin gran pesar, da la espalda por un momento al edificio del señor Chalkley y sus hijos. Tantea un paquetito que abulta ligeramente en el bolsillo derecho de su sobretodo. Todavía está ahí.

Aunque su destino inmediato solo queda a no más de diez minutos de marcha, decide tomar un ómnibus. Cruza la avenida y en su trayecto atraviesa tantas rayas continuas, quebradas, anchas, angostas, amarillas y blancas como podemos encontrar

en la clave para entender un mapa policia de Gran Bretaña e Irlanda, porque el Concejo Municipal de la Ciudad de Oxford ha intensificado su guerra de larga data contra los automovilistas particulares e instituido un sistema de sendas para ómnibus a lo largo de Botley Road. Un ómnibus llega casi inmediatamente después de otro, y el austero paquistaní, único miembro de la dotación, desempeña en silencio sus múltiples tareas. El joven siempre desea que el ómnibus esté casi lleno, para poder sentarse al lado de una de las chicas de minifalda y botas hasta la rodilla que viajan de regreso a la ciudad; pero hoy está casi vacío. Toma asiento y mira, mecánicamente, a su alrededor.

Se baja en la parada antes del puente del ferrocarril (donde el ómnibus debe desviarse hacia la derecha para evitar quedar decapitado por las vigas de hierro), se abre paso por una sucia calle detrás de la miserable hilera de casas y entra a un pequeño comercio. El letrero sobre la puerta del mugriento y pelado frente del local del señor Baines dice: «Agencia de Diarios y Tabaquería». Pero tal es la naturaleza del establecimiento del señor Baines que no emplea ningún ejército de insolentes muchachos y chicas para que repartan los diarios de la mañana y de la tarde, como tampoco sus existencias de tabaco superan la media docena de las más populares marcas de cigarrillos. No vende tarjetas de cumpleaños, o helados, ni tampoco golosinas. De acuerdo con los cálculos del señor Baines —sí, es un hombre sagaz— una rápida y sencilla transacción le puede dar tanta ganancia como las utilidades que obtendría después de un día entero de repartir diarios o tras concretar la venta de un millar de cigarrillos. Porque el señor Baines es un comerciante de pornografía explícita.

Algunos clientes se encuentran de pie a lo largo del lado derecho del angosto local. Se abren paso rápidamente a través de una sorprendente variedad de chillonas y lustrosas revistas de desnudos femeninos, con nombres que evocan sedosos éxtasis: *Piel de Mujer*, *Voluptuosa Lascivia* y *Carne y Volados*. Aunque las ilustraciones de las modelos escasas de ropa que adornan las tapas de estas obras son completa y sensualmente provocativas, los curiosos simulan pasar las páginas con un hastío indiferente y casual. Pero esto no es sino una apariencia. Un aviso, de puño y letra del señor Baines, advierte a cualquier potencial consumidor de tales frutos exóticos que «los libros están a la venta», y la señora Baines, sentada en su duro banco detrás del mostrador, observa con mirada avizora a cada uno de sus comprometidos clientes. El joven solo mira al pasar la galería de arremetedoras desnudeces a su derecha y se encamina directamente al mostrador. Pide, en voz audible, un atado de veinte *Embassy* y desliza su paquete por el mostrador hasta la señora Baines. Dicha dama, a su vez, se agacha para alcanzar algo debajo del mostrador y entrega al joven otro paquete similar, envuelto en papel marrón. ¡Cómo aprobaría esto el señor Baines! Se trata de un trámite simple, rápido, para nada complicado.

El joven se detiene en *Bookbinder Arms*, al otro lado de la calle, y pide pan con queso y un jarro de Guinness. Siente la usual e irritante impaciencia, pero la

expectativa lo colma de un placer morboso. Pronto se harán las cinco y el viaje a Woodstock es muchísimo más rápido ahora, con la inauguración del nuevo tramo de avenidas de circunvalación. Su madre ya tendrá lista la comida que le preparó y luego se quedará solo. A su manera viciosa ha llegado casi a disfrutar por anticipado de todo eso, que durante los últimos meses se ha convertido en un rito semanal. Caro, por supuesto, pero el arreglo no deja de ser conveniente, al obtener la mitad del precio como reembolso contra la devolución del material. Termina de un trago su Guinness.

A veces, todavía se siente culpable (un poco), aunque no tanto como solía hacerlo. Es bien consciente de que su afición por la pornografía está anulando la poca o mucha sensibilidad que antes tenía; que su ansia crece más y más como un tumor maligno en el cerebro, un cerebro que reclama, con una desesperación siempre en aumento, su momentánea y enfermiza gratificación. Pero nada puede hacer al respecto.

Puntual, a las dos de la tarde del miércoles 6 de octubre, el señor John Sanders está de regreso en el local de formica, y una vez más se oye, detrás de las puertas corredizas, la sierra giratoria, quejándose en su agonía.

Los miércoles por la tarde, durante el período lectivo, el hogar de los Crowther solía estar desierto desde las siete hasta las nueve de la noche. La señora Margaret Crowther integraba un grupito de formales buitres de mediana edad hambrientos de cultura en una clase vespertina en la WEA^[5] sobre Civilizaciones Clásicas; una vez por semana los chicos, James y Caroline, engrosaban el ya sobrepoblado número de socios de la discoteca de los miércoles, en el vecino Centro Comunal; al señor Bernard Crowther no le gustaban la música moderna ni Pericles.

La noche del miércoles 6 de octubre, Margaret salió de su casa a la hora habitual de las seis y media. Tomaba sus clases a casi unos cinco kilómetros de distancia, en la sede de Estudios Superiores en Headington Hill, y le preocupaba conseguir estacionamiento en un lugar céntrico y seguro para el orgulloso y reluciente Mini 1000 que Bernard le había comprado en agosto. Con bastante inseguridad salió de la cochera marcha atrás (Bernard había estado de acuerdo en dejar que el 1100 de su propiedad enfrentara las inclemencias del invierno en plena calle) y enfiló por la calle tranquila. Aunque todavía nerviosa por su falta de pericia, en especial por la noche, saboreó el corto paseo. Le daba libertad e independencia, era su automóvil y podía ir adonde se le antojara. En el desvío de circunvalación respiró hondo, como siempre, y se concentró más de lo habitual. Un auto tras otro azotaban el aire al pasar junto a ella por el carril externo y ella luchó contra su reacción instintiva de sacar el pie derecho del pedal del acelerador, al que oprimía suavemente, para clavarlo sobre el pedal de frenos. Atenta a los faros de los autos que se acercaban y a sus conductores, se sintió segura, con una orgullosa confianza en sí misma, y protegida. Toqueteó su cinturón

de seguridad y hasta se atrevió a desviar la mirada hacia el tablero de instrumentos para comprobar si tenía las luces bajas. Aunque nunca las había llevado altas, pues temía girar el interruptor hacia la posición equivocada y apagarlas del todo en caso de que la acometiese un repentino ataque de pánico por bajarlas. En la rotonda de Headington maniobró por los carriles con mucha destreza y sin incidentes cubrió el tramo final del viaje.

Cuando por primera vez pensó en suicidarse, el auto parecía representar una posibilidad muy real. Pero ahora sabía que nunca podría hacerlo de ese modo. Conducir le despertaba todos sus instintos primarios de seguridad y autopreservación. Y, de cualquier manera, tampoco querría estrellar su precioso y flamante Mini. Había otros métodos...

Estacionó con sumo cuidado, entrando y saliendo del auto varias veces hasta quedar completamente convencida de que lo había acomodado bien, conservando, hasta donde le era posible, una distancia prudencial con los autos vecinos, y entró al gran edificio de cuatro pisos y frente vidriado que atendía las necesidades de los estudiantes más maduros de la ciudad. Vio a la señora Palmer, una de sus compañeras, que subía por las escaleras rumbo al Aula C26.

—¡Hola, señora Crowther! Todos la extrañamos la semana pasada. ¿Estuvo enferma?

—¿Y a esos dos qué les pasa? —preguntó James.

Un cuarto de hora después de la partida de Margaret, Bernard Crowther había tomado el bus para ir al Lonsdale College, donde comía una o dos noches por semana. Los chicos se habían quedado solos.

—Nada extraordinario, ¿no? —dijo Caroline.

—Apenas si se dirigen la palabra.

—Creo que a todos los matrimonios les pasa lo mismo.

—Pero antes no eran así.

—No eres de gran ayuda.

—Tú tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—¡Basta, cállate la boca!

—¡Eres un idiota!

—¡Andaa...!

Por aquel entonces la conversación entre ellos rara vez duraba más tiempo. Con pocas variantes menores y en presencia de papá y mamá, con algunas concesiones a la moral convencional de la clase media, sus padres habían oído lo mismo muchas veces. Esa situación preocupaba mucho a Margaret y a Bernard lo enfurecía, y cada uno se preguntaba en secreto si todos los chicos serían tan perversos, malhumorados y poco serviciales como los suyos. James y Caroline, sin embargo, no ocupaban un lugar predominante en la mente de sus padres esa tarde del miércoles.

* * *

Como uno de los profesores *sénior*, miembro de la junta de gobierno de su colegio, Bernard había sido invitado, naturalmente, a la fiesta en honor del ex subdirector, jubilado el verano anterior. La comida habría de comenzar a las siete y media de la tarde, y Bernard llegó al departamento de Peter media hora antes. Se sirvió un vermut con *gin* y se arrellanó en un sillón desteñido. Le simpatizaba Félix Tompsett —¡el viejo cabrón!, pensó—. Por cierto comía demasiado, bebía con exceso y, de creerse en lo que muchas lenguas rumoreaban (¿y por qué no?), había abusado de un sinfín de otras cosas. Pero era un buen «hombre para la institución»; gracias a sus consejos, el colegio había comprado muchas propiedades a principios de los sesenta y sus conocimientos sobre tasas de interés y préstamos de inversión eran legendarios. Raro, en verdad, pensó Bernard. Terminó su *gin* y se enfundó la toga. El jerez, servido como aperitivo, correría a chorros en la Sala de Profesores *Sénior* y los dos amigos se encaminaron hacia allá.

—¡Ah, Bernard!, ¿cómo estás, querido? —La cálida sonrisa de Félix representaba una genuina bienvenida para su antiguo colega.

—No puedo quejarme —respondió Bernard, no muy convencido.

—¿Y cómo está tu encantadora mujer?

Bernard arrebató una copa de jerez.

—¡Ah!, muy bien, muy bien.

—Una mujer encantadora —murmuró Félix—. Obviamente, había comenzado a celebrar su propia conmemoración con premeditado gusto, pero Bernard no podía igualar su afabilidad. Pensaba en Margaret mientras la conversación bullía en torno suyo... Volvió a prestar atención justo a tiempo para reírse, de un modo convincente, del descubrimiento hecho por Félix de una reciente inscripción en la pared del baño de hombres del *Minster bar*.

—Fantástico, ¿no? —dijo Félix, a las risotadas.

El grupo se mudó al cuarto contiguo y todos se sentaron a la mesa del banquete. Bernard siempre pensaba que tenían demasiada comida, y esta noche tenían mucho, muchísimo más para comer. Mientras luchaba por abrirse paso hasta el cóctel de pomelo, la sopa de tortuga, el salmón ahumado, los *turnedos* a la Rossini, la torta, el queso y la fruta, pensaba en los millones de seres en el mundo que no habían comido bien durante semanas, incluso meses, y por su cabeza pasaron las desgarradoras imágenes de las víctimas de la hambruna en Asia y en África.

—Estás callado esta noche —le dijo el capellán, pasándole la botella de clarete.

—Lo lamento —dijo Bernard—, debe ser toda esta comida y bebida.

—Debes aprender a aceptar los dones que el Buen Señor arroja sobre ti, hijo mío. ¿Sabes?, a medida que envejezco, aprecio cada vez más, debo confesarlo, dos cosas en la vida: la belleza natural y los placeres del estómago.

Se reclinó en su asiento y empujó media copa de clarete añejo directo a su enorme estómago. Bernard sabía que algunos hombres eran gordos por naturaleza; algo que ver con el metabolismo, o algo así. Aunque no había hombres gordos en Belsen...

Pero cualquier otra confesión que el buen capellán hubiese estado a punto de divulgar fue interrumpida por el brindis en honor a Su Majestad y los ruidos del Director cuando se aclaró la garganta al ponerse de pie para comenzar el panegírico de Félix Tompsett. Todos habían oído lo mismo antes. Algunos y necesarios retoques a las benditas frases trilladas... pero, básicamente, siempre la misma basura. Félix habría de dejar muchos huecos en tantos aspectos de la vida en el colegio; sería difícil llenarlos... Bernard pensó en Margaret. ¿Por qué no dejar esos malditos huecos vacíos?... Uno de los más destacados eruditos de su generación... Bernard miró su reloj: las nueve y cuarto. Todavía no podía irse. Anécdotas y risas... Bernard juraría que todos habrían de evocar aquel incidente cuando un estudiante disgustado había orinado la alfombra de Félix dos años atrás... Otra vez todo ese macaneo académico. El primero de su clase... Farsante... Su trabajo sobre los poetas líricos isabelinos... vamos, si el viejo bastardo se había pasado la mayor parte del tiempo haciendo investigaciones de primera mano sobre las tabernas históricas del condado de Oxford. O con las mujeres... Por primera vez Bernard se preguntó si Félix le habría hecho alguna propuesta a Margaret. Mejor que no...

Félix habló bien. Un poco ebrio, amable, civilizado... bastante conmovedor, en realidad. ¡Vamos! Las diez menos cuarto. Le hicieron entrega del presente y levantaron campamento a las diez de la noche. Bernard salió precipitadamente del colegio y corrió por Broad Street hasta St Giles', donde enseguida encontró un taxi. Pero aun antes de que el coche se detuviese, vio un movimiento fuera de la casa a oscuras. Se le aceleró el corazón, con un ataque de pánico y desesperación. James y Caroline estaban de pie, junto a la puerta de calle.

—Podrías haber... —comenzó Caroline.

Bernard apenas si la oyó.

—¿Dónde está tu madre? —Su voz era áspera y apremiante.

—No sabemos. Pensábamos que estaba contigo.

—¿Desde hace cuánto tiempo esperan? —Hablaban con tajante autoridad, que los chicos rara vez habían oído.

—Una media hora. Mami siempre llegó antes...

Bernard abrió la puerta de calle.

—Llama al tecnológico, en Headington. Pregúntales si ya terminaron.

—Llama tú, Caroline.

—Bernard cruzó la cara de James con una fuerte palmada de la mano derecha.

—¡Haz lo que te digo! —siseó.

Fue hasta el portón. Nadie. Rogaba oír el motor de un auto, cualquier auto. ¡El auto! Un sudor frío le empapó la frente al lanzarse hacia el garaje. La puerta estaba con llave. La encontró. Le temblaba la mano. Abrió la puerta.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Bernard se sobresaltó, y en el fondo de su corazón bendijo a todos los dioses existentes o por existir.

—¿Dónde diablos estabas?

En una milésima de segundos su espantoso terror agónico se había convertido en furia, una furia tranquilizadora, feroz, hermosa.

—El caso es que se trabó el arranque del Mini. No pude encontrar a nadie para arreglarlo y terminé por tomar el bus.

—Habrías podido avisarme.

—¡Ah, sí, claro! Querías que llamase por teléfono a todos los talleres, luego a ti y luego, ¿por qué no?, también a los chicos. —La misma Margaret se iba poniendo furiosa—. ¿A qué viene todo este alboroto? ¿Solo porque, para variar, llego tarde una vez?

—Los chicos estuvieron esperando muchísimo tiempo.

—¿Y qué? —Margaret entró en la casa hecha una tromba, y Bernard oyó los gritos allí adentro. Cerró el portón delantero y luego el garaje. Cerró la puerta de calle con llave. Se sentía feliz, más feliz de lo que se había sentido en muchos días y muchas horas.

Capítulo 12

Miércoles 6 y jueves 7 de octubre

Morse no sabía qué lo había persuadido, luego de siete meses de promesas y postergaciones, a tapar ese agujero de bordes irregulares abierto sobre la puerta de la cocina por donde el electricista había pasado los cables para un nuevo tomacorriente. De cualquier manera, todo salió mal desde el comienzo. El yeso en polvo, comprado unos dos años antes, había fraguado en un bloque sólido de cemento dentro del envase; la espátula que usaba para cascar huevos y rellenar grietas se había esfumado, misteriosamente, de la faz de la tierra, y la primitiva escalera de tijera nunca se había apoyado con demasiado firmeza sobre sus tambaleantes patas. A lo mejor se había inspirado en el señor Edward De Bono y sus recetas en favor del pensamiento lateral. Pero, cualquiera haya sido su repentina urgencia por ver tapado el maldito agujero, Morse se vino abajo haciendo la vertical, como un paracaidista en caída libre, desde el peldaño más alto cuando, al zafarse con un chasquido la cuerda que mantenía la escalera abierta en un funcional ángulo de 30 grados, esta se desplomó, para convertirse en una línea recta allá, debajo de su cuerpo. Como Efestos, arrojado por encima de las almenas de cristal, aterrizó con un doloroso golpe sobre su pie derecho, se quedó tendido, sintiendo náuseas, unos dos o tres minutos, mientras se secaba el sudor frío que brotaba sobre sus cejas y, por fin, fue rengueando a la sala de estar y se acostó en el sofá, respirando con dificultad. Al cabo de un momento el pie le dolía menos y se quedó algo más tranquilo, pero media hora después empezó la hinchazón y un persistente dolor agudo y espasmódico lo acometió en el empeine. Se preguntó si podría conducir el auto, pero sabía que intentarlo sería una estupidez. Eran las ocho y media de la tarde del martes 5 de octubre. Solo quedaba una cosa por hacer. Rengueando y a los saltos fue hasta el teléfono y llamó a Lewis; media hora después reposaba, desconsolado, en la sala de espera para pacientes accidentados del Hospital Radcliffe, aguardando el resultado de la radiografía. Un niño, sentado en el banco contiguo al de Morse, retorció su mano izquierda con bastante dolor (puerta de automóvil) y a dos hombres con lesiones graves, consecuencia de un accidente en la vía pública, los transportaron en camilla para atenderlos con prioridad. Se sintió un poco menos deprimido.

Por último, lo vio un casi ininteligible médico chino que sostuvo la radiografía contra la luz con el mismo desinterés de un invitado aburrido que echa una mirada casual a una de las tantas diapositivas tomada por su anfitrión como recuerdo de las vacaciones.

—No frackturado. Bendassimulettas.

La competente enfermera en cuyas manos acababan de depositarlo explicó a

Morse que no tenía ningún hueso fracturado y que el tratamiento recomendado consistía en proteger el pie con un vendaje y andar un tiempo con muletas a ser proporcionadas por el hospital.

Agradeció a la enfermera y al médico mientras salía, balanceándose inseguro en dirección a Lewis, que lo esperaba.

—Oiga —gritó el médico detrás suyo—. Oiga, señor Morse. No trabajarr. Dossdía. Descansarr. ¿OK?

—Creo que voy a estar bien, gracias —contestó Morse.

—Oiga, señor Morse. Ustedvamejorarr, ¿eh? No trabajarr. Dossdía. Descansarr. ¿OK?

—OK. ¡Ay, Dios!

La noche del martes Morse apenas pegó un ojo; le dolían muchísimo los dedos del pie. Tomó una aspirina tras otra y por fin, casi al alba, se durmió, de puro agotamiento. Lewis lo llamó y lo fue a visitar varias veces durante el prolongado padecimiento del miércoles y vio al inspector caer en un sueño profundo, como un bendito, a eso de las nueve de la noche.

Cuando Lewis le dio los buenos días por la mañana siguiente, Morse se sentía mejor y, por tal motivo, su cabeza volvió a remontarse al homicidio de Sylvia Kaye. Al no tener ya la mente tan ocupada en las tribulaciones con su pie derecho, sintió que una feroz depresión lo invadía. Podía verse como un participante en un concurso que hubiera dado algunas respuestas bastante acertadas y tuviese otras en la punta de la lengua para, finalmente, terminar perdiendo. Uno siempre deseaba comenzar de nuevo...

Y ahí estaba, acostado, con esos agitados pensamientos en la cabeza. Lewis fastidiaba a su alrededor. El buenazo de Lewis. Todos estarían riéndose a carcajadas en la jefatura de policía, pensó. Es humillante caerse de una escalera. Bueno, él no se había caído de una escalera. Se había caído con la escalera.

—¡Lewis! Le habrá contado a todos lo que me pasó, supongo.

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Piensan que es un invento suyo. Creen que, a decir verdad, usted tiene gota. Ya sabe... demasiado oportu.

Morse lanzó un quejido. Podía imaginarse yendo y viniendo rengueando de un lado a otro, y a cada uno de los otros deteniéndose a su lado para preguntarle por las circunstancias de semejante catástrofe. Escribiría lo ocurrido con todos los detalles, sacaría fotocopias y las repartiría por todo el departamento de policía.

—¿Le sigue doliendo, señor?

—Por todos los diablos, sí. Uno tiene millones de filamentos nerviosos que atraviesan los malditos dedos de los pies. Usted lo sabe, ¿no es cierto?

—A un tío mío, señor, un barril de cerveza le pasó una vez por encima del pie.

—¡Cállese! —ordenó Morse con una mueca de dolor. El solo pensar en algo, y

mucho menos en un barril de cerveza, que estuviera a unos noventa centímetros de distancia de su pie lastimado, le resultaba insoportable. Conque un barril de cerveza... Morse empezó a sentirse mejor.

—¿Ya abrieron los *pubs*?

—¿Le gustaría un trago, señor? —Lewis parecía satisfecho consigo mismo.

—No me opondría a una jarra.

—De hecho traje algunas latas anoche, señor.

—¡Ah, qué bien!

Lewis buscó unos vasos, y ubicando una silla a buena distancia del «pie», sirvió la cerveza.

—¿Alguna novedad? —preguntó Morse.

—Todavía no.

—Hum.

Los dos hombres bebieron en silencio. Algunas de las respuestas bastante acertadas... otras en la punta de la lengua... ¿Y qué, se preguntó Morse, si hubiese estado en lo cierto, o casi en lo cierto? Si tan solo pudiese empezar de nuevo... De pronto se incorporó, olvidando su incapacidad, aulló «¡Ay, mi pie!» y volvió a recostarse en su nido de almohadas. Podía empezar de nuevo, ¿por qué no?

—Lewis, quiero que me haga uno o dos favores. Tráigame papel para escribir; está guardado en el escritorio, en el piso de abajo. ¿Y qué le parece pescado y papas fritas para el almuerzo?

Lewis asintió con la cabeza. Cuando salía en busca del papel para escribir, Morse lo detuvo.

—Tres favores. Abra algunas latas más.

Durante algunos días un pensamiento había estado rondándole por la cabeza a Morse, tan escurridizo como un pan de jabón en una bañera resbaladiza. Al principio era una idea, luego esta se materializó en palabras y Morse descifró el texto con mucho cuidado y leyó el mensaje. *Im Anfang war die Hypothese*. «En el comienzo estaba la hipótesis». Pero antes de formular cualquier hipótesis, siquiera una de menor categoría, Morse decidió que reviviría en cuerpo, mente y alma, con un buen baño y una afeitada. Lenta y penosamente se levantó de la cama, avanzó agarrándose de las paredes como un cangrejo y terminó por recorrer los últimos centímetros del piso del baño saltando en un pie. Le llevó casi una hora terminar de acicalarse, pero se sentía un hombre nuevo. Volvió a emprender su irregular recorrido y, con suavidad, levantó su pie derecho para ubicarlo en un cómodo nicho al lado de un almohadón suplementario, colocado a los pies de la cama. Se sentía agotado pero ¡oh maravilla!, muchísimo más fresco. Cerró los ojos y enseguida se quedó dormido.

Lewis cavilaba si debía o no despertarlo, pero el penetrante olor a fritura y vinagre le ahorró la molestia.

—¿Qué hora es, Lewis? Me quedé dormido.

—La una y cuarto, señor. ¿Quiere el pescado con las papas fritas servido en un plato? Mi mujer y yo siempre lo sacamos del papel para comerlo; así parece tener más rico gusto.

—Dicen que es por la tinta del diario que se adhiere a las papas fritas —replicó Morse—, recibiendo el grasiento cartucho de manos de su sargento y comiendo con fruición.

—¿Sabe, Lewis?, quizás hayamos empezado mal en este caso.

—¿Sí, señor?

—Tratábamos de resolverlo para encontrar al asesino, ¿verdad?

—Supongo que esa, por lo general, es la idea, ¿o no?

—Sí, claro, pero podríamos obtener mejores resultados si empezamos al revés.

—Usted quiere decir...

Pero aunque Morse se quedó esperando, era obvio que Lewis no tenía idea de cuanto él quería decir.

—Me refiero a que debemos encontrar al asesino para resolver el caso.

—Ya veo —contestó Lewis, sin ver.

—Me alegra oírlo —dijo Morse—. Es tan claro como la luz del día; y, de paso, abra un poco esas malditas cortinas, ¿quiere?

Lewis obedeció.

—Si —prosiguió Morse—, si yo le dijese quién es el asesino y dónde vive, usted podría ir en su busca y arrestarlo, ¿no es cierto?

Lewis asintió con un gesto, titubeante, preguntándose si su superior no se habría golpeado la cabeza contra la piletta de la cocina antes de aterrizar sobre su preciado pie derecho.

—Usted podría, ¿verdad? Traerlo aquí, ante mi vista, manteniéndolo a prudencial distancia de mi dolorosa lastimadura y él estaría en condiciones de contarnos todo acerca de lo sucedido, ¿no? En una palabra, podría hacer nuestro trabajo, ¿no cree?

Morse siguió mascullando, la boca llena de pescado con papas fritas, y, con genuina preocupación, Lewis comenzó a dudar de la salud mental del inspector. La conmoción cerebral era una cosa rara; él la había visto muchas veces en accidentes en la vía pública. En algunas ocasiones, dos o tres días después del accidente, algunas personas se volvían totalmente lelas. Luego se recuperaban, por supuesto... ¿O Morse habría estado bebiendo? Pero no cerveza. Las latas abiertas aún estaban intactas. Una pesada responsabilidad pareció caer de pronto sobre las espaldas de Lewis. Comenzó a transpirar un poco. Hacía calor en la habitación, y el sol de otoño brillaba sobre el cristal de la ventana del cuarto.

—¿Quiere que le traiga algo, señor?

—Sí. Un paño húmedo para las manos, jabón y una toalla. ¡Por todos los santos, su mujer tiene razón, Lewis! Jamás volveré a comerlos sin plato.

Un cuarto de hora más tarde un desconcertado sargento salió por la puerta de

calle del piso de Morse. Estaba un poco afligido, y lo hubiese estado aún más de haber vuelto al dormitorio en ese preciso instante para oír a Morse hablando consigo mismo y asintiendo cada tanto con la cabeza, cuando daba su aprobación a las palabras que oía salir de sus propios labios.

«Ahora mi primera hipótesis, damas y caballeros y, tal como veo las cosas, la más crucial de todas; porque formularé muchas; ¡ah, sí!, muchas otras más, es esta: el homicida vive en North Oxford. Dirán ustedes que esta hipótesis es un tanto temeraria, y sí, lo es. ¿Por qué no podría el asesino vivir en Didcot, Sidcup o incluso en Southampton? ¿Por qué debería vivir en North Oxford? ¿Y por qué no, acercándonos más aun a nuestra casa, por qué no justamente en Oxford? No me cansaré de repetirles que solamente estoy formulando una hipótesis, es decir, una suposición, una proposición, por salvaje que esta sea, para esclarecer el tema; una teoría que ha de probarse (o desaprobarse; sí, debo concederles esto) haciendo referencia a hechos, y es con hechos y no con nociones frívolas y caprichosas como lograré reforzar mi hipótesis. *Im Anfang war die Hypothese*; así, quizás, lo expresaría Goethe. Y les encarezco no olviden que soy Morse, el Detective, como hubiese dicho Dickens. Ah, sí, un detective. Un detective posee una sensibilidad especial para el crimen; lo siente; debe sentirlo antes de detectarlo. Existen indicios que señalan hacia North Oxford. No necesitamos revisarlos todos aquí y ahora, pero el *ambiente* se ubica justamente en North Oxford. Y, si estoy equivocado, bueno, nuestra investigación no sufre ningún daño. Estamos formulando una hipótesis, esto es, una suposición, una proposición, un tanto aventurada... aunque eso ya lo dije antes. ¿A dónde estaba, ahora? Ah, sí. Quiero que acepten, provisoria, dubitativamente y sin ninguna esperanza, si cabe, mi primera hipótesis. El homicida reside en North Oxford. Ahora bien, yo mencioné hechos, y no voy a decepcionarlos. Aristóteles clasificó los animales, creo, al subdividirlos, y la subdivisión será nuestro método de procedimiento. Aristóteles, el grande, dividió y subdividió; especies, subespecies, géneros (Morse comenzaba a perderse) géneros, especies, subespecies, etcétera, etcétera, hasta llegar a —¿hasta dónde llegó?— al espécimen individual de la especie». (Eso sonaba mejor). «Yo también dividiré. En North Oxford hay, digamos, un x número de personas. Ahora formularemos, como nueva hipótesis, que nuestro asesino es un hombre. ¿Por qué podemos confiar en ese hecho? Porque, damas y caballeros, la chica asesinada fue violada. Esto es un hecho, y presentaremos al jurado, para que sea tomada como prueba, la evidencia de un eminente profesional médico que...». Morse comenzaba a fatigarse, y se dio fuerzas con otra lata de cerveza. «Como iba diciendo, nuestro asesino es un hombre. Podemos, entonces, dividir nuestro número x por... digamos... eh... cuatro, y dejamos afuera de nuestro cálculo a las mujeres y los niños. ¿Podemos ahora volver a subdividir, se preguntarán ustedes? Sí, podemos. Tratemos de adivinar la edad de nuestro homicida. Lo ubico —no estoy seguro, y me acusarán ustedes de formar subhipótesis— entre los 35 y los 50. Sí, existen razones...». No obstante, Morse decidió pasarlas por alto. No todas

eran tan convincentes, quizás, pero tenía sus razones y desea mantener el ímpetu de sus razonamientos. «Ahora, podemos volver a subdividir nuestro número x por dos. Esto parece ser más razonable, ¿verdad? Continuemos, pues. ¿Qué otra cosa podemos formular como una hipótesis razonable? Pienso —por motivos que, comprendo, pueden no resultarles del todo aceptables— que nuestro sospechoso es un hombre casado». Morse iba a tientas, y perdiendo la confianza. Pero el camino ante él se volvía más nítido; la niebla se levantaba y se esfumaba en el sol; por eso continuó con renovados bríos. «Y bien, esto significa aun otra disminución en la potencia de x . Nuestra x comienza a volverse una unidad manejable, ¿no es cierto? Pero todavía no hemos ajustado el foco de nuestra hipotética cámara con una clara definición sobre nuestra insospechable presa. Aunque, ¡un momento! Nuestro hombre suele beber con cierta regularidad, ¿no? Esta es una de nuestras afirmaciones más razonables, y da a nuestro procedimiento no solo los méritos de la plausibilidad hipotética, sino también los de una extrema probabilidad. Nuestro caso se centra en el *Black Prince*, y nadie visita el *Black Prince* para hacerle una consulta al inspector de la Dirección Impositiva». Morse volvía a desanimarse. Otra vez le dolía el pie con un dolor rítmico, y se quedó con la mente en blanco por unos minutos. Debían ser esas aspirinas. Cerró los ojos y mentalmente continuó con su monólogo forense.

Él debe, también, con seguridad, figurar, por lo menos, entre el cinco por ciento superior de la tasa de coeficiente intelectual. Jennifer no se hubiera enamorado de un payaso ignorante, ¿verdad? Esa carta. Un tipo inteligente, buena educación. Siempre y cuando él la haya escrito. Siempre y cuando. Muchos condicionales. Sigamos. ¿A dónde fue a parar nuestra x ahora? Continuemos. Debe resultarle atractivo a las mujeres. Aunque, ¿quién es capaz de decir lo que atrae a esas deliciosas criaturas? Pero sí, pongamos que sí. Subdividamos. ¡Autos! Santo Dios, se había olvidado de los autos. No todos tienen auto. ¿En qué proporción? No importa, subdividamos. A ver, un minuto: auto rojo. Le pareció estar delirando un poco. Solo una fracción más... En verdad esa sería una subdivisión significativa. La x se alejaba flotando y ahora ya se había perdido. El dolor se volvía menos agudo. Cómodo... bastante... cómodo...

A las cuatro de la tarde lo despertó la poca habilidad de Lewis para abrir la puerta de calle sin hacer un estruendo espantoso. Y cuando Lewis, inquieto, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio, vio a Morse escribiendo con tanta furia como la de Coleridge cuando se despertó para encontrar, ya compuesto en su cabeza, el texto completo del *Kubla Khan*.

—Siéntese, Lewis. Me alegra verlo. —Siguió escribiendo con furiosa rapidez unos dos o tres minutos. Por fin levantó la vista.

—Lewis, voy a hacerle algunas preguntas. Piense con cuidado, ¡no se apesure!, y deme unas cuantas respuestas inteligentes. Deberá adivinar, lo sé, pero esfuércese en

hacerlo bien.

«Al diablo», pensó Lewis.

—¿Cuánta gente vive en North Oxford?

—¿A qué llama usted North Oxford, señor?

—Yo hago las preguntas y usted las responde. Piense, tan solo, en lo que usted suele considerar como North Oxford; digamos, por ejemplo, Summertown y más hacia arriba. Bueno, ¡vamos!

—Podría averiguar, señor.

—¿No puede hacer ni una miserable conjetura, hombre?

Lewis se sentía incómodo. Pudo ver, al menos, que solo tres de las latas de cerveza estaban vacías. Decidió lanzarse.

—Diez mil.

Lo dijo con la seguridad y el tono inequívocamente concluyente de un hombre al que se le pide sumar dos más dos.

Morse tomó otra hoja de papel y anotó el número 10 000.

—¿Qué proporción de hombres?

Lewis se reclinó en el asiento y miró el cielo raso con la confianza de un consultor en estadísticas.

—Alrededor de un cuarto.

Morse anotó esta segunda cifra prolija y cuidadosamente debajo del primer número: 2500.

—¿Cuántos de esos hombres tienen entre 35 y 50 años?

Viven muchas personas jubiladas en North Oxford, pensó Lewis, y hay gran cantidad de hombres jóvenes en las fincas.

—Alrededor de la mitad, no más.

La tercera cifra quedó anotada: 1250.

—¿Cuántos de ellos están casados, en su opinión?

Lewis se quedó pensando. ¿La mayoría, seguramente?

—Cuatro de cada cinco, señor.

Morse compuso las cifras de este último cálculo con gran precisión: 1000.

—¿Cuántos de ellos suelen salir a beber —sabe a qué me refiero—: *pubs*, clubes, esa clase de sitios?

Lewis pensó en su propia calle. No tantos como mucha gente creía. Los vecinos de las casas contiguas no: ¡pobres tipos! Consideró su calle como un todo. Esta pregunta era tramposa.

—Casi la mitad.

Morse revisó la cantidad y continuó con la próxima pregunta.

—Usted recuerda esa carta en nuestro poder, Lewis. ¿Esa carta sobre la que Jennifer Coleby dijo no saber nada?

Lewis asintió con la cabeza.

—Si estuvimos en lo cierto al pensar como lo hicimos, o como yo lo hice, ¿diría

usted que estamos tratando con un hombre muy inteligente?

—Es un sí demasiado amplio, ¿no cree, señor?

—Mire, Lewis. A esa carta la escribió nuestro hombre; métase eso en la cabeza. Fue su gran error. Es la mejor pista que tenemos. ¿Para qué diablos nos pagan? Tenemos que seguir las pistas, ¿verdad?

Morse no sonaba demasiado convencido, pero Lewis le aseguró que la obligación de ellos era seguir las pistas.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, señor?

—¿Es un hombre inteligente?

—Muy inteligente, pensaría yo.

—¿Usted sería capaz de escribir una carta como esa?

—¿Quién, yo? No, señor.

—Y usted es bastante brillante, ¿no es verdad, sargento?

Lewis sacó pecho, respiró hondo y resolvió no minimizar su capacidad intelectual.

—Yo diría que estoy entre el quince por ciento más alto, señor.

—¡Bravo por usted! ¿Y nuestro amigo desconocido? ¡Recuerde, él no solo sabe deletrear bien todas las palabras engañosas, pero también sabe cómo escribirlas mal!

—Entre el primer cinco por ciento, señor.

Morse apuntó el cálculo.

—¿Qué proporción de hombres maduros les resulta atractiva a las mujeres?

¡Pregunta imbécil! Morse notó la burla en la cara de Lewis.

—Sabe lo que quiero decir. Para las mujeres, algunos hombres son categóricamente repulsivos.

Lewis no parecía convencerse.

—Conozco todo sobre esos Romeos maduros porque, en definitiva, todos nosotros lo somos. Pero algunos hombres atraen más a las mujeres que otros, ¿no es cierto?

—No veo a muchas enamorándose de mí, señor.

—Yo no le estoy preguntando eso. ¡Diga algo, por el amor de Dios!

Lewis se lanzó de nuevo.

—¿La mitad? No, más de eso. Tres de cada cinco.

—¿Está seguro de querer decir eso?

Por supuesto que no lo estaba.

—Sí.

Otra cifra.

—¿Cuántos hombres de esa edad tienen automóvil?

—Dos de cada tres. —¿Qué demonios importaba?

Morse anotó su penúltimo número.

—Otra pregunta más. ¿Cuántas personas poseen automóviles rojos?

Lewis se acercó a la ventana y miró pasar el tránsito. Contó. Dos negros, uno *beige*, uno azul oscuro, dos blancos, uno verde, uno amarillo, uno negro.

—Uno de cada diez, señor.

Morse había mostrado una creciente excitación en su conducta durante los últimos minutos.

—¡Guau!, ¿quién lo hubiera dicho? ¡Es usted un genio, Lewis!

Lewis le agradeció el cumplido y preguntó en qué residía su genialidad.

—Creo, Lewis, que buscamos un hombre, residente en North Oxford, casado; también, y muy probablemente, con una familia; sale a tomar algo con bastante asiduidad, a veces a Woodstock; es un hombre bien educado, hasta podría ser universitario; tiene entre 35 a 45 años, tal como lo veo, y es bastante seductor —por cierto, lo creo un hombre del que muchas jóvenes podrían enamorarse—; por último conduce un auto; para ser más exactos, un automóvil rojo.

—Podría ser cualquiera, supongo.

—Bueno, aun cuando nos hubiésemos desviado un poco por aquí y por allá, le juego hasta mi último centavo que, con toda probabilidad, encaja dentro de la mayoría de dichas categorías. Y, ¿sabe, Lewis?, en mi opinión no hay muchos que entran en esa categoría. Mire aquí.

Le pasó a Lewis la hoja de papel que contenía las cifras.

North Oxford	10 000
¿Hombres?	2500
¿35 - 50?	1250
¿Casados?	1000
¿Bebedores?	500
¿Cinco por ciento superior?	25
¿Seductores?	15
¿Auto?	10
¿Auto rojo?	1

A Lewis lo invadió una sensación de culposa responsabilidad por el notable resultado de esos cálculos. Se quedó de pie, junto a la ventana, ante la luz difusa del atardecer, y vio dos autos rojos que iban uno detrás del otro. ¿Cuántas personas vivían, en realidad, en North Oxford? ¿En verdad estaba él entre el quince por ciento superior? Más bien entre el veinticinco por ciento.

—Estoy seguro, señor, de que podríamos verificar muchas de esas cantidades. —Lewis se sentía obligado a expresar sus dudas en voz alta—. De todas maneras, me parece que usted no debería tomar esos números como si fuesen verdaderos. Usted necesitaría... —Tenía un vago recuerdo sobre la necesidad de contar con algunas reglas estadísticas cuando se manejaban datos; las categorías debían ordenarse en forma decreciente según una secuencia lógica; no podía recordarlo bien. Pero era algo bastante más que un juego complicado para divertir a una mente febril. Morse estaría

en pie dentro de uno o dos días. Mejor cuidarlo y ponerlo de buen humor, haciendo todo lo posible. Pero ¿tenía esto alguna lógica? ¿Todo esto no era sino una estupidez? Volvió a mirar la hoja con los números y pasó otro coche rojo. Había nueve posibles. Con pesimismo, se quedó mirando por la ventana y contó, mecánicamente, los próximos diez autos. ¡Uno solo rojo! North Oxford era, claro está, la jugada más arriesgada. Pero ese tipo tenía que vivir en alguna parte, ¿no? Quizás el viejo no estuviese tan chiflado como creía. Volvió a mirar la hoja... La otra cosa importante era la carta. Siempre y cuando el asesino la hubiese escrito.

—¿Qué piensa, pues, Lewis?

—Podría valer la pena darse una vuelta.

—¿Cuántos hombres quiere?

—Pero antes tendríamos que pensarlo un poquito, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere?

—Las autoridades locales podrían ser de gran ayuda. Primero necesitaríamos algunas listas actualizadas de residentes.

—Sí, tiene razón. Necesitamos estudiarlo mejor antes de hacer algo.

—Sí, yo también lo creo, señor.

—¿Y bien?

—Podríamos ir directamente mañana por la mañana, señor, si usted se siente bien.

—O podríamos ir directamente ahora si usted estuviese en condiciones de hacerlo.

—Creo que sí.

Lewis telefoneó a su paciente y sufrida esposa, y conferenció con Morse por espacio de dos horas. Cuando se fue, Morse tomó el teléfono de su mesa de luz y tuvo la suerte de encontrar todavía en la oficina al Superintendente. Y media hora después Morse aún seguía hablando, maldiciéndose, arrepentido, por haberse olvidado de pedir la llamada con cobro revertido.

Capítulo 13

Sábado 9 de octubre

La mañana del sábado 9 de octubre Bernard Crowther estaba sentado ante su escritorio en la sala de estar leyendo a Milton, pero no con el estremecedor placer habitual. Este trimestre enseñaba *El Paraíso Perdido* y, a pesar de su cabal y erudito dominio sobre la obra, sintió que debía dedicarle unos cuantos deberes más. Margaret había tomado el ómnibus a Summertown para hacer las compras, y el auto estaba listo, allí afuera, para ir a buscarla al mediodía. Los chicos habían salido. Vaya a saber Dios adónde.

Le sorprendió oír el timbre de la puerta de calle, pues tenían pocas visitas. El carnicero, quizás. Abrió la puerta.

—¡Hola, Peter! ¡Qué sorpresa! Adelante, adelante.

Peter Newlove y Bernard eran grandes amigos desde hacía años. Habían llegado el mismo trimestre al Lonsdale College y desde entonces disfrutaban de una cálida y sincera amistad.

—¿Qué te trae por aquí? No tenemos el placer de verte por North Oxford demasiado seguido. Aunque yo creía que jugabas golf los sábados por la mañana.

—Esta mañana no me animé. Bastante frío alrededor de los *fairways*, como te imaginarás.

El clima se había puesto mucho más frío los últimos dos días y, de pronto, el otoño se hacía sentir con toda su fuerza. El día se veía frío y desapacible. Peter se sentó.

—¿Trabajando el sábado por la mañana, Bernard?

—Me preparo para la semana que viene.

Peter miró por sobre el escritorio.

—¡Ah, *El Paraíso Perdido*! Tomo I. Lo recuerdo bien. Lo dimos para el diploma superior.

—Lo habrás vuelto a leer desde entonces, claro.

—*De la mañana al mediodía, del mediodía al fresco anochecer, un día de verano caía.* ¿Qué te parece?

—Muy lindo.

Bernard miró por la ventana y vio la blanca helada de la noche aún sin derretirse sobre la angosta franja de césped.

—¿Está todo bien, Bernard?

El hombre del condado de Gloucester habló con brusca amabilidad.

—Claro que está todo bien. ¿Por qué me lo preguntaste?

A Peter le resultaba claro que todo distaba mucho de estar bien.

—¡Oh, no lo sé! Es que parecías estar un poco nervioso el miércoles por la noche. Saliste corriendo después de la comida como una liebre asustada.

—Había olvidado que Margaret iba a llegar tarde y sabía que los chicos estaban esperando afuera.

—Ya veo.

—¿Fue tan obvio?

—No, en realidad, no. Te estuve vigilando, eso fue todo. No parecías ser el mismo que antes, cuando bebíamos juntos, y pensé que estarías un poco descompuesto.

Bernard no dijo nada.

—¿Está todo bien contigo y con... eh... con Margaret?

—Sí, muy bien, muy bien. Tengo que ir a recogerla, dicho sea de paso, a las doce. ¿Qué hora es?

—Las once y media. —Peter se puso de pie.

—¡No te vayas! Todavía tenemos tiempo para tomar algo rápido. ¿Qué te sirvo?

—¿Vos también vas a tomar?

—Por supuesto. ¿Whisky?

—Bárbaro.

Bernard fue a la cocina para buscar los vasos y Peter se quedó de pie frente a la ventana, mirando la angosta calle. Un automóvil, blanco y celeste, con una luz (apagada) sobre el techo y la leyenda POLICÍA estampada en destacadas letras negras sobre el costado, estaba estacionado enfrente, dos o tres puertas a la izquierda. No estaba allí cuando llegó Peter. Mientras él seguía mirando, un policía, con una banda de cuadros negros y blancos alrededor de su gorra, salía por un portón. Una mujer de mediana edad caminaba a su lado, y los dos hablaban animadamente, señalando, entre ellos, los 360° de una brújula. Más charla y más brazos extendidos. ¿Señalaba ella hacia aquí? El policía tenía una lista en la mano y resultaba obvio que verificaba algunos nombres. La mujer estaba de pie, con un delantal alrededor de su cuerpo, y se restregaba las manos contra la cintura para mantenerlas calientes, mientras seguía parlotando sin cesar.

Entró Bernard, los vasos tintineando un poco sobre la bandeja.

—¡Decíme hasta dónde!

—Veo que tienen algunos criminales en esta calle, Bernard.

—¿Qué has dicho?

Bernard levantó la mirada con dureza.

—¿Acaso la ley merodea siempre de este modo por acá?

Peter no continuó. El timbre de la calle sonó dos veces; estridente, perentorio. Bernard abrió la puerta y se encontró cara a cara con el joven policía.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí, eso creo, señor, si lo desea. No nos llevará más de un minuto. ¿Es ese su automóvil, señor? —Señaló al 1100 rojo ahí afuera.

—Sí, es el mío.

—Solo estamos controlando, señor. En los últimos tiempos hemos tenido una gran cantidad de autos robados. Por eso estamos controlando. Hizo una anotación en su libreta.

—¿Recuerda el número de la matrícula, señor?

Bernard lo recitó mecánicamente.

—Entonces ese es el suyo, muy bien, señor. ¿Tiene a mano la documentación del auto, señor?

—¿Es necesario?

—Bueno, tiene bastante importancia, si usted no se opone, señor. Verificamos tan minuciosamente como nos es posible.

Peter oía la conversación a través de la puerta abierta y, de un modo extraño, se sintió preocupado. Bernard entró y comenzó a hurgar en su escritorio, al azar.

—Dónde diablos Margaret... Están verificando porque hay unos autos robados, Peter. No tardo ni un minuto.

Se había puesto pálido y no pudo encontrar nada.

—Lo lamento, policía —gritó—. Pase un minuto, ¿quiere?

—Gracias, señor. No se aflija si no puede echar mano a su documentación, señor. Usted mismo puede darme esa información, sin problemas.

—¿Qué desea saber?

—¿Nombre completo, señor?

—Bernard Miguel Crowther.

—¿Edad, señor?

—Cuarenta y uno.

—¿Casado, señor?

—Sí.

—¿Hijos?

—Dos.

—¿Ocupación?

—Profesor universitario.

—Eso es todo, señor. —Cerró la libreta—. Ah, una cosa más. ¿Dejó usted el auto abierto recientemente? Sabe a qué me refiero. Por ejemplo, ¿ahora lo dejó cerrado?

—No, no lo creo.

—No, no lo está, señor. Tantee todas las puertas antes de llamar. Es una invitación para los ladrones de autos, como comprenderá.

—Sí, estoy seguro de que tiene usted razón. Trataré de recordarlo.

—¿Usa mucho su auto, señor?

—No demasiado. Ando un poco por Oxford. No mucho, en verdad.

—Por ejemplo, usted no lo saca cuando sale a beber algo, ¿verdad?

A Peter se le aclaró el panorama. Bernard había conducido después de haber bebido, ¡era eso!

—Con frecuencia, no —contestó Bernard—. Por lo general voy al Fletcher. No queda lejos y siempre voy caminando.

—¿Llevaría usted su auto si fuera a tomar algo lejos de Oxford, señor?

—Sí, eso temo —dijo Bernard con lentitud, de manera un tanto indecisa.

—Bueno, no beba demasiado, señor, si va a conducir. Pero, con toda seguridad usted ya ha de estar informado.

El policía dio un rápido vistazo por la habitación y miró con frialdad los dos vasos largos de *whisky*, pero no añadió nada hasta llegar a la puerta.

—¿Usted no conoce a nadie más en la cuadra que tenga un auto rojo, señor? Todavía tengo que hacer otras averiguaciones.

Bernard pensó, pero la cabeza le daba vueltas. No podía acordarse de nadie. Cerró los ojos y puso su mano izquierda sobre la frente. Todos los días, durante el trimestre, caminaba hasta el otro extremo de la calle. ¿Un auto rojo? ¿Un auto rojo? El suyo era el único, casi podía asegurarlo.

—Bueno, no se preocupe, señor. Debo hacer una o dos... eh... más. De cualquier forma, gracias por su cooperación, señor.

Se fue. Pero no, como lo advirtió Peter, para hacer más averiguaciones en esa calle en particular. Caminó directamente hasta el patrullero (lo había dejado abierto) y de inmediato aceleró para partir.

Unos diez minutos después, mientras conducía su automóvil por Woodstock, Peter Newlove se alegraba de no haberse casado. La misma mujer por ¡treinta, cuarenta, cincuenta años! Eso no era para él. No podía imaginar al pobre viejo de Bernard metiéndose en la cama esa tarde para tener media hora de tumultuosas relaciones con Margaret. Mientras que... Pensó en Gaye desnudándose, y su pie derecho oprimió con fuerza el acelerador.

Un sumamente excitado policía McPherson se precipitó a través del patio delantero de la Jefatura Central de Policía de *Thames Valley*, donde más temprano, esa misma mañana, había visto al pobre viejo de Morse avanzar tambaleándose penosamente, rodeando con sus brazos los hombros de dos de sus fornidos compañeros. ¡Bravo! McPherson se sentía como un hombre que acierta ocho empates en las apuestas de triple chance en la quiniela del fútbol. Mientras manejaba esos pocos kilómetros que hay desde North Oxford hasta Kidlington, sintió un inusitado júbilo. En los últimos cuatro años su carrera como uniformado no había obtenido ninguna distinción; no había arrestado a ningún criminal importante; no había sido testigo de ninguna memorable infracción tanto al código civil o al penal. Pero ¡vaya si hoy no había sido afortunado! Al acercarse a la rotonda de Banbury Road había encendido la sirena de alarma y la luz giratoria azul, y se había deleitado con las deferencias que le

dispensaban los otros automovilistas. Se sentía muy importante. ¿Por qué no? Era muy importante; al menos por hoy.

Una vez dentro de la Jefatura de Policía, McPherson se debatió unos segundos. ¿Debía reportarse a Lewis? ¿O debía informar sobre su trabajo de inteligencia directamente al Inspector? El último curso de acción le parecía, al reflexionar, el más apropiado, y emprendió camino por los pasillos en dirección a la puerta de Morse. Llamó y apenas si oyó el «pase» murmurado desde el otro lado.

—Sí, ¿qué quiere?

McPherson dio su reporte con una exactitud y agudeza impresionantes, y Morse lo felicitó por el rápido y eficiente cumplimiento de su deber. McPherson, aunque muy gratificado con el cumplido, estaba un tanto sorprendido de que Morse no pareciera demasiado ansioso por reunir a los servidores de la ley. Pero él ya había hecho su trabajo; y lo había hecho bien.

—Discúlpeme si no me levanto: gota, usted sabe, pero...

Estrechó calurosamente la mano de McPherson.

—Esto no pasará inadvertido, créame.

Tras la salida de McPherson, Morse se quedó sentado en silencio y pensativo, por algunos minutos. Pero así también estaba cuando entró el policía. De haberlo sabido, McPherson se hubiera decepcionado muchísimo, aunque, de cualquier forma, él había sido la causa inmediata. No, Morse nunca hubiese tenido cara para confesarle que el señor Bernard Crowther había llamado por teléfono a las doce menos cuarto porque deseaba, según dijo, hacer una declaración.

Crowther había insistido en querer presentarse, aunque bajo ningún concepto debía la policía ir a buscarlo, pues esperaba que las autoridades tuviesen al menos la cortesía, con un testigo que se presentaba en forma voluntaria a proporcionarles una información presumiblemente valiosa, de no ir a recogerlo como si se tratara de un vulgar delincuente. Morse había aceptado y Bernard prometió llegar a las dos y media de la tarde.

Morse se descubrió disculpándose por su incapacidad de moverse y la primera impresión que tuvo de Crowther fue, para su sorpresa, agradable. El hombre estaba nervioso; eso cualquiera podía verlo, pero el sujeto ese tenía un singular encanto y dignidad; daba el tipo de profesor maduro de quien se enamoran algunas chicas.

—Mire, inspector —usted será un inspector principal, pienso—, en toda mi vida jamás he estado en una comisaría hasta este instante. No estoy familiarizado con los usuales procedimientos y prácticas policiales. Por eso tuve la precaución de escribir, muy a las apuradas, me temo, la declaración que deseo formular.

Capítulo 14

Sábado 9 de octubre

La tarde del miércoles 29 de septiembre salí de mi casa en Southdown Road a las siete menos cuarto. Me dirigí en mi auto a la rotonda ubicada en el extremo norte de Banbury Road, donde giré a la izquierda y seguí unos cuatrocientos metros por Sutherland Avenue hasta la rotonda en el límite norte de Woodstock Road. Al llegar allí dejé la A40 y tomé el camino del norte hacia Woodstock. Ya caía la noche y encendí las luces de posición, como lo hacían, eso advertí, casi todos los demás automovilistas. Aunque había esa desagradable media luz que dificulta manejar, todavía no estaba tan oscuro como para encender los faros; por cierto, no estaba tan oscuro como para no ver a dos jóvenes, paradas un poco más allá de la rotonda, sobre la banquina de césped, al costado de la estación de autoservicio. Vi con mucha claridad a la chica ubicada más cerca del camino. Era una muchacha atractiva de largo pelo rubio, blusa blanca, pollera corta y un saco en el brazo. La otra chica se había adelantado unos cuantos metros y me daba la espalda; parecía bastante contenta de dejarle la tarea de hacer dedo a su compañera. Pero tenía el pelo más oscuro, creo, y si recuerdo bien, era unos cuantos centímetros más alta que su amiga.

Pero ahora debo tratar de ser completamente franco con usted. Con frecuencia he pecado por tener fantasías románticas, incluso fantasías levemente eróticas, imaginando que levantaba una mujer brutalmente atractiva y encontraba en ella una extraña y perturbadora combinación de cerebro y belleza. En mis tontas ensoñaciones, los preliminares e inseguros escarceos llevarían, gradual pero inexorablemente, a los deleites más lujuriosos. Pero, esto, le recuerdo, ha sido siempre una fantasía, y lo menciono simplemente como excusa por haber detenido el auto. No tengo motivos para sentirme culpable ni tampoco para disculparme por ello; pero, para hablarle con absoluta sinceridad, así me siento y siempre me he sentido así.

Pero menciono esto al pasar. Me incliné hacia adelante y abrí la puerta delantera, del otro lado, y dije que iba a Woodstock, si eso las podía ayudar. La chica rubia dijo algo así como «¡Ah, súper!». Se volvió hacia su compañera y le preguntó (creo) «¿Qué te dije?» y se ubicó en el asiento delantero junto a mí. La otra chica abrió la puerta trasera y subió también. Cualquier conversación que haya surgido resultó inconexa y decepcionante. La chica a mi lado reiteraba, a intervalos, que era «una verdadera suerte» (tenía una forma de hablar típica de Oxford) porque había perdido el bus; creo que la chica sentada atrás habló una vez sola y fue para preguntar la hora. Al cruzar por las rejas del Palacio Blenheim mencioné que ahí se acababa el viaje, y entendí que a ellas les parecía bien. Las dejé tan pronto llegamos a la calle principal, pero no me fijé adónde fueron. Para mí era natural creer, como lo hice, que iban a encontrarse con sus novios.

No hay mucho más para decir. Lo escrito más arriba es un informe veraz de los sucesos que, como ahora comprendo, desembocaron horas más tarde en el homicidio de una de las jóvenes que llevé.

Acabo de releer lo que escribí y sé que, quizás, contenga pocos datos que puedan ser de utilidad para vuestra investigación. También soy consciente de que mi declaración dará lugar a dos preguntas: primero, ¿por qué iba yo a Woodstock la noche del 29 de septiembre, y, segundo, por qué no vine antes a presentarles mi testimonio? Las dos preguntas son, en realidad, una, y sentiré que me saco un gran peso de encima si soy capaz de responderlas; no obstante, les pido formalmente que todo cuanto diga sea tratado por la policía con la mayor confidencialidad, pues otras personas, ellas sí totalmente inocentes, podrían sentirse lastimadas hasta lo indecible si esto se divulgara.

Durante los últimos seis meses, aproximadamente, he mantenido relaciones amorosas con otra mujer. Nos hemos encontrado, regularmente, una vez por semana, casi siempre los miércoles por la tarde, cuando mi mujer y los chicos no están en casa y es difícil que surjan preguntas incómodas. El miércoles 29 estaba en camino para encontrarme con esa mujer junto a los portones laterales del Palacio Blenheim, a las siete y cuarto de la tarde. Estacioné mi coche delante del Hotel Bear y me encaminé hacia allá. Ella me esperaba. Entramos a los jardines del Blenheim, junto al lago, y por entre los árboles; es un sitio bellissimo. Para nosotros era peligroso, por supuesto, con tanta gente de Oxford yendo a comer a Woodstock. Pero siempre fuimos cuidadosos, y el riesgo, en sí, era un elemento que quizás formaba parte de la excitación.

No necesitó añadir nada. Leí la noticia del asesinato y luego vi al inspector principal detective Morse cuando apareció por televisión. Deseo informarles que estuve a punto de llamar por teléfono en ese mismo instante; de hecho, esperé fuera de una cabina telefónica en Southdown Road unos cuantos minutos esa misma noche, con la firme intención de venir de inmediato. Pero esto significa dar excusas, y no tengo ninguna que ofrecer.

Comprendo cabalmente, como ustedes lo harán, que incluso en esta ocasión tardía no me he presentado por mi propia voluntad. Cuando un policía de policía vino a mi casa esta mañana, comprendí que estaban detrás de mí y pensé cuánto lo deploraría si no les entregaba esta declaración lo antes posible. A mi mujer le hice creer esa burda historia que el policía me contó sobre autos robados, y le avisé que vendría aquí. Daría cualquier cosa en el mundo por evitar lastimarla (mas no deja de ser posible, lo sé, que ya lo haya hecho) y les agradecería mucho si pudieran mantener en secreto cualquier parte de mi declaración que no sea relevante a los estrictos términos de las investigaciones llevadas a cabo por ustedes.

De todo cuanto aquí les he dicho se desprenderá, confío, cuánto lamento, sinceramente, los inconvenientes e innecesarias molestias ocasionados. De no ser así, permítanme expresarles mis más sinceras disculpas por mi modo de actuar tan egoísta y cobarde.

Se despide, su humilde servidor,

Bernard Miguel Crowther.

Morse leyó despacio la declaración. Cuando terminó, miró a Crowther a través de la mesa, luego volvió a bajar la vista hasta el escrito y lo releyó con una concentración aun mayor. Al finalizar, se reclinó en su silla de cuero negro, con sumo cuidado tomó su accidentado pie derecho, lo cruzó por sobre su rodilla izquierda y lo masajeó con cariño.

—Me lastimé el pie, señor Crowther.

—¿De veras? Lo lamento mucho. Mis amigos médicos dicen que los pies y las manos son unas de las peores partes del cuerpo para golpearse; tiene que ver con la multiplicidad de terminaciones nerviosas.

Tenía una voz y unos modales agradables. Morse lo miró de lleno a los ojos. Durante unos segundos ninguno de los dos desvió la mirada, y Morse creyó ver una honradez básica en el hombre. Pero no podía ocultarse un sentimiento creciente de desilusión y desengaño; como el policía McPherson, él también había soñado con sacar el premio mayor en el pronóstico del fútbol, para descubrir tan solo que, en lugar de figurar entre los ganadores, sus aciertos eran ínfimos.

—Sí —retomó la conversación—. Yo no andaría por el Parque Blenheim esta noche, señor.

—Tampoco yo —dijo Bernard.

—Muy romántico, podría decirse, teniendo un bocadito extra, como ese.

—Lo hace sonar muy vulgar.

—¿No lo era?

—Quizás sí.

—¿Continúa viéndola?

—No. Mis días de tenorio se acabaron, espero.

—¿La ha visto desde aquella noche?

—No. Ya terminó todo. Nos pareció mejor.

—¿Ella sabe que usted levantó a las dos chicas?

—Sí.

—¿Eso la perturbó? Me refiero a que todo haya terminado.

—Supongo que sí, un poco.

—¿Y en cuanto a usted?

—A decir verdad, es un gran alivio. No soy un Casanova muy hábil y odiaba mentir.

—Comprenderá usted, claro, que ayudaría muchísimo si esa joven... ¿es joven, dicho sea de paso?

Por primera vez Bernard titubeó.

—Bastante joven.

—¿Si esa joven —prosiguió Morse— se presentara y corroborase su evidencia?

—Sí, ayudaría, claro.

—Pero usted no quiere que lo haga.

—Casi preferiría que usted no creyese mi historia antes que involucrarla en esto.

—¿No va a decirme quién es ella? Puedo prometerle manejar yo mismo este asunto.

Bernard sacudió la cabeza.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

—Yo podría intentar ubicarla, y usted lo sabe —dijo Morse.

—No podría impedirlo.

—No, no podría. —Morse volvió a poner, con sumo cuidado, su pie sobre el almohadón estratégicamente ubicado debajo del escritorio—. Pero usted podría estar reteniendo una evidencia crucial, señor Crowther.

Bernard no dijo nada.

—¿Está casada? —persistió Morse.

—No voy a hablar de ella —dijo, con calma, y Morse sintió una férrea determinación en ese hombre.

—¿Cree usted que yo podría encontrarla? —El pie le dio una puntada de dolor, y volvió a levantarlo. Bah, al diablo, pensó; si a esa puerca le gusta que él le haga cosquillas en los pezones bajo los árboles, ¿a mí qué me importa? Bernard no había respondido y Morse cambió de estrategia.

—¿Usted advierte, estoy seguro, que la otra chica, la que se sentó en el asiento trasero, es quien estaría en las mejores condiciones de darnos alguna información?

Crowther asintió con la cabeza.

—¿Por qué, cree usted, no hemos sabido nada de ella?

—No sé.

—¿Se le ocurre algún motivo?

A Bernard se le ocurría, eso era claro, pero no expresó sus ideas en palabras.

—Usted puede imaginarlo, ¿verdad, señor Crowther? Porque ese motivo podría ser la misma razón que explique su propia renuencia a presentarse.

Bernard volvió a asentir.

—Quizás ella podría decirnos quién era el novio de Sylvia Kaye, adónde iba a encontrarse con él, qué pensaban hacer; ella podría estar en condiciones de decirnos tantas cosas, ¿no cree?

—No tenía idea de que se conocieran tan bien.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Morse, incisivo.

—Bueno, no charlaron mucho. Usted sabe cómo actúan las jovencitas: música moderna, bailes, discos, novios... no hablaron mucho; eso es todo.

—¿Pudo oír su nombre?

—No.

—¿Intentó usted recordar si Sylvia usó su nombre?

—He intentado decirle todo cuanto puedo recordar. No puedo hacer más.

—Betty, Carole, Diana, Evelyn... ¿no? —Bernard permanecía impasible—... Gaye, Heather, Iris, Jennifer...

Morse no pudo vislumbrar ni el menor parpadeo de respuesta en los ojos de Bernard.

—¿Tenía lindas piernas?

—No tan lindas como las de la otra, me parece.

—¿Usted las miró?

—¿Y qué cree usted? Estaba sentada a mi lado.

—¿Alguna fantasía erótica?

—Sí —dijo Crowther, en un valiente arranque de franqueza.

—Menos mal que no se lo considera un crimen —suspiró Morse—; de otro modo, todos estaríamos adentro.

Advirtió cómo una leve sonrisa jugueteaba un breve instante sobre el rostro acongojado de Crowther. Algunas mujeres lo encontrarán muy atractivo, pensó Morse.

—¿A qué hora volvió usted a su casa esa noche?

—A eso de las nueve menos cuarto.

—¿Era la hora habitual, me comprende, debido a... eh... su... eh... mujer y todo lo demás?

—Sí.

—Una hora por semana, ¿no es cierto?

—No mucho más tiempo.

—¿Valía la pena?

—Así me parecía... entonces.

—¿No entró usted al *Black Prince* esa noche?

—Yo nunca estuve en el *Black Prince*.

Sonó muy categórico. Morse bajó la vista para volver a leer la declaración y notó la bella caligrafía; era una lástima pasarla a máquina. Interrogó a Crowther por espacio de otra media hora, y renunció a continuar ni bien se hicieron las cuatro de la tarde.

—Lo siento, pero debemos retener su auto aquí por un cierto tiempo.

—¿Es necesario? —La voz de Crowther dejó oír su desilusión.

—Sí, podríamos encontrar algo, ya sabe: pelos, esa clase de cosas. Pueden hacer

cosas magníficas hoy en día, nuestros muchachos del servicio forense.

Se incorporó de la silla y le pidió a Crowther sus muletas.

—Le prometo una cosa —dijo Morse—. Mantendremos a su mujer fuera de esto. Estoy seguro de que a usted se le ocurrirá algo para decirle. Después de todo, está acostumbrado a esa clase de cosas, ¿no es así, señor?

Morse salió rengueando detrás de Crowther y pidió al sargento en la recepción que le consiguiera algún vehículo.

—Por favor, entrégueme las llaves de su auto, señor —pidió Morse—. Se lo devolverán a principios de la semana próxima.

Los dos se dieron la mano y Crowther solo tuvo que esperar unos minutos antes de que lo invitaran a subir a un patrullero. Morse lo vio irse con sentimientos encontrados. Tenía la sensación de haber manejado bien las cosas. Ahora necesitaba pensar, no hablar. Extraño, sin embargo, eso acerca de las piernas de la otra chica; la señora Jarman dijo que ella usaba pantalones...

Pidió auxilio y lo ayudaron a cruzar hasta el auto de Crowther. Las puertas estaban abiertas. Se abrió paso con dificultad hasta el asiento del acompañante y se sentó, moviendo el pie con el mayor de los cuidados, y extendiendo las piernas lo más adelante posible. Cerró los ojos e imaginó las piernas de Sylvia Kaye, largas, bronceadas, finamente formadas, ascendiendo hasta su breve minifalda. Pensó que ella se habría recostado en el asiento, también. «*Hot Pants*», dijo, casi para sí.

—¿Decía usted, señor? —preguntó el sargento que lo había ayudado a subir al auto.

* * *

Por extraña coincidencia (¿lo sería?), Studio 2, en Walton Street, ofrecía en sus carteleras dos películas pornográficas cuyos títulos habían sido calculados como para acicatear incluso el apetito más saciado. La primera, de dos a tres y cinco de la tarde, era *Danish bleu* (nada que ver, a juzgar por los montones de carne femenina que reventaban de los bordes de las fotografías exhibidas afuera, con una película sobre la elaboración de queso), y desde las tres y veinte hasta las cinco la principal atracción de la semana, titulada, *Hot Pants*.

A las cinco de la tarde ya salían los primeros adictos y un grupito de hombres permanecía en el *foyer* esperando poder entrar. Uno de ellos, normalmente, se hubiese unido a la primera brigada, pues esta era para él una rutina semanal. Pero los señores Chalkley and Sons habían necesitado que trabajara dos horas extras en el local de formica. Esta semana no podría quedarse y ver el mismo programa dos veces; pero las películas rara vez cumplían sus desmesuradas expectativas o la infinita promesa de los avances publicitarios. En estas ocasiones rara vez miraba a su alrededor, y fue también al caer la noche del sábado 9 de octubre como una vez más desvió la mirada de sus camaradas *voyeurs*. Pues, parado ahí, a no más de un metro y medio de

distancia, verificando ostensiblemente el horario del próximo programa, pero manteniéndose cuidadosa y discretamente fuera de la luz, estaba el sargento que secundaba al Inspector Principal Detective Morse en la investigación por el homicidio de Sylvia Kaye. Lewis pensó que esta era una de las tareas más gratificantes a cargo de Morse, y sospechaba que, de no ser por su accidente, su jefe la habría llevado a cabo por sí mismo.

Capítulo 15

Lunes 11 de octubre

Al fin de semana se lo llevó la corriente y las hojas siguieron cayendo. Morse se sentía más animado; ahora podía cargar bastante peso sobre su pie y la mañana del lunes, tras decidir cambiar las muletas por un par de bastones, arregló para que McPherson lo llevara en auto al Sector de Consultorios Externos (Servicio de Emergencias y Accidentes) del Hospital Radcliffe.

Interrogó a McPherson con todo detalle mientras este iba conduciendo. ¿Qué impresión se había formado de Crowther? ¿Cuáles habían sido las inmediatas reacciones de este? ¿Cómo era él en casa, según su opinión? ¿Qué estaba haciendo cuando McPherson lo fue a ver? Morse encontró al joven policía sorprendentemente inteligente y observador, y se lo hizo saber. Por añadidura, en la información proporcionada por el policía halló también muchos datos, al parecer muy interesantes, que le llamaron la atención.

—¿Qué estaba leyendo? ¿Usted pudo ver?

—No, señor. Pero libros sobre literatura, creo. Usted entiende... poesía.

Morse lo dejó pasar.

—¿Había un escritorio, dijo usted?

—Sí, señor. Usted entiende, con muchos papeles encima.

Morse resolvió mentalmente no sumar los «*usté* entiende» recibidos hasta el momento y los «*usté* entiende» que con toda seguridad habría de obtener.

—¿Había allí alguna máquina de escribir? —Lo preguntó con un tono bastante casual.

—Sí. Usted entiende, una de esas máquinas portátiles.

Morse no agregó nada más. Invitado por señas a atravesar los angostos lugares destinados a estacionamiento en el Hospital, que parecían conspirarse para impedir que demasiados ciudadanos heridos tuviesen acceso inmediato al Sector de Consultorios Externos, el patrullero se estacionó, sin objeción por parte de porteros, ordenanzas o vigilantes, sobre una amplia franja de cemento marcada «Solo Ambulancias». A veces, un lugar de estacionamiento reservado para uso exclusivo de la policía no era algo desagradable. Morse había previsto que el acto de cambiar muletas por bastones sería un trámite rápido y sencillo; pero no fue así. Parecía existir un inquebrantable principio de igualdad en el universo de todos los hermanos lesionados, y Morse se vio forzado a tomar el turno que le correspondía y esperar el tiempo necesario, en tanto se completaban las formalidades pertinentes. Se sentó en el mismo banco, hojeó la misma edición vieja de *Punch* y sintió la misma impaciencia; oyó al mismo médico chino, que parecía haber perdido el aplomo por un

niño incapaz de quedarse quieto: «Tevasamejorarr, nennito, mejorrtequedasquieto».

Morse tenía la vista fija en el suelo, con tristeza, y se descubrió mirando las piernas de las enfermeras que pasaban. Nada como para hacerle hervir la sangre, en realidad. Excepto un par... ¡bellísimas! A Morse le hubiese gustado ver el resto de la deliciosa damisela, pero había pasado muy rápido. Gordas... más o menos... flacas... más o menos... y luego esas piernas de nuevo pero, esta vez, se detuvieron milagrosamente frente a él.

—Espero que lo estén atendiendo bien, Inspector Morse.

El Inspector estaba visiblemente pasmado. Con lentitud levantó la mirada, para clavarla, directa y profundamente, en la cara triste y seductora de la encantadora Ojosnegros, compañera de residencia de la imperturbable señorita Jennifer Coleby.

—¿Me recuerda usted? —preguntó Morse; con bastante falta de lógica, pensó la chica de pie, frente a él, allá arriba.

—¿No se acuerda de mí? —contestó ella.

—¿Cómo podría olvidarla? —dijo el inspector, soltándose, por fin, con un suave avance. ¡Qué linda era!

—¿Trabaja aquí?

—Si puedo decirlo, inspector, en su época usted habrá hecho preguntas muchísimo más inteligentes.

A ella le sentaba muy bien el uniforme, pues Morse siempre había pensado que un uniforme de enfermera favorecía más a una joven que las más finísimas plumas de las casas de moda.

—¿No estuve demasiado brillante, no? —confesó él.

Ella sonrió... muy seductoramente.

Tome asiento —dijo Morse—. Me gustaría conversar un rato con usted. No hablamos gran cosa la otra vez, ¿verdad?

—Lo lamento, inspector. No puedo. Estoy de servicio.

—¡Ah! —Se lo notó desilusionado.

—Bueno...

—Por favor, espere un minuto —dijo Morse—. ¿Sabe?, en realidad me gustaría verla otro día. ¿Puedo verla a la salida del trabajo?

—Trabajo hasta las seis.

—Bueno, podría encontrarla...

—A las seis iré a casa y comeré algo rápido, y luego a las siete...

—Tiene una cita.

—Bueno, digamos que estaré ocupada.

«Miserable suertudo» —murmuró Morse.

—¿Mañana?

—Mañana no.

—¿El miércoles? —Morse se preguntaba, con tristeza, si la progresión a través de los restantes días de la semana sería algo más que una mera formalidad, pero ella lo

sorprendió.

—Podría verlo la tarde del miércoles, si usted quiere.

—¿En serio? —Morse parecía un ansioso escolar.

Arreglaron para encontrarse en el *Bird and baby*, en St Giles', a las siete y media.

Morse procuró que su voz sonara menos apremiante:

—Puedo pasar a buscarla por su casa, claro, pero quizás sea mejor no hacerlo.

¿Tiene dificultad en tomar el bus?

—No soy una nena, inspector.

—Bien. Entonces la veré allí.

Ella se despidió.

—¡Ah, un minutito! —gritó Morse.

Ella se volvió hacia él.

—Todavía no sé su nombre, señorita...

—Señorita Widdowson. Pero usted puede llamarme Sue.

—¿Así la llaman sus mejores amigos?

—No —dijo la señorita Widdowson—. Todo el mundo me llama Sue.

Durante la primera semana del caso Morse tenía confianza en su capacidad, como un escolar con un arduo problema de matemática por resolver que ocultase a sus espaldas el libro con las respuestas. Desde el inicio mismo del caso creía haber vislumbrado un Gran Esquema; debía jugar un poco con las piezas de evidencia que llegaban hasta sus manos, pero conocía el esquema del rompecabezas. Por esa razón —se daba cuenta de ello— no había considerado la evidencia *qua* evidencia, sino solamente en relación con su propia reconstrucción prejuiciosa de los hechos. Y al no haber sido capaz de dar una correcta respuesta a este problema, que no guardaba la menor relación con la solución propuesta en el libro, comenzaba ahora a preguntarse seriamente si, después de todo, el libro no estaría equivocado. Algunas veces, la víspera de un gran premio en el hipódromo, había leído de cabo a rabo la lista de los ganadores y de los jinetes, y, con los ojos cerrados, intentado visualizar los titulares que tendría la página de deportes del diario, por la mañana siguiente. Pero en eso tampoco había tenido demasiado éxito. No obstante, todavía creía estar en el camino correcto. Era, según se veía a sí mismo, un hombre perseverante, aunque muy alerta a la posibilidad de que para Lewis (sentado al otro lado de la mesa, en ese preciso instante) su perseverancia bien podría tomarse por obstinación y, para sus superiores ser, lisa y llanamente, terquedad.

A decir verdad, en ese momento Lewis no pensaba, en absoluto, en la obstinación de su jefe pues meditaba, con gran disgusto, en las órdenes que acababa de recibir.

—Pero ¿para usted correcto hacerlo de este modo, señor?

—Tengo mis dudas —dijo Morse.

—Pero no ha de ser algo ilegal...

—Probablemente no.

—Aunque usted quiere que yo lo haga, de todos modos. —Morse ignoró la observación—. ¿Cuándo?

—Primero debe asegurarse de que haya salido.

—¿Cómo me sugiere usted...?

Morse lo interrumpió.

—¡Cristo, hombre, usted no es un chico atado a las polleras de su mamá! ¡Use la cabeza!

Un indignado Lewis se encaminó rumbo a la cantina para tomar una taza de café.

—¿Qué le pasa, sargento? —El policía Dickson estaba comiendo de nuevo.

—Ese desgraciado de Morse... ese es el problema —masculló Lewis—, apoyando la taza con tanta brusquedad que la mitad del contenido se derramó en el plato, haciendo un enchastre.

—Veo que le gusta tomar el café mitad y mitad, Sargento —dijo Dickson—. Mitad en la taza y mitad en el plato. —Se divertía muchísimo.

McPherson se acercó y pidió café.

—¿Ya resolvieron el homicidio, Sargento?

—No, por mil demonios, no —replicó Lewis, con acritud. Se puso de pie y dejó intacto el menjunje grisáceo: la mitad en la taza y la mitad en el plato.

—¿Y a ese qué mosca le picó? —preguntó McPherson—. Dios mío, no sabe lo afortunado que es. Un tipo macanudísimo, ese inspector Morse. Créeme, si él no es capaz de llegar al fondo del asunto ese de Woodstock, nadie más lo hará.

Era un lindo cumplido y a Morse le habría venido bien. Luego de marcharse Lewis, se quedó largo rato sentado, las manos juntas delante de la cara, las puntas de los dedos apoyadas unas contra otras, los ojos cerrados, como si rezara a una divinidad benevolente pidiéndole iluminara el sendero cada vez más sombrío. Pero ya hacía mucho tiempo que Morse, aunque fuese sin querer, desestimaba la existencia de cualquier ministerio sobrenatural. Pescaba, paciente, en las turbulentas aguas de su mente.

Algo le mordió el anzuelo a eso de las cuatro y media de la tarde, y se encaminó, rengueando, hasta el archivo del homicidio de Woodstock. Sí, ambas estaban ahí. Las sacó y las leyó de nuevo; por milésima vez, tal parecía. Debe estar en lo cierto. Debía estarlo. Pero aún se preguntaba si lo estaba.

Lo primero (pero se trataba de una mojarrita, no de un tiburón) que le llamó la atención era que, tanto en la carta del (casi con certeza) falso empleado, y en la declaración hecha por Crowther, el autor había usado la fórmula «deploraría». Morse, no tan familiarizado como debería haberlo estado con algunas sutilezas de la gramática inglesa, con más frecuencia de lo que hubiese creído —casi siempre, ahora que lo pensaba— usaba la fórmula «lamentaría». Podía oírse dictar: «Estimado señor,

lamentaría mucho...». ¿Debería haber dicho «deploraría»? Fue a buscar la gramática de Fowler sobre el uso moderno del inglés. Ahí estaba. «Los verbos gustar, preferir, considerar, agradar, inclinarse, etc., son muy comunes en las oraciones condicionales escritas en primera persona. En estas...»^[6]. Bueno, pensó Morse, todos los días se aprende algo nuevo. Pero alguien conocía esto de antemano. Por cierto, era su deber saberlo; ¿acaso no era un catedrático de inglés? ¿Y qué había de ese tal señor A... indiscifrible, que tenía algo que ver con un Departamento de Psicología mal escrito? (¡Demonios!, todavía ni siquiera había verificado eso). Pero el señor A es un hombre universitario, también, ¿o no?, preguntó una suave vocecita en las profundidades de la mente de Morse. ¡Una mojarrita muy pequeñita! Interesante, pese a todo.

Volvió a leer otra vez los documentos. Un minuto. Espera. Sí. No, no era una mojarrita. ¡Claro que no! «Mas no deja de ser posible...». La frase aparecía en cada documento. Una frase rebuscada. «Mas» como conjunción adversativa usada al comienzo de una oración, no era la más usual de las estructuras sintácticas. ¿Y qué con «no deja de ser posible»? Esa era una figura de la retórica. Morse lo había aprendido en la escuela. «San Pablo era ciudadano de una no común ciudad». Volvió a consultar a Fowler. Ahí estaba. *Litotes*. Expresiones equivalentes se dispararon por su cabeza. «Mas es probable...»; «Pero es probable/posible...»; «Pero puede ser...»; «Quizás...»; «Creo...»; «Pero creo...». Rara. Muy rara. Una frase muy rebuscada.

Y luego estaba esa otra coincidencia. La frase: «para hablarle con absoluta franqueza» también aparecía en cada carta. ¿Qué hubiese escrito él en su lugar? ¿«Francamente», «honestamente», «para serle franco», «sinceramente»? Deja de pensar en ello, no significaba mucho después de todo. Tres palabritas delatorias. La carta era, en realidad, muy rara. ¿Acaso la primera valoración que él había hecho de su importancia era demasiado sofisticada, habría cargado mucho las tintas? Pero la gente hacía esa clase de cosas. Esposas y maridos lo hacían durante la guerra, comunicándose unas a otros una profusión de hechos insospechada para los censores militares. «Lamento oír que el pequeño Archie se enfermó de difteria. Volveré a escribirte pronto» podía haber ocultado al servicio de inteligencia que el buque de transporte de tropas Smith sería despachado desde Aldershot hasta El Cairo el sábado siguiente. ¿Antojadizo? ¡No! Morse creía haber estado en lo cierto.

Las sombras de la noche cayeron sobre su escritorio y él volvió a guardar el expediente Woodstock y cerró con llave el archivo. La respuesta llegaba con lentitud, y parecía ser la respuesta dada por el libro con las soluciones.

Capítulo 16

Martes 12 de octubre

A las once de la mañana del martes, media hora después que Crowther subiera al bus rumbo al centro de la ciudad, una pequeña camioneta comercial que ostentaba la leyenda «Máquinas de Escribir Kimmons» se detuvo frente a la residencia de los Crowther, en Southdown Road. Un hombre, que usaba una liviana chaqueta gris con la palabra «Kimmons» bordada a lo ancho del bolsillo, se bajó del vehículo y caminó hasta el portón blanco, cruzó por el escuálido césped y golpeó. Margaret Crowther, secándose las manos en el delantal, abrió la puerta.

—¿Sí?

—Disculpe, ¿vive aquí el señor Crowther?

—Sí.

—¿Se encuentra en casa?

—No, en este momento no.

—¡Oh! ¿Es usted la señora Crowther?

—Sí.

—Su marido nos llamó para que revisemos su máquina de escribir. Dijo que el carro no corre bien.

—¡Ah!, ya veo. Pase, por favor.

Con cierta aparatosidad, el hombre de las máquinas de escribir sacó de su bolsillo una cajita que contenía, uno podría suponer, las herramientas necesarias para su oficio, caminó con evidente timidez por el angosto pasillo y fue invitado a pasar a la última habitación a la derecha del salón donde Bernard Crowther pasaba gran parte del tiempo estudiando a las ilustres glorias del patrimonio literario inglés. De inmediato localizó la máquina de escribir.

—¿Me necesitará usted? —La señora Crowther parecía ansiosa por retomar sus quehaceres culinarios.

—No, no. Solo me llevará algunos minutos; a menos que esté muy flojo. —La voz sonaba tensa.

—Bueno, llámeme cuando haya terminado. Estaré en la cocina.

Miró con cautela a su alrededor, dio unos golpecitos mecánicos a las teclas, varias veces hizo deslizar el carro con su campanilleo de un lado a otro y escuchó con suma atención. Pudo oír el tintineo de cubiertos y de platos; se sentía bastante a salvo y muy nervioso. Con rapidez abrió el cajón superior del lado derecho del pequeño escritorio: broches para papeles, biromes, gomas de borrar, bandas elásticas; nada parecía ser sospechoso. Sistemáticamente probó con los dos cajones inferiores, y luego con los tres del lado izquierdo. Bastante más de lo mismo. Papeles con

anotaciones abrochados juntos, abultadas agendas para las reuniones del colegio, cajas para carpetas, papel de escribir, más papel de escribir y todavía más: rayado, liso, con membrete, de oficio, tamaño folio, tamaño holandesa. Repitió su patética pantomima y oyó, como un bienvenido contrapunto, la respuesta del estruendo de unos cacharros. Tomó una hoja de cada una de las pilas de papel de escribir, las dobló cuidadosamente y se las metió en el bolsillo interno de la chaqueta. Por último, tomó una hoja tamaño holandesa, la colocó en la máquina de escribir, la hizo pasar por el carro y a toda velocidad escribió los dos renglones siguientes:

Luego de haber evaluado las unmerosas solicitudes recibidas, lamentamos infromarle que la suya no ha resultado seleccionada.

La señora Crowther lo acompañó hasta la puerta.

—Bueno, ahora funciona bien, señora Crowther. Tenía tierra en los cojinetes del carro, eso era todo. —Lewis esperaba que le sonara bien.

—¿Quiere que le pague?

—No. No se preocupe por eso ahora. —Y se marchó.

A las doce del mediodía Lewis llamó a la puerta de Bernard Crowther en el segundo patio del Lonsdale College y lo halló cuando estaba a punto de finalizar una clase particular con un joven estudiante de anteojos y pelo largo.

—No tengo apuro, señor —dijo Lewis—. Puedo esperarlo hasta que termine.

Pero Crowther ya había terminado. Se había encontrado con Lewis el sábado anterior y estaba preocupado por oír cuanto tenía que decirle. El joven fue despedido sin dilación con el formidable mandato de escribir un ensayo para la siguiente clase con su preceptor sobre «El simbolismo en *Cimbelino*», y Crowther cerró la puerta.

—¿Y bien, sargento Lewis?

Lewis le contó exactamente lo ocurrido durante la mañana; no se anduvo con rodeos y le confesó que dicho subterfugio no le había gustado nada. Crowther demostró no sorprenderse demasiado y solo parecía afligido por su mujer.

—Ahora bien, señor —dijo Lewis—. Si usted le dice que esperaba a un hombre de Kimmons para que fuese a revisar su máquina de escribir, no le habremos causado ningún daño. Confíe en mi palabra.

—¿No podrían haberme consultado?

—Bueno, sí, señor, podíamos. Pero el inspector Morse quería hacer el menor aspaviento posible.

—Sí, le creo. —Crowther dijo esto último con un poco de amargura en su voz. Lewis se puso de pie para irse—. Pero ¿por qué? ¿Qué esperaba encontrar?

—Señor, queríamos descubrir, si nos era posible, con cuál máquina de escribir habían escrito cierta... eh... cierta comunicación.

—¿Y pensaban que yo estaba involucrado?

—Debíamos hacer nuestras averiguaciones, señor.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, señor?

—¿Encontraron lo que querían?

A Lewis se lo notaba incómodo.

—Sí, señor.

—¿Y?

—Debo decirle, señor, que no encontramos absolutamente nada... eh... incriminatorio. Esa es más o menos la situación, señor.

—Si lo comprendo bien, ¿ustedes pensaban que yo había escrito algo a máquina, pero ahora ya no lo creen?

—Eh... eso deberá preguntárselo al inspector Morse, señor.

—Pero usted acaba de decir que la carta no había sido escrita en...

—Yo no dije que fuera una carta, señor.

—Pero la gente escribe cartas a máquina, ¿no es cierto, sargento?

—Así es, señor.

—¿Sabe, sargento?, usted empieza a hacerme sentir culpable.

—Lo siento mucho, señor. No fue mi intención. Pero en un trabajo como el nuestro uno termina por sospechar de todo el mundo, en realidad. Le he dicho todo cuanto puedo, señor. La máquina de escribir que buscamos no era la que estaba en su casa. Pero en el mundo hay más de una máquina de escribir, ¿no es cierto, señor?

Crowther no discutió la veracidad de la afirmación. Una amplia ventana saliente ofrecía una vista maravillosa del sedoso césped del segundo patio, parejo y verde como una mesa de billar. Delante de la ventana había un gran escritorio de caoba, colmado de papeles, cartas, ensayos y libros. Y en medio de semejante desorden literario, allí, bien calzada sobre la tapa, una enorme, antigua y maltrecha máquina de escribir.

En el camino de regreso a Kidlington Lewis pasó por el ancho cruce bordeado de árboles de St Giles' y tomó la bifurcación de la derecha para subir por Banbury Road en dirección a North Oxford. Al dejar atrás la enorme obra de ingeniería a su derecha, vio pasar caminando a una mujer muy alta con pantalones negros y un tapado abrigado, y que a cada instante, luego de avanzar unos pocos pasos, alzaba el pulgar con evidente desaliento y de un modo algo pesimista. Tenía el pelo largo y rubio, y este parecía ser su color natural, que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Lewis pensó en Sylvia Kaye. Pobre muchachita. Pasó al lado de la rubia justo al volver ella la cabeza, y abrió los ojos, sorprendido. ¡En qué mundo vivimos! Porque la bella rubia tenía una hermosa barba y largas patillas hasta el mentón. Un pensamiento interesante...

Morse no había podido disimular su exasperación después de reportarse Lewis ante él más temprano ni cuando, con una certeza ridículamente veloz, había llegado a la conclusión de que la carta sobre la cual había depositado sus esperanzas no había sido escrita ni en la máquina personal de Crowther ni en ninguna de las marcas de papel escamoteadas con tanto cuidado de su reserva personal. Su única preocupación entonces había sido cubrir las grietas de la irregularidad cometida en dicho procedimiento policial, y por tal razón había despachado de inmediato a Lewis para que hablara con Crowther. Oyó con atención, aunque no con entusiasmo, el informe de esa entrevista, cuando Lewis volvió a la una de la tarde.

—No fue una mañana demasiado feliz, sargento.

—No, y preferiría no hacer esa clase de cosas otra vez, señor.

Morse sintió lástima.

—Aunque... no creo que hayamos lastimado a nadie, ¿verdad, sargento? No me preocupa tanto Crowther; casi nunca ha sido franco con nosotros, ¿no es cierto? Pero respecto de la señora Crowther... pudo haber sido un tanto tramposo. Gracias, de todos modos. —Habló con genuina simpatía.

—No tiene importancia, señor. Al menos lo intentamos. —Lewis se sintió mucho mejor.

—¿Qué tal si vamos a tomar algo? —preguntó Morse—. Los dos hombres salieron, más aliviados.

A ninguno de los dos policías se le había ocurrido que una mujer con la inteligencia y experiencia de la señora Margaret Crowther haría cualquier cosa menos aceptar, automáticamente y sin cuestionamiento alguno, la *bona fides* de cualquier Fulano, Mengano o Zutano que actuase como comerciante. Por añadidura, la señora Crowther había trabajado como secretaria privada antes de casarse con Bernard; de hecho, la máquina de escribir era suya y esa misma mañana había escrito dos cartas en esa misma máquina, una dirigida a su marido y otra al inspector Morse, c/o Jefatura Central de Policía, *Thames Valley*, Kidlington. La máquina de escribir funcionaba perfectamente, y ella lo sabía. También había visto al nervioso hombre de la empresa Kimmons abrir sigilosamente los cajones del escritorio de Bernard. Se preguntó qué andaría buscando aunque, en realidad, no le importaba. Con expresión demacrada y aire de hastío llegó incluso a sonreír cuando cerró la puerta detrás del hombre. Poco tiempo más y ya estaría lista para despachar las dos cartas. Pero quería estar segura.

Morse se quedó trabajando en su escritorio casi toda la tarde. Había llegado el informe sobre el auto de Crowther, pero parecía no tener mucha importancia. Habían hallado un largo pelo rubio, fuertemente oxigenado, sobre el piso, detrás del asiento del acompañante, pero eso era todo. Ningún rastro físico de la segunda chica. Algunos otros informes, pero aquí tampoco nada que significase un adelanto en el

curso de la investigación. Desvió su atención a otros temas. A la mañana siguiente debía presentarse ante el Juzgado: había informes y memorandos por leer. Su cabeza agradecía tener, para variar, algunos datos concretos que asimilar, y se enfrascó en el material olvidando el transcurso del tiempo. Cuando miró su reloj, a las cinco de la tarde, se sorprendió por lo rápido que había pasado la tarde. Un día más había terminado... o casi. Mañana será otro día. Por alguna razón se sentía contento y se preguntó si ese motivo tenía alguna relación con el miércoles y Sue Widdowson.

Telefonó a Lewis, que estaba por irse a su casa. Sí, claro, él también podría ir. ¿Quizá sería mejor avisarle a su sufrida y paciente esposa? Con toda seguridad, acababa de echar las papas a la sartén.

—Usted me contó, Lewis, que Crowther tenía otra máquina en sus habitaciones, en el colegio. Creo que deberíamos ir a controlar. ¿Qué me dice?

—Como usted diga, señor.

—Pero a usted le parece bien hacerlo ahora mismo, ¿no es cierto?

—Creo que sería lo mejor, señor.

—Como usted diga, Lewis.

Morse conocía bastante bien al director del Lonsdale College y lo había llamado de vez en cuando. A Lewis el pedido de Morse lo sorprendió un poco. Esta vez el jefe estaba procediendo correctamente. Escuchó el monólogo. «¿Cuántas máquinas de escribir debería haber? Sí, sí. Incluyendo aquellas... Sí. ¿Tantas? Pero ¿sería posible hacerlo? Bueno, eso significaría una gran ayuda, por supuesto... ¿Usted prefiere hacerlo de ese modo? No, para mí no tiene ninguna importancia... ¿Durante el fin de semana? Bien. Sumamente agradecido. Ahora escuche atentamente...». Morse le dio las instrucciones, reiteró su agradecimiento hasta el colmo y dedicó a su sargento una radiante sonrisa cuando colgó.

—Ese tipo nos va a dar una gran mano, Lewis.

—No tenía muchas opciones ¿verdad?

—Tal vez no. Pero nos va a ahorrar un montón de tiempo y de problemas.

—Querrá decir que me ahorrará a mí un montón de tiempo y de problemas.

—Lewis, amigo mío, usted y yo somos un equipo, ¿no es así?

Con la cabeza Lewis asintió de mala gana.

—Para el fin de semana ya tendremos evidencias de cada una de las máquinas de escribir existentes en Lonsdale College. ¿Qué me dice?

—¿Incluyendo la de Crowther?

—Claro.

—¿No hubiese sido un poco más sencillo...?

—¿Tomar el toro por las astas? Es posible. Pero, según me dijo, usted quería hacer todo cumpliendo con los grandes e imparciales principios de la ley inglesa, ¿no es verdad? No tenemos nada en contra de Crowther. Probablemente sea tan inocente como mi tía Frida.

Por cuanto Lewis jamás había visto ni tampoco oído hablar de la susodicha tía

Frida se contuvo de emitir comentario alguno.

—¿Para usted, Crowther es nuestro hombre, señor?

Morse apoyó el índice sobre la comisura de los labios.

—No sé, Lewis, para serle franco, no lo sé.

—Hoy se me ocurrió una idea, señor —dijo Lewis, luego de una pausa—. Vi alguien y lo tomé por una chica, pero cuando me acerqué y se dio vuelta, ella ya no era ella, sino él.

—Su explicación es muy sucinta, sargento.

—Pero comprende lo que quiero decir.

—Sí, lo entiendo. Cuando éramos niños tratábamos de parecer como chicos; si uno se parecía a una chica era un mariquita. Hoy en día tenemos tipos jóvenes con los ojos maquillados y carteras. Y eso a uno lo sorprende.

Pero Morse no había visto, en realidad, a qué apuntaba Lewis, y este le hizo la descripción. Él no era un hombre de ideas, siempre lo había sabido, y lo cohibía mucho expresar su pensamiento.

—Verá usted, señor, estuve pensando. La señora Jarman, como sabemos, vio a las dos chicas (no tenía por qué proseguir, pero Morse guardaba silencio) en la parada de ómnibus. Ella debe haber estado en lo cierto, claro. Habló efectivamente con una de ellas y la otra era Sylvia Kaye. Muy bien. Lo siguiente es que el chófer del camión, Baker, vio a un hombre en un auto rojo que levantaba a las dos chicas al otro lado de la rotonda. Pero estaba oscureciendo. Él dijo que eran dos chicas. Pero podría haberse equivocado. Yo hubiera jurado haber visto a una chica esta mañana; pero me equivoqué. Todo el mundo estaba deslumbrado por Sylvia; todos tenían los ojos puestos en ella y eso no me extraña. Pero ¿y si el chófer del camión hubiese visto a Sylvia y a otra persona, y si esa segunda persona se parecía a una chica pero no lo era? Esa otra persona podría haber sido un hombre. Recuerde, señor, que la otra chica, según nos dijo la señora Jarman, usaba pantalones, y las descripciones por parte de Baker encajan tan bien como para pensar que se trataba de las mismas dos personas. Pero ¿y si la segunda chica decidió a último momento no hacer dedo para ir a Woodstock? ¿Y si alcanzó a Sylvia, y le dijo que, después de todo, no se iba a tomar la molestia de ir a Woodstock, y Sylvia se encontró con algún hombre, posiblemente algún conocido suyo, en cierto modo, también parado ahí, esperando que lo levantasen antes de llegar ella, y si los dos se quedaron haciendo dedo juntos? De cualquier manera, usted ya lo habrá pensado, señor, ya lo sé. (Morse no dio indicio alguno, en absoluto, de haberlo hecho), pero debía mencionárselo, eso pensé. Estamos tratando de encontrar al culpable y se me ocurrió pensar que podría haber estado en el auto con Sylvia todo ese tiempo.

—Tenemos la declaración de Crowther, como usted sabe, sargento —dijo Morse, con lentitud.

—Comprendo, señor, y me gustaría verla de nuevo, de ser posible. Tal como yo la recuerdo, él no tenía mucho por decir sobre ese segundo pasajero, ¿no es cierto?

—No, es verdad —admitió Morse—. Y no puedo dejar de pensar que sabe más de todo cuanto nos ha contado.

Fue hasta el archivo, sacó de la carpeta la declaración de Bernard Crowther, leyó la primera hoja, se la pasó a Lewis y leyó la segunda. Cuando los dos hombres hubieron terminado, se miraron uno a otro a través de la mesa.

—¿Y bien, señor?

Morse leyó en voz alta: «Vi con mucha claridad a la chica que estaba más cerca del camino. Era una muchacha atractiva de largo pelo rubio, blusa blanca, pollera corta y un saco en el brazo. La otra chica se había adelantado unos cuantos metros y me daba la espalda; parecía alegrarse bastante de dejarle la tarea de hacer dedo a su compañera. Pero tenía el pelo más oscuro, creo, y si recuerdo bien era unos cuantos centímetros más alta que su amiga...».

—¿Qué piensa usted?

—No demasiado preciso, ¿verdad, señor?

Morse buscó la otra parte relevante: «... me parece que la chica sentada atrás habló una vez sola y fue para preguntar la hora...».

—Puede haber conseguido algo, como usted ve —dijo Morse.

Lewis se entusiasmó con su teoría.

—Con frecuencia he oído, señor, que cuando una pareja está haciendo dedo la chica muestra una pierna, por así decir, y el hombre se mantiene fuera de la vista. Usted sabe, de pronto aparece, cuando el auto se ha detenido y al conductor ya le resulta demasiado tarde para negarse.

—Sin embargo, aquí no sucedió eso, sargento.

—No, ya lo sé, señor. Aunque encaja un poco, ¿no?: «parecía alegrarse bastante de dejarle la tarea de hacer dedo a su compañera». Lewis sintió que él también debía citar su evidencia.

—Hum... Pero, de tener usted razón, ¿qué pasó con la otra chica?

—Podría haberse ido a su casa, señor. Podría haber ido a cualquier otra parte.

—Sí, pero, según la señora Jarman, ella estaba desesperada por ir a Woodstock, ¿no es cierto?

—Puede haber ido a la parada de buses.

—El chófer no la recuerda.

—Cuando le preguntamos estábamos pensando en dos chicas, no en una sola.

—Hum... Puede que valga la pena volver a controlar eso.

—Y otra cosa, señor. —La marea subía inexorable y ya trepaba por los castillos de arena del Gran Esquema de Morse.

—¿Sí?

—Ojalá no se moleste porque se lo mencione, señor, pero Crowther dice que la otra chica era algunos centímetros más alta que Sylvia.

Morse gruñó, pero Lewis prosiguió sin remordimiento alguno, como la marea.

—Ahora bien, Sylvia Kaye medía 1,75 m, si lo recuerdo bien. Si la otra chica era

Jennifer Coleby debería de llevar zancos, señor. Ella solo mide unos 1,67 m, ¿no?

—Pero ¿acaso no lo ve, Lewis? Esa es la clase de cosas sobre las cuales él nos mentiría. Está tratando de sacarnos del medio. Quiere proteger a la otra chica.

—Solo intento seguir adelante con los datos que conseguimos, señor.

Morse asintió. Pensaba con toda seriedad en dedicarse a la enseñanza: la escuela primaria sería adecuada para su nivel; la ortografía, su apuesta más segura. ¿Por qué no había pensado antes en tan noble misión? Pero sabía por qué. De acuerdo con el Gran Esquema, el culpable había sido Crowther.

Y ahora las olas se encrespaban peligrosamente cerca del último de los castillos de arena; ya habían cubierto el foso y abierto una brecha en las murallas. Eran las seis de la tarde y la segunda tanda de papas fritas para Lewis se estaba enfriando.

Morse salió rengueando del edificio con Lewis, y los dos se quedaron unos cuantos minutos charlando junto al automóvil del sargento. En la hipotética escuela primaria de Morse, Lewis se sentía casi como un alumno que hubiese pescado a su maestro cometiendo un error de ortografía al deletrear una palabra sencilla, y dudaba en mencionar algo que le daba vueltas en la cabeza desde hacía algunos días. ¿Mejor guardárselo hasta mañana? Pero sabía que a Morse lo esperaba un día muy atareado en los Tribunales. Se lanzó.

—¿Usted conoce la carta, señor, dirigida a Jennifer Coleby?

Morse la conocía de memoria.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No podría haber algunas huellas digitales en el original?

Morse oyó la pregunta y se quedó mirando al vacío. Al cabo de un rato, sacudió tristemente la cabeza.

—Ahora es demasiado tarde.

La escuela primaria se convirtió en una perspectiva más firme y definida a medida que transcurrieron los minutos. El castillo de arena se tambaleó hacia adelante y se dispuso a derrumbarse de cabeza. Ya era tiempo de que alguien más se hiciera cargo; iría a ver al jefe de policía.

Un patrullero se detuvo a unos pocos metros de distancia.

—¿Necesita ayuda, señor?

—Estoy bien, muchas gracias. —Morse se liberó de su pesimismo—. Volveré a entrenar la semana que viene. Me verá en el primer equipo de la brigada en el próximo partido.

El policía se rio.

—Le va a resultar un poco molesto, especialmente si no puede conducir.

Morse casi se había olvidado de su auto. Ya hacía más de una semana que lo tenía

guardado.

—Policía, súbase adelante conmigo, ¿quiere? Ya es tiempo de que haga la prueba. Trepó al asiento del chofer, movió el pie derecho sobre el freno y el acelerador, empujó el pie con firmeza sobre el pedal de freno y determinó que podía manejar la situación. Puso el motor en marcha, condujo el auto alrededor de la playa de estacionamiento, comprobó su capacidad para hacer las cosas bien, se detuvo, descendió y sonrió, tan radiante como un huérfano a quien le regalan un osito de peluche.

—¿No estuvo mal, eh? —El policía ayudó a Morse a entrar al edificio y llegar hasta su oficina.

—Mañana ya va a estar en condiciones de volver a usar su auto, ¿no es cierto, señor?

—Así lo espero —contestó Morse.

Se sentó y se puso a pensar en el día siguiente. El Jefe de Policía. Por la tarde todo saldría mejor, tal vez. Marcó el número del jefe de policía, pero no obtuvo respuesta. Pero también iba a ver a alguien más, a la tardecita. Esperaba el momento de ver a Sue Widdowson; era inútil disimularlo. Pero ¡qué lío había armado con esa invitación! «*The bird and baby*», ¡vaya, vaya! ¿Por qué diablos no la había invitado al Elizabeth, o a La Sorbonne, o al Sheridan? ¿Y por qué no había arreglado para ir a buscarla, como cualquier hombre civilizado hubiera hecho? ¡Que la ahorquen a esa Jennifer Coleby! Pero no era demasiado tarde, ¿no? Ya habría llegado a su casa. Miró su reloj: las seis y media. El *Oxford Mail* estaba sobre su escritorio y echó un vistazo a la página de espectáculos. «A pedido del público» —leyó— *Hot pants* y *Danish Blue* seguirían otra semana más en cartelera. También podría haberla llevado al cine, también. Aunque, no precisamente al Estudio 2. Restaurantes. No mucho para elegir. Y luego lo vio. «Comida y baile en el Sheridan: entrada doble: &6. Desde las siete y media hasta las once y media. Bar. Ropa informal». Llamó al Sheridan. Sí, todavía les quedaban algunas entradas dobles, pero tendría que pasar a buscarlas esa misma noche. ¿Podía volver a llamar dentro de un cuarto de hora? Sí. Reservarían una entrada doble para él.

El número de teléfono de Jennifer Coleby estaba en alguna parte dentro de la carpeta y pronto lo encontró. Reflexionó sobre lo que iba a decir. «La señorita Widdowson»; eso sería lo mejor. Ojalá atendiese Sue.

Prr. Prr. Se sentía excitado. ¡Imbécil!

—¿Hola?

Era la voz de una jovencita, pero ¿la de quién? Había ruidos en la línea.

—¿Hablo con Oxford 54385?

—Sí, ese es el número. ¿En qué puedo ayudarlo?

El corazón de Morse dio un vuelco. Sin lugar a dudas, era la imperturbable y clara voz de Jennifer Coleby. A la manera de un aficionado, Morse intentó cambiar la voz.

—Por favor, querría hablar con la señorita Widdowson, si se encuentra ella en

casa.

—Sí, está. ¿Quién le quiere hablar?

—Ah, dígame que es uno de sus antiguos compañeros de escuela —contestó la voz que no parecía ser la de Morse.

—Enseguida la llamo, inspector Morse.

—¡Sue! ¡Su-ue! —la oyó gritar—. ¡Uno de tus antiguos compañeros de escuela está en la línea!

—Hola. Habla Sue Widdowson.

—Hola. —Morse no sabía cómo anunciarse—. Aquí Morse. Me pregunté si no preferiría ir al Sheridan mañana, en vez de salir a tomar algo. Ofrecen una comida con baile, y conseguí entradas. ¿Qué me contesta?

—Sería lindísimo.

Morse pensó cuánto le gustaba su voz.

—Lindísimo, en verdad. Algunos amigos míos van a ir. Va a estar muy divertido.

«¡Ay, no!» —pensó Morse.

—Ojalá no sean muchos. No me gustaría tener que compartirla con un montón de otras personas, como se imaginará. —Lo dijo como a la ligera, pero con el corazón oprimido.

—Bueno, unos pocos —admitió Sue.

—Entonces vayamos a otra parte, ¿no le parece? ¿Conoce algún lugar?

—¡Oh, no, no podemos hacer eso! De todas maneras usted ya tiene las entradas. Lo vamos a pasar bien, ya verá.

Morse se preguntó si alguna vez aprendería a decir la verdad.

—Muy bien. Ahora puedo pasar a buscarla, si quiere. ¿Le resultaría bien?

—¡Oh, sí, por favor! Jenny iba a llevarme en su auto, pero si usted...

—Muy bien. La pasaré a buscar a las siete y cuarto.

—Siete y cuarto, entonces. ¿Es con vestido largo? —Morse no sabía—. No se preocupe. Puedo averiguarlo sin problemas.

Por medio de uno de tus numerosos amigos, sin duda, pensó Morse.

—Bien. Espero verla mañana, entonces.

—Yo también. —Ella colgó y la propia y la enternecedora frase de despedida de Morse quedó sin ser pronunciada. ¿Realmente esperaba la ocasión de verla? Esas fiestas solían ser un poco decepcionantes. Pese a todo, le haría bien. O le sería útil. No le importaba demasiado. De cualquier forma comería algo rico y sería bueno volver a tomar a una chica joven entre sus brazos, bailando el leve y fantástico... ¡Demonios! Lo había olvidado por completo. Debía haber perdido el juicio, estúpido, loco insensato. Estaba en condiciones de invitar a la linda señorita Widdowson a compartir los placeres de un vals soñador tanto como a un rabino a comer cerdo. Fue rengueando hasta el mostrador de informes.

—Consígame un auto, sargento.

—Vendrá uno en pocos minutos, señor. Tenemos que...

—Consígame un auto ahora, sargento. Y quiero decir ahora mismo.

La última palabra resonó ásperamente a través del salón abierto y algunas cabezas se volvieron. El sargento de la recepción tomó el teléfono.

—Estaré esperando afuera.

—¿Necesita ayuda, señor?

El sargento de la recepción era un hombre amable y conocía al inspector desde hacía varios años. Morse esperó junto al escritorio. Estaba enojado consigo mismo y tenía muchas razones para sentirse así. Pero no podía imaginar por qué se creía con derecho a tomársela con uno de sus viejos amigos. Se maldijo por su egoísmo y su descortesía.

—Sí, Sargento, me vendría bien algo de ayuda. —No había sido uno de sus mejores días.

Capítulo 17

Miércoles 13 de octubre, por la mañana

Una tormenta monstruosa asoló la región de Oxford a primeras horas de la mañana del miércoles, derrumbando chimeneas, arrancando antenas de televisión y llevándose muchos tejados a su paso. El noticiero de las siete informó acerca de una estela de estragos en Kidlington, Oxon, donde una cierta señora Winifred Fisher se había salvado raspando cuando el techo de su garaje rompió amarras y se estrelló contra una ventana del piso superior. «No tengo palabras para describirlo», dijo. «Fue algo horrible». La radio portátil estaba sobre la mesa de luz junto al teléfono y un reloj despertador que, a las siete menos diez, había arrancado a Morse de un largo y apacible sueño.

Salió de la cama al terminar el noticiero y espió por detrás de las cortinas. Por lo menos su propio garaje parecía intacto. Raro, en verdad, que la tormenta no lo hubiera despertado. Poco a poco el recuerdo de los sucesos del día anterior se abrió paso a través de su conciencia y se depositó como un pesado sedimento en lo más recóndito de su mente. Lejos estaban ya las legiones de ángeles que lo habían cuidado en sueños y se sentó en el borde de la cama toqueteándose la áspera barba crecida en su mentón y preguntándose qué le depararía ese día. De un modo creciente, a medida que el caso avanzaba, el gráfico de sus estados de ánimo se parecía a una dentada cordillera, picos y valles, depresiones y júbilos.

A las ocho menos cuarto ya se había afeitado, bañado y vestido, y se sentía fresco y confiado. Lavó los restos de leche malteada caliente pegados en el fondo de la taza que había bebido a última hora de la noche anterior, enjuagó el vaso donde, también avanzada la noche, bebiera *whisky*, llenó la pava y se concentró en un problema mayor.

Durante los últimos días había llevado, para cubrir el pie lesionado, una enorme y blanca zapatilla de loneta, con suela de goma, los cordones atados bien flojos y cortada en el talón. Era tiempo de volver a usar algo normal. Odiaba aparecer en los Tribunales con un calzado tan excéntrico y le costaba creer que la señorita Widdowson rebosara de alegría yendo a bailar con un acompañante vestido con un zapato en un pie y una zapatilla de loneta con suela de goma en el otro. Solo tenía dos pares de zapatos y un surtido de medias adecuadas peligrosamente escaso; y con tal limitada combinación de posibilidades, las perspectivas de estar presentablemente calzado ese día eran un tanto remotas. Volvió a meter el pie dentro de su fiel y baqueteada zapatilla de loneta y decidió comprar un par de zapatos, de medida grande, en M & S, su tienda predilecta. Iba a ser un día caro. Bebió una taza de té y miró por la ventana. La tapa del tacho de basura estaba ladeada contra el portón de

entrada, y había desperdicios desparramados por todas partes. Debía acordarse de echar un vistazo a las tejas del techo...

Al mirar hacia atrás, pensó que había perdido la perspectiva de los sucesos del día anterior, por haberse quedado demasiado cerca de los árboles. Ahora le parecía ver otra vez el mismo bosque familiar, laberíntico, por cierto, como antes; pero siempre el mismo. Si hasta era capaz de sentir su propia manera de ser, con su enorme (o relativa) capacidad de adaptación. Pero ¿y qué debía pensar del drástico curso de acción que él mismo había propuesto? Sería necesario reconsiderar todo de nuevo; por el momento, tenía un problema más urgente en su mente. ¿Dónde había puesto la lapicera, el peine y la billetera? Para su extrema sorpresa, y con profundo alivio, los encontró alineados sobre la repisa de la chimenea del dormitorio.

El fiel y viejo Lancia todavía seguía allí abajo. Había sido una buena compra. Potente, confiable y daba unos 480 kilómetros con el tanque lleno. A menudo había pensado en cambiarlo, pero nunca tuvo el valor de hacerlo. Se acomodó dentro del angosto hueco entre la puerta delantera y la encalada pared del garaje. Esto siempre le resultaba una maniobra delicada pues nunca había adelgazado. Pero le hacía bien estar otra vez sentado al volante. Dejó el cebador abierto más tiempo de lo usual — después de todo había estado guardado una semana entera— y oprimió el arranque. Chrr... chrr... chrr... chrr. No. ¿Un poco más de cebador? Pero no debía ahogarlo. Otra vez. Chrr... chrr... chrr... chrr... chrr... ¡Qué raro! Nunca antes había tenido problemas. La tercera es la vencida, pensó. Chrr... chrr... chrr... La batería debía estar un poco baja. ¡Demonios! Démosle uno o dos minutos de descanso. Dejémosle recuperar el aliento. ¡A ver, esta vez! Chrr... chrr... ¡Qué porquería! Una vez más. Chrr... «Maldita suerte la mía», se dijo. «¿Cómo diablos se supone voy a ir sin...?». Se detuvo y se puso a temblar, sin querer. Un amanecer gris despuntaba en su mente y los misterios púrpura de la mañana eran heridos por los rayos del sol naciente. «Una bendición era estar vivo en ese amanecer». ¿No era de Wordsworth, eso? Había aparecido en el crucigrama de *The Times* la semana pasada. Por fin las olas se retiraban de la playa. Las blancas crestas de la rompiente avanzaban incesantes e incansables hacia la orilla, pero perdían fuerza. Vio el Gran Esquema ante sí y el último castillito de arena había sobrevivido al poderoso mar.

El gerente del taller mecánico Barker, en Oxford, quedó tan impresionado por la cortés llamada del inspector Morse requiriendo sus servicios que, a los diez minutos una nueva batería estaba en camino, y a los quince ya estaba instalada. Había nubes blancas en el cielo y el sol brillaba radiante. Tiempo despejado, como hubiera dicho Jane Austen. Morse recogió la tapa del tacho de basura y minuciosamente juntó los restos dispersos por su jardín.

La ciudad universitaria de Oxford estaba muy bulliciosa esa mañana, el tercero de los días completos del trimestre correspondiente a la fiesta de San Miguel^[7]. Estudiantes

de primer año, con nuevas y llamativas bufandas del colegio echadas sobre los hombros, exploraban con ansiedad las librerías de Broad Street, y con una pizca de timidez iban por High Street y entraban al atiborrado Cornmarket, a Woolworth y Marks and Spencer y desde allí, según los gustos, a los *pubs* más cercanos y a las cafeterías. A la una de la tarde Morse ocupaba una silla en la sección zapatería masculina, que funcionaba bajo el sistema de autoservicio, en el subsuelo de M & S. Por lo general compraba número 40, pero ahora se estaba probando zapatos con paciencia y determinación. El número 41 no parecía servirle, y tras considerables idas y venidas del mostrador a la silla elegida, calzado solo con medias optó por un par de mocasines de cuero negro número 42. Se veían enormes y eran, por supuesto, potencialmente inservibles a largo plazo. Pero ¿a quién le importaba? Podía usar dos pares de medias en el pie izquierdo. Esto le hizo recordar algo. Pagó los zapatos y se calzó la zapatilla de loneta, para asombro de la cajera grandota y de aspecto malhumorado que parecía calzar también un número grande, y prosiguió rumbo al exhibidor de medias donde compró media docena de llamativos calcetines livianos. Si hubiera podido, habría caminado hasta Cornmarket a paso ligero. El auto funcionaba, la audiencia había terminado, el caso prosperaba.

Otros, también, hacían sus compras. El comercio florecía esa mañana, y no solo en las grandes tiendas de las principales calles del centro de Oxford. Casi a la misma hora en que Morse, el megápedo, apretaba sus paquetes bajo el brazo, otra transacción rápida y fácil se llevaba a cabo en el ruinoso callejón detrás de Botley Road, y podríamos sostener que, al menos por esta vez, John Sanders había hecho su compra más ventajosa.

Capítulo 18

Miércoles 13 de octubre por la tarde

El miércoles 13, el Lonsdale College ofrecía la primera gran noche de bienvenida a los huéspedes correspondiente al trimestre de San Miguel, y Bernard Crowther salió de su casa un poco antes de lo habitual. A las seis y cuarto llamaba a la puerta de las habitaciones de Peter Newlove y entraba sin esperar respuesta.

—¿Tú eres, Bernard?

—Sí.

—Sírvete algo de beber. Estaré listo en un minuto.

Bernard había pasado por la portería al entrar y allí recogió tres cartas de su casillero. Abrió dos de ellas rasgando los sobres a los tirones y rápidamente las relegó al bolsillo de su saco. La tercera decía «confidencial» y contenía una tarjeta «De parte del Director»:

«La policía, en el transcurso de su investigación sobre el reciente homicidio cometido en Woodstock, desea averiguar la procedencia de una carta escrita a máquina que ha llegado a su poder la cual, según ellos creen, puede constituir una prueba material para sus pesquisas. En consecuencia, me han solicitado examinar todas las máquinas de escribir existentes en el colegio, y pido a todos mis colegas que cumplan con dicho pedido. El señor tesorero ha convenido en asumir dicha responsabilidad y a mi criterio, como también ajuicio del señor subdirector, debemos cumplir sin dilación con esa formalidad. Por lo tanto, he informado al Inspector Principal Morse, que dirige las investigaciones del homicidio, que nosotros, como cuerpo colegiado, deseamos prestarle nuestra mayor colaboración. El señor tesorero posee un inventario de todas las máquinas de escribir propiedad del colegio, pero algunos de los miembros del consejo han de tener máquinas personales en sus habitaciones; por lo tanto, les ruego proporcionen de inmediato al señor tesorero la información pertinente. Agradezco vuestra cooperación».

—¿Qué pasa, Bernard? ¿No quieres tomar algo?

Peter había llegado del cuarto de baño y estaba de pie peinando su rala cabellera con un peine fino.

—¿Recibiste una de estas?

—Sí, en realidad he recibido una comunicación de nuestro reverenciado y reverendo Director, si a eso te referís.

—¿A qué se debe todo esto?

—No lo sé, mi viejo. Bastante misterioso, ¿no te parece?

—¿Para cuándo se prevé la gran investigación?

—¿Se prevé? Ya la hicieron. Por lo menos, a mí ya me investigaron. Una

muchachita entró esta misma tarde; con el tesorero, claro está. Escribió algún mensaje en clave y se fue. Una verdadera lástima. Era una preciosura. Voy a tratar de pasar más tiempo en la tesorería.

—Yo no voy a poder serles de gran ayuda, me temo. A ese armatoste que tengo lo fabricaron en la Edad Media y desde hace seis meses ni siquiera tiene cinta. De cualquier manera está «atascada», así es como le dicen, creo.

—Y bueno, un sospechoso menos, Bernard. ¿Te vas a servir un trago ahora, o no?

—¿No te parece que ya tendremos bastante combustible esta noche?

—No, querido mío, no lo creo.

Peter se sentó y se puso un costoso par de pesados borceguíes marrones, número 42, pero no comprados precisamente en la sección zapatería masculina, «sistema de autoservicio» de Marks and Spencer.

—Tenemos el tiempo justo para uno rápido, me parece. —Ya eran casi las siete y media—. ¿Qué le gustaría tomar?

—Jerez seco para mí, por favor. No tardo ni un minuto. Debo empolvarme la nariz.

Se fue al lavabo. Había poca gente en la barra y Morse, a quien sirvieron sin demora, llevó las bebidas hasta una esquina del salón y tomó asiento.

De todos los hoteles de Oxford el Sheridan era el más elegante; los famosos que visitaban la ciudad, fueran estrellas del espectáculo, de la televisión o del deporte, reservaban habitaciones en ese inmenso edificio de piedra amueblado con buen gusto, ubicado en el deslinde de St Giles'. Una marquesina rayada avanzaba sobre la vereda y un portero estaba en su puesto junto a la reluciente placa sobre la breve escalinata que conducía a la calle, delante de las puertas giratorias. Morse sospechaba que en algún lugar, dentro del edificio, el gerente guardaba una alfombra roja enrollada. No porque la hubiesen puesto esa noche; en verdad, no había podido encontrar lugar para estacionar en la estrecha playa de estacionamiento del hotel y se había visto obligado a dejar su auto en St Giles'. No era, quizás, el más promisorio de los comienzos, y habían hablado poco entre ellos.

La contempló cuando volvía. Después de haber dejado el abrigo, caminaba con envidiable elegancia hasta él; el largo vestido de terciopelo de un color rojo subido le moldeaba grácilmente las líneas de su agradable figura. Y súbitamente, con dulzura, el corazón le latió más fuerte, sus miradas se encontraron y ella le sonrió. Se sentó a su lado y él volvió a notar, como lo había hecho cuando ella estaba sentada junto a él en el auto, la extraña y sutil promesa de su perfume.

—Salud, Sue.

—Salud, Inspector.

No sabía cómo manejar esa dificultad con su nombre. Le pareció verse como un anciano maestro que se encuentra con una de sus antiguas alumnas y se siente bastante turbado por tantos «señor» pronunciados cada dos frases, aun cuando también le pareciera falso que ocurriese de otro modo. Pasó por alto todos esos

«inspector». Las cosas podían cambiar, claro que sí. Morse le ofreció un cigarrillo, pero ella no aceptó. Mientras bebía su copa de jerez Morse advirtió los largos dedos cuidados con esmero; ningún anillo, tampoco esmalte de uñas. Le preguntó cómo había sido su día de trabajo y ella le contó. Todo resultaba un poquito forzado. Terminaron sus bebidas, salieron del bar y fueron, escaleras arriba, hacia el Salón Evans. Sue alzaba un poco el ruedo del vestido al subir los escalones y Morse trataba de olvidar la opresión en el pie derecho y arqueaba frenéticamente el izquierdo para impedir que se le saliera el zapato.

La sala estaba arreglada con sobrio y delicado decoro: alrededor de una pequeña y bien encerada pista de baile había mesas ubicadas a regular distancia unas de otras, con cubiertos de plata centelleando sobre los manteles blancos y una vela roja encendida en cada mesa, cuyas llamitas azules y amarillas disminuían hasta volverse muy finas. A Morse le parecieron casi tan exquisitas como la misma Sue Widdowson. Algunas parejas ya se habían sentado y a Morse le resultó tristemente obvio comprobar que entre ellas se encontraban algunos de sus miserables amigos. Una pequeña banda tocaba una lánguida y pegadiza melodía, y mientras los conducían hasta su mesa una joven pareja tomó posesión de la pista, despreocupada y absorta, comiéndose con los ojos.

—¿Ha estado antes aquí?

Sue asintió con la cabeza y Morse siguió con la vista a la joven pareja y decidió no dar rienda suelta a su imaginación. Un mozo llegó hasta ellos con el menú y a Morse le vino bien pensar en otra cosa.

—¿Está incluido el vino?

—Tenemos una botella sobre la mesa.

—¿Eso es todo lo que dan?

—¿No le resulta suficiente?

—Bueno, se trata de una ocasión especial, ¿no es cierto? —Sue se abstuvo de comprometerse—. ¿Qué le parece si pedimos una botella de *champagne*?

—Tiene que llevarme a casa, ¿lo recuerda?

—Podemos tomar un taxi.

—¿Y qué hará con su auto?

—Quizás se lo lleve la policía.

Sue se rio y Morse vio sus dientes blancos y la plenitud de sus labios.

—¿Qué me dice?

—Estoy en sus manos, inspector.

Ojalá lo estuvieses, pensó él.

Otras parejas ya estaban bailando y Sue los miraba.

—¿Le gusta bailar?

Sue mantuvo la vista fija en los bailarines e inclinó la cabeza. Un joven Adonis agitó una mano en dirección a ella.

—¡Hola, Sue! ¿Estás bien?

Sue levantó una mano para saludarlo.

—¿Y ese quién es? —preguntó, agresivo, Morse.

—El doctor Eyres. Es uno de los residentes del Radcliffe.

Parecía casi hipnotizada por la escena. Pero, con la llegada del *champagne*, regresó a la órbita de Morse, y al cabo de un rato la conversación se volvió más espontánea. Morse charlaba con mucha amabilidad y trataba de resultarle lo más interesante posible y a Sue se la veía cómoda y entretenida. Pidieron la comida y Morse sirvió otra copa de *champagne*. La banda dejó de tocar; las parejas que estaban en la pista aplaudieron unos pocos segundos sin entusiasmo y fueron a instalarse en las mesas ubicadas alrededor. El doctor Eyres y su joven morocha de ojos cargados de rímel se encaminaron a la mesa de Morse, y Sue pareció alegrarse al verlos.

—Doctor Eyres, este es el inspector Morse.

Los dos hombres se dieron la mano.

—Y esta es Sandra. Sandra, te presento al inspector Morse.

La Sandra de ojos soñolientos, tal parecía, también era enfermera y trabajaba con Sue en el Hospital Radcliffe. La banda volvió a hacer oír sus vibrantes acordes.

—¿Le molesta si bailo esta pieza con Sue, inspector?

—Claro que no —sonrió Morse.

Lujurioso, miserable doctorcito. Sandra se sentó y miró a Morse con ojos de notorio interés.

—Lamento muchísimo no poder invitarla a bailar —dijo Morse—, pero tuve un accidente en el pie. Aunque ya está bastante mejor.

Sandra era la viva imagen de la compasión.

—¡Ah, qué barbaridad! ¿Cómo ocurrió?

Por enésima vez en los últimos siete días Morse repitió las circunstancias concomitantes de su aventura. Pero tenía la cabeza puesta en Sue. Cuando ella se fue a la pista, acompañando al residente, él recordó unos versos de Coleridge:

*La novia avanza por la nave
y tiene el rubor de una rosa.*

Capítulo 19

Jueves 14 de octubre

El jueves por la mañana Bernard Crowther tenía resaca. Debía dar una clase en aquellas aulas medievales a las once de la mañana y contemplaba sus apuntes sobre «Influencias en el estilo poético de Milton» con creciente aprensión. A las nueve menos cuarto Margaret le sirvió una taza caliente de café negro. Ella siempre se daba cuenta, y solía decirlo. Estaba levantada desde las seis y media; les había preparado el desayuno a los chicos, lavado algunas polleras y blusas, tendido las camas, pasado la aspiradora por los dormitorios y en ese preciso instante estaba en el vestíbulo, poniéndose el tapado. Asomó la cabeza por la puerta:

—¿Estás bien?

¡Cómo odiaba Bernard que se lo recordaran!

—Bien.

—¿*Querés* que te traiga algo de la ciudad; tabletas de leche de magnesia?

Parecían estar en perpetuo estado de beligerancia a punto de estallar, vigilándose uno a otro a través de una frontera largamente en disputa. ¡Margaret! ¡Margaret! ¡Cómo deseaba poder hablar con ella!

—No, no, gracias. Margaret, se me hace tarde, debo salir enseguida. ¿Me harías el favor de esperarme un minuto?

—No, no puedo, ya debo irme. ¿Volverás a casa para almorzar?

¿Con qué fin?

—No, tomaré algo en el colegio.

Oyó el golpe al cerrarse la puerta de calle y se quedó mirándola mientras ella se iba caminando ligero hasta llegar al final de la cuadra, doblaba por la esquina y se perdía de vista. Fue a la cocina, llenó un vaso con agua fría y dejó caer en ella dos tabletas de aspirina soluble.

Esa misma mañana, Morse y Lewis conferenciaron desde las nueve hasta las diez. Había algunos cabos sueltos por analizar y algunas pistas muy interesantes que seguir. Al menos, así fue como Morse le explicó las cosas a Lewis. Después que Lewis se marchara, recibió un llamado de un joven periodista del Oxford Mail, cuya inmediata consecuencia sería la publicación de un breve artículo en la edición vespertina. Respuestas de rutina. No podía contarle mucho a nadie, pero intentó imprimir a sus dichos un cierto tono de información confidencial. Era bueno para levantar la moral.

Tomó el archivo Kaye y pasó la hora siguiente releendo los documentos del

caso. A las once dejó la carpeta a un costado, fue a buscar la guía telefónica del distrito y de Oxford, buscó bajo la letra «c» el número que quería y llamó al gerente de Chalkley and Sons, en Botley Road. No tuvo suerte. Esa mañana John Sanders no había ido a trabajar; su madre había avisado por teléfono: un fuerte resfrío, o algo así.

—¿Qué opinión tiene de él? —preguntó Morse.

—Es correcto. Algo... un poco... hosco, tal vez. Pero, hoy en día, casi todos ellos lo son. Trabaja bastante bien, pienso.

—Bueno, lamento haberlo molestado. Me hubiese gustado tener una breve charla con él, eso es todo.

—¿Sobre ese homicidio en Woodstock?

—Sí. Fue él quien encontró a la chica, como sabrá.

—Sí, lo leí y, por supuesto, todos quisimos tocar el tema con él.

—¿Les contó muchas cosas?

—No, en realidad, no. No parecía muy dispuesto a hablar. Es comprensible, supongo.

—Sí. Bueno, gracias de nuevo.

—Fue un placer hablar con usted. ¿Quiere su dirección particular?

—No, gracias, aquí la tengo.

Lewis tuvo bastante más suerte. La señora Jarman estaba en casa, barriendo las escaleras.

—Pero no entiendo, sargento. Estoy segura de que las dos eran mujeres.

Lewis asintió con la cabeza.

—Solo estoy verificando una o dos cosas.

—Pero yo hablé con una de ellas, como ya le dije, y la otra pobre chica... bueno, ya sabe. Y a mí me pareció que las dos eran casi de la misma estatura; pero siempre es tan difícil acordarse de esas cosas... usted ya sabe.

Sí, Lewis sabía. La dejó que siguiera barriendo las escaleras.

Encontró al chófer del bus mientras este tomaba café en la cantina en Gloucester Green.

—¿Una sola chica que subiera al bus? Pero antes usted dijo dos.

—Sí, ya sé. Pero se nos ocurrió que quizás solo una haya subido.

—Lo siento. No me acuerdo. Lo siento, de veras... pero ya pasó mucho tiempo.

—Sí, no se preocupe. Como le dije... era solo una idea. Si por casualidad recordara algo...

—Por supuesto.

George Baker trabajaba con la azada en su jardín.

—Hola, compañero. Ya lo he visto antes.

—Sargento Lewis. Policía del Thames Valley.

—¡Ah, claro! ¿En qué puedo serle útil?

Lewis le explicó el motivo de su visita pero la respuesta de George fue apenas un poquito más alentadora que las anteriores.

—Bueno, supongo que podía ser un tipo, pero aunque me maten seguiría jurando que las dos eran mujeres.

Los recuerdos se debilitaban y el caso se ponía rancio. Lewis se fue a su casa para almorzar.

A las dos de la tarde lo hicieron pasar al despacho del gerente del servicio de mantenimiento de automóviles en el taller mecánico de Barkers, en Banbury Road, donde pasó más de una hora revisando, metódicamente, cientos de copias carbónicas de órdenes de trabajo, facturas para los clientes, libros de contabilidad y otros registros varios de reparaciones hechas en las semanas del 22 y del 27 de septiembre. No encontró nada. Pasó otra hora retrocediendo hasta comienzos de septiembre, cada vez más consciente de lo inútil de su tarea. La señorita Jennifer Coleby, aunque tenía cuenta en la firma Barkers, no había llevado su auto para que le hicieran ninguna reparación ni tampoco para que le prestaran servicio alguno desde el pasado mes de julio. Ella había comprado el auto recién sacado de fábrica casi tres años antes. La compra a plazos ya estaba casi saldada; no habían tenido ninguna dificultad con los pagos; en todo ese tiempo el auto no sufrió ninguna falla mecánica seria. El 14 de julio le habían hecho el service de los 10 000 km, con la puesta a punto de algunos pequeños detalles. Facturado: £13,55. Cuenta pagada el 30 de julio.

Lewis estaba decepcionado, aunque no sorprendido. Morse parecía hacerse muchas ilusiones con esa tal señorita Coleby. Quizás esto sirviera para desalentarlo. Lo dudaba. Cruzó la calle hasta la agencia de diarios y compro la edición vespertina. Un titular cerca del ángulo derecho, al pie de la portada, le llamó la atención:

ASESINATO DE WOODSTOCK DECISIVOS PROGRESOS

Al proseguir con su intensa actividad, la policía se siente bastante confiada en poder dar muy pronto con el asesino de Sylvia Kaye, a quien hallaron muerta luego de haber sido violada, en el Black Prince, en Woodstock, la noche del 29 de septiembre.

El Inspector Principal Morse, de la Jefatura de Policía del Thames Valley, que conduce las investigaciones, nos dijo hoy que habían aparecido varios testigos clave y consideraba que pasaría muy poco tiempo antes de llevar al culpable ante la justicia.

Lewis pensó que debía tratarse de un truco.

De haber sido alguna vez invitado a llevarse sus ocho discos predilectos a una isla desierta, el confiado inspector que conducía las investigaciones del homicidio también habría respondido «reuniones de Comité» a la inevitable pregunta respecto de cuál cosa le alegraría más librarse. La reunión convocada para la tarde de ese jueves, con el propósito de considerar jubilaciones, promociones y nombramientos, se prolongaba cada vez más, como un árido desierto. Su única intervención durante el transcurso de la misma fue unas palabras de encomio para McPherson. Parecía una excusa justificada para oponerse a su habitual carácter taciturno y cáustico. Por fin, la

reunión terminó a las cinco y cinco, cuando regresó a su oficina bostezando para encontrarse con Lewis que leía las perspectivas que tenía el Oxford United como visitante, en el partido contra el Blackpool el sábado siguiente.

—¿Ya vio esto, señor?

Lewis le alcanzó el diario y señaló el titular que presagiaba el día del enjuiciamiento para el asesino de Woodstock.

Morse leyó el artículo con hastiada compostura.

—Retuerquen un poco las cosas, estos periodistas, ¿no?

Para Sue Widdowson también el día avanzó interminable y penosamente. La noche anterior había deseado con desesperación volver a hablar con Morse. ¿Quién sabe qué le hubiese dicho? ¿Tenía el teléfono descompuesto? Pero a la luz fría de la mañana se había dado cuenta de lo imprudente que hubiese sido llamarlo. David llegaba el sábado para pasar el fin de semana y ella iría a esperarlo a la estación a la hora de costumbre. Querido David. Había recibido otra carta de él, esa mañana. Era tan gentil y a ella le gustaba tanto. Pero... ¡no!, debía dejar de seguir pensando en Morse. Aunque no le había resultado posible. Sandra la acosó a preguntas y el doctor Eyres le había palmeado el trasero con demasiada confianza. Se sentía miserable, irremisiblemente desgraciada.

La señora Amy Sanders estaba preocupada por su hijo. Ya hacía alrededor de una semana que se lo veía pálido y desganado. En el pasado había faltado al trabajo alguno que otro día, y más de una vez ella se había visto en la obligación de exagerar un poco al describir a los señores Chalkley los síntomas de alguna enfermedad ficticia que aquejaba, en forma temporaria, a su querido niño. Pero ese día estaba genuinamente afligida. John se había sentido descompuesto dos veces durante la noche y estaba acostado, temblando y transpirando cuando ella lo llamó a las siete de la mañana. No había comido nada en todo el día y, contrariando la voluntad de su hijo, ella llamó al consultorio del médico a las cinco de la tarde. No, no pensaba que fuese urgente, pero le agradecería muchísimo si el doctor pudiera venir a verlo en algún momento del día.

A las siete y media de la tarde sonó el timbre y la señora Sanders abrió la puerta de calle, para encontrarse con un hombre que nunca había visto antes. Sin embargo, en estos días, a los médicos los trasladaban de un lado a otro.

—¿Vive aquí el señor John Sanders?

—Sí. Pase, doctor. Estoy tan contenta de que haya venido.

—Lo siento, pero no soy médico; soy un inspector de policía.

El propietario de The Bell, en Chipping Norton, tomó él mismo la reserva, a las ocho y media de la noche. Consultó el registro y volvió a levantar el tubo.

—¿Para mañana a la noche y el sábado por la noche, dijo usted?

—Sí.

—Creo que podremos acomodarlo lo más bien, señor. Habitación doble. ¿Quiere baño privado?

—Eso estaría muy bien. Y cama doble si tiene. Nunca hemos podido dormir bien en esas camas gemelas.

—Sí, podemos hacerlo.

—Me temo que no tendré tiempo de confirmar la reserva por escrito.

—Ah, no se preocupe por eso, señor. Solo déjeme, por favor, su nombre y dirección.

—Señor y señora John Brown, Hill Top, Eaglesfield (se escribe en una sola palabra), Bristol.

—Comprendido.

—Bien. Mi esposa y yo nos alegraremos de conocerlo. Llegaremos a eso de las cinco.

—Les deseo una feliz estadía, señor.

El propietario colgó el teléfono y escribió los nombres del señor y la señora J. Brown en el libro de reservas. Una vez su mujer había sumado la cantidad de señores llamados John Brown que se habían alojado en The Bell; en un solo mes había habido siete. Pero no era su trabajo preocuparse demasiado por eso. De cualquier forma, el hombre hablaba de un modo muy amable y bien educado. Linda voz, también; acento de alguna región del oeste... bastante parecido al suyo. Y, después de todo, debían existir uno o dos John Brown legítimos en alguna parte.

Capítulo 20

Viernes 15 de octubre, por la mañana

Morse se despertó tarde el viernes por la mañana. Sobre el piso del vestíbulo ya estaba *The Times* y una carta sobresalía, inestable, del buzón. Era una cuenta de la firma Barkers: £9,25. La puso, junto con otras varias del mismo tenor, detrás del reloj sobre la repisa de la chimenea.

El automóvil ronroneó y volvió a la vida al primer toquecito suave. Tenía los bastones en la parte de atrás y decidió pasar por el Hospital Radcliffe antes de ir a la oficina. Cuando se unió a la interminable caravana de vehículos que se arrastraba con gran paciencia por Woodstock Road, deliberó sobre el curso de acción a seguir. Quizás la viese por casualidad, claro está, como le había sucedido la vez pasada, o podía hacerla llamar. Pero ¿a ella le gustaría que él lo hiciera? Ansiaba verla de nuevo y, ¡demonios!, ella estaría allá. ¿Acaso podía haber algo más natural que eso? Había soñado con Sue la noche anterior, pero de un modo difuso y elusivo como para mantenerla en primer plano dentro de su mente. ¿Habría sido ella la que llamó el miércoles por la noche?

Dobló, en medio del tránsito, y entró al estacionamiento del Radcliffe. Se detuvo sobre las dos rayas amarillas, cazó al vuelo al portero más cercano, le dio los bastones y la nota por la cual el portador se comprometía a su devolución, y le pidió que se ocupara de ese trámite. ¡Policía! El camino estaba despejado cuando dejó Oxford atrás; cada dos o tres minutos se maldecía ferozmente. Debería haber entrado; estúpido imbécil. En su fuero interno sabía que no era un estúpido imbécil, pero uso no le era de gran ayuda.

Lewis lo estaba esperando.

—¿Y bien, qué programa tenemos hoy, señor?

—Pensé que un poco más tarde vamos a hacer un simple viaje en bus, Lewis. (Sin otra explicación).

—Sí, pensé que deberíamos ir juntos a Woodstock en el bus. ¿Qué me dice?

—¿Se le arruinó de nuevo el auto?

—No, anda que es una maravilla. ¡Faltaba más! Recibí la cuenta por la maldita batería esta mañana. Adivine cuánto.

—Unas seis o siete libras.

—¡Nueve libras con veinticinco!

Lewis frunció la nariz.

—Más barato le habría salido con esa gente que tiene gomería y venta de baterías en Headington. No cobran la mano de obra. Siempre me resultaron muy buenos.

—Habla como si todo el tiempo tuviera problemas con su auto.

—En realidad, no. Aunque, en estos últimos meses, tuve algunas pinchaduras.

—¿No puede cambiar la goma usted mismo?

—Bueno, sí. Claro que puedo. No soy una vieja, ¿verdad?, pero no tenía la goma de repuesto.

Morse no le prestaba atención. Sintió el conocido hormigueo en los brazos cuando la sangre se le helaba.

—Usted es un genio, sargento. Alcánceme la guía telefónica. Consulte las páginas amarillas. Aquí estamos: solo dos números. ¿Con cuál probamos primero?

—¿Qué le parece el primero, señor?

Pocos segundos después Morse hablaba con el Servicio de Neumáticos y Baterías Cowley.

—Quiero hablar con el jefe de la empresa. Es urgente. Habla la policía. —Le guiñó un ojo a Lewis—. ¡Ah, hola! Habla el Inspector Principal Morse. Jefatura del *Thames Valley*... No, no, nada de eso... Vea, quiero que revise los registros correspondientes a la semana que empezó el 27 de septiembre... Sí. Quiero saber si vendieron una batería o repararon un neumático a una señorita Jennifer Coleby. C. O. L. E. B. Y. Sí. Puede haber sido cualquier día de esa semana; probablemente el martes o el miércoles. ¿Me devolverá la llamada? Hágalo de inmediato, por favor. Es muy urgente. Bien. ¿Tiene mi número de teléfono? Bien. Saludos.

Llamó al segundo número y repitió el discurso. Lewis pasaba las páginas del expediente de Sylvia Kaye que estaba abierto sobre el escritorio de Morse. Estudió las fotografías: unas fotos grandes, brillantes, en blanco y negro, con una sorprendente y nítida definición. Volvió a mirar las instantáneas de Sylvia Kaye tal como yacía aquella noche en la playa de estacionamiento del *Black Prince*. Francamente, ella nunca hubiera pasado desapercibida, pensó. Alguien había rasgado brutalmente el lado izquierdo de la blusa blanca y solo conservaba abrochado el último de los cuatro botones. Todo el pecho izquierdo había quedado al descubierto y a Lewis le hizo evocar esas poses provocativas de las modelos en las revistas de desnudos. Mirar esas fotos podría haber sido, incluso, una experiencia erótica, pero Lewis recordó la nuca con la cabellera rubia y el cráneo cruelmente destrozado. Pensó en su querida hija; trece años, ya, y empezaba a tener una linda figurita... ¡Dios, qué mundo este donde debemos criar a nuestros hijos! Deseaba e imploraba que ella estuviese bien, y sintió una profunda e imperiosa necesidad de encontrar al hombre que le había hecho eso a Sylvia Kaye.

Morse había terminado.

—¿Puede usted ponerme en situación, señor?

Morse se acomodó en la silla y reflexionó unos instantes.

—Supongo que debería habérselo dicho antes, Lewis. Pero no estaba muy seguro —bueno, tampoco estoy seguro ahora— acerca de una o dos cosas. Casi desde el principio pensé que me había formado una buena idea de la situación en general. La supuse de este modo: dos chicas hacen dedo para ir a Woodstock y tenemos algunos

indicios bastante evidentes de que alguien sí las levantó en realidad; a las dos. — Lewis asintió con la cabeza—. Ahora bien, ni el conductor del automóvil ni tampoco la otra chica aparecen. La pregunta que me formulé fue: «¿por qué?». ¿Por qué esas dos personas están tan ansiosas por mantenerse calladas? Existen razones bastante obvias de porqué una de ellas debe mantener la boca cerrada. Pero ¿por qué ambas? Me parecía sumamente improbable que las dos estuviesen asociadas con ese crimen. Entonces, ¿qué nos queda? Una posibilidad muy fuerte, tal como yo lo vi, era que esas dos personas se conocieran. Pero, de cualquier forma, eso tampoco me convencía demasiado. La mayoría de la gente no retiene pruebas y, por cierto, no cuenta intrincadas mentiras por el solo hecho de conocerse. Pero ¿y qué pasaría si esos dos tuviesen algún motivo de culpabilidad que los obligase a mantener las cosas muy, pero muy en secreto? ¿Y qué pasaría si ese motivo fuese el hecho de que ambos se conocen demasiado bien? ¿Qué pasaría si ellos mantuviesen —como para no hilar demasiado fino— una aventura? Ellos no se encuentran en muy buena situación, ¿verdad? Con un asesinato como telón de fondo, no es buena, en absoluto. Lewis deseaba que se apurase un poco.

—Pero retrocedamos un instante. A primera vista, nuestras evidencias sugirieron desde que el encuentro entre las dos chicas y el conductor del auto se debió a una pura casualidad. El testimonio de la señora Jarman es perfectamente claro en ese aspecto. Ya hemos descubierto, luego de una gran cantidad de innecesarias dificultades, quién era el conductor del auto rojo: Crowther. En su declaración, él admite que mantiene un romance con otra mujer y, según detalla, la jurisdicción donde tienen lugar dichas excursiones extramaritales es el Parque Blenheim. Además, y siempre según sus propios dichos, él iba a ver a su amante la noche del miércoles 29 de septiembre. Ahora, respecto de ese punto, estoy a ciegas. ¿Qué pasaría si su amante fuese una de las chicas que levantó?

—Pero... —comenzó a decir Lewis.

—No me interrumpa, Lewis. Ahora bien, ¿era Sylvia Kaye su amante? No lo creo. Sabemos que el señor John Sanders tenía una cita, aunque un tanto vaga, con Sylvia, el día 29. Esto no nos prueba nada, ni en un sentido ni en otro, pero Sylvia representa la elección menos verosímil de las dos. Entonces, nos queda la otra pasajera, la señorita o la señora X. Resulta claro, de acuerdo con la declaración de la señora Jarman, que la señorita X parecía estar ansiosa y excitada, y en mi opinión nadie se pone demasiado ansioso ni excitado por el hecho de ir a Woodstock, a menos que esa persona tenga una cita, y una cita muy importante en esa ciudad, y no mucho tiempo que perder. Crowther dijo que a lo sumo disponía de algo así como una hora, ¿recuerda?

—Pero... —Lewis lo pensó mejor.

—También supimos, de acuerdo con lo dicho por la señora Jarman, que Sylvia conocía a la otra muchacha. Estaba ese asunto acerca de morirse de risa al recordar todo eso a la mañana. Entonces, investigamos el lugar donde Sylvia trabajaba y

encontramos una extraordinaria, aunque casi inexplicable carta, dirigida a la señorita Jennifer Coleby, quien se ha convertido en mi candidata favorita para el título de *Miss X*. Coincido en que las evidencias de esa carta no son concluyentes; con todo, vale la pena hacerle un seguimiento. Nuestra Jennifer es una chica lista. Tiene dos palos para meter en la rueda. Primero, parece haber estado en un *pub* de este lado de Woodstock en vez de haber ido al Parque Blenheim; segundo —y esto me preocupó francamente y me sigue preocupando— ¿por qué debía ir a Woodstock en ómnibus o haciendo dedo, si tiene un auto? Pero tal como sabemos, ella lo hizo.

Este punto parecía representar un inconveniente fatal. Pero ¿lo es? Mi auto no quiso arrancar el miércoles por la mañana porque se le había agotado la batería. Usted dijo que recientemente había sufrido unas pinchaduras y también que podía cambiar los neumáticos, porque, así lo dijo, usted no es una vieja. Ahora bien, Jennifer Coleby no es una vieja, pero es mujer. ¿Y si hubiese descubierto que el auto no le arrancaba? ¿Qué habría hecho? Llamar por teléfono al taller mecánico. Eso era bastante obvio y desde su visita a Barkers, donde no tuvo suerte, pensé que, no obstante, por fin veía la luz esta mañana. Recibí una factura por la batería para mi auto y usted mencionó a la gente de ese establecimiento que funciona como gomería y venta de baterías. La pregunta crucial, entonces, es ¿cuándo descubrió Jennifer que su auto estaba descompuesto? Con seguridad, no antes de regresar del trabajo, a eso de las cinco y media de la tarde. Ahora bien, hoy en día no muchos talleres están demasiado dispuestos a trabajar a esa hora: todo el personal ya se ha ido. Pero el personal de esa empresa no trabaja, creo, de acuerdo con las horas establecidas por el sindicato, y entonces, creo, vale la pena averiguar. Debo suponer que Jennifer no pudo encontrar a nadie que fuese a arreglarle el auto esa noche; y no porque no pudieran, sino porque no podían llegar a tiempo. Ella solo debe haber descubierto el problema entre las seis y cuarto y las seis y media. Pero, según creo, intentó conseguir que lo arreglaran... y no tuvo éxito. Bueno, ¿y que hará entonces? Naturalmente, puede tomar un bus. Jamás ha ido en bus antes, pero ha visto los buses a Woodstock con bastante frecuencia y, por esa razón, creo que se trataba de Jennifer la chica vista en la Parada de buses N.º 5 la noche en que asesinaron a Sylvia. Sylvia se encuentra con una compañera de viaje muy impaciente, y las dos deciden hacer dedo. Dejan atrás la rotonda y un automóvil se detiene: es el auto de Crowther. Difícilmente sea una coincidencia, ¿no? Él debe ir a Woodstock, también, y está obligado a llegar más o menos a la misma hora que Jennifer. Si supo o no que se trataba de ella —ya había oscurecido mucho—, yo no lo sé. Sospecho que sí. —Morse se calló.

—¿Y qué pasó luego, según usted, señor?

—Crowther ya nos contó todo lo ocurrido en los siguientes kilómetros.

—¿Usted le cree?

Morse se quedó pensativo y tardó en responder. Sonó el teléfono. «No» —dijo Morse—, «a él no le creo». Lewis miró al inspector. No podía oír lo que decían del otro lado de la línea. Morse escuchaba, impasible. «Muchas gracias» —dijo, por

último—. «¿A qué hora le resultaría conveniente? Muy bien. Gracias». —Colgó el tubo y Lewis lo miró expectante.

—¿Y bien, señor?

—Se lo dije, Lewis, usted es un genio.

—¿Tenía el auto descompuesto?

Morse asintió con la cabeza.

—La señorita Jennifer Coleby llamó a la Compañía de Neumáticos y Baterías Cowley a las seis y cuarto de la tarde, el miércoles 29 de septiembre. Dijo que era urgente: una de las llantas delanteras estaba muy baja. No podían llegar sino hasta después de pasadas las siete y ella les dijo que era demasiado tarde.

—Estamos progresando, señor.

—Sí, por cierto. Ahora, ¿qué hay de nuestro viaje en bus?

Los dos hombres tomaron el ómnibus de las once y treinta y cinco a Woodstock, por la ruta 4 A. Estaba semivacío y se sentaron en el asiento delantero del piso superior. Morse guardaba silencio y Lewis meditaba sobre el extraño desarrollo del caso. El bus iba a gran velocidad y pararon solo cuatro veces antes de llegar a Woodstock. En la tercera de dichas paradas Morse clavó un dedo en las costillas del sargento y Lewis miró hacia afuera para ver dónde estaban. El ómnibus se abrió paso por una banquina poco profunda que empezaba justo a la salida de Begbroke, hasta que llegó a una amplia cabaña con techo de paja y un jardín colmado de mesas y sillas dispuestas debajo de coloridas sombrillas rayadas. Lewis torció el cuello e inclinó la cabeza hasta el borde inferior de la ventanilla para ver el nombre del parador y leyó esas dos palabras: *Goldeti Rose*.

—¿Interesante? —preguntó Morse.

—Muy —contestó Lewis—. Creyó que sería mejor decir algo.

Se bajaron en Woodstock y Morse tomó la delantera.

—¿Listo para una cerveza, sargento?

Entraron al bar del *Black Prince*.

—Buenos días, señora McFee. Usted no ha de recordarme, supongo.

—Lo recuerdo muy bien, Inspector.

—¡Qué buena memoria! —dijo Morse.

—¿Qué puedo servirles, señores? —La situación no parecía hacerle mucha gracia.

—Dos jarros de la mejor cerveza, por favor.

—¿Están por algún asunto policia? —El gran disgusto que le provocaban los modales de Morse no era suficiente como para reprimir su natural curiosidad.

—No, no. Solo una visita amistosa para volver a verla.

«Esta mañana está de muy buen humor» —pensó Lewis.

—Veo por el diario que ustedes desean... —se le confundieron las palabras.

—Estamos haciendo progresos, ¿no es cierto, sargento?

—¡Ah, sí! —contestó Lewis—. Después de todo, él era la otra mitad de aquellas intensas investigaciones.

—¿Nunca le dan algún tiempo libre? —preguntó Morse.

—Ah, son muy buenos, a decir verdad. —Empezaba a ablandarse un poco con él; siempre era agradable que a una le recordaran cuán duramente trabajaba.

—De hecho tengo esta noche y todo el sábado y el domingo libres.

—¿Adónde vamos a ir? —inquirió Morse.

La anfitriona sonrió de un modo profesional.

—¿Adónde sugiere usted, inspector?

«Bravo, muchachita», pensó Lewis.

Morse pidió el menú y lo estudió con mucho detenimiento.

—¿Qué tal está la comida aquí? —preguntó Morse.

—¿Por qué no la prueba?

Morse pareció considerar esta posibilidad pero, a su vez, preguntó si había algún negocio cerca donde vendieran un buen pescado con papas fritas. No había. Ya habían llegado algunos clientes y los policías salieron por la puerta lateral y se encaminaron al estacionamiento. A su derecha, un automóvil parecía estar en cuclillas sobre las ruedas traseras, pues le faltaban las dos delanteras. Debajo del auto, protegido adecuadamente de la grasa y del aceite, y esgrimiendo una formidable llave inglesa, yacía de espaldas el patrón del *Black Prince*, y a su lado la caja de herramientas plegable que hacía tan poco tiempo había albergado una larga y pesada llave palanca.

Sin ser advertido ni por Morse ni por Lewis al abandonar estos el lugar, un hombre joven entró al bar y pidió un agua tónica. El señor John Sanders, por lo visto, se había recuperado bastante de sus ataques de febriles escalofríos como para integrarse una vez más a la vida social de Woodstock, aunque no para reasumir sus deberes con los señores Chalkley and Sons.

En el viaje de regreso en bus Morse estaba profundamente enfrascado en un horario de buses de los condados de la región central de Inglaterra y un mapa de North Oxford. De tanto en tanto miraba su reloj y hacía alguna breve anotación en una libreta. Lewis tenía hambre. Era una verdadera lástima que no hubiese ningún local de *fish and chips*^[8].

Capítulo 21

Viernes 15 de octubre, por la tarde

Un abultado sobre marcado «confidencial» aterrizó sobre el escritorio de Morse a las tres y media de esa tarde, «de parte del Director». Este había hecho un trabajo muy cuidadoso y exhaustivo; eso era bastante obvio. Había noventa y tres máquinas de escribir, por lo visto, en el Lonsdale College. La mayoría de ellas pertenecía al establecimiento y había ido a parar a los departamentos de algunos catedráticos; más de veinte eran propiedad privada de los miembros del colegio. Noventa y tres hojas de papel, cada una de ellas numerada, estaban prolijamente sujetas con un fuerte broche. Otras dos hojas más, engrampadas juntas, proporcionaban la clave correspondiente a cada una de las máquinas y, de un modo bastante apropiado, a la máquina del Director le habían asignado el número 1. Morse hojeó las páginas. Iba a ser una tarea más ardua de lo que había pensado, y llamó por teléfono a los muchachos del laboratorio. Le dijeron que les tomaría algo así como una hora.

Lewis había pasado la mayor parte de la tarde escribiendo a máquina sus informes y recién llegó a la oficina de Morse a las cuatro y cuarto.

—¿Estará deseando tener el fin de semana libre, Lewis?

—No, en caso de que me necesite para algo, señor.

—Me temo que tengamos bastantes cosas por hacer. Me parece que ya es tiempo de que tengamos una pequeña confrontación, ¿no cree?

—¿Una confrontación?

—Sí, Una amable y pequeña confrontación entre una tal señorita Coleby y cierto señor Crowther. ¿Usted qué piensa?

—Podría calmar un poco los ánimos.

—Sí. ¿Cree usted que ese antiguo establecimiento podría correr con los gastos de unas cuatro buenas tazas de café por la mañana?

—¿Usted quiere que yo los acompañe?

—Lewis, hijo mío, nosotros somos un equipo, ya se lo dije antes.

Morse llamó por teléfono a la Compañía de Seguros Town & Gown y pidió por el señor Palmer.

—¿Quién le quiere hablar? —Era la recatada señorita Judith.

—El señor Plod —respondió Morse.

—Aguarde un momento, señor Plod... ¡Hable, por favor!

—No entendí bien su nombre, ¿señor...? Habla Palmer.

—Morse. Inspector Morse.

—¡Vaya, hola, inspector! ¡Qué chica estúpida!

—Quiero tener una breve charla con la señorita Coleby. Es algo confidencial. Me

pregunto si...

Palmer lo interrumpió:

—Lo lamento muchísimo, inspector. Ella no ha venido esta tarde. Quería pasar un fin de semana largo en Londres y, bueno... de tanto en tanto nos mostramos bastante flexibles, como usted comprenderá. A veces ayuda a... eh... suavizar las cosas...

—¿Dijo usted Londres?

—Sí. Dijo que iba a pasar el fin de semana con unos amigos. Tomó el tren del mediodía.

—¿Dejó alguna dirección?

—Lo siento. No creo que la haya dejado. Pero podría tratar de...

—No, no se moleste.

—¿Quiere dejarle algún mensaje?

—No. Me pondré en contacto con ella cuando regrese. —Quizás podría volver a ver a Sue—. ¿A propósito, cuándo volverá ella?

—No sé, en realidad. El domingo por la noche, me inclinaría a pensar.

—Correcto. Bueno, muchas gracias.

—Lamento no haber podido ser...

—No es culpa suya. —Morse colgó el tubo con menos cortesía de la habitual.

—Uno de nuestros pájaros se ha volado, Lewis.

Desvió su atención hacia Bernard Crowther y decidió intentar primero con el colegio.

—Portería.

—¿Puede comunicarme con la habitación del señor Crowther, por favor?

—Aguarde un instante, señor.

Morse tamborileó la mesa con los dedos de la mano izquierda. ¡Vamos!

—¿Está usted ahí, señor?

—Sí, todavía estoy aquí.

—No responden, lo lamento, señor.

—¿Ha ido al colegio esta tarde?

—Esta mañana lo vi, señor. Por favor, aguarde un instante.

Tres minutos más tarde Morse se preguntaba si el maldito portero se habría ido a pasear por el patio.

—¿Está usted ahí, señor?

—Sí, aún estoy aquí.

—Se ha ido afuera, señor, a pasar el fin de semana a otro lugar. Hay una especie de conferencia.

—¿Usted sabe cuándo deberá estar de regreso?

—Lo siento, señor. ¿Quiere que le comunique con la administración del colegio?

—No, no se moleste. Volveré a llamar luego.

—Gracias, señor.

Morse sostuvo el tubo entre las manos durante algunos segundos y finalmente

colgó con aire muy circunspecto. «Me pregunto... me pregunto...». Se quedó absorto en sus pensamientos.

—Parece que ambos pájaros se han volado, señor.

—Me pregunto si la conferencia tendrá lugar en Londres.

—¿No pensará usted...?

—No sé qué pensar —dijo Morse.

Tampoco estaba seguro de qué debía pensar cuando media hora después le comunicaron por teléfono los hallazgos del laboratorio. Lewis observaba las extrañas reacciones del inspector.

—¿Está usted seguro...? ¿Está usted bien seguro...? Sí, bueno, muchas gracias. ¿Usted me las hará llegar? Bien. Gracias.

—Bueno, Lewis, prepárese para recibir una sorpresa.

—¿Acerca de la nota?

—Sí, acerca de la nota, esa nota que alguien le escribió a la joven dama que ahora se fue a visitar a «unos amigos» en Londres. Dicen que ya saben de quién era la máquina de escribir.

—¿Y de quién era?

—Eso es lo que me desconcierta. ¡Jamás hemos oído de él antes! De un tal Peter Newlove.

—¿Y quién es el señor Peter Newlove?

—Ya es hora de averiguarlo.

Telefonó al Lonsdale College por segunda vez esa misma tarde y se topó con el mismo portero en cámara lenta que presidía la conserjería.

—¿El señor Newlove, señor? No, me temo que no esté en el colegio. Déjeme verificar con el libro... No, señor. Estará afuera hasta el lunes. ¿Quiere dejarle algún mensaje? ¿No? Muy bien. Adiós, señor.

—Bueno, así están las cosas —dijo Morse—. Todos nuestros pájaros se han volado. Y no le encuentro mucho sentido a que nos quedemos aquí, ¿y usted?

Lewis tampoco.

—Ordenemos un poco este lío —dijo Morse.

Lewis recogió los papeles que estaban sobre la mesa, de su lado: las fotografías de Sylvia Kaye y los diagramas de la playa de estacionamiento del Black Prince dibujados con todo cuidado, con anotaciones hechas con una caligrafía de trazos muy largos y delgados con detalles de todo cuanto se había encontrado allí. Volvió a mirar los primeros planos de la chica asesinada que yacía ahí, y sintió una paternal y protectora urgencia de cubrir la violenta desnudez de su hermoso cuerpo.

—Me gustaría agarrar al bastardo que hizo esto —masculló.

—¿Qué es eso? —Morse le sacó las fotografías.

—Ha de ser un maníaco sexual, ¿no cree usted, señor? Arrancarle la ropa de ese modo y dejarla para que todo el mundo la viera. ¡Dios, me gustaría saber quién fue!

—Ah, no creo que eso nos resulte muy difícil —dijo Morse.

Lewis lo miró, incrédulo.

—¿Quiere decir que usted lo sabe?

Con lentitud, Morse asintió con la cabeza y guardó bajo llave el expediente de Sylvia Kaye.

TERCERA PARTE

EN BUSCA DE UN ASESINO

Capítulo 22

Domingo 17 de octubre

El domingo por la tarde, Sue fue a despedir a David que tomaba el tren a Birmingham con salida a las siete y trece minutos. Le dijo lo maravilloso que había sido ese fin de semana; y de hecho así fue. El sábado habían ido al cine, tomaron una deliciosa comida china y, en términos generales, disfrutaron de estar juntos. Habían pasado casi todo ese domingo en Headington, en casa de los padres de David, unas personas agradables y afectuosas, lo bastante comprensivas como para dejar solos a los dos tortolitos la mayor parte del día. Deseaban casarse algún día del otoño siguiente, después que David terminara el año de posgrado en investigación metalúrgica, en la Universidad de Warwick. Tenía la esperanza (porque había obtenido un «sobresaliente») de conseguir una cátedra en alguna parte, y Sue lo alentaba; prefería casarse con un catedrático antes que con un químico industrial, o cualquier otra cosa en que se convirtiera un estudiante de metalurgia. A su parecer, era lo único en David que no podía aprobar de todo corazón: haberse inclinado por la metalurgia. Eso guardaba cierta relación con sus propios años escolares y el disgusto que le provocaran siempre los olores y las limaduras de plata del taller de metalistería. Tenía algo que ver, también, con las manos de las personas que trabajaban con metales: como si una especie de mugre se hubiera arraigado profundamente en ellas, por más que se las frotara con mucha paciencia.

El tren se demoró en la estación Oxford por varios minutos y, con total libertad, Sue le dio un prolongado beso a David mientras él se asomaba por la ventanilla del vagón vacío.

—Fue muy lindo volverte a ver, querida —dijo David.

—Súper.

—Lo disfrutaste, ¿verdad?

—Claro que sí. —Ella rio alegremente—. ¿Por qué se te ocurre preguntármelo?

David sonrió.

—Es agradable saberlo, eso es todo.

Volvieron a besarse y Sue caminó unos cuantos metros a la par suya cuando salió el tren.

—Te veré dentro de quince días. Acuérdate de escribirme, no te olvides.

—No, lo haré —dijo Sue—. Adiós.

Lo despidió con la mano hasta que el tren abandonó el andén y se quedó mirando cómo describía una curva rumbo al norte, mientras el foco rojo del último vagón se sacudía y titilaba en la oscuridad cada vez más densa.

Volvió despacio y descendió del andén, caminando por el pasaje subterráneo, y

volvió a subir cuando llegó a la barrera del lado opuesto. Entregó su boleto de andén y siguió rumbo a Carfax. Allí debió esperar media hora hasta la llegada del bus número 2, y ya eran las ocho de la noche cuando se bajó en North Oxford. Cruzó la calle y con la cabeza gacha siguió caminando por Charlton Road pensando en esos últimos dos días. Jamás hubiese podido contarle a David lo del miércoles por la noche. De cualquier modo, no había nada que contarle, ¿o sí? Solo un pecadillo menor. Suponía que mucha gente tenía sus momentos de locura —incluso quienes estaban comprometidos— y había ciertas cosas que no podían contarse. Y no porque David se hubiese puesto celoso; no era, en absoluto, de esa clase de hombres, el apacible, ecuánime y mesurado de David. A ella quizás no le hubiese importado que él fuese un poquito celoso. Pero sabía, o creía saber, que él no lo era; podía distinguir los celos a más de un kilómetro de distancia. Se puso a pensar en Morse. En realidad había sido muy picara en el Sheridan con el doctor Eyres y Morse se había puesto celoso; rabiosa, furiosamente celoso. Secretamente le había dado placer ponerlo celoso hasta... Bueno, no quería seguir pensando más en él... Pero ella nunca había llorado por David... Se preguntaba si Morse le había creído el miércoles por la noche cuando le dijo que seguiría llorando hasta quedarse dormida. Esperaba que sí, porque era verdad. Ahí estaba otra vez, comenzando con David y terminando con él. Con toda seguridad, él no habría vuelto a pensar en ella... ¡David! Ese era su hombre. Casada con David sería feliz, por fin. El matrimonio. Un gran paso, todos lo decían. Pero ya tenía veintitrés... Ojalá Morse hubiese vuelto a pensar en ella... ¡Basta, olvídalo!

Pero no le sería permitido olvidarlo. Al acercarse a la casa vio el Lancia ahí afuera. El corazón le latía con fuerza bajo las costillas y una onda de júbilo involuntario se unió al torrente sanguíneo. Entró, entusiasmada, y fue derecho al *living*. Allí estaba él, sentado, conversando con Mary. Se puso de pie cuando ella apareció.

—Hola.

—Hola —respondió débilmente Sue.

—En realidad vine a ver a la señorita Coleby, pero deduzco que podría tardar un rato más en regresar. Por lo cual he sostenido, mientras tanto, una muy agradable conversación con Mary.

¡Conque Mary! ¡Regordeta, pecosa, pequeña come-hombres! ¿Por qué no te vas, Mary? Mary, ¿por qué no nos *dejás* solos... aunque sea unos pocos minutos? ¡Por favor! Se sentía malignamente celosa. Pero Mary parecía estar arrobada con ese inspector tan encantador y no daba señales de una inmediata capitulación. Sue, todavía con el abrigo de verano puesto, se sentó sobre el brazo de un sillón, tratando de resistir la ola de desesperación que amenazaba arrebatarla.

Se oyó decir:

—Tomará el tren de las ocho y cuarto en Paddington, me atrevería a decir. Probablemente llegue a casa alrededor de las diez.

Eso significaba dos horas. Dos horas enteras. ¡Si Mary se fuera! Él debería hacer que se fuera con la excusa de pedirle algo de beber y entonces los dos podrían hablar. Pero la ola la arrastró y ella dejó la habitación y se precipitó escaleras arriba. Morse se puso de pie cuando ella se fue y agradeció a Mary por su hospitalidad. Al abrir la puerta de calle se volvió hacia Mary. ¿Podría pedirle a Sue que bajara un momentito? Le gustaría cambiar unas pocas palabras con ella. También Mary desapareció escaleras arriba y a Dios gracias se evaporó de la escena. Morse salió a largos pasos por la calzada de asfalto que conducía a la casa y apareció Sue, enmarcada en el portal. Allí se quedó.

—¿Quería hablar unas palabras conmigo, inspector?

—¿En qué cuarto duerme, Sue?

Ella caminó a su encuentro y se quedó a su lado. Su brazo rozó el de Morse cuando le señaló la ventana que quedaba justo encima de la puerta de calle, y él sintió un intermitente dolor entre las sienes. No era un hombre alto y ella era casi de su misma estatura con esos zapatos de altísimos tacos aguja que usaba. Ella bajó el brazo y sus manos se encontraron de un hermoso modo casual. Deja tu mano ahí, Sue. Déjala ahí, querida mía. Sintió la descarga eléctrica del contacto y con dulzura y suavidad le pasó la punta de los dedos por la cintura.

—¿Por qué quiere saberlo? —La voz de ella sonaba ronca y jadeante.

—No lo sé. Supongo que si paso en auto y veo una luz encendida en su ventana sabré que está allí.

Sue no podía soportarlo más. Sacó su mano de la suya y se apartó.

—¿Vino para ver a Jennifer, entonces?

—Sí.

—Se lo diré, por supuesto, cuando ella llegue.

Morse asintió con la cabeza.

—Usted cree que ella tiene algo que ver con el asunto ese de Woodstock, ¿no es cierto?

—Algo, tal vez.

Permanecieron en silencio durante un instante. Sue llevaba un vestido sin mangas y hacía esfuerzos por no temblar.

—Bueno, mejor me voy.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Se volvió en dirección al portón y ya casi había llegado cuando se dio vuelta.

—¿Sue?

Ella estaba de pie en el vano de la puerta de entrada.

—¿Sí?

Él caminó de regreso.

—¿Sue, le gustaría salir un ratito afuera conmigo?

—¡Oh! —Sue no prosiguió. Lanzó los brazos alrededor de él y lloró de alegría

sobre su hombro, y ninguno de los dos oyó que se abría el portón.

—¿Me disculpan, por favor? —pidió una voz fría y de acento culto. Jennifer Coleby pasó como una cuña entre ellos para entrar a la casa.

* * *

También los otros paseanderos ya estaban de regreso. Bernard Crowther había vuelto desde Londres en el mismo tren de Jennifer Coleby, pero habían viajado en vagones separados. Nadie que los vigilara cuando descendieron en el andén número 2 hubiera podido albergar la menor sospecha de que cada uno conociera la existencia del otro.

Aproximadamente a la misma hora, también, Peter Newlove se estaba despidiendo de una radiante pelirroja en Church Street, en Woodstock. Volvieron a besarse con vehemencia, y aparente insaciabilidad.

—Me mantendré en contacto, Gaye.

—Hazlo realmente... y gracias de nuevo.

Había sido un fin de semana caro: carísimo, a decir verdad. Pero, en opinión de Peter, bien había valido casi cada uno de los centavos gastados.

Capítulo 23

Lunes 18 de octubre

El lunes por la mañana, Morse decidió que, &&por muy embarazoso que fuese, debía hacer su trabajo. ¡Sin embargo, cuánto lo deprimía! Ahí estaba el momento crucial, el *dénouement*^[9] del caso (confiaba bastante en que así lo fuera) y, pese a todo, se sentía como si él mismo fuese la parte culpable. Lewis fue a buscar a Jennifer en su auto particular; a Morse le pareció que, precisamente en ese aspecto, debía evitarle a ella la ceremonia policia. Bernard Crowther dijo que iría por sus propios medios, si se lo permitían. Sí, podía. Morse había intentado idear las más verosímiles maneras de encararlos, pero había perdido, ¡oh tristeza!, su poder de concentración. Decidió dejar que las cosas siguieran su curso.

A las diez y veinticinco llegó Crowther, cinco minutos más temprano, y Morse le sirvió un café y le formuló algunas preguntas casuales sobre la «conferencia».

—Bah, lo mismo de siempre, usted sabe. Aburridísimo —dijo Crowther.

—¿De qué trataba, exactamente?

—Del sistema de admisiones en la universidad. Se discutían los requisitos para el nivel A. No somos demasiado populares en el Consejo Escolar, como usted sabe. Ellos consideran a Oxford como el último bastión del elitismo académico. Aunque, supongo, lo es, en realidad...

Pero no tuvo oportunidad de desarrollar el tema. Lewis entró con Jennifer Coleby, y Crowther se puso de pie.

—¿Ustedes dos se conocen? —preguntó Morse. No había el menor indicio de cinismo en su voz. De un modo extraño, o así le pareció a Morse, Jennifer y Crowther se dieron la mano. Se intercambiaron algunos «Buenos días» y Morse, un poco desconcertado, sirvió otros dos cafés.

—¿Ustedes dos ya se conocían? —El tono de su voz sonó algo inseguro de sí mismo.

—Vivimos relativamente cerca uno del otro, ¿no es cierto, señor Crowther?

—Sí, por supuesto. A menudo la he visto en el bus. Usted es la señorita Coleby, creo, ¿verdad? Usted nos visita de vez en cuando en nombre de la Sociedad Protectora de la Infancia.

Jennifer asintió con la cabeza.

Morse se incorporó y pasó la azucarera. Sentía que no podía quedarse quieto.

Durante los minutos siguientes Lewis se vio obligado a preguntarse si el inspector había perdido por completo el juicio. Varias veces exclamó «Hum» y «Ah» y dijo «para ser honesto con usted» y «tenemos algunas razones para suponer» y, por fin, se las ingenió para sugerir a esa pareja, sus principales sospechosos, casi como si les

pidiera disculpas que, posiblemente, ellos tuvieran un romance entre sí.

Jennifer se rio casi a las carcajadas y Bernard sonrió con timidez. Él fue quien habló primero.

—Puede usted estar seguro, inspector, de que me siento muy halagado, y quizás desee vivamente tener, en realidad, algún romance secreto con la señorita Coleby. Pero temo que la respuesta sea un no. ¿Qué más puedo decirle?

—¿Señorita Coleby?

—Creo haber hablado con el señor Crowther dos veces en toda mi vida... para pedirle una donación para la Sociedad Protectora. A veces lo veo en el ómnibus cuando va a la ciudad; los dos subimos y bajamos en las mismas paradas. Pero, según creo, él siempre se ubica arriba y yo nunca lo hago. Odio el olor a cigarrillo.

Morse, que estaba fumando su tercer cigarrillo, volvió a tener la sensación de llevar la peor parte en su relación con Jennifer Coleby. Se volvió hacia Crowther.

—Debo pedirle algo, señor. Por favor, medite con sumo cuidado antes de responderme, y recuerde que su presencia aquí está relacionada con un homicidio, el homicidio de una chica que viajaba en su auto.

Morse vio cómo la sorpresa se reflejaba en la cara de Jennifer.

—¿Era la señorita Coleby, aquí presente, la otra pasajera que usted hizo subir aquella noche?

Bernard contestó con tal rapidez y tanta convicción que a Morse se lo vio penosamente alterado.

—No inspector, no es ella. Puede usted confiar en mi palabra.

—Y usted, señorita Coleby, ¿niega haber sido la otra persona que viajaba en el automóvil del señor Crowther?

—Sí, lo niego. Absolutamente.

Morse terminó el café de un trago.

—¿Quiere que nosotros le firmemos algo, inspector? La voz de Jennifer encerraba un profundo cinismo.

Morse sacudió la cabeza.

—No. El sargento Lewis ha tomado notas de todo cuanto ustedes dos han declarado. Sin embargo, desearía hacerle una pregunta más, señorita Coleby, si no le molesta. ¿Podría darme la dirección de esos amigos con quienes usted se alojó en Londres, durante este fin de semana?

Jennifer sacó de su cartera un sobre común y anotó allí una dirección, cercana a los Jardines de Lancaster. Luego, pensándolo mejor, agregó el número de teléfono y le entregó el sobre a Morse.

—Nos están mintiendo; los dos —comentó Morse cuando ellos ya se habían marchado.

Crowther debía ir al centro de Oxford y con mucha galantería ofreció llevar a su compañera de sospechas. Morse se preguntó de qué irían a hablar. Lewis no había pronunciado ni una sola palabra.

—¿Me oyó usted? —Morse estaba enojado.

—Sí, señor.

—Dije que son un par de consumados mentirosos. MEN-TI-RO-SOS.

Lewis se quedó callado. Pensaba que el inspector estaba equivocado, tremendamente equivocado. Él mismo no era un advenedizo en interrogatorios a individuos que mentían, y tenía la firme convicción de que tanto Crowther como Coleby habían dicho toda la verdad.

Morse echó a su sargento una mirada penetrante.

—¡Vamos! ¡Dígalo de una vez!

—¿Qué me quiere decir, señor?

—¿Qué quiero decir? Usted sabe lo que quiero decir. Usted piensa que estoy metido en un maldito lío, ¿no es así? Usted cree que yo me estoy volviendo loco. Usted está predispuesto a creer en lo que cualquier otro diga, pero no confía en mí. ¡Vamos, dígamelo! Quiero saberlo.

Lewis alzó la mirada hacia él y pudo ver un amargo fracaso en los ojos del inspector. Deseaba ser capaz de arreglar las cosas, pero no lo era. Gracias a las cualidades de Morse había congeniado con él, desde el vamos. Debido a su honestidad e integridad fundamentales.

—Me parece que se equivoca, señor.

Le costó mucho decirlo, pero lo hizo, y merecía algo mejor que la cruel réplica de Morse.

—¿Usted cree que yo estoy equivocado? Bien, permítame decirle algo, Lewis. Si hay alguien equivocado aquí, ese no soy yo; es usted. ¿Lo entiende? US-TED, no yo. Si no tenemos la inteligencia suficiente para ver que esos dos sapos asquerosos están mintiendo, mintiendo para salvar su propio pellejo, entonces usted no debería estar en este caso. ¿Me oye? Usted no debería estar en este caso.

Lewis se sintió profundamente herido, pero no por él.

—Quizás debiera tener alguna otra persona con usted, señor. En el caso, quiero decir.

—Puede que tenga razón.

Morse empezaba a tranquilizarse un poco y Lewis lo notó.

—Está este hombre, Newlove, señor. ¿Acaso no deberíamos...?

—¿Newlove? ¿Quién demonios es ese?

Lewis había dicho lo que no debía, y la furia y la frustración latentes en Morse volvieron a ponerse al rojo vivo.

—¿Newlove? Nunca antes habíamos oído mencionar ese maldito nombre. Muy bien, tiene una máquina de escribir. Eso no es ningún pecado, ¿o no? Él no escribió esa carta. ¡CROWTHER LO HIZO! ¡Y si usted no lo ve es porque ha de estar tan ciego como un maldito murciélago!

—¿Pero, usted no cree...?

—¡Basta, termínela, Lewis!, ya me está cansando.

—¿Eso significa que estoy fuera del caso, señor?

—No sé. Me tiene sin cuidado. Termínela y hágame el favor de irse.

Lewis salió y lo dejó a solas.

Algunos minutos más tarde sonó el teléfono. Morse levantó el tubo, con la mente ofuscada por la indignación.

—No estoy —rugió—. Ya me fui a casa.

Colgó con estrépito el tubo y se sentó, rumiando ferozmente en su interior. Casi se olvidaba de Sue. El último de los castillos se había derrumbado, al fin. Tras haber enfrentado tanto tiempo a la creciente, ahora no era sino un aplastado montoncito de arena informe. Pero aun cuando se había desplomado, una extraña luz le aclaraba la mente. Se incorporó de la silla de cuero, abrió el archivo y sacó el expediente de Sylvia Kaye. Lo abrió desde el comienzo y todavía lo seguía leyendo horas más tarde, cuando las sombras avanzaron por la habitación dificultándole la lectura y un nuevo y atroz pensamiento nacía en lo más recóndito de su torturada mente.

La dramática noticia se dio a conocer a las siete y cuarto de esa misma tarde: Margaret Crowther se había suicidado.

Capítulo 24

Lunes 18 de octubre

Luego de dejar a Jennifer Coleby en High Street, Bernard Crowther había tenido la suerte de encontrar un estacionamiento sobre Bear Lañe. Ahora ni siquiera a los profesores miembros del consejo se les permitía dejar el auto en las calles del colegio. Había almorzado en la Sala de Profesores *Sénior* y se quedó trabajando durante toda la tarde hasta el anochecer. Sus dos hijos se habían ido afuera toda la semana, de vacaciones en un campamento de la escuela en las cercanías del Bosque de Whitham. Cuando enfrentaban semejantes aventuras, era costumbre que los padres visitaran a sus hijos una tarde durante esa semana, pero los jóvenes Crowther les habían pedido a sus padres que no los fastidiaran, y eso era definitivo. Al menos, para Bernard y Margaret ello representaría la oportunidad de tomar unas pocas comidas decentes, en lugar de acompañar todos los platos con las inevitables papas fritas bañadas en salsa de tomate.

Bernard salió del colegio a eso de las seis y veinte de la tarde. A esa hora ya los caminos empezaban a quedar despejados y tuvo un tranquilo viaje de regreso a casa. Abrió la puerta de calle con su llave Yale y colgó el abrigo. ¡Qué olor raro! ¿A gas?

—¿Margaret? —Dejó el portafolios en la sala—. ¿Margaret?

Fue a la cocina y encontró la puerta cerrada con llave.

—¡Margaret!

Tanteó en vano el pomo de la puerta de la cocina, pero estaba trabada del lado de adentro. Se lanzó contra la puerta.

—¡Margaret, Margaret!, ¿estás ahí?

Podía oler el gas con más fuerza ahora. Tenía la boca completamente seca y había un pánico feroz en su voz.

—¡MARGARET!

Volvió corriendo hasta la puerta de calle, cruzó por el portón del costado y probó con la puerta trasera. Estalla cerrada. Se puso a lloriquear como un chico. Miró hacia el interior de la cocina por la amplia ventana sobre la piletta. La luz eléctrica estaba encendida y por un milésimo de segundo una última llamita de esperanza se encendió, para brillar tenuemente y apagarse luego. La surrealista escena con la cual se encontraron sus ojos era tan extraña e inverosímil que la registró a ciegas, como un cuadro incomprensible clavado en la retina —una escena sin ningún significado—, una figura de cera, de ojos brillantes y colores vivos con una sonrisa fija, clavada en el rostro. ¿Qué estaba haciendo sentada en el piso de ese modo? ¿Limpiando el horno?

Recogió un ladrillo que estaba junto a la pared, golpeó con violencia uno de los

cristales de la ventana y se hizo unas heridas bastante profundas en los dedos hasta que logró alcanzar el picaporte y abrir la ventana desde adentro. El nauseabundo olor a gas lo golpeó casi con un impacto físico, y eso ocurrió unos segundos antes de que, sosteniendo el pañuelo contra la cara, subiera trepando con torpeza por la ventana y apagara el gas. Margaret tenía la cabeza dentro del horno, apoyada sobre un mullido almohadón rojo. Aturdido, de una manera irracional, pensó que debía regresar el almohadón a su lugar habitual: pertenecía al sofá del *living*. Bajó la vista y miró con ojos azorados, como de zombi, los afilados cortes que se había hecho en las manos y, de un modo mecánico y dando unos ligeros toques, aplicó sobre ellos el pañuelo. Vio el papel marrón adherido a las aberturas de los quicios de las puertas y de la ventana, y notó que Margaret había cortado las extremidades con tanta prolijidad como lo hacía siempre que envolvía los regalos de cumpleaños de los chicos. ¡Los chicos! ¡Gracias a Dios que estaban afuera! Vio las tijeras sobre la mesada de formica encima del lavarropas, y como un autómatas las recogió y las guardó en el cajón. El olor aún era infinitamente repugnante y sintió que el vómito le subía a la garganta. Y ahora el horror de todo eso se filtraba gradualmente por su cabeza, como un charco de tinta sobre un papel secante. Comprendió que ella estaba muerta.

Abrió la puerta de la cocina, tomó el teléfono en el vestíbulo y con voz de alguien aturdido, incapaz de comprender, pidió con la policía. Una carta, dirigida a él, yacía junto a la guía telefónica. La recogió, la guardó en el bolsillo interior y regresó a la cocina.

Diez minutos más tarde la policía lo encontró allí, sentado en el suelo junto a su esposa, la mano de él sobre la cabeza de ella, los ojos sombríos y nublados. Había estado sordo al sonido estridente del timbre de la puerta de calle.

Morse llegó apenas unos minutos después que el patrullero y la ambulancia. Fue el inspector Bell, de la Policía de la Ciudad de Oxford, quien llamara a Morse; Crowther había insistido en ello. Los dos inspectores se habían encontrado antes, en unas cuantas oportunidades, y permanecieron de pie en el pasillo hablando en voz baja. Un médico forense había llevado a Bernard, quien no opuso la menor resistencia, desde la cocina a la sala, y ahora este se encontraba sentado allí, con la cabeza hundida entre las manos. Parecía ajeno a todo cuanto ocurría o a todo lo que se decía, pero cuando Morse entró a la sala dio señales de revivir.

—Hola, inspector.

Morse colocó su mano sobre el hombro de Crowther, pero no se le ocurrió nada que decir para ayudarlo, en cierta forma. Nada podía ayudarlo.

—Dejó esto, inspector.

Bernard metió la mano en el bolsillo interior y sacó el sobre cerrado.

—Es para usted, señor. ¿Sabe?, está dirigido a usted... no a mí —dijo Morse, con voz suave.

—Ya sé, pero léala usted. Yo no puedo. —Volvió a poner la cabeza entre las manos y sollozó en silencio.

Morse miró con aire inquisitivo a su colega-inspector. Bell asintió con la cabeza y Morse abrió la carta con sumo cuidado.

Querido Bernard:

Cuando leas esto yo estaré muerta. Sé lo que esto significará para ti y los chicos y eso es lo único que me ha impedido hacerlo antes, pero ya no puedo seguir haciendo frente a la vida. En este momento me resulta muy difícil saber qué decir, pero quiero que sepas que no es por culpa tuya. No he sido todo lo que una esposa debería haber sido para ti, he fracasado de un modo miserable con los chicos, ya todo se ha complicado y anhelo descansar y estar en paz lejos de todo esto. Simplemente, ya no puedo seguir adelante. Me doy cuenta de lo egoísta que soy y sé que estoy huyendo de todo. Pero me volveré loca si no lo hago. Debo huir, porque no tengo el valor de seguir resistiendo por más tiempo.

Sobre tu escritorio encontrarás todas las cuentas. Todas las facturas están pagas, excepto la del señor Anderson por haber podado los manzanos. Le debemos £5, pero no pude encontrar su dirección.

Pienso en los primeros años, cuando fuimos tan felices. Nada nos lo puede quitar. Cuida a los chicos. Yo tengo la culpa, no ellos. Te ruego que no pienses demasiado mal de mí y ojalá puedas perdonarme.

Margaret.

No le iba a servir de gran consuelo, pero Crowther debía afrontarlo más tarde o más temprano.

—Léala, por favor, señor.

Bernard la leyó, pero no demostró ninguna emoción. Su desesperación ya había sondeado los más profundos abismos.

—¿Qué pasará con los chicos? —preguntó al fin.

—Usted no se aflija por eso, señor. Nosotros nos ocuparemos de todo.

La voz del médico forense sonaba vigorosa. Tales situaciones no le resultaban desconocidas, y conocía todo el procedimiento, desde este momento crítico en adelante. No era mucho lo que podría hacer, pero era algo.

—Mire, señor, quiero que usted tome...

—¿Qué pasará con los chicos?

Era un hombre destrozado, quebrado, y Morse lo dejó en manos del médico. Se retiró con Bell a la sala, y advirtió la lista de cuentas, seguros, pagos por hipoteca y acciones bursátiles que Margaret había dejado ordenados con tanta prolijidad debajo de un pisapapeles sobre el escritorio. Pero no los tocó. Se trataba de algo entre un marido y su mujer, una mujer que aún estaba con vida cuando él se reunió con Crowther por la mañana temprano, ese mismo día.

—¿Entonces, usted lo conocía? —preguntó Bell.

—Lo vi esta mañana —contestó Morse—. Lo vi en relación con el asesinato de Woodstock.

—¿En serio? —Bell pareció sorprenderse.

—Él es el hombre que recogió a las dos chicas.

—¿Usted cree que está involucrado?

—No lo sé —dijo Morse.

—¿Este asunto tiene algo que ver con eso?

—No lo sé.

La ambulancia continuaba esperando afuera y muchos ojos curiosos espiaban a través de las cortinas de todas las casas a lo largo de la calle. En la cocina, Morse contempló a Margaret Crowther. Nunca la había visto antes, y le sorprendió darse cuenta de lo atractiva que debía haber sido. ¿De unos cuarenta? El pelo un poco encanecido, pero una buena y firme figura y una cara de lindos rasgos, ahora desfigurados y azules.

—No tiene ningún sentido dejarla aquí —dijo Bell.

Morse sacudió la cabeza:

—No, ningún sentido.

—Toma mucho tiempo, usted sabe, este gas del Mar del Norte.

Los dos hombres sostuvieron una conversación informal durante algunos minutos y Morse se dispuso a marcharse. Pero, ya afuera, mientras iba hacia su auto, el médico forense le pidió que regresara.

—¿Puede venir un minuto, Inspector?

Morse volvió a entrar a la casa.

—Dice que necesita hablar con usted.

Crowther estaba sentado con la cabeza recostada en el respaldo de la silla. Respiraba pesadamente y tenía gotas de transpiración sobre la frente. Se hallaba en estado de conmoción profunda, y ya le habían administrado sedantes.

—Inspector —abrió los ojos con gran esfuerzo—. Inspector, tengo que hablar con usted.

Le costó muchísimo llegar hasta ahí, y Morse miró al médico, quien movió lentamente la cabeza.

—Mañana, señor —dijo Morse—. Lo veré mañana.

—Inspector, tengo que hablar con usted.

Morse puso la mano sobre la frente de Crowther y la sintió empapada de sudor frío.

—¡Inspector!

Pero la esquina superior de las paredes donde Crowther trataba de enfocar la vista comenzó a desintegrarse lentamente ante sus ojos; los ángulos se mezclaron en una espiral y luego se desvanecieron.

Morse condujo despacio por Southdown Road y se dio cuenta de lo cerca que vivía Crowther de Jennifer Coleby. Era una noche cerrada y la luna desaparecía, bien oculta detrás de las nubes encapotadas. La mayoría de las ventanas de las habitaciones que daban a la calle dejaban ver rectángulos iluminados, enmarcados por las cortinas, y en muchos de ellos Morse alcanzó a divisar el resplandor celeste fosforescente de las pantallas de los televisores. Contempló una casa en particular y levantó la vista hasta una de sus ventanas, la que daba justo sobre la puerta. Pero estaba a oscuras, y siguió de largo.

Capítulo 25

Martes 19 de octubre, por la mañana

Morse durmió muy mal y cuando se despertó le latía la cabeza. Odiaba los suicidios. ¿Por qué lo habría hecho ella? ¿Sería el suicidio solo un refugio de los cobardes para huir de su trágica desesperación? ¿O sería, a su manera, un acto de coraje que revelaría una valentía en cierto modo pervertida? No, eso no, de ningún modo. Tantas otras vidas se entrelazaban; así uno no se despojaba de sus cargas; tan solo se las quitaba de la espalda y se las echaba encima a los demás. La mente de Morse no se daba tregua, sino que giraba en una especie de calesita sin fin.

Ya habían pasado las nueve antes de acomodarse en su silla de cuero, y un humor sombrío parecía descolgarse y aplastar sus hombros hundidos. Ordenó a Lewis presentarse, y, con cierta aprensión, este llamó a la puerta dando unos golpecitos antes de entrar pero Morse, tal parecía, se había olvidado por completo del insignificante e ingrato episodio ocurrido el día anterior. Contó a Lewis los hechos relacionados con el suicidio de Margaret Crowther.

—¿Cree usted que él tiene algo importante para decirnos, señor?

Alguien golpeó para llamar a la puerta antes de que Lewis pudiera conocer la respuesta a su pregunta, y una joven muchacha entró con la correspondencia, lanzó un vivaz «¡Buenos días!» y salió. Morse fue pasando con el dedo índice la docena, o algo así, de cartas, y sus ojos se fijaron en un sobre sin abrir marcado «estrictamente personal» y dirigido a él. El sobre era idéntico al que había visto la tarde anterior.

—No sé si Crowther tiene algo que decirnos o no, pero parece que su finada mujer sí lo tenía.

Abrió el sobre con todo cuidado con un abrecartas y leyó en voz alta a Lewis su contenido, escrito a máquina.

Querido Inspector:

Nunca nos hemos encontrado antes, pero vi en los diarios que usted está a cargo de las pesquisas por la muerte de Sylvia Kaye. Debería haberle dicho esto ya hace mucho tiempo, pero espero que no sea demasiado tarde, incluso en este momento. Verá usted, inspector, yo maté a Sylvia Kaye. (Estas palabras estaban subrayadas con dos líneas). Debo intentar explicarme. Por favor, discúlpeme si le resulto un poco confusa, pero todo parece haber sucedido hace muchísimo tiempo.

Desde hace unos seis meses he sabido -bueno, desde hace seis meses tengo la certeza, aunque quizás lo haya sabido desde mucho tiempo antes- que mi marido tenía una aventura con otra mujer. No tenía pruebas ni tampoco las tengo ahora. Pero a un hombre le resulta tan difícil ocultarle esa clase de cosas a su mujer... Estuvimos casados durante quince años y lo conozco demasiado bien. Por todas partes dejaba claras señales: en lo que decía, en lo que hacía y en cómo se lo veía; debe haberse sentido horriblemente desgraciado, eso creo.

El miércoles 22 de septiembre salí de casa a las seis y media de la tarde para

asistir a mi clase vespertina en Headington, pero no fui directamente. En vez de eso, esperé en mi auto justo a la salida de Banbury Road. Me pareció haber esperado mucho tiempo y, en realidad, no sabía qué iba a hacer. Luego, a eso de las siete menos cuarto, Bernard -mi marido- llegó con su auto hasta el empalme en Charlton Road y giró a la derecha en dirección a la rotonda que está más al norte. Le seguí lo mejor que pude -digo esto porque no manejo bien- pero, de todos modos, oscurecía cada vez más. No había mucho tránsito y podía verlo con toda claridad dos o tres autos más adelante. Dobló en la rotonda de Woodstock Road y tomó por la ruta A34. Pero manejaba demasiado rápido para mí, y me fue dejando cada vez más atrás. Pensé que lo había perdido, pero más adelante el camino estaba en obras y el tránsito debió reducirse a una sola fila por espacio de aproximadamente un kilómetro. Adelante de todo iba un lento y pesado camión y pronto pude alcanzarlo de nuevo; Bernard iba apenas unos seis o siete autos adelante del mío. En la siguiente rotonda el camión dobló en dirección a Bladon y me las arreglé para no perder de vista a Bernard: lo vi tomar el primer giro a la izquierda, ya en Woodstock. Me asusté un poco y no supe qué hacer; doblé por la calle siguiente, frené el auto y retrocedí caminando. Pero fue inútil. Volví con el auto a Headington y llegué a mi clase vespertina con solo veinte minutos de retraso.

El miércoles siguiente, ese 29 de septiembre, fui otra vez en auto a Woodstock; salí de mi casa más de diez minutos antes de lo habitual, estacioné el auto un poco más lejos, en un camino paralelo al pueblo, y volví caminando hasta la calle por donde Bernard había doblado la semana anterior. No sabía dónde esperar, me sentía tonta y temía llamar la atención, pero descubrí un pequeño lugar bastante retirado a la izquierda de la calle -me aterrorizaba la idea de ser vista por Bernard, porque si él llegaba se terminaba todo- y esperé allí, vigilando cada uno de los autos que doblaban en la esquina. Era un juego de niños ver girar los autos, como así también observar a sus ocupantes. Llegó a las siete y cuarto y me descubrí temblando frenéticamente. No estaba solo; una chica joven, de largo pelo rubio, con una blusa blanca, estaba sentada a su lado en el asiento delantero. Pensé que me habrían visto porque el auto dobló -ay, solo a unos siete u ocho metros delante de mí- para entrar a la playa de estacionamiento del Black Prince. Me temblaban las piernas y la sangre se me subió a la cabeza; me zumbaban los oídos, pero algo me hizo seguir adelante. Caminé con sigilo por la playa y escudriñé en su interior. Ya había allí unos cuantos autos y durante un instante no pude ver el de Bernard. Para dar la vuelta pasé casi rozando la parte trasera de un auto -precisamente a la izquierda del estacionamiento- y entonces los vi. El auto estaba de ese mismo lado en el extremo opuesto, con el baúl hacia la pared; debe haber entrado marcha atrás. Estaban sentados en el asiento delantero y hablaron un rato. Sentí que la cólera me helaba la sangre. Bernard con una rubia ordinaria; ¡si parecía tener unos diecisiete años! Los vi besarse. Luego bajaron del auto y se ubicaron en el asiento trasero. No pude ver nada más; por lo menos me ahorré el espectáculo.

A decir verdad, no puedo explicar lo que sentí. Ahora, al escribir lo, todo parece tan vulgar... y tan poco importante, de un modo u otro. Sentí más furia que celos, recién me doy cuenta. Me hizo hervir de furia que Bernard me hubiese humillado así. Unos cinco minutos después salieron. Se dijeron algo, pero no pude oírlos. Habla una palanca -una larga palanca para ruedas-, la encontré sobre el piso del estacionamiento y la tomé. No sé por qué. Me sentía tan asustada y tenía tanta furia... Y, de pronto, encendieron el motor del auto, luego los faros, y entonces todo el lugar quedó iluminado. El auto se movió hacia adelante y salió de la playa, y después que se marchó la oscuridad parecía aún más densa que antes. La chica estaba de pie ahí donde él la había dejado, y yo me deslicé por detrás de los tres o cuatro automóviles que había entre nosotros y de pronto me encontré a sus espaldas. No dije nada y estoy segura de que ella no me oyó. La golpeé en la parte posterior del cráneo con una fuerza que me resultó natural. Todo parecía ser un sueño. Yo no sentía nada; ni remordimientos, ni tampoco miedo: nada. La dejé allí donde cayó, contra la pared más lejana. Todavía estaba muy oscuro. No sabía cuándo o cómo la encontrarían... y no me importaba.

Bernard supo desde el principio que yo había matado a Sylvia Kaye, porque me pasó con el auto en el camino de regreso a Oxford. Él debe haberme visto porque yo también lo vi. Durante un tiempo se mantuvo justo detrás de mí y debe haber identificado la patente. Vi su auto con tanta claridad como si fuese pleno día cuando me pasó.

Sé lo que usted sospechó acerca de Bernard. Pero se equivocaba usted. No sé qué le habrá contado, pero sé que usted habló con él. Si él le mintió, ha sido solo para protegerme. Pero no necesito que nadie me siga protegiendo. Ocúpese de Bernard y no permita que sufra demasiado por mi culpa. Hizo lo mismo que hacen cientos de maridos, y por eso yo me culpo a mí misma y a nadie más. Nunca he sido una buena esposa para él ni una buena madre para los chicos. Pero ahora estoy tan cansada, cansada ya de todo y muy desesperada. Hoy lamento profundamente todo cuanto hice, pero comprendo que esto no me sirve de excusa. ¿Qué más puedo decir, qué más hay por decir?

Margaret Crowther.

La voz de Morse se fue apagando y la habitación estaba en calma. Lewis se sintió muy conmovido mientras escuchaba la lectura de la carta, casi tanto como si Margaret Crowther estuviese allí. Pero ella nunca más volvería a hablar. Recordó la visita que le había hecho y adivinó cuán cruelmente debió haber sufrido ella durante esos últimos meses.

—Usted creyó que era algo así, ¿no es cierto, señor?

—No —dijo Morse.

—Nos cae como un rayo, ¿no? Parece como llovida del cielo.

—Su estilo no me parece gran cosa —dijo Morse.

Le tendió la carta a Lewis.

—Abusa de los guiones, para mi gusto.

El comentario sonó despiadado e irrelevante. Lewis leyó la carta mentalmente.

—De cualquier modo es una buena mecanógrafa, muy prolija, señor.

—Un poco raro, ¿no cree?, que al final haya escrito su nombre a máquina, en vez de poner su firma.

Den una carta a Morse y su imaginación se remontará hasta el reino de los serafines de ojos brillantes. Lewis gimió para sí.

—¿Usted cree que ella la escribió, no es cierto, señor?

A regañadientes Morse refrenó su furia.

—Sí, ella la escribió.

A Lewis le pareció entender los sentimientos del inspector. Todavía deberían arreglar un poco algunos detalles, por supuesto, pero el caso estaba ahora esencialmente terminado. La mayor parte del tiempo había disfrutado trabajando con el irascible y veleidoso inspector pero ahora... Sonó el teléfono y Morse respondió. Dijo «ya veo» unas doce veces y colgó el tubo.

—Crowther está en el Radcliffe; sufrió un leve ataque al corazón. No se le permitirá recibir visitas durante dos días, por lo menos.

—Quizás no pueda contarnos mucho más —sugirió Lewis.

—Ah, sí, sí podría —dijo Morse.

Se echó hacia atrás, puso las manos sobre la cabeza como un escolar travieso y se quedó mirando sin ver el ángulo más lejano de la pared. Lewis pensó que mejor sería quedarse callado, pero se fue poniendo inquieto, de un modo incómodo, a medida que transcurrían los minutos.

—¿Querría tomar un café, señor?

Morse no dio señales de haberlo oírlo.

—¿Café? ¿Le gustaría tomar un café?

Morse le hacía acordar a una persona sorda como una tapia con el audífono desconectado. Minuto tras minuto pasaron inadvertidos antes de que sus ojos grises volvieran a enfocar el mundo a su alrededor.

—Bueno, eso despeja una cosa, Lewis. Podemos tachar a la señora Crowther de nuestra lista de sospechosos, ¿no cree?

Capítulo 26

Martes 19 de octubre, por la tarde

Al mediodía, Peter Newlove descansaba en sus habitaciones. No esperaba a nadie. Normalmente Bernard hubiese caído por allí para tomar un *gin*, pero la noticia se había desparramado por el colegio esa misma mañana: Margaret se había suicidado y Bernard había sufrido un ataque al corazón. Y a nadie golpeó tan fuerte como a Peter esa noticia de doble efecto. Había conocido bien a Margaret y ella le simpatizaba; en cuanto a Bernard, era su mejor amigo con ese estilo de camaradería académica, levemente diletante, tan común en la mayoría de las universidades organizadas a través de colegios. Llamó al hospital, pero no existía ninguna posibilidad de visitar a Bernard antes del jueves, como muy temprano. Le mandó unas flores; le gustaban mucho y ya no tenía una esposa que se ocupara de enviárselas... Preguntó, también, por los chicos. Se estaban quedando en casa de una tía en Hendon, aunque a Peter le resultaba inimaginable la utilidad de semejante arreglo.

Alguien llamó a la puerta.

—Está abierto.

Nunca antes se había encontrado con el inspector Morse y le sorprendió gratamente que aceptara su invitación a beber algo. Morse le explicó en términos claros e inequívocos el motivo de su visita.

—¿Y fue escrita con esta máquina? —Newlove frunció las cejas ante la máquina de escribir portátil, abierta sobre la mesa.

—No cabe ninguna duda.

Newlove se mostró algo perplejo, pero no dijo nada.

—¿Conoce usted a una joven llamada Jennifer Coleby, a la señorita Jennifer Coleby?

—Me temo que no. —El entrecejo de Newlove se frunció aún más.

—Trabaja en High Street, no lejos de aquí. Town & Gown. Compañía de seguros. Newlove sacudió la cabeza.

—Con seguridad la habré visto, claro. Pero no la conozco. Nunca oí ese nombre antes.

—¿Y usted nunca le escribió a nadie con ese nombre?

—No. ¿Cómo hubiese podido? Ya se lo dije, jamás he oído hablar de esa mujer. Morse frunció los labios y continuó.

—¿Quién más podría haber usado su máquina de escribir, señor?

—Bueno, francamente, no sé. Supongo que casi todos, en cierta forma. No cierro este lugar con llave muy seguido a menos que tenga formularios de exámenes por ahí encima.

—¿Quiere decir usted que deja las puertas abiertas y permite entrar a cualquiera para que le use sus bebidas, sus libros o su máquina de escribir?

—No, tanto como eso no. Pero unos pocos miembros del consejo sí vienen.

—¿Quién, en particular, diría usted?

—Bueno, este trimestre aquí hay un nuevo catedrático joven, Melhuish, por ejemplo. En los últimos tiempos ha venido unas cuantas veces.

—¿Y quién más?

—Y... como unos doce más. —Por su voz se lo notaba incómodo.

—¿Alguna vez vio a alguno de esos... eh... amigos suyos usar su máquina de escribir?

—Y bien, no. No creo haber visto a nadie.

—Cada uno ha de usar la suya propia, ¿no es así?

—Sí, eso supongo.

—Pero no tiene demasiadas suposiciones sobre este episodio, ¿no es verdad, señor? —preguntó Morse.

—No.

—Entonces, ¿no tiene ninguna idea?

—No le soy de mucha ayuda, lo comprendo, pero, a decir verdad, no tengo la menor idea.

Súbitamente Morse cambió el ángulo de su interrogatorio.

—¿Conocía usted a la señora Crowther?

—Sí.

—¿Ha oído usted algo sobre ella?

—Sí —contestó Newlove, en voz baja.

—¿Y a Bernard Crowther?

Newlove asintió con la cabeza.

—¿Entiendo que es uno de sus mejores amigos?

Una vez más Newlove movió la cabeza pero, ahora, en señal de asentimiento.

—Esta mañana estuve en su cuarto, señor. Si quiere que se lo diga crudamente, anduve curioseando por ahí. Hacerlo no me produce ningún placer en particular.

—Entiendo —dijo Newlove.

—Me pregunto si en realidad lo entiende, señor. —En la voz había ahora una impaciencia tajante—. Con frecuencia cae por aquí para verlo a usted, ¿no es así?

—Bastante a menudo.

—¿Y, cree que habría acudido a usted de haber necesitado algo?

—¿Usted quiere decir antes de recurrir a ningún otro?

—Sí.

—Habría acudido a mí.

—¿Sabía usted que en su máquina de escribir ni siquiera la coma funcionaba?

—No, no lo sabía —mintió Newlove.

Tras haber dejado a Morse en el Lonsdale College, Lewis tenía sus propias tareas por hacer. Ni aunque lo matasen podía comprender cuál era el sentido de esta misión en particular, pero, según dijera Morse, era de vital importancia. Algo había sacudido a Morse, sacándolo de su letargo. Pero ya no era el alegre o el bullicioso Morse de los primeros días del caso. Algo tétrico se había apoderado de él y, a veces, Lewis lo encontraba levemente atemorizado. Su único deseo era no seguir recibiendo cartas contra las cuales Morse pudiese desplegar su incorrecta inventiva.

Condujo el patrullero hacia el interior de la pequeña playa de estacionamiento del Centro de Salud Summertown, situado en la esquina de Banbury Road y Marston Ferry Road. Se trataba de una amplia construcción de piedra roja muy bien edificada, con una escalinata que llevaba a un pórtico blanco delante de la puerta de calle, una de las muchas y bellas mansiones que la gente pudiente había hecho levantar a lo largo de Banbury Road en la segunda mitad del siglo diecinueve. Esperaban a Lewis y solo debió aguardar uno o dos minutos antes de que lo hicieran pasar al consultorio del socio más antiguo.

—Aquí está todo, sargento. —El doctor Green le entregó una carpeta a Lewis.

—¿Está usted seguro de que todo está guardado ahí, señor? El inspector Morse insistió en que le lleve todo.

Durante un instante el doctor Green permaneció callado.

—Lo único que no está ahí es... es... eh... cualquier documento que nosotros tuviésemos... eh... hayamos podido tener sobre cualquier... eh... conversación que nosotros... eh... hayamos mantenido con la señorita Kaye sobre su... eh... vida íntima sexual. Usted comprenderá, lo sé, sargento, que existen... eh... que está el costado ético de... eh... de... eh... la índole confidencial de la... eh... relación del médico con su... eh... paciente.

—Usted me quiere decir que ella tomaba la píldora, doctor.

Lewis pisoteó audazmente, con sus botas de policía, el terreno que el angélico Green, con su extrema delicadeza, había temido siquiera pisar.

—Eh... yo... eh... no dije eso, ¿verdad, sargento? Yo... eh... dije que nosotros... eh... es... eh... impropio, sí, impropio traicionar... eh... traicionar las confidencias que nosotros... eh... nosotros... eh... oímos dentro del consultorio.

—¿Nos lo habría dicho usted de no tomar ella la píldora? —preguntó Lewis con inocencia.

—Veamos, esa es... eh... una pregunta muy... eh... difícil. Usted... eh... nosotros... eh... usted... eh... pone algunas palabras en mi... eh... boca, ¿no es verdad, sargento? Todo cuanto digo es que... eh...

Lewis se preguntó que le diría a un paciente que tuviese un cáncer maligno. Sería, de eso estaba seguro, una entrevista de lo más... eh... prolongada. Le dio las gracias al bueno del doctor y se marchó tan rápido como pudo, aunque ya había descendido la mitad de la escalinata del pórtico antes de poder, al fin, estrecharle la mano al... eh... persistente Green. Tenía que contarle a su mujer acerca del... eh... doctor

Green.

Como habían convenido, Lewis recogió a Morse frente al Lonsdale College a la una en punto. Le contó al inspector todo acerca del estado de preocupación en que se hallaba la conciencia del doctor Green con relación al problema de la confidencialidad profesional, pero Morse, cínicamente, no se dejó impresionar.

—Sabemos que ella tomaba la píldora, ¿recuerda?

Lewis debería haberlo recordado. Él conocía los informes; de hecho, Morse le había pedido especialmente que los estudiara en profundidad. En aquel momento no le había parecido demasiado importante. ¿A lo mejor, aun entonces, Morse se había dado cuenta de su relevancia? Pero lo dudaba y sus dudas, como efectivamente ocurrió, estuvieron bien justificadas.

Mientras Lewis conducía alejándose de la ciudad, Morse le pidió que se desviara rumbo al motel en la rotonda de Woodstock.

—Tomaremos una cerveza y un sándwich, ¿eh?

Se sentaron en el Bar Morris y Morse se enfrascó en los informes médicos sobre Sylvia Kaye. Abarcaban, en diferentes períodos, la totalidad de su patética y corta vida, a partir de un leve ataque de ictericia cuando tenía dos días de nacida hasta la penosa fractura de un brazo en el mes de agosto anterior a su muerte. Sarampión, verrugas en los dedos, infección en el oído medio, dismenorrea, dolores de cabeza (¿miopía?). Una historia médica sin acontecimientos notables. Casi todas las anotaciones eran razonablemente legibles y, aunque pareciera mentira, el archiapóstol de la indecisión, el concienzudo Green, tenía una linda letra, clara y redonda. Sus únicos contactos directos con Sylvia habían sido en relación con sus últimas dos dolencias, los dolores de cabeza y el brazo fracturado. Morse le pasó la carpeta a Lewis y fue hasta la barra para que le volvieran a llenar los vasos. De cualquier manera, algunos detalles habían aparecido en el informe *post mortem*, pero una buena memoria no era el fuerte de Lewis.

—¿Alguna vez se fracturó un brazo? —preguntó Morse.

—No.

—Dicen que es algo muy doloroso. Tiene algo que ver con las terminaciones nerviosas, o algo así. Es como si se lastimara un pie, Lewis. Muy pero muy doloroso.

—Usted debe saberlo, señor.

—Ah, pero si usted tuviera una constitución básicamente fuerte como la mía, entonces podría recuperarse pronto.

Lewis lo dejó pasar.

—¿Advirtió usted —prosiguió Morse— que Green la vio el día antes de que ella muriese?

Lewis volvió a abrir la carpeta. Había leído la anotación, pero sin advertir la fecha. Leyó otra vez y vio que Morse tenía razón. Sylvia había ido al Centro de Salud

Summertown el martes 28 de septiembre, con una esquila escrita por el cirujano traumatólogo del Hospital Radcliffe. Ella decía: «Brazo todavía muy rígido y con bastante dolor. Necesita tratamiento adicional. Se recomienda continuar con las sesiones de fisioterapia con la misma frecuencia: martes y jueves por la mañana». Lewis podía imaginar la consulta. Y, súbitamente, un pensamiento relampagueó en su cerebro. Se le ocurrió por el hecho de estar con Morse. Sus fantasiosas sospechas se estaban volviendo tan locas como las del inspector.

—Usted no cree, con toda seguridad, que... eh...

Se estaba poniendo tan mal como Green.

—¿Qué cosa? —preguntó Morse, con el semblante inusualmente serio.

—¿Que Green tenía una aventura con Sylvia?

Morse sonrió con tristeza y apuró el vaso.

—Podríamos averiguarlo, creo.

—Pero usted dijo que todo ese material médico era muy importante.

—Eso fue subestimar la realidad.

—¿Encontró lo que buscaba, señor?

—Sí. Podría decirse así. Digamos que necesitaba confirmar algo. Ayer hablé por teléfono con Green.

—¿Por casualidad él... eh... eh...? —lo imitó Lewis—. Fue un instante aislado de frivolidad en esos últimos días tan macabros del caso.

Sue tenía la tarde del martes libre, y eso la alegraba. Trabajar en el Servicio de Emergencias y Accidentes era agotador, en especial para sus pies. Las otras chicas habían salido y ella se preparó unas tostadas y se sentó en la pequeña cocina contemplando con sus hermosos ojos afligidos las baldosas blancas del piso. Había prometido escribir a David y en verdad debía ponerse a hacerlo esa misma tarde. Se preguntaba qué decirle. Podría hablarle del trabajo y decirle lo lindo que le había resultado verlo el fin de semana pasado, y también cuánto deseaba volverlo a ver. No obstante, todo eso parecía hueco, carecía del menor encanto. Se culpó amargamente por su propio egoísmo pero, a su pesar, sabía que le preocupaban más sus propias esperanzas y sus propios deseos que los de cualquier otra persona. Como ser los de David, en especial los de David. Era inútil, era casi imposible, era completamente idiota, era incluso peligroso pensar en él, pensar en Morse, sí, así era. Pero lo deseaba tanto... Anhelaba que la llamase, anhelaba poder verlo. Cualquier cosa... Y mientras estaba sentada allí, en la pequeña cocina, contemplando muy quieta las baldosas blancas, la inundó un abrumador sentimiento de remordimiento, soledad y desdicha.

Jennifer estuvo muy atareada el martes por la tarde. Palmer le había enviado el borrador de una carta y quería que ella lo revisara. Después de Navidad aumentarían en un diez por ciento las primas de virtualmente cualquier cosa, y debían informarlo a todos los clientes de la empresa. El querido señor, pensó Jennifer, no era en realidad

muy brillante. El primer párrafo de su carta le evocaba los tortuosos ejercicios que le habían impuesto en prosa latina. «Cual» seguía a otro «cual» el cual seguía aún a otro «cual». Un aquelarre de cuales, pensó, y la idea le hizo sonreír. Corrigió el párrafo con audaz confianza; un punto y aparte allí, un nuevo párrafo por acá, una palabra mejor aquí; mucho más claro. Palmer sabía que era, por muy lejos, la chica más inteligente de la oficina, y siempre la consultaba sobre los borradores importantes. Pero no se quedaría mucho más tiempo allí. Se había postulado a dos empleos en la última semana. Pero ni soñar con decírselo a alguien, ni siquiera al señor Palmer. Y no porque fuese desagradable trabajar donde trabajaba; lejos de ello. Si ganaba casi tanto como Mary y Sue juntas... ¡Sue! Pensó en la tarde del domingo cuando volvió de Londres. ¡Cuánto se había alegrado de encontrarlos así! Visualizó la escena de nuevo y una sonrisa cruel jugueteó entre sus labios.

Llevó los borradores corregidos a la oficina del señor Palmer, donde Judith intentaba seguir el ritmo de la muy moderada velocidad con la que su empleador le dictaba una carta. Le alcanzó el borrador.

—Hice algunas sugerencias.

—Ah, muchas gracias. La escribí a las apuradas, usted sabe. Anoté lo primero que me vino a la cabeza. Me di cuenta de que estaba, usted sabe, un poco... eh... un poco en crudo. Muchísimas gracias. ¡Estupendo trabajo!

Jennifer no dijo nada más. Salió, y mientras caminaba por el pasillo rumbo al cuarto de las mecanógrafas, la misma sonrisa maliciosa jugueteaba en su linda boca.

La tercera de la tríada, la impávida, regordeta, pecosa y menuda Mary trabajaba para la Radio Oxon. En la BBC le habrían otorgado el distinguido título de «secretaria de continuidad», pero ella desempeñaba un trabajo sin oportunidad de progreso en la emisora de la radio local. Al igual que Jennifer, había estado pensando en un cambio, aunque, a diferencia de Jennifer, tenía pocas calificaciones que ostentar. Jennifer tenía algunos sobresalientes y todos esos diplomas de taquigrafía y mecanografía; debe haber sido buena alumna en la escuela, pensó Mary. Serena, una especie de sabihonda de tiempo completo... Funcionaba bastante bien, eso de que las tres viviesen juntas, pero no le molestaría mudarse. Sue estaba bien, en realidad Sue le gustaba bastante, aunque se había mostrado un poco malhumorada y tristonera en los últimos tiempos. Problema con los hombres. ¿Se habría enamorado de ese inspector? Aunque, si así fuera, no podía culparla. Por lo menos Sue era humana. No estaba tan segura de que Jennifer lo fuese.

El martes, después del almuerzo, uno de los asistentes entró para charlar con ella. Usaba barba, tenía un espíritu alegre, cinco hijos pequeños y buen ojo para las damas. Mary no opuso la menor resistencia a sus galanterías.

Capítulo 27

Jueves 21 y viernes 22 de octubre

El estado de Bernard Crowther, según los dichos de la enfermera de guardia, era «satisfactorio» y el jueves por la tarde estaba sentado en la cama para recibir a su primer visitante. De un modo extraño, a Morse no se lo había notado ansioso por insistir en sus exigencias, y hasta renunció a su derecho de encabezar la fila.

Peter Newlove se alegraba de ver a su viejo amigo con un aspecto tan animado. Conversaron con naturalidad, sosegadamente, por espacio de algunos minutos. Algunas cosas, efectivamente, debían decirse, pero luego de haberlas mencionado Peter desvió la conversación a otros temas y supo que Bernard lo comprendía. Ya casi era tiempo de irse. Pero Bernard puso la mano sobre el brazo de su amigo y Peter volvió a sentarse junto a la cama. Un tubo de oxígeno asomaba detrás del respaldar metálico que enmarcaba la cabeza de Bernard y un aparato con múltiples cuadrantes, esferas luminosas, diales, botones reguladores y medidores hacía guardia al otro lado de la cama.

—Quiero decirte algo, Peter.

Peter se inclinó un poco hacia adelante para poder oírlo. En ese momento, a Bernard le costaba más hablar y tuvo que tomar una gran bocanada de aire antes de pronunciar una serie y otra de palabras.

—Podemos seguir hablando mañana. Ahora no debes agitarte.

—Quédate, por favor.

Cuando prosiguió, la voz de Bernard estaba dominada por la tensión y el apremio.

—Tengo que decírtelo. ¿Te has enterado de ese homicidio en Woodstock?

Peter asintió con la cabeza.

—Yo levanté a las dos chicas. —Volvió a respirar con gran esfuerzo y una leve sonrisa se le dibujó en los labios—. ¡Qué gracioso! De todas formas iba a encontrarme con una de ellas. Pero perdieron el ómnibus y yo las hice subir. Se estropeó todo, por supuesto. Resulta que las dos se conocían y, bueno, eso me alarmó.

Descansó un instante, y Peter miró pensativo a su viejo amigo, tratando de que su mirada no dejara traslucir su incredulidad.

—Para hacer breve el cuento, rompí con la otra chica. ¡Pensá en ello, Peter! ¡Rompí con la otra! Ella era algo muy bueno, Dios sabe que lo era. ¿Me estás escuchando, Peter?

Se recostó, movió la cabeza con tristeza y volvió a tomar aliento.

—La poseí... en el asiento trasero. Me había puesto tan caliente como un macho cabrío. Y luego... y luego la dejé. Eso es lo más cómico. La dejé. Me volví a casa. Y eso fue todo.

—¿La dejaste, eso me *querés* decir, en el *Black Prince*?

Bernard asintió con la cabeza.

—Sí. Ahí es donde la encontraron. Me alegra habértelo contado.

—¿Vas a decírselo a la policía?

—Eso es lo que quiero pedirte, Peter. Verás, yo... —se detuvo—. No sé si debería pedírtelo, y prométeme, por favor, que jamás se lo dirás a nadie —miró con ansiedad a Peter, aunque se lo notaba seguro de depositar en él su confianza—, pero juraría haber visto a alguien más esa noche, en la playa de estacionamiento. No supe quién era, claro.

A medida que hablaba, se fatigaba cada vez más, y Peter se puso de pie, con cierta inquietud.

—No te vayas. —Ya casi había terminado de escalar la montaña—. Yo no sabía... estaba tan oscuro. Aunque me quedé preocupado. Me tomé un *whisky* doble en un *pub* que había por ahí y me fui manejando a casa. —Las palabras salían ahora con mucha lentitud—. La pasé. ¡Qué imbécil fui! Ella me vio.

—¿A quién te referís? ¿A quién pasaste, Bernard?

Bernard había cerrado los ojos, y parecía no oír.

—Yo lo comprobé. Ella no fue esa noche a la clase.

Abrió los ojos; le pesaban los párpados. Se alegraba por habérselo contado a alguien, y le alegraba que ese alguien fuese Peter. Pero a este se lo veía aturdido y desconcertado. Se puso de pie, se inclinó y habló, lo más suave y claramente posible, al oído de Bernard.

—¿Pensaste que se trataba de... eso *querés* decir... que Margaret fue quien la mató?

Bernard asintió con la cabeza.

—Y por eso fue que ella... —Bernard movió su agotada cabeza una vez más, en señal de asentimiento.

—Vendré a verte de nuevo mañana. *Tratá* de descansar.

Peter se disponía a irse y ya había empezado a retirarse cuando oyó que otra vez lo llamaba por su nombre.

Bernard tenía los ojos abiertos y sostenía la mano derecha en alto, con aire de frágil autoridad. Peter volvió sobre sus pasos.

—Ahora no, Bernard. Será mejor que duermas un poco.

—Quiero pedirte disculpas.

—¿Pedirme disculpas?

—Descubrieron lo de la máquina de escribir, ¿no es cierto?

—Sí. Era la mía.

—Yo la usé, Peter. Debí de habértelo dicho.

—Olvídalo. No tiene importancia.

Pero sí tenía importancia. Bernard lo sabía, pero estaba demasiado cansado y ya no podía pensar en nada más. Margaret estaba muerta. Esa era la abrumadora

realidad. Recién ahora comenzaba a asimilar cabalmente la total y absoluta devastación provocada por esa tremenda realidad: Margaret estaba muerta.

Se quedó acostado de espaldas y se sumió en una suerte de sueño ligero. El elenco de la escena estaba reunido y vio todo de nuevo, aunque de una manera indiferente, impersonal, como si él estuviera ahí, de pie, desdoblado de sí mismo.

Ni bien las vio supo que se trataba de ella, pero no podía comprender por qué ella estaba haciendo dedo. No intercambiaron ni una sola palabra, y se sentó en el asiento trasero. Ella debió haber sentido, al igual que él, cómo, de pronto, esa situación se había tornado peligrosa; obviamente, ella y la otra chica se conocían. Representó un cierto alivio para él cuando ella dijo que se bajaba en Begbroke. Él dio una excusa cualquiera —tenía que comprar cigarrillos— y, ansiosos, susurraron algo entre sí. Sería mejor olvidarlo por esa noche. Estaba preocupado. No podía afrontar semejante riesgo. Pero seguramente podría ir a recogerla más tarde, ¿o no? Ella se lo había preguntado con creciente furia. Podía sentir, mientras iban en el auto, los celos que ella tenía mientras la chica en el asiento delantero parlotaba con él. Y no porque él la hubiese alentado en lo más mínimo. No en ese momento, de cualquier forma. Pero él se sentía realmente afligido, y así se lo hizo saber a ella. Podían volverse a encontrar la semana siguiente; le escribiría del modo habitual. Fue tan solo medio minuto de agitado susurro, no más; ahí, puertas adentro de la *Golden Rose*. Había habido exasperación y un destello de furia ciega en sus ojos. Pero él podía comprender cómo se sentía ella. También quería volver a tenerla, con tanta vehemencia como siempre.

Volvió a subir al auto y continuó viaje rumbo a Woodstock. Ahora que tenía el campo libre, la rubia parecía haberse librado de toda clase de inhibiciones. Se recostó en el asiento con una abierta y relajada sensualidad. Llevaba desabrochado el botón superior de su delgada blusa blanca, y la misma blusa semejaba una sedosa vaina a punto de reventar, envolviendo los pechos abultando como dos frutos madurados por el sol.

—¿Qué hace usted?

—Estoy en la universidad.

—¿Profesor?

—Sí.

Sus ojos se encontraron. Y todo siguió igual hasta llegar a Woodstock.

—Bien, ¿dónde quiere que la deje?

—Bah, en cualquier lado, me da lo mismo.

—¿Va a encontrarse con su novio?

—No, hasta dentro de una media hora. Tengo mucho tiempo.

—¿Dónde va a encontrarse con él?

—En el *Black Prince*. ¿Usted lo conoce?

—¿Le gustaría ir a tomar algo conmigo antes? —Se sentía muy nervioso y

excitado.

—¿Por qué no?

Había un lugar libre en la playa de estacionamiento, y entró marcha atrás, hasta ubicar el auto contra la pared, en el extremo izquierdo.

—Quizás no sea muy buena idea tomar un trago aquí —dijo ella.

—No, quizás no.

Volvió a recostarse en el asiento, con la pollera subida hasta los muslos. Tenía las piernas extendidas, largas, incitantes, semiabiertas.

—¿Usted está casado? —preguntó la chica.

Él asintió con la cabeza.

La mano derecha de ella jugueteaba de a ratos, distraídamente, con la palanca de cambios, y sus dedos acariciaban la perilla. Poco a poco las ventanillas se empañaron con su aliento y él se inclinó hacia la guantera, al otro lado, junto al tablero de instrumentos. Al hacerlo, la rozó con el brazo, y él sintió cómo el cuerpo de la chica ejercía una suave presión hacia adelante. Encontró la franela y con poco entusiasmo la pasó por la ventanilla del lado de su acompañante. Sintió que la mano derecha de la chica le tocaba la pierna, mientras él se movía levemente por delante de ella, y también notó que no hacía el menor esfuerzo por quitarla. Pasó el brazo izquierdo por el respaldo del asiento y ella se volvió hacia él. Tenía los labios llenos y, abierta, provocativamente, los lamió, pasándoles la lengua. No pudo seguir resistiendo más y la besó con un súbito y apasionado abandono. La lengua de ella parecía una serpiente dentro de su boca y su cuerpo giró hacia él, con los pechos empujando contra él. Le acarició las piernas con la mano derecha, gozando con un deleite puramente animal cuando ella se meció con suavidad y las entreabrió, ofreciéndose aún más. La chica interrumpió el prolongado y frenético besuqueo, le lamió el lóbulo de la oreja y murmuró:

—Desabróchame los botones de la blusa. No llevo corpiño.

—Vayamos atrás —dijo él—, con la voz ronca. Tenía una erección enorme.

Todo terminó muy pronto, y se sintió culpable por su comportamiento. Quería alejarse de ella. Ahora le parecía muy distinta, como si un solo minuto hubiese bastado para metamorfosearla.

—Mejor me voy.

—¿Tan pronto?

Ella se estaba abrochando la blusa muy despacio, pero el hechizo ya se había roto.

—Sí, eso creo.

—Lo disfrutaste, ¿no es cierto?

—Claro. Ya lo notaste.

—¿Te gustaría hacerlo de nuevo otro día?

—Sabés que sí.

Se iba poniendo cada vez más nervioso por apartarse. ¿Había imaginado que había alguien, allá afuera? ¿Algún mirón, tal vez?

—No me dijiste cuál es tu nombre.

—Vos tampoco me dijiste el tuyo.

—Sylvia. Sylvia Kaye.

—*Mirá*, Sylvia. —Intentó mostrarse tan afectuoso hacia ella como podía—. ¿No te parece que sería mejor si nosotros, ya *sabés*, nos conformásemos con recordar esto como algo lindo que nos sucedió una vez, una única vez, esta noche, aquí?

Entonces ella se volvió grosera y agria.

—No *querés* volver a verme nunca más, ¿no es cierto? Sos como todos los demás. Un poco de sexo, función y despedida.

Hablaba de un modo diferente, también. Sonaba como una vulgar ramera, un levante barato y brutal en una calle escondida del Soho. Pero tenía razón, por supuesto, absoluta razón. Él había conseguido lo que quería. ¿Y ella? ¿Sería una prostituta? Recordó sus días en el ejército y los hombres que se contagiaban de sífilis. Debía salir de allí, salir de ese auto que le provocaba claustrofobia y de esa oscura y miserable playa de estacionamiento. Metió la mano en el bolsillo y encontró un billete de £1. Salvo por algún cambio suelto, no llevaba más dinero encima.

—¡Una libra, no! ¡Una maldita libra no! ¡Cristo, debe pensar que soy una mercadería barata! ¡Mejor será que traiga un poco de dinero la próxima vez, compañero; de no ser así, mantenga las manos apartadas!

Lo invadió una profunda sensación de vergüenza y corrupción. Ella bajó del auto y él la siguió.

—Voy a descubrir quién diablos es usted, míster. Voy a... ya lo verá.

No supo qué ocurrió entonces. Recordaba haberle dicho algo y, también, muy vagamente, que ella le había contestado. Recordaba cómo los faros delanteros de su auto rastrillaron la playa de estacionamiento y también cómo se quedó esperando que se abriera una brecha en el tránsito al llegar a la calle principal. Recordaba haberse detenido para tomar un *whisky* doble y haber conducido velozmente por la ruta de doble calzada. Recordaba haberse ubicado detrás de un auto y luego haber hecho una brusca maniobra para pasarlo y perderse a toda velocidad en la noche, con la mente hecha un torbellino. Y el jueves por la tarde había leído en el *Oxford Mail* la noticia sobre el homicidio de Sylvia Kaye.

Había sido una estupidez escribir esa carta, claro que sí, pero al menos Peter ya no seguiría estando en problemas. El hecho de escribir algo en un papel siempre era motivo de problemas, pero hasta ese momento había resultado un pequeño acuerdo muy ingenioso. De cualquier forma había sido por sugerencia de ella, y parecía un arreglo necesario. El correo en North Oxford era espantoso —a las diez de la mañana o incluso más tarde, ahora— y a nadie parecía importarle que las chicas de la oficina recibieran cartas. Y con demasiada frecuencia él no podía tener plena seguridad de verla sino hasta último momento. A veces las cosas se enredaban un poco, pero por lo general había funcionado lo más bien. Habían ideado un buen sistema entre ambos. Muy astuto, en verdad. Ninguno miraba siquiera la fecha, de todos modos. A veces él

agregaba un breve mensaje, también... como esa última vez. Esa última vez...

Morse había tenido mucho ojo, pero no la suficiente inteligencia como para representarse toda la película... No hubiese podido contarle a Morse toda la verdad, por supuesto, pero no había intentado despistarlo en forma premeditada. Un poco sí, por cierto. Esa cuestión de la estatura, por ejemplo... Le gustaría verlo a Morse. Quizás, en otras circunstancias, hubiesen podido conocerse, hacerse amigos...

Se durmió profundamente y ya era de noche cuando despertó. Las luces eran mortecinas. La silenciosa y blanca silueta de una enfermera se recortaba sentada detrás de una mesita al otro extremo de la guardia, y vio que casi todos los demás pacientes estaban dormidos. El mundo real se precipitó una vez más contra él, y Margaret estaba muerta. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Fue tal como ella lo dijo en su carta? Se preguntaba cómo podría volver a enfrentar la vida, y pensó en los chicos. ¿Qué les habrían contado?

Agudos espasmos de agónico dolor le atravesaron el pecho y de pronto supo, y con certeza, que iba a morir. La enfermera estaba con él, y ahora también el médico. Estaba empapado en transpiración. ¡Margaret! ¿Había matado ella a Sylvia, o había sido él? ¿Qué importancia tenía? Los dolores desaparecieron poco a poco y sintió una extraña serenidad.

—Doctor —susurró.

—Quédese tranquilo, señor Crowther, ahora va a sentirse mejor.

Pero Crowther había sufrido una trombosis coronaria masiva y las oportunidades que tenía de vivir se habían inclinado en su contra, en la balanza.

—Doctor, ¿escribiría algo por mí?

—Sí, por supuesto.

—Para el inspector Morse. Anote.

El médico sacó su libreta y anotó el breve mensaje. Miró a Crowther con ojos de preocupación: el pulso se debilitaba rápidamente. El aparato trabajaba, con las esferas negras llevadas a la posición de indicadores máximos. Bernard sintió la máscara de oxígeno sobre la cara y vio, con una rara lucidez, los detalles más ínfimos de todo cuanto lo rodeaba. Morir iba a resultarle mucho más sencillo de lo que siempre había pensado. Más fácil que vivir. De un puñetazo se quitó la máscara del rostro con una fuerza sorprendente y pronunció sus últimas palabras.

—Doctor, dígale a mis hijos que los quise mucho.

Sus ojos se cerraron y pareció sumirse en un profundo sueño. Eran las dos y treinta y cinco de la mañana. Murió a las seis y media de ese mismo día, antes de que el sol asomara por entre las diseminadas nubes grises de ese cielo del este, y que los primeros mucamos del turno mañana llegaran atronando por los pasillos con los carritos del desayuno.

Morse lo miró. Eran las ocho y media y los restos mortales de Bernard Crowther

habían sido llevados con discreción a la morgue del hospital casi dos horas antes. A Morse, Crowther le gustaba. Un rostro inteligente, en verdad un hombre bien parecido. Pensó que Margaret, con toda seguridad, lo habría amado muchísimo alguna vez; probablemente siempre lo siguió amando, en su fuero interno. Y no solo Margaret. Había habido alguien más, también, ¿no es cierto, Bernard? Morse miró la hoja de anotador que tenía en la mano, y volvió a leer. «Al inspector Morse. Lo lamento tanto. Le dije muchas mentiras. Por favor, déjela tranquila. No tiene nada que ver con esto. ¿Y cómo podría? Yo asesiné a Sylvia Kaye». Los pronombres eran un enigma, o eso le habían parecido al médico mientras escribía el breve mensaje. Pero Morse los comprendió muy bien y supo que Bernard Crowther había adivinado la verdad antes de morir. Volvió a mirar al muerto: los pies estaban tan fríos como la piedra y él ya no volvería a susurrar sobre ninguna verde pradera.

Morse giró lentamente sobre sus talones y salió.

Capítulo 28

Viernes, 22 de octubre, por la mañana

Más tarde, esa misma mañana del viernes, Morse estaba sentado en su oficina poniendo a Lewis al tanto de lo acontecido en esas primeras horas.

—Como usted puede ver, todo este tiempo las dificultades con este caso no se debieron tanto al hecho de habernos contado evidentes mentiras, sino al hecho de habernos proporcionado una combinación tan tramposa de mentiras y verdades. Pero, a Dios gracias, ya casi llegamos al final del camino.

—¿Aún no hemos terminado, señor?

—Y bien, ¿usted qué piensa? Esta no es una manera muy prolija de dejar las cosas, ¿no es así? Siempre es agradable tener una confesión, lo sé, pero ¿qué se hace cuando se tienen dos?

—Quizás nunca lo sepamos, señor. Yo creo que ellos trataban, justamente, de encubrirse uno al otro, usted me entiende, echándose la culpa por lo que el otro había hecho.

—¿Y para usted, quién lo hizo, sargento?

Lewis ya tenía preparada su elección.

—Para mí fue ella, señor.

¡Pfff! Bueno, había un 50 por ciento de probabilidades y él había adivinado mal. O Morse, al menos, pensó que estaba errado. Pero él tampoco había estado en muy buena forma recientemente, ¿o sí?

—Vamos —dijo Morse—. Cuénteme. ¿Qué lo hace optar por la pobre señora Crowther?

—Bueno, en mi opinión, ella descubrió que Crowther salía con otra mujer y creo en todo cuanto ella dijo acerca de haberlo seguido y visto en Woodstock. No hubiese podido conocer algunas de las cosas que mencionó de no haber estado allí, ¿no le parece?

—Continúe —dijo Morse.

—Me refiero, por ejemplo, a la descripción del lugar dónde estaba estacionado el auto en la playa. Ese detalle sobre los dos mudándose al asiento trasero; eso nosotros no lo sabíamos, pero parece encajar con las pruebas que conseguimos cuando se encontró un pelo de Sylvia sobre el asiento de atrás. Ella no pudo inventarlo, al menos tengo esa sensación. Como tampoco pudo sacar esos datos de los diarios porque nunca los publicaron.

Morse movió la cabeza, demostrando que coincidía.

—Y voy a decirle algo más, Lewis. Ella no había asistido a su clase en Headington ese miércoles por la noche. De cualquier manera, no hay ninguna señal

junto a su nombre en la lista de asistencias. Ya me fijé.

Lewis estaba agradecido por tan confirmatoria evidencia.

—Pero usted no cree que fuese ella, ¿no es cierto, señor?

—No fue ella, y yo lo sé —se limitó a decir Morse—. Mire, Lewis, si aquella noche Margaret Crowther hubiese estado de un humor homicida, habríamos tenido, me parece, el cráneo de Bernard al otro extremo de una palanca de acero, y no el de alguien tan insignificante como Sylvia Kaye.

Lewis no parecía estar muy convencido.

—Se equivoca usted, señor, con todo respeto. Sé lo que quiere usted decir, pero todas las mujeres son distintas. Usted no puede afirmar que una mujer haría tal cosa y dejaría de hacer otra. Algunas mujeres harían cualquier cosa. Debe haberse sentido terriblemente celosa de esa otra chica, capaz de quitarle su marido de ese modo.

—Pero, sin embargo, ella no dice estar celosa; ella dice que se sentía «hervir de furia», ¿lo recuerda?

Lewis no lo recordaba, pero vio su oportunidad.

—Pero ¿por qué se muestra usted así, de repente, tan dispuesto a creer en lo que ella dice, señor? Usted había dicho, me pareció, que no le creía.

Morse movió la cabeza, demostrando su aprobación.

—Eso es, exactamente, lo que quiero decir. Todo esto es una mezcla tan grande de verdad y falsedades. Nuestro trabajo es separar la paja del trigo.

—¿Y cómo podemos hacerlo?

—Bueno, por un lado necesitamos un poco de intuición psicológica. Ella nos dijo la verdad, pienso, al declarar que estaba furiosa. Para mí, eso se ajusta como anillo al dedo. Podría jurar que, si ella lo hubiese inventado, se habría confesado celosa, y no enojada. Y, de estar enojada, el objeto de su enojo, creo, habría sido su marido y no Sylvia Kaye.

Para Lewis todo eso sonaba débil e inverosímil.

—Nunca me interesó demasiado la psicología, señor.

—¿No está convencido?

—De eso no, señor. No.

—No lo culpo —dijo Morse—. Yo tampoco estoy muy convencido. Pero le alegrará saber que no debemos depender de mis habilidades como psicólogo. Solo piénselo un instante, Lewis. Ella dijo que ingresó a la playa de estacionamiento, manteniéndose arrimada a —eso es, a su izquierda— y que se había abierto paso pegada a la culata de los autos. Vio a Crowther en el extremo opuesto de la playa, también sobre la mano izquierda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Pero la palanca de acero, si podemos creer en esa evidencia, y no veo ninguna razón valedera como para no hacerlo, estaba, ya sea adentro, o bien junto a la caja de herramientas en la esquina más lejana, sobre el lado derecho de la playa. El arma con la cual la señora Crowther alega haber asesinado a Sylvia Kaye estaba, por lo menos,

a unos veinte metros de distancia de donde ella se encontraba. En su declaración, también menciona que no solo se sentía furiosa, sino también asustada. Y puedo comprenderla muy bien. ¿Quién no lo estaría? Asustada por lo que estaba sucediendo, asustada tal vez, de la oscuridad, pero, por sobre todo, asustada de que pudiesen verla. Y, pese a ello, ¿usted me quiere hacer creer que ella cruzó el estacionamiento y levantó una llave palanca que habían dejado, casi con certeza, a no más de cuatro o cinco metros de donde se hallaba Bernard con su rubia teñida? ¡Tonterías! Leyó lo de la llave palanca en el diario.

—Alguien pudo haberla cambiado de lugar, señor.

—Sí, por cierto, alguien pudo hacerlo. ¿Quién sugiere usted?

Lewis sintió que discutir con Morse de ese modo era casi tan sacrílego como si Morse discutiese con el Señor en el Monte Sinaí. De cualquier manera, él debería haber descubierto el asunto ese de la palanca desde el principio. Muy mal, en realidad. Pero algo más lo había molestado acerca de la declaración de Margaret. Había parecido tan obvio desde el vamos que se trataba de un crimen cometido por un hombre, y no por una mujer. Él mismo había mirado a Sylvia esa primera noche y había notado claramente, sin el informe de ningún patólogo, que ella había sido violada. Tenía las ropas desgarradas y, como resultaba muy evidente, alguien no había sido capaz de contenerse para echarle las manos sobre su cuerpo. No había resultado ninguna sorpresa para él ni tampoco para Morse, por cierto, que el informe mencionara el semen goteando por sus piernas y las contusiones alrededor de los pechos. Pero todo ello no cuadraba con la evidencia proporcionada por Margaret Crowther. Los había visto en el asiento trasero, según sus dichos. Pero ¿tenía razón? Habían encontrado el pelo en el asiento trasero, aunque eso no probaba demasiado, ¿o sí? Podía haber llegado ahí de mil maneras diferentes. No. Las cosas no podían sumarse en un sentido o en otro. Eso lo superaba. Trató de expresar con palabras lo que pensaba y Morse lo escuchó con suma atención.

—Usted tiene razón. Es un problema que me ocasionó muchísima ansiedad.

—Pero ¿ahora ya no es un problema, señor?

—Oh, no. Si ese fuera nuestro único problema iríamos viento en popa de ahora en adelante.

—¿Y usted no cree que vayamos?

—Me temo que tendremos algunos mares muy embravecidos por delante. —Morse tenía un semblante ojeroso y grisáceo y la voz sonó tensa al proseguir—. Hay algo más que debería haberle dicho, Lewis. Esta mañana, cuando salí del Radcliffe, fui a ver a Newlove. Ayer por la tarde había ido a visitar a Bernard y tenía bastantes ganas de hablar sobre él.

—¿Alguna novedad, señor?

—Sí, supongo que así puede llamarse, en cierto modo. Newlove no quiso hablar del costado personal de las cosas, pero, según me contó, Crowther habló con él acerca de la noche del homicidio. Mucho de lo que ya sabíamos o de cuanto fuimos armando

juntos. Con excepción de algo, Lewis. Crowther dijo haber pensado que aquella noche había alguien más en la playa de estacionamiento.

—Bueno, pero nosotros ya lo sabíamos, ¿no es así, señor?

—Espere un minuto, Lewis. Limitémonos a imaginar la escena, si podemos. Crowther sale del asiento delantero y se ubica en el trasero, ¿verdad? Sylvia Kaye hace lo mismo. Ahora bien, había muy poco espacio libre allí donde estaba el auto, y esos no eran, por cierto, ni el lugar ni la ocasión para un anticuado galanteo; y calculo que ella salió del asiento delantero del lado del acompañante para sentarse en el asiento trasero de ese mismo lado, y que él hizo otro tanto. En otras palabras, en el asiento trasero del auto tomaron la misma ubicación que cuando estaban sentados en el asiento delantero; él a la derecha y ella a la izquierda. Ahora bien, cualquiera haya sido la posición en particular que Crowther haya adoptado, pienso que la mayor parte del tiempo estuvo de espaldas hacia donde estaba parada su mujer; para decirlo de otro modo, ella estaba casi directamente detrás suyo. Pero Bernard no tenía los ojos en la nuca, y Margaret, como ya dijimos, probablemente estaba tiesa por el terror de ser vista. Y eso nos lleva, inexorablemente, a una conclusión, tal como yo lo veo, y solo una: Crowther no vio a su mujer aquella noche. Estoy seguro de que ella estaba allí, pero no creo que él la haya visto. Pero sí vio a alguien más. En otras palabras, sí había otra persona en la playa de estacionamiento aquella noche, otra persona mucho más cerca de él de lo que Margaret lo haya estado; alguien de pie muy cerca del juego de herramientas, y alguien a quien Crowther vislumbró difusamente, mientras estaba sentado en el asiento trasero de su auto. Y, a mi entender, puede haber sido esa persona, Lewis, la que asesinó a Sylvia Kaye.

—Entonces, ¿usted no cree que puede haber sido Bernard?

Por primera vez a Morse se lo vio extrañamente dubitativo.

—Podría haberlo hecho, por supuesto.

—Pero yo no le encuentro el motivo; ¿y usted, señor?

—No —dijo Morse, de plano—. Yo no lo veo.

Paseó la vista por la habitación, con aire abatido.

—¿Obtuvo algo más de míster Newlove, señor?

—Sí. Según le contó Crowther, él le había usado la máquina de escribir.

—¿La máquina de escribir de Newlove, quiere decir usted?

—Parece sorprendido.

—¿Usted quiere decir que Crowther sí escribió esa carta, después de todo?

Morse le echó una mirada de dolorosa desilusión.

—¿No lo habrá usted puesto en duda, verdad?

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un sobre blanco sellado, y se lo alcanzó a Lewis. Estaba dirigido a Jennifer Coleby.

—Quiero que la vaya a ver, Lewis y le dé esto. Quédese con ella mientras lo abre. Dentro hay una hoja de papel y un sobre dirigido a mi nombre. Pídale que conteste la pregunta ahí formulada, la coloque luego dentro del sobre a mi nombre, lo cierre y

me lo envíe. ¿Está claro?

—¿No sería más fácil llamarla por teléfono, señor?

Los ojos de Morse llamearon súbitamente de furia, aunque cuando habló sus palabras fueron suaves y controladas.

—Como le estaba diciendo, Lewis, usted se quedará con ella y después que haya escrito su respuesta se asegurará de que cierre bien el sobre. Como comprenderá, no quiero que usted vea la pregunta que he formulado, ni tampoco la respuesta que ella dé.

La voz era glacial ahora, y Lewis se apresuró a indicar con la cabeza que había comprendido. Nunca antes se había percatado de lo temible que podía volverse el inspector, y se alegró de poder salir de allí.

Capítulo 29

Viernes, 22 de octubre, por la mañana

Después de marcharse Lewis, Morse tomó asiento y se puso a pensar en Sue. Tantas cosas habían pasado desde el lunes, pero ella había permanecido en un lugar destacado de sus pensamientos casi la mayor parte del tiempo. Debía volver a verla. Miró su reloj. Mediodía. Se preguntó qué estaría haciendo, y súbitamente, se dio ánimos para ponerse en acción.

—¿Hablo con el Radcliffe?

—Sí.

—Con el Servicio de Emergencias y Accidentes, por favor.

—Lo comunico, señor.

—Hola. Servicio de Emergencias y Accidentes. —No era Sue.

—Desearía hablar un instante con la señorita Widdowson, por favor.

—Querrá decir con la enfermera titular Widdowson.

Eso él no lo sabía.

—Susan, creo que ese es su nombre de pila.

—Lo lamento, señor. No estamos autorizados a transferir llamadas externas excepto...

—Podría tratarse de una emergencia —interrumpió Morse, con optimismo.

—¿Se trata de una emergencia, señor?

—No, en realidad.

—Lo siento, señor.

—Mire, habla la policía.

—Lo lamento, señor.

Era obvio que había oído esa excusa antes.

Poco a poco, Morse volvía a enojarse.

—¿Está allí la jefa de enfermeras?

—¿Usted quiere que lo comunique con la jefa de enfermeras?

—Así es.

Tuvo que esperar unos dos minutos largos.

—Hola, habla la jefa de enfermeras.

—Señora, hablo de la Jefatura de Policía del *Thames Valley*. Inspector Principal Morse. Quiero hablar con la enfermera permanente Widdowson. Entiendo que ustedes tienen normas al respecto, y, por supuesto, de poder seguir el curso normal no se me ocurriría quebrantarlas...

—¿Es urgente? *Vox auctoritatis*.

—Bueno, digamos que es importante.

Durante los siguientes minutos la jefa de enfermeras le explicó con tranquila claridad los reglamentos que regían la entrega de correspondencia personal y la aceptación de llamadas telefónicas recibidas por parte de los miembros de «su» personal de enfermería. Con todo detalle se explayó sobre las normas y las razones de ser de las mismas, y los dedos de Morse jugueteaban sobre la mesa, mientras los de su mano izquierda tamborileaban sobre la tapa del escritorio de la manera característica.

—Como comprenderá, uno no puede imaginar la cantidad de cartas policiales y llamadas telefónicas que todos mis servicios reciben a diario. Y si tuviésemos la complicación adicional de aceptar todas las cartas y llamadas personales, ¿adónde iríamos a parar? He intentado, y creo haber logrado...

Morse dejó de prestarle atención. Mientras ella hablaba una idea, totalmente improbable, se le había metido en la cabeza. Casi deseaba seguir oyéndola repetir el monótono listado de prohibiciones.

—Le agradezco muchísimo, señora. Quiero pedirle me disculpe...

—Oh, no, no es necesario. Fue un placer hablar con usted. Y bien, le ruego que me permita ayudarlo de algún modo.

Ahora, y él lo sabía, haría cualquier cosa por él. Pero la situación ya no era la misma. En ese preciso instante existía una mínima y remota posibilidad, allí donde antes no se avizoraba ninguna. Colgó tan pronto como pudo, mientras la enfermera en jefe por poco le suplicaba que le diera la oportunidad de hacerle algún favor. Pero no deseaba ninguno: ahora le resultaba claro el rumbo a tomar.

Sue almorzaba mientras Morse daba fin a su extensa charla con su jefa inmediata. Ella también estaba pensando en él. ¡Si lo hubiese conocido antes! Sabía, con apasionada seguridad, que él le habría cambiado la vida. ¿Era demasiado tarde, incluso ahora? El doctor Eyres estaba sentado a su lado, y aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para lograr un contacto físico más próximo con la encantadora enfermera permanente; pero Sue detestaba tanto su proximidad como sus insinuaciones, y, sin preocuparse por pedir un postre, se levantó de la mesa tan pronto como pudo. ¡Oh, Morse! ¿Por qué no lo habré encontrado antes? Caminó de regreso a la sala de pacientes externos en la clínica de emergencias y accidentes y se sentó en uno de los duros bancos. Distraída, tomó un viejísimo ejemplar de *Punch* y hojeó rápidamente las desteñidas páginas... ¿Qué iba a hacer? No había estado en ningún sitio desde esa infausta noche en que Jennifer llegó a casa. ¡Jennifer! Y ella había sido lo bastante tonta como para confiar en ella. ¿David? Debía escribir a David. Iba a ponerse tan triste; pero vivir con alguien, dormir con alguien cuarenta, incluso cincuenta años; con alguien de quien no estás real y sinceramente enamorada...

Entonces lo vio. Allí estaba, de pie, con una ansiosa y vulnerable mirada en los ojos grises. Las lágrimas asomaron a sus ojos y sintió una increíble alegría. Él se

acercó y se sentó junto a ella. Ni siquiera intentó tomarle la mano; no tenía ninguna necesidad. Hablaron, sin que ella supiese de qué. No importaba.

—Tengo que irme —dijo ella—. Procure verme pronto. ¿Lo hará?

Ya eran la una y media pasadas.

Morse estaba terriblemente angustiado. Se quedó contemplando a Sue con mirada penetrante, y comprendió con cuánta ternura la quería.

—¿Sue?

—¿Qué?

—¿Tiene alguna fotografía suya?

Sue revolvió en su cartera y encontró algo.

—Pero no es demasiado buena, ¿no es cierto?

Morse miró la foto. Ella tenía razón. No le hacía verdadera justicia, pero de todos modos se trataba de Sue. La colocó con sumo cuidado dentro de su billetera y se incorporó para irse. Los pacientes ya la estaban esperando; pacientes con pesados yesos en piernas y brazos; pacientes con vendajes alrededor de la cabeza y las muñecas; la víctima de un accidente en la ruta con sangre alrededor de la boca, la cara de un color blanco ceniza. Ya era tiempo de irse. Él le tocó la mano, con suavidad, y sus dedos se encontraron en una despedida tierna y dulce. Sue lo miró marcharse, rengueando un poquito, a través de la puerta vaivén.

* * *

Ya eran casi las dos menos cuarto cuando Morse bajó caminando desde el Hospital Radcliffe hasta la ancha y arbolada avenida de St Giles'. Pensó en postergar su próxima tarea, pero debía hacerse, alguno de esos días, y, de cualquier manera, ahora se encontraba cerca de allí.

Al seguir por la mano derecha de St Giles', mientras avanzaba en dirección al *Martyrs' Memorial*, Morse se detuvo en el primer bar al paso que encontró, el *Wimpy Grill*, y decidió entrar. Según él mismo lo admitiera, ese pequeño y moreno italiano que daba vuelta unas hamburguesas sobre una plancha, «no hablar, *signor*, muy bien el idioma» y se apresuró en requerir la presencia de la joven y desaliñada camarera para que la pudiese consultar. Morse se fue en medio de un generalizado sacudir de cabezas y un torbellino de gesticulaciones; no iba a ser algo sencillo. Unos metros más adelante se detuvo y entró al *Bird and Baby* donde pidió un jarro de cerveza y se dedicó a mantener una conversación serena y formal durante unos cuantos minutos con el barman, que también, como solía ocurrir, era el patrón, y quien siempre pasaba la hora de almuerzo trabajando detrás de la barra. Lo lamento, no. Oh, sí, lo había notado, pero no. Lo lamento. Iba a ser una tarea larga y descorazonadora, pero nadie sino Morse podía llevarla a cabo.

Siguió camino, metódicamente, por unos doce lugares similares en el Cornmarket, debajo del Cine ABC; cruzó la calle en Carfax y retomó su marcha por

la acera opuesta. Fue en una pequeña panadería («se preparan minutas»), acurrucada al costado de la gigantesca mole de Marks and Spencer, donde encontró a la persona que andaba buscando. Era una rolliza mujer de pelo cano, con una cara amable y actitud amistosa. Morse habló con ella algunos minutos y esta vez también hubo mucho asentir de cabeza y una mano extendida, señalando. Pero no señalando vagamente hacia afuera, en dirección a ciertas callejuelas o apuntando hacia otras calles laterales. Esta vez señalaba hacia un cuartito, en la parte trasera de la panadería, donde se servían las minutas ofrecidas por el establecimiento. Para ser exactos, señalaba hacia una mesita en particular, que estaba en el ángulo más alejado de la habitación, con una silla a cada lado, ambas ahora desocupadas y un juego de aceitera y vinagrera, un cenicero sucio y una botella de salsa de tomate sobre el mantel a rayas blancas y rojas.

Eran las cuatro menos cuarto. Morse se dirigió a la mesa y se sentó. Sabía que el caso ya casi estaba llegando a su fin, pero no pudo sentir ningún alivio. Le dolían los pies, en especial el derecho, y necesitaba con desesperación algo que lo reanimase. Una vez más sacó de su billetera la fotografía de Sue y contempló la cara de la chica que amaba sin esperanza alguna. La mujer canosa se le acercó.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor? Lo siento, no me di cuenta de que usted quería...

—Tráigame una taza de té, querida —dijo Morse—. Era mejor que nada.

Volvió a la oficina recién a las cinco menos cuarto. Sobre su escritorio había una nota de Lewis. El sargento esperaba que no tuviera inconvenientes en dejarlo salir un rato antes. Por favor llámeme si me necesita. Su mujer estaba un poco engripada y los chicos daban bastante trabajo.

Morse estrujó la nota y la arrojó al cesto de papeles. Debajo de la nota estaba la carta que Lewis había traído de parte de Jennifer Coleby. Luego de cerciorarse de que estuviese bien cerrada, Morse la colocó, sin abrirla, en el cajón inferior del lado izquierdo de su escritorio y giró la llave en la cerradura.

Buscó un número en la guía y oyó el característico «prrr prrr prrr». Consultó el reloj: casi las cinco de la tarde. Por supuesto, no tendría demasiada importancia si ya se hubiese ido, pero quería dejar las cosas terminadas enseguida. «Prrrr prrr prrr». Estaba a punto de darse por vencido cuando contestaron la llamada.

—¿Hola? —Era Palmer.

—¡Ah!, me alegra encontrarlo, señor. Habla Morse.

—¡Oh! —Al gerentucho no se lo oía demasiado entusiasmado—. Tuvo suerte. Ya estaba cerrando, pero me pareció mejor volver y contestar. Uno nunca sabe en este negocio. Puede ser algo importante.

—Es importante.

—¡Oh!

Palmer vivía en la elegante *Observatory Street* al final de Woodstock Road. Sí.

Podría encontrarse con Morse —pudo, por supuesto— si se trataba de algo importante. Concertaron un encuentro en el *Bull and Stirrup* en las cercanías de Walton Street a las ocho y media de esa misma noche.

Era una clase de *pub* de aspecto pobretón, mal iluminado, con el piso cubierto de aserrín para absorber los escupitajos de la clientela, un lugar descorazonador, donde caballitos, dardos y quinielas futbolísticas eran las mayores demandas de una mal entrazada clientela. Morse quería arreglar las cosas y salir de allí lo antes posible. Desde el comienzo fue una lucha, y Palmer se mostraba evasivo y renuente, pero Morse sabía demasiado para él. De mala gana, pero con aparente franqueza, Palmer soltó su patética historia.

—¿Usted pensará que yo debía habérselo dicho antes?

—No sé. No estoy casado.

La voz de Morse reveló una profunda indiferencia. Eran las nueve de la noche y se despidió.

Manejó por Woodstock Road a poco más de 45 kilómetros por hora, pero al divisar un patrullero más adelante, redujo la velocidad al límite permitido. Giró en la rotonda de Woodstock, el punto de partida de todo ese lamentable embrollo, y enfiló hacia Woodstock. Se detuvo en el pueblo de Yarnton y estacionó el Lancia delante de la casa de la señora Mabel Jarman, donde se quedó no más de un par de minutos.

En el camino de regreso a casa entró a la Jefatura de Policía. Los pasillos estaban a oscuras, pero no se molestó en encender las luces. Ya en su oficina, abrió el cajón inferior izquierdo y extrajo el sobre. Le temblaba un poco la mano cuando tomó el abrecartas y prolijamente rasgó la parte superior. Se sentía como un jugador de críquet que tuviese 0 puntos y revisara el registro de tantos, para ver si, por error, le habían cargado a su nombre una mala jugada hecha por el otro bateador. Pero Morse no creía en milagros, y sabía lo que diría esa nota antes de abrirla. La vio, pero no la leyó. La vio de un modo global, como la suma de unas palabras y sus letras por separado. Los milagros no existen.

Apagó la luz, cerró con llave la puerta de la oficina y volvió caminando por el tenebroso pasillo. La última pieza había caído en su casillero. El rompecabezas estaba terminado.

Capítulo 30

Sábado 23 de octubre

Desde el desayuno, Sue había tratado de escribir a David. Una o dos veces llegó a redactar media carilla antes de hacer un bollo con el papel y comenzar una nueva hoja; pero, por lo general, la esquiva fraseología le fallaba luego de no haber escrito sino una miserable frase corta. Intentó de nuevo.

Mi querido David:

Fuiste muy bueno y cariñoso conmigo, y sé que esta carta va a causarte un profundo dolor.

Pero siento que es mi deber decírtelo; no es justo ocultarte algo así. La verdad es que me enamoré de otra persona y yo...

¿Qué más podía decir? Pero tampoco podía terminar de ese modo... Arrugó el último borrador y lo agregó a la creciente colección de apretadas bolas de papel sobre la mesa.

Un Morse de aspecto sombrío estaba sentado en su silla de cuero negro esa misma mañana. Otra mala noche, agitada. Tendría que tomarse unas vacaciones.

—Se lo ve cansado, señor —dijo Lewis.

Morse asintió con un gesto.

—Sí, pero ahora ya hemos llegado al final del camino.

—¿Ya llegamos, señor?

Morse parecía querer darse ánimo. Respiró hondo:

—Di una o dos vueltas en el sentido equivocado, como usted sabe, Lewis; pero un golpe de suerte me llevó siempre en la dirección correcta; incluso la noche del homicidio. ¿Se acuerda cuando estuvimos en la playa de estacionamiento? Recuerdo haber contemplado las estrellas pensando cuántos secretos debían conocer, al mirar todo lo que pasa aquí abajo. Recuerdo haber tratado incluso de ver el esquema, entonces, y no solo los fragmentos que lo componían. ¿Sabe, Lewis?, esa noche ocurrió algo muy extraño. Tenía todas las apariencias de ser un homicidio sexual. Pero las cosas no siempre son lo que parecen, ¿no es cierto?

Hablaba como si estuviese aturdido, con una especie de salmodia, casi como alguien bajo el efecto de alguna droga.

—Y bien, uno puede hacer que las cosas parezcan un poco raras, pero todavía no me encontré nunca con alguno de esos asesinos tan inteligentes. ¿O será que las cosas ocurren de determinada manera? Resultaba raro que a Sylvia la hubiesen violado donde la encontramos, ¿verdad? Sé que esa noche la playa de estacionamiento estaba

muy oscura, pero todo el tiempo entraban y salían autos con los faros delanteros encendidos. Hay que forzar un poco la imaginación para pensar que alguien pueda estar tan chiflado como para violar a una chica con las luces de los automóviles iluminándolo a pleno.

A Lewis le dio la impresión de haberse aflojado un poco, y también que los ojos perdían esa expresión tan sombría.

—¿Y bien?

Eso sonaba más característico de su jefe.

—Supongo que está usted en lo cierto, señor.

—Pero sonaba raro. Una joven rubia de largas piernas asesinada y violada o violada y asesinada. En cualquier sentido que fuese, todo señalaba en la misma dirección. Debíamos hallar a un asesino sexual. Pero yo no estaba seguro. La violación no es algo tan sencillo, me dicen, si la joven violada no coopera un poco, y, como le acabo de comentar, desconté la posibilidad de que Sylvia fuese violada en el estacionamiento. Podría haber gritado y dado alaridos; a menos, claro, de que ya estuviese muerta. Pero tengo bastantes reparos acerca de esa clase de cosas y, en mi opinión, las probabilidades que teníamos de enfrentarnos con un necrófilo semejante al de Christie eran un tanto remotas. Entonces, ¿en qué lugar nos deja todo eso?

Lewis deseó que fuese una pregunta retórica, nomás, y así fue.

—Bueno, concentremos nuestra atención en cada uno de los dos componentes por separado: violación y asesinato. Imaginémoslas como dos acciones diferentes, no una sola. Supongamos que ella tuvo relaciones sexuales con un hombre; después de todo, no existen dudas sobre ese hecho. Vayamos más allá y supongamos que eso ocurrió únicamente con su consentimiento. Ahora bien, contamos con una mínima prueba para sustentar este punto de vista. Sylvia no era miembro del movimiento de liberación femenina, pero no llevaba corpiño, y esto me parece, si no algo poco usual, bueno, un tanto sugestivo. Descubrimos que Sylvia tenía diversas blusas blancas, pero ningún corpiño blanco. ¿Por qué no? Nadie que esté tan pendiente de su cuerpo y de su apariencia como Sylvia Kaye usaría un corpiño negro debajo de una fina blusa blanca, ¿no? Puedo sacar una sola conclusión: que con frecuencia Sylvia salía sin corpiño, y que, de usar corpiño, llevaría uno negro, porque todas las chicas creen que la ropa interior negra es tremendamente *sexy*. Y bien, todo esto indicaba que, quizás, fuese una jovencita de vida un tanto alegre, y, en mi opinión, resulta muy claro que lo era.

—Tampoco usaba bombacha, señor.

—No. Pero el informe del patólogo sugiere que ella tenía... que había marcas de elástico alrededor de su cintura. Sí, casi con plena seguridad se había puesto una bombacha y esta fue parar dentro de algún bolsillo y, más tarde, la tiraron o la quemaron. De cualquier manera, eso no es lo importante. Volvamos a los distintos componentes del crimen. Primero, un hombre tuvo relaciones sexuales con Sylvia; casi con certeza, sin demasiada oposición. Segundo, alguien la asesinó. Pudo haber

sido el mismo hombre, pero no resulta fácil ver el motivo. La evidencia que conseguimos en una etapa muy temprana parecía sugerir que se trató de un encuentro puramente casual, un levante al azar en el camino a Woodstock. Muy bien. Pero una vez establecido que Bernard Crowther era quien se había detenido en la rotonda de Woodstock, ciertos aspectos del caso parecieron volverse más enigmáticos, y no al revés. Puedo imaginar muy bien a Crowther como esa clase de hombres que, cada tanto, le son infieles a su mujer. Según lo que ahora sabemos, su relación con su esposa parece haber cambiado, en los últimos años, de una felicidad idílica a estúpidas y reiteradas peleas. Pero si andamos buscando a un maníaco sexual, estoy bien seguro de que Crowther no es el hombre indicado. A mí me pareció un hombre esencialmente civilizado. ¿Recuerda cuando usted miró esas fotografías de Sylvia, Lewis? ¿Recuerda haber dicho que le gustaría agarrar al bastardo capaz de haber hecho eso? Pero, en su cabeza, usted se había formado una imagen compuesta del crimen, me parece; usted relacionaba la violación con el homicidio y algo más: la obvia interferencia con las escasas ropas de Sylvia. Pero yo no puedo hacer encajar a Crowther dentro de esa imagen; y si la evidencia de la señora Crowther fue, en algún aspecto, correcta, sí estuvo acertada, por cierto, en ese punto donde describe lo que vio en el auto. Usted mismo insistió en eso, Lewis. ¿Qué tenemos, entonces? Primero, él le hace el amor a la chica en el asiento trasero del auto. Segundo, podría haberse peleado con ella por alguna causa. Digamos que ella es una chica fácil y mercenaria, y consiente en hacer el amor con él en condiciones semejantes a las que suelen exigir las prostitutas. Digamos que él no pudo o no quiso pagarle. Digamos que pelearon y él la asesinó. Es una posibilidad. Pero me cuesta creer que si esa hubiese sido la secuencia de los hechos habríamos encontrado a Sylvia tal y como lo hicimos: con la blusa rasgada y semiarrancada. O, por lo menos, no si estuviésemos acertados al pensar en Crowther como en la parte culpable.

Lewis lo interrumpió, con suavidad.

—Usted dijo saber quién lo hizo.

—Y usted también, me parece —replicó Morse—. A medida que iba progresando la investigación, parecía haber una sola persona con la mente lo suficientemente enferma y perversa como para mezclarse con el cuerpo de una muchacha asesinada. Un hombre que había esperado verla, de todos modos; un hombre que, lo sabemos, perpetuamente se deja tentar y se atormenta con ideas sexuales; un hombre que todas las semanas se da un festín de películas condicionadas y pornografía. Usted sabe todo acerca de él, Lewis. Y hace una semana yo fui a verlo. Su dormitorio está atestado de toda la parafernalia de postales obscenas, revistas danesas, pornografía explícita y demás. Está enfermo, Lewis, y él lo sabe, y también su madre. Pero no es esa clase de sujetos depravados. De hecho, él no es desagradable, de un cierto modo asqueroso. Me contó que, a menudo, había tenido un sueño en el que desnudaba a una mujer muerta.

—¡Dios Santo! —dijo Lewis.

—¿Sabe?, eso no debería sorprenderlo tanto —explicó Morse—. Según me han dicho, Freud menciona esa clase de sueños como una forma muy común de las fantasías sexuales entre frustrados *voyeurs*.

Lewis recordaba la película. ¿Acaso él mismo no la había encontrado bastante erótica? Pero no quería admitirlo; ni siquiera para sí.

—Con anterioridad ya se había encontrado algunas veces con Sylvia. Por lo general se citaban en el bar del *Black Prince*, tomaban un trago y luego se volvían a su casa; a su dormitorio. Él le pagaba. Así me lo dijo.

—De una manera u otra tenía bastantes gastos, señor.

—En realidad, sí. De cualquier modo, la noche en que asesinaron a Sylvia él había estado esperando desde aproximadamente las ocho menos cuarto. Bebió una copa tras otra y se sintió cada vez más desesperado al ver transcurrir los minutos sin que Sylvia apareciera. En varias oportunidades salió a buscarla. Pero no vio nada. Cuando por fin la encontró, se sentía mal, física y mentalmente: estaba descompuesto por tanta frustración sexual reprimida y descompuesto, también, porque había bebido demasiado. La encontró casi por casualidad —así dice— y yo le creo.

—¿Y entonces... usted se refiere a que él... la manoseó un poco?

Morse asintió con la cabeza.

—Sí. Lo hizo.

—Necesita tratamiento, señor.

—Me prometió ir a ver a un psiquiatra; aunque no soy demasiado optimista al respecto. Una sola vez me encontré con un psiquiatra. Un tipo ridículo. Si alguna vez alguien necesitó un tratamiento psiquiátrico, ese hombre era él.

Morse sonrió con pesar y Lewis sintió que su jefe empezaba a recobrar su manera de ser habitual.

—Entonces esa parte queda aclarada, señor.

—Sí, pero no nos sirvió de gran ayuda, ¿verdad? Creía, y estaba dispuesto a asegurarlo, que Sylvia Kaye no había sido asesinada por el señor John Sanders. A ella la mataron, tal como dice el informe del patólogo, entre las siete y las ocho de la tarde, o por ahí cerca. Ahora bien, nosotros dos conocemos todos esos cuentos sobre el homicida que siempre regresa a la escena del crimen, pero yo no puedo creer que Sanders se haya quedado durante unas dos horas y media o tres bebiendo *whisky* a una distancia de no más de unos cuarenta y cinco metros de donde su víctima yacía asesinada. Lo habría deseado, eso es seguro. Lo que me sonaba tan raro era por qué no la habían encontrado antes. Pero usted me aclaró ese punto.

A Lewis lo alegraba saber que había sido útil en algún tramo de la investigación, y supo a qué se refería Morse, pues él en persona había interrogado a todos los automovilistas de los vehículos estacionados aquella noche en la playa del *Black Prince*. El hombre que conducía el auto junto al cual habían hallado a Sylvia lo había dejado antes mal estacionado fuera de la playa de estacionamiento, pero, preocupado porque su auto bloqueaba el paso de los demás, al ver salir a otro aprovechó de

inmediato la ocasión para meter el suyo marcha atrás en el espacio que había quedado libre. Sus faros, claro está, de ninguna manera pudieron iluminar el cadáver de Sylvia y cuando se bajó del auto el cuerpo estaba tirado contra la pared, del otro lado.

—Y bien —prosiguió Morse—, ya para ese entonces, por un motivo u otro, nos ingeniamos para dar con Crowther. O, para decirlo mejor, con los Crowther. Quizás nunca sepamos el papel exacto que cada uno de ellos desempeñó aquella noche. Pero hay algo que, en mi opinión, podemos sugerir sin equivocarnos: como consecuencia de lo ocurrido, Margaret creyó que Bernard había asesinado a Sylvia. Si se suicidó solo a causa de aquello que sospechaba, no lo sé, aunque, seguramente, ese fue uno de los factores que la empujó a hacerlo. Pero eso no es sino la mitad de la cuestión. Creo, también, que Bernard pensó que Margaret había asesinado a Sylvia. Si estoy acertado a ese respecto, eso parecería explicar un montón de cosas. Bernard tenía dos razones de peso para quedarse callado. Primero, y casi con plena seguridad, su aventura amorosa saldría a relucir, con todas las consecuencias que ello le acarrearía. Pero segundo, y aún más importante, su testimonio podría muy bien ayudarnos a descubrir al asesino quien, tal como Bernard veía las cosas, no era otro que Margaret, su propia esposa. ¡Dios Santo, Lewis, si solamente se hubiesen atrevido a hablar de todo esto! No se sospecha de alguien más en un crimen si fue uno quien lo cometió. Y, según creo, cada uno de ellos era bastante sincero al sospechar del otro. Entonces podemos decir, con mucha confianza, que ninguno de ellos lo hizo. Y, de haber sido Bernard un poquito más inteligente, se habría percatado de cuán improbable era que Margaret estuviese realmente implicada en el homicidio. ¡Pasó a su mujer en el camino de regreso a Oxford! Sabemos, por los dichos de Margaret, que ella maneja muy despacio y no sería extraño que la mayoría de los autos la pasara, de cualquier manera. Pero, si él había salido para Oxford antes que ella, le resultaba físicamente imposible poder adelantársele. ¿Concuerda usted?

—A menos que se detuviera a beber algo, señor.

—No lo había pensado —dijo Morse, con lentitud—. Pero no es una cuestión esencial. Prosigamos. Y bien, la persona clave en el caso, desde el principio, ha sido la señorita X; esa señorita X que estuvo con Sylvia en el auto de Bernard. ¿Qué sabemos de ella? El hecho más crucial de todo cuanto supimos es algo que oyó la señora Jarman, y ella está profundamente convencida de haberlo oído; anoche volví a verla. Ella oyó decir a Sylvia: «Mañana por la mañana nos moriremos de risa al acordarnos». Bien. De ese modo vemos cómo el panorama se estrecha bastante, ¿no? Investigamos la Compañía de Seguros Town & Gown y descubrimos algunos hechos interesantes. Y el más interesante de todos es que alguien le pide a la señorita Jennifer Coleby que mantenga la boca cerrada.

Lewis abrió su propia boca, pero no llegó más lejos.

—Usted piensa, lo sé, que me he opuesto a esa jovencita desde el principio, pero ahora estoy convencido —más que nunca convencido— que esa carta dirigida a Jennifer Coleby fue escrita por Bernard Crowther. Si usted quiere todos los detalles,

la escribió la tarde del viernes 10 de octubre, en las habitaciones de Peter Newlove en el Lonsdale College, en la máquina de escribir del susodicho señor Newlove. Y eso, Lewis, es un hecho.

De nuevo Lewis hizo esfuerzos por protestar, y de nuevo Morse descartó esa protesta con un gesto de su mano.

—Escúcheme, Lewis. Jennifer Coleby nos mintió desde el vamos. En verdad, de todas las personas involucradas en este caso, Jennifer Coleby fue quien tuvo el monopolio de todas las mentiras. Mentiras y más mentiras. Pero ¿por qué mentiría ella? ¿Por qué alguien estaría tan ansioso por engañarnos hasta el punto en que ella lo hizo? Estuve seguro, en una etapa bastante temprana, de que la razón era, en realidad, bastante simple. La joven dama que se sentó en el asiento trasero de Bernard era su amante, y todo cuanto supimos de boca de Margaret confirmó la verdad de lo admitido por él: que, sí tenía una amante. Bueno, no necesito extenderme sobre todas las macanas que nos dijo Jennifer, pero hubo algo de cierto en esa intrincada red de engaños. Y lo único dicho por ella que parecía ser la más colosal de todas las mentiras fue, justamente, lo único verdadero. Ella dijo que tenía auto.

Lewis ya no se pudo contener más.

—Pero tenía una goma pinchada, señor. Tenemos todos los detalles al respecto.

—Oh, sí, no lo dudo. Sabemos que la tenía. Telefoneó a la gente de la Compañía de Neumáticos y Baterías Cowley. Pero si ellos no pudieron emparcharla, entonces alguien más lo hizo, ¿eh? Si lo recuerda, Jennifer no le pidió al hombre de la gomería que fuese en algún otro momento, ni tampoco hizo arreglar la goma en Barkers. Pero alguien emparchó esa pinchadura, Lewis. ¿Lo habrá hecho ella, tal vez? Ella no es una tonta, ¿verdad? ¿O quizás le pidió al hombre de la casa vecina? No lo sé. Pero se puede arreglar una pinchadura en cinco minutos sin demasiados problemas, y Jennifer Coleby es una muchacha práctica y necesitaba contar con un auto esa noche.

—Ahí ya no puedo seguirlo —dijo el desconcertado Lewis.

—Ya lo hará, no tema.

Morse miró su reloj.

—Quiero que la vaya a buscar, Lewis.

—¿Usted se refiere a la señorita Coleby?

—¿Y a quién diablos más?

Morse salió con Lewis, llamó a la puerta del despacho del Superintendente Strange y entró.

Una media hora después se abrió la puerta y Strange se quedó de pie en el umbral con Morse. Los dos hombres tenían el semblante muy serio y Strange asintió con la cabeza, gravemente, mientras el Inspector Principal le decía algunas palabras finales.

—Se lo ve cansado, ¿sabe, Morse? Creo que debería tomarse una quincena de licencia ahora que todo ha concluido.

—Bueno, no tan concluido, señor.

Morse caminó lentamente de regreso a su oficina.

Cuando llegó Jennifer Coleby, Morse le pidió que tomara asiento y luego fue hacia donde estaba Lewis.

—Quiero que esto sea privado, Lewis. Usted comprenderá, lo sé.

Lewis no comprendió y se sintió herido. Pero los dejó juntos, y se fue caminando a la cantina.

—Mire, inspector, en realidad pensé que luego de haberme entrevistado ayer el sargento, usted había terminado...

Morse la interrumpió secamente.

—La hice venir aquí y yo seré el que hable. Usted se limitará a quedarse sentada y a callarse la boca durante algunos minutos.

Había una amenaza levemente velada en el tono de su voz, y Jennifer Coleby, más preocupada ahora por precaverse, obedeció lo que Morse le había ordenado.

—Déjeme decirle lo que sospeché desde hace mucho tiempo en este caso, señorita Coleby. Puede interrumpirme si me equivoco, pero no toleraré ni una sola más de sus miserables mentiras.

Ella le echó una mirada maligna directamente a sus ojos inquisidores, pero no dijo nada.

—Permítame expresarle mi pensamiento. Creo que una noche dos chicas fueron levantadas por un hombre, y una de ellas era su amante. Creo que esa joven solía viajar en auto para encontrarse con él, pero esa noche, en particular, no pudo llegar allí en auto y, por esa razón, se vio obligada a tomar el bus, o bien a hacer dedo. Por desgracia, y por pura casualidad, la levantó el mismísimo hombre con quien iba a encontrarse. Por desgracia, también, había dos chicas, y él se vio obligado a levantarlas a las dos, y esas dos chicas se conocían entre sí. Ahora, de pronto, todo le resultaba demasiado peligroso —eso pienso, señorita Coleby, ¿comprende usted?— y en cierta forma decidieron olvidar su cita y esperar hasta que surgiera una nueva oportunidad. En mi opinión esa chica, la amante, le pidió bajarse en alguna parte, durante el trayecto. Con toda probabilidad le dio alguna excusa muy natural —sabía mentir muy bien— y le pidió que la dejara bajar. Pero sabía adónde se dirigía la otra chica —sin lugar a dudas, pues ella se lo había dicho— y sintió unos celos incontrolables esa noche. Tal vez intuyó algo mientras iban en el auto todos juntos. Usted sabe, la chica sentada en el asiento delantero les resultaba muy atractiva a los hombres. ¿Y si tal vez...? ¿Quién sabe? El hombre, ese hombre al que ella conocía tan bien, engañaba a su esposa. ¡La engañaba con ella! ¿Y por qué no con otra? Entonces, esto es, a mi parecer, lo que pasó. Bajó del auto, pero no volvió a su casa. No. Esperó un ómnibus y casi enseguida llegó uno. ¡Cómo debe haber maldecido su suerte! ¡De no haber hecho dedo! De cualquier manera tomó el bus y se encaminó al lugar donde sabía que podría encontrarlos. Y los encontró. Estaba oscuro allí y no podía ver gran cosa, pero vio lo suficiente. Y sintió brotar dentro suyo unos celos

homicidas, no tanto contra su amante, pero sí contra esa chica, que no era sino una prostituta barata, una chica a la cual ella conocía pero que nunca le había gustado, una chica a quien ahora odiaba con una furia indecible. Quizás, puedo suponer, se dirigieron unas palabras después que el hombre se marchara, pero es solo una suposición, y puedo equivocarme. En mi opinión, la chica que acababa de salir del auto pudo ver la furia ciega en el rostro de su compañera y, también en mi opinión, intentó escaparse. Pero, al hacerlo, le descargaron un perverso golpe contra su cráneo y ella cayó muerta, desplomándose sobre los adoquines de la playa de estacionamiento. A mi entender, la chica homicida arrastró de los brazos a la chica muerta hasta el ángulo más oscuro de la playa y luego, supongo, se perdió caminando en la noche y tomó un bus que la llevó a su casa.

Morse se interrumpió, y en la habitación reinaba un profundo silencio.

—¿Piensa usted que es así como pasó, señorita Coleby?

La señorita Coleby asintió con la cabeza.

—Ambos sabemos quién mató a Sylvia, ¿no es cierto?

Morse habló con tanta suavidad que apenas pudo ella comprender las palabras. De nuevo asintió con un gesto.

Morse llamó por teléfono a Lewis para requerir su presencia.

—Tome unas notas, sargento. Ahora bien, señorita Coleby. Unas pocas preguntas más, por favor. ¿Quién le emparchó el neumático pinchado?

—El hombre al otro lado de la calle, el señor Thorogood.

—¿Cuánto tardó en hacerlo?

—Unos cinco o diez minutos. No mucho. Yo lo ayudé.

—¿Durante cuánto tiempo fue usted la amante de su empleador, el señor Palmer?

Lewis levantó la mirada, azorado.

—Poco menos de un año.

—¿No pensó usted que decírselo a otra persona era un poco peligroso?

—Sí, eso creo. Pero significaba que podíamos disponer de un cuarto una vez por semana.

—Esta mañana, ¿le contó Palmer que yo lo sabía?

—Sí.

Hasta ese momento ella había respondido en un tono bastante apacible. Pero el antiguo chispazo llameó de nuevo en sus ojos.

—¿Cómo lo sabe?

—Me fue preciso adivinarlo. Pero debía haber alguna razón. Fue por accidente, en realidad. Examiné en el libro de asistencias de la escuela nocturna el miércoles 29 de septiembre, para ver si la señora Crowther había ido a clase. No se había presentado. Pero advertí otro nombre en la lista, y ella sí había asistido, una tal señora Josephine Palmer. Bueno...

—Tiene una mente suspicaz, inspector.

—¿Y cuándo comenzó este asunto de las cartas?

—En el verano. Una estupidez, a decir verdad. Pero funcionó muy bien... eso dijeron.

—¿Puede usted darme su palabra de honor, señorita Coleby, de que no va a decirle nada de esto a nadie?

—Sí, inspector. Creo que, al menos, le debo eso.

Morse se puso de pie.

—Bien, consiga que alguien la lleve de vuelta a su trabajo, Lewis. Ya le hemos robado bastante tiempo a la señorita Coleby.

Un Lewis atónito se los quedó mirando, boquiabierto, como un pez fuera del agua, y Jennifer miró en torno y le dirigió una sonrisa triste, de pesar.

—Usted no ha sido muy leal conmigo, ¿no es cierto, señor?

A Lewis se lo veía abatido y molesto.

—¿Qué insinúa, usted? —preguntó Morse.

—Usted dijo que el caso estaba casi terminado.

—Está terminado —dijo Morse.

—¿Usted sabe quién la mató?

—Una persona ya ha sido arrestada con el cargo de haber asesinado a Sylvia Kaye.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Esta mañana. ¡Tome!

Morse sacó la carta que Lewis le había entregado en persona de parte de Jennifer Coleby y se la alcanzó. Lewis miró la hoja de papel y leyó con ciega y atónita incredulidad, sin comprender nada, la única línea de respuesta que la señorita Coleby había escrito ante la pregunta formulada por Morse.

—Sí —dijo Morse, con suavidad—. Es verdad.

Lewis tenía montones de preguntas, pero no recibió ninguna respuesta.

—Vea, Lewis, quiero estar solo. Váyase a su casa y cuide a su mujer, para variar. Hablaré con usted el lunes.

Los dos hombres salieron de la oficina. Lewis tomó su saco y pronto estuvo afuera. Pero Morse caminó muy despacio hasta las celdas en el extremo más alejado del ala norte.

—¿Quiere entrar, señor? —le preguntó el sargento que estaba de servicio.

Morse asintió.

—Déjenos solos, ¿quiere?

—Lo que usted diga, señor. Celda número 1.

Morse tomó las llaves, abrió la puerta principal que conducía a las celdas y se encaminó hasta la número 1. Asió las rejas con las manos y se quedó de pie, mirando con tristeza a través de ellas.

—Hola, Sue —dijo.

Capítulo 31

Lunes 25 de octubre

El día había amanecido brillante y diáfano, pero a media mañana una melancólica legión de pesados nubarrones grises se amontonaban en lo alto, y unas ráfagas de llovizna ya salpicaban las ventanas de la oficina de Morse cuando, por última vez en el caso de Sylvia Kaye, los dos detectives se encontraron cara a cara, escritorio por medio.

—¿Qué sabíamos acerca de la señorita X? —preguntó Morse, y procedió a responder él mismo a su pregunta—. Sabíamos, de un modo aproximado, cómo era, sabíamos, vagamente, qué ropas llevaba puestas y también suponíamos su edad. Era un comienzo, pero como tal no nos hubiera llevado muy lejos. Y sabíamos, también, que esas dos chicas allí, en la parada, esperando el bus, no solo se conocían sino que también volverían a verse a la mañana siguiente. Ahora bien, esta pieza aislada era, sin duda alguna, de lejos, la más importante de todas las evidencias que conseguimos, y de inmediato actuamos sobre ella. Como era natural, supusimos que podíamos estrechar el campo de nuestras averiguaciones, y de un modo bastante acertado concentramos nuestra atención en las empleadas de la oficina que trabajaban con Sylvia Kaye. Podía haber sido, claro está, una amiga de ella, alguien con quien, tal vez, se hubiera encontrado a la hora del almuerzo, o una persona con la cual se encontrase en el bus. Podía haber sido esas o cien cosas más. Pero no lo pensamos. Y no lo hicimos porque, a continuación, la singular conducta de una de las compañeras de trabajo de Sylvia, la señorita Jennifer Coleby, despertó nuestras sospechas, y muy justificadamente, por cierto. Pero, aunque para ese entonces no lo sabíamos, había alguien más con quien Sylvia habría de encontrarse la mañana siguiente, y si hubiésemos sido algo más sagaces un poco antes, Lewis, lo habríamos descubierto más rápido. Sylvia seguía un tratamiento de fisioterapia en el Hospital Radcliffe por su brazo roto, y para seguir ese tratamiento concurría con regularidad los martes y jueves por la mañana. Es decir, para recibir fisioterapia, debía presentarse ante la enfermera de planta a cargo del Sector de Pacientes Externos por Accidentes, la mañana del jueves 30 de septiembre. En otras palabras, habría de concurrir a la cita con la enfermera titular Widdowson.

Lewis se puso de pie para cerrar las ventanas que la lluvia azotaba ahora con más fuerza.

—Esto, como es obvio —continuó Morse—, no significaba gran cosa por sí solo. Pero aprendimos que Sylvia no tenía muchas amigas íntimas, ¿no es cierto? Era algo interesante. Sí, al menos, era algo interesante.

La atención de Morse se desvió por un instante, cuando, como antes lo había

hecho Lewis, contempló por la ventana la playa de estacionamiento asfaltada allá afuera, brillante ahora bajo el cielo encapotado.

—Pero volvamos a Jennifer Coleby. Crowther le escribió; eso ahora quedó probado sin lugar a dudas. Pero Crowther no escribió esa nota para Jennifer; ella era, simplemente, la mensajera. Jennifer lo admitió; no le quedaba ninguna otra opción. Cuando le escribí no le pedí que acusara a nadie por el homicidio; solo le pregunté si la carta le estaba dirigida, en realidad, a Sue Widdowson, y ella confirmó que así era. Nunca sabrá, Lewis, cuánto temía yo conocer la verdad de todo esto...

La lluvia arreciaba en la playa de estacionamiento y el cuarto estaba sombrío y a oscuras. Las luces eléctricas brillaban en varias de las habitaciones contiguas, pero no en la oficina de Morse.

—Deténgase a pensar un instante, Lewis. Jennifer tenía auto. Ese fue un factor fundamental en el caso. Y, a pesar de la dificultad temporaria que tuvo con la pinchadura, usó el auto la noche del 29. Ella lo admitió, ¿recuerda? Y sí, lo hizo. No le creí en su momento, pero me equivoqué. Esa noche se encontró con alguien que vio el auto con Jennifer Coleby adentro. Alguien que no tenía nada que ver con el asesinato de Sylvia. Y se trataba de una persona con la cual Jennifer tenía un romance; su empleador, el señor Palmer. Entonces, aunque la evidencia había señalado en casi todas las etapas a Jennifer Coleby, ella, súbitamente, consiguió una coartada absolutamente incontrovertible. Hasta esa instancia yo había estado totalmente convencido de que la otra chica en este asunto era Jennifer; pero ahora debía enfrentar el hecho indubitable e indiscutible que, quienquiera se haya sentado detrás de Sylvia Kaye esa noche, en el auto de Bernard Crowther, esa persona no era, definitivamente, Jennifer Coleby. ¿De quién se trataba, entonces? Aunque me vi obligado a descartar a Jennifer como la sospechosa número uno —en verdad, obligado a descartarla como sospechosa de cualquier clase— me aferré obstinadamente a mi idea original: quienquiera fuese esa chica, era la amante de Crowther, y era ella la verdadera destinataria de su mensaje. Entonces, durante algunos minutos, miremos las cosas desde el punto de vista de Crowther. Creo, sin la menor sombra de duda, que él debió haber estado muy asustado. Póngase por un instante en sus zapatos, Lewis. El miércoles por la noche —lo sabía— había dejado a Sylvia Kaye sana y salva. Y al día siguiente, ¿qué descubre? Lee en el diario que habían hallado muerta a esa misma chica. Pero no asesinada en cualquier parte. Asesinada en el mismo lugar donde él la había visto por última vez: en la playa de estacionamiento del *Black Prince*. ¿Quién otro sabía de su presencia allí? Solamente él y Sylvia, y ella no podría volver a decir nada a nadie más. Pero Sue Widdowson hubiera podido adivinarlo, porque Sylvia podría haberle contado adónde se dirigía. Él debe haber estado fuera de sus cabales, y, por cierto, por tratarse de un hombre inteligente, no parece muy sensato haber hecho todo cuanto hizo. Una y otra vez el pensamiento se le debió haber cruzado por la cabeza: ¿se daría cuenta Sue de lo peligroso que sería decirle una sola palabra a cualquier alma viviente? Él habrá

pensado que, con toda seguridad, ella se daría cuenta. Pero, no obstante, las dudas han de haber corroído su mente. Ella era la única persona capaz de arruinarlo todo; no solo de hacerlo parecer sospechoso por el asesinato de Sylvia, sino también de sumir toda su vida familiar en un escándalo que, lo sabía, le sería imposible afrontar. Tenía que asegurarse, o, al menos, debía hacer algo. No se atrevía a verla. Entonces escribió la carta.

Lewis dio las familiares señales de incomodidad y Morse, con un gesto, le demostró su comprensión.

—Lo sé, Lewis. ¿Por qué le escribió a Jennifer?

—Pero ¿y por qué escribió, señor, después de todo? ¿Por qué no llamó por teléfono?

—Sí. Ya llego a esa parte. Pero primero convenzámolos completamente del hecho en cuestión, y el hecho es que Crowther le escribió a Jennifer Coleby. Pues si podemos reconocer plenamente el alcance de eso, podremos comenzar a responder a la pregunta perfectamente válida que usted formula. ¿Por qué no la llamó por teléfono? ¿Por qué no lo hizo? La respuesta es bastante directa, creo. ¿A quién iba a telefonar, y adónde? Supongamos por un instante que quiere telefonar a Jennifer, la fiel mensajera. ¿Al trabajo? No. Demasiado arriesgado. Todas las chicas en la oficina conocían el punto de vista de Palmer sobre el uso de los teléfonos de la empresa, y le jugaban limpio porque este aparentaba no ver la correspondencia personal que recibían. Pero aún hay algo más. Era también mucho más peligroso porque todas las llamadas telefónicas recibidas —salvo las que entraban al teléfono directo en el despacho de Palmer, que su secretaria contestaba— llegaban a través del conmutador y, como usted bien sabe, cualquiera a cargo del conmutador puede escuchar con total impunidad todo cuanto se diga. No. Eso quedaba afuera. ¿Y entonces? ¿Por qué no telefonar a la propia Sue Widdowson? ¿Por qué no llamar a su amante y hablar directamente con ella, fuese a su casa, o al hospital? Una vez más no nos resulta difícil ver por qué no lo hizo. Si llamaba a Sue a su casa, jamás podría estar del todo seguro de que las otras dos no estuviesen allí, ¿verdad? Podía arriesgarse con Jennifer, pero no con Mary. Debía estar bastante convencido —y tenía razón, yo lo sé— de que escuchar a hurtadillas, incluso una llamada telefónica unilateral, es un pasatiempo tentadoramente fácil e interesante.

Luego de llamar cortésmente a la puerta de Morse, la jovencita con la correspondencia policia entró vivazmente y depositó el correo matutino del inspector dentro de la bandeja de entrada.

—No es un día demasiado lindo, señor.

—No —dijo Morse.

—Tal vez más tarde aclare. —Al irse le dirigió una cálida y agradable sonrisa, y Morse asintió con un gesto amable. Representaba una suerte de consuelo saber que la vida continuaba en torno suyo. Se quedó mirando por la ventana, la mirada vacía, y advirtió que la lluvia había amainado. Quizás ella tuviera razón. Probablemente más

tarde aclararía...

—Pero ¿y por qué no podía llamarla al trabajo, señor?

—¡Ah, sí!, discúlpeme, Lewis. ¿Por qué no podía llamarla al trabajo, pregunta usted? Encontré yo mismo la respuesta el viernes pasado. Es virtualmente imposible para una persona ajena, aun cuando pertenezca a la policía, entrar en contacto directo con cualquier miembro del personal de enfermería del Radcliffe. Lo intenté yo mismo, y usted podría con la misma suerte pedirle un número de teléfono al servicio de informaciones, si no sabe la dirección. Tienen una especie de arpía como jefa de enfermeras...

—¿Y no podía Crowther escribirle a ella, entonces? Con seguridad...

—Podía, sí. Y no sé, en realidad, por qué no lo hizo, excepto... Vea usted, Lewis, se había acostumbrado a esa rutina con Sue Widdowson. Permítame explicarle cómo debe haberse iniciado. Como usted sabe, el correo empeora más y más en todos lados. Pero, según parece, en North Oxford es aun peor. Rara vez llega antes de las diez de la mañana; demasiado tarde para que alguien reciba una carta antes de salir a trabajar. Y, aún si llegase más temprano, digamos a las ocho, tampoco lo haría a tiempo. ¿Por qué no escribirle al hospital, entonces? La respuesta es que nuestra querida enfermera en jefe también es inflexible en ese aspecto: en el hospital está terminantemente prohibido recibir cualquier clase de correspondencia personal.

—Pero si Crowther le hubiera enviado una carta a su dirección particular, ella la habría recibido ni bien volvía del trabajo, ¿no es así?

—Sí, así es. Pero usted pone el dedo en la dificultad central, y por esa razón me inclino a pensar que hacen entrar a Jennifer Coleby en escena, desde el primer momento. Bernard Crowther, ¿sabe?, como muchos de esos profesores miembros del consejo, no tenía un horario de trabajo regular en el Lonsdale College. Algo siempre podría surgir en los ratos libres —cuestiones de disciplina, visitantes inesperados, reuniones imprevistas— y nunca podía planificar sus escapadas extraconyugales con ninguna anticipación, salvo la esperanza de tener algún momento libre, en los días venideros. Pero había algo mucho más importante que eso: debía ser muy cuidadoso y no perder de vista las idas y venidas de su propia familia, de un día a otro. Margaret podía hacer algún programa, los chicos podrían tener, inesperadamente, medio día libre, o enfermarse o... bueno, aquí también muchas cosas podían salir mal y arruinar completamente el mejor de los planes. Por eso, creo que a menudo Crowther no podía saber sino hasta llegado el día, incluso tal vez hasta unas pocas horas antes, cuándo y dónde iba a estar libre para encontrarse con su amante. Pero, Lewis, el Lonsdale College queda a no más de unos cien metros de distancia de la Compañía de Seguros Town & Gown, en High Street.

—¿Quiere usted decir que Crowther fue allí caminando y dejó una nota?

—Exacto: eso hizo.

—Pero Jennifer tampoco podría ponerse en contacto con Sue durante el día, ¿no? Usted recién dijo...

—Sé a dónde quiere llegar. Del mismo modo él podría haber mandado la carta a la casa de Sue. Tampoco recibiría ella el mensaje más temprano, porque la carta estaría aguardándola sobre el felpudo de la entrada, a su regreso del trabajo. De hecho, casi con seguridad la habría recibido más tarde aun. Pero todo esto es suponiendo que Crowther pudo haberle escrito el día anterior para concertar una cita, y, como dije, no creo que pudiera hacerlo a menudo. Pero aún existe otro punto mucho más importante, Lewis. Según dijo usted, Jennifer no podía ponerse en contacto con Sue durante el día. Pero sí podía, y lo hacía con frecuencia. Las dos se encontraban con bastante regularidad para comer algo juntas a la hora de almuerzo. Se encontraban en un pequeño café cercano a M & S. Lo sé, Lewis, porque estuve allí.

Morse pronunció esas últimas palabras con una entonación melancólica y mecánica, y Lewis lo miró, curioso. Era algo que Morse había dicho unos segundos antes. Era casi como si...

—Entonces, Jennifer Coleby debe haber estado enterada de todo esto, señor.

—No sé si de todo. Pero igual sabía bastante. Demasiado. Supongo... —Se quedó callado por algunos minutos, pero, cuando continuó, la voz se le notaba más enérgica y animada—. No sé cómo empezó, pero en algún momento deben haberse hecho confidencias una a la otra. Me dicen que a las mujeres, y también a los hombres, en eso no hay ninguna diferencia, les gusta hablar de sus conquistas con otras personas; y, posiblemente, alguna observación casual las haya unido, forjándose de esa manera un lazo de complicidad. Pienso que no cabe ninguna duda al respecto. Me inclino a creer que fue Crowther quien, tal vez luego de un par de malos entendidos y encuentros frustrados con Sue, sugirió la idea de dejar alguna nota de inofensiva apariencia dirigida a Jennifer Coleby en el buzón de la Town & Gown. Estoy casi seguro de que era esa clase de personas que disfrutaban con la idea de enviar mensajes en clave, y ese hábito creció y se convirtió en el canal normal para sus comunicaciones. Todo cuanto debía hacer era pasar caminando y echar una carta o una postal en el buzón de la puerta de calle de la oficina. Algo simple; ni siquiera lo apartaba de su camino. Con toda probabilidad, al principio eso solo ocurría al surgir alguna situación inesperada, pero, a medida que fue pasando el tiempo, se volvió una práctica habitual, tan habitual que incluso la siguió en este último mensaje tan crucial para ella. Y, además de ser una estratagema simple y extremadamente útil, a Crowther debió parecerle un regalo de los dioses no tener que escribirle ninguna carta formal a Sue. Como muchas personas enredadas en tales aventuras ilícitas, debe haber temido que la carta se extraviara, la abriese una persona equivocada, o la encontrasen en alguna parte. De este modo nadie podría enterarse de gran cosa, ¿no es cierto?, incluso si hallara las cartas.

—¿Cuándo pensó por primera vez que se trataba de la señorita Widdowson, señor?

Lewis formuló la pregunta con inusual delicadeza, porque al fin comenzaba a

entender.

Morse miraba fatigado y con tristeza el escritorio delante suyo, los dedos de la mano izquierda tamborileando con nerviosismo sobre la tapa.

—Supongo que hubo unos indicios bastante difusos; ¡bah!, no sé. Pero recién el viernes pasado estuve seguro. Quizás la primera vez que sospeché la verdad fue cuando verifiqué el libro de las clases vespertinas para ver el registro de asistencias de Margaret Crowther. Resulta que advertí, solo por accidente, en realidad, que por algún designio divino la esposa de Palmer asistía a la misma clase. Y eso me hizo reflexionar, me hizo reflexionar muchísimo. Me pareció casi imposible que Jennifer Coleby fuese esa clase de personas capaces de hacer favores sin obtener nada a cambio; me puse a pensar en el lazo que debía existir entre ella y la otra chica. Girando en círculos consideré la probabilidad de que ambas chicas atravesasen por similares circunstancias, en ese mismo tipo de relación con otras personas. Con hombres. Y así me puse a adivinar muchas cosas, y pensé en Crowther con alguien y en Jennifer con alguien más; y ¿en dónde encajaba Palmer, a todo esto? Y entonces... Bueno, y entonces pensé en Sue Widdowson, y de pronto las piezas comenzaron a acomodarse. ¿Podía Jennifer mantener un romance con Palmer? Con frecuencia, en situaciones de este tipo, se trata de alguien que uno conoce en el trabajo; ¿y quién otro, sino Palmer, estaba allí, en la Town & Gown? Era el único hombre en el edificio. Seguí preguntándome qué era lo que Jennifer obtenía a cambio de ese trato. Y de pronto se me ocurrió: había una sola cosa que ella debía anhelar por encima de todo. ¿Sabe usted qué, Lewis?

—Temo no ser experto en esa clase de cosas, señor.

—Tampoco yo —dijo Morse.

—Bueno, supongo que alguien quiere tener un lugar donde poder encontrarse a solas con... Ah, ya veo. Usted se refiere a...

—Sí, Lewis. Alguien pudo ofrecerle a Jennifer una habitación donde reunirse a solas con Palmer. Mary no salía tanto como para eso.

Pero fuese adonde fuese, no había moros en la costa, porque la otra chica del trío también podía hacer arreglos para ausentarse convenientemente, al mismo tiempo. Y eso es lo que ella hacía.

—Espere un minuto, señor.

Alguna preocupación surgía en lo más profundo de la mente de Lewis. Había vuelto a pensar en la noche del miércoles 29 de septiembre... Entonces lo tuvo.

—Pero la casa hubiese estado libre, ¿no?, ese miércoles a la noche. Creo haberle oído decir que Mary había ido al cine o a cualquier otro lado.

—Pronto lo convertiremos en un detective, Lewis. —Morse se incorporó de la silla de cuero, palmeó con la mano la espalda del sargento y permaneció de pie, contemplando las amenazadoras nubes que lentamente se alejaban hacia el oeste. Ya había dejado de llover y nada perturbaba los poco profundos charcos en la playa de estacionamiento—. Esa fue otra de las mentiras de Jennifer, creo. Mary estuvo en

casa esa noche; ella me lo dijo. Pero aun si Mary hubiese salido, no creo que eso habría significado algo distinto. Estoy casi seguro de que Jennifer tenía la tarea de llevar a Sue para encontrarse con Crowther. Esa era su parte en el trato. Y el miércoles 29 de septiembre ambas tenían sus respectivas citas, tal como sabemos.

—Pero ¿por qué ellos no...? —A Lewis se lo veía renuente a continuar con su pregunta, y Morse lo hizo por él.

—¿Por qué ellos cuatro no aprovechaban la oportunidad de usar la casa cuando Mary salía? ¿Era eso lo que quería preguntar?

—Sí.

—Bueno, era una apuesta bastante segura para Palmer, claro. Vive bastante lejos y habría muy poca gente, supuestamente, que lo conociera en North Oxford. De cualquier manera, era un riesgo razonable. De hecho, yo sé que él ha estado allí. Mantuve la casa bajo vigilancia toda la semana pasada, y la noche del miércoles el auto de Palmer estuvo estacionado en la cuadra siguiente. McPherson lo encontró; yo le asigné tareas especiales.

Una leve expresión compungida atravesó la cara de Lewis, pero Morse la ignoró.

—Él no vio realmente entrar a Palmer, pero lo vio salir, y yo mismo vi a Palmer la noche del viernes cuando se me aclararon las cosas respecto a él.

—¿Pero no era algo demasiado arriesgado para Crowther?

—¿Y qué piensa usted? Vivía sólo a tiro de piedra de allí. No, para él, hacerlo sería la cosa más idiota de cuantas uno pueda imaginar. Vivía allí desde hacía años. Prácticamente todo el mundo lo conocía, y pasaba caminando por esa misma calle casi todas las noches cuando salía a beber algo a *Fletcher's Arms*. La gente no hubiese tardado mucho en murmurar. No. No. Eso no pasó nunca, desde el comienzo.

—Entonces, cuando las dos tenían una cita...

—Jennifer era la encargada de llevar a Sue. Sí.

—De modo que si Jennifer no se hubiese encontrado con un neumático pinchado aquella noche, Sylvia podría no haber sido asesinada.

—No, no la habrían matado.

Morse cruzó por la habitación y volvió a sentarse en su silla. Ya casi había terminado.

—La noche del crimen, Sue Widdowson estaba impaciente y, probablemente, un poco molesta con Jennifer. No lo sé. De cualquier manera sintió que no podía esperar mientras Jennifer telefoneaba por la pinchadura hasta encontrar por último a un viejo amable en la acera de enfrente, lo cual podía tardar una eternidad. Pensó que se le hacía tarde y por eso decidió tomar el bus. Cruzó por Woodstock Road y se detuvo en la Parada de buses N.º 5 y... bueno, usted conoce el resto. Se encontró con alguien más que esperaba el ómnibus. Se encontró con la señorita Sylvia Kaye.

—Si antes hubiese esperado...

Morse asintió con la cabeza.

—Si antes hubiese esperado... Sí. Jennifer tuvo el neumático reparado en no más

de cinco o diez minutos, según dice. Ella había arreglado para encontrarse esa noche con Palmer en la *Golden Rose*. ¿Ve usted?, ella siempre llevaba a Sue hasta Woodstock y les resultaba conveniente, tanto a ella como a Palmer, encontrarse en algún *pub* de las inmediaciones; Begbroke, Bladon o incluso en Woodstock. Y esa noche se encontraron, lo sabemos. De hecho, y a pesar de todas sus dificultades, Jennifer llegó allí antes que Palmer. Se pidió un cóctel de cerveza con jugo de lima y salió a sentarse en el jardín para verlo llegar.

—Gracioso, ¿no es cierto?, señor. Si Sue Widdowson...

—Usted está lleno de «síes», sargento.

—La vida está llena de «síes», señor.

—Sí, es verdad.

—Pero usted continuaba adivinando, ¿no? Quiero decir, no tenía una evidencia sólida como para seguir adelante.

—Quizás no, todavía. Pero todo se iba sumando. Sue y Jennifer tenían casi la misma estatura, el mismo color de pelo, salvo...

—¿Salvo qué, señor?

—No tiene importancia. Olvídelo. ¿Vestimenta? Vi el saco que describió la señora Jarman; vi la misma clase de pantalones y Sue Widdowson los usaba. El viernes por la noche le mostré a la señora Jarman una fotografía de Sue y ella la reconoció de inmediato. No me sorprende que la pobre mujer no haya podido señalar a nadie en la ronda de identificación. La muchacha que ella había visto en la parada de buses no estaba allí.

—La gente comete errores, señor.

—¡Si tan solo lo hicieran, Lewis, si tan solo lo hicieran!

—Pero eso no es todavía una prueba.

—No, me imagino que no. Pero encontré algo más. Cuando fui al Radcliffe para ver el cadáver de Crowther, la enfermera de guardia me entregó sus llaves, que él llevaba en el bolsillo de sus pantalones. Le pregunté si alguien del personal de enfermería había ido a verlo, y ella me contestó que no. Pero también me dijo que la enfermera titular Widdowson le había preguntado cómo seguía él y había permanecido al otro extremo de la guardia, mirado un largo rato la cama donde yacía Crowther.

La voz de Morse se agitaba más y más, pero se dominó tan pronto como pudo. Otra vez atravesó la habitación para mirar por la ventana y ver cómo el sol empezaba a filtrarse por entre las nubes cada vez más delgadas.

—Fui al Lonsdale College y revisé el cuarto de Crowther. Encontré un solo cajón cerrado con llave entre todos los demás, uno de los cajones de su escritorio, el cajón inferior a la izquierda, por si le interesa.

Giró y se quedó mirando a Lewis, y su voz sonó áspera y violenta.

—Abrí el cajón y encontré... encontré una foto de Sue.

De pronto su voz adquirió un timbre muy suave y se volvió otra vez para mirar

por la ventana.

—Una copia de la misma fotografía que me había dado a mí.

Pero esas últimas palabras las dijo en voz tan baja que Lewis no pudo captarlas.

EPÍLOGO

Ya estaba hecho.

Lewis fue en auto a su casa para almorzar, deseando que su mujer se sintiera mejor. Vio el anuncio de un periódico con grandes titulares negros: HOMICIDIO DE WOODSTOCK - UNA MUJER AYUDA A LA POLICÍA. No se detuvo para comprar un ejemplar.

Morse fue otra vez a las celdas y pasó algunos minutos con Sue.

—¿Necesita algo?

Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando sacudió la cabeza y él se quedó junto a ella en la celda, torpe y confundido.

—¿Inspector?

—Sí.

—Quizás no pueda creerme, y de cualquier modo ya no importa. Pero... yo lo quería.

Morse no dijo nada. Sintió que le picaban los ojos y se los frotó con la mano izquierda, rogando que ella no se diera cuenta. Por un instante no se creyó capaz de hablar, y cuando lo hizo miró a su querida niña y solamente le dijo:

—Adiós, Sue.

Caminó hasta la salida y cerró con llave la puerta de la celda a sus espaldas. No podía decirle nada más. Se fue de mala gana y, mientras caminaba por el corredor, oyó su voz por última vez.

—¿Inspector?

Se volvió. Ella estaba de pie junto a las rejas de la celda, la cara bañada en lágrimas de angustia y desesperación.

—Inspector, nunca me dijo cuál era su nombre de pila.

Ya se había hecho de noche cuando Morse, por fin, salió de la oficina. Subió al Lancia, lo condujo fuera de la playa de estacionamiento donde los charcos ya estaban casi completamente secos y giró a la izquierda para meterse en la corriente principal del tránsito que se dirigía a la ciudad. Al pasar por la rotonda de la avenida de circunvalación, vio a dos personas de pie sobre el borde de césped, haciendo dedo. Una era una chica, una linda chica por su aspecto. Quizás la otra también fuese una muchacha. Era difícil de decir. Pasó de largo rumbo a su hogar, en Oxford.

Notas

[1] «*Cold*» en inglés significa frío y también resfrío. <<

[2] Town and Gown Assurance Co. Se trata de una compañía de seguros para los habitantes de la ciudad de Oxford y los miembros de su Universidad. <<

[3] Pwllheli es la capital no oficial de la Península de Llyn, al noroeste de Gales, donde se encuentra una marina del mismo nombre. <<

[4] *Lager and Lime* es un trago que se prepara con 12 oz de cerveza blanca añeja, tipo alemana, y 2 oz de jugo de lima. <<

[5] WEA, iniciales correspondientes a la Workers Educational Association. <<

[6] En la versión original en inglés, la fórmula analizada, tanto en las cartas como en la declaración de Bernardo Crowther, es «*I should*» en lugar de «*I would*». La cita textual, tomada del libro *Modern English Usage*, por Fowler, dice: «Los verbos *like, prefer, care, be glad, be inclined, etc.*, son muy comunes en oraciones condicionales en primera persona. (*I should like to know, etc.*). En estas, *should*, y no *would*, es la forma correcta en idioma inglés». Como esto resultaba intraducible, por cuanto en español el modo potencial simple no utiliza ningún auxiliar, hemos optado por la expresión: «deploraría» para sugerir un dominio del idioma más sutil. <<

[7] La fiesta de San Miguel se celebra el veintinueve de septiembre y ese día es el primero del trimestre. <<

[8] Típico local en Inglaterra de comidas de pescado y papas fritas. <<

[9] Desenlace. <<